

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1.^a
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

EL EMBRUJO DE SEVILLA

por

Carlos Reyles.

Pocos autores, incluso entre los mismos españoles, han interpretado a Sevilla como Carlos Reyles. Después de vivir largo tiempo en las márgenes luminosas del Guadalquivir y penetrarse con el alma sevillana, de conocer todos los aspectos de la gran ciudad hispano-morisca, desde los más elementales y exteriores hasta los más recónditos y esotéricos, trazó estas páginas llenas de vivacidad y colorido, en las que un drama de amor se enmarca dentro de la luminosa y contrastada calidad de la naturaleza sevillana.

Hay dos Andalucías en una sola. Y en esta doble calidad puede decirse que se encierra, por antonomasia, todo el espíritu de España. Una Andalucía gárrula, coloreada, vibrante, liviana, ágil y otra dolorida, honda, interior y entrañablemente espiritual y estética.

Repetimos que pocos escritores han logrado unir estos dos aspectos como el autor de «El Embrujo de Sevilla», cuyas notas cobran hoy, de nuevo, una actualidad y un tono de atracción que las hace — si posible fuera — más atraentes y admirables.

EDITORIAL ERCILLA

12278'

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^a
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

Colección Contemporáneos

EL EMBRUJO DE SEVILLA

CARLOS REYLES

EL EMBRUJO
DE SEVILLA

(NOVELA)



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE

1937

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^a
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

embriaguez y arriva los sentidos I
para de espíritu y pesadez del momento.

La atmósfera tibia y espesa de «El Tronío», café de *cante y baile flamencos*, huele a claveles y a mosto jerezano. La palabra *tronío* suena triunfalmente en el oído del pueblo andaluz. Es así como una de las diez categorías aristotélicas de su entendimiento, una ecuación de su voluntad, un *summum* de su deseo. Sintetiza el poder, la majeza y el rumbo. Tiene la sugestión y el imperio de la Napoleónica, rayo con las alas plegadas. Por eso, muy sutilmente, han puesto al café de rompe y rasga bajo la advocación de tal nombre. Y a eso, sin duda, se debe que suene tanto y se vea siempre tan concurrido. A ciertas horas de la noche, el humo de los cigarros puede cortarse. La sala entera parece sumergida en un vaso de ajeno. El polvillo tenue que levantan, con sus trenzados y *escobillas*, los pies de las bailadoras, asciende, perezoso, del *tablao* al techo y se dora a fuego a la luz de los picos de gas, cuyas llamas, de un amarillo clorótico, se estremecen, al igual de los corazones, con los roncros bordoneos de las guitarras y las voces, ya libertinas, ya quejumbrosas, del *cante hondo*, válvula por donde escapa en tierra andaluza lo que la raza de Don Pedro el Cruel y Felipe II tiene aún de violenta, fanática, triste y lúbrica.

Los parroquianos de *tanda*, que así les llaman a los que concurren diariamente al establecimiento, ocupan ciertas mesas, las mejor ubicadas. Sin preguntarles cosa alguna, los mozos les sirven una taza de humeante café y la consabida copa de Cazalla, Rute o Chinchón.

Es Propiedad
Inscripción N.º 5069

COPYRIGHT by
Edit. Ercilla, S. A. 1937



PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

Los buenos sevillanos acódanse sobre los amarillentos mármoles, y con el mondadientes en la boca y el *cordobés* sobre los ojos gitanos o en la nuca, hablan, por lo general, de toros, amoríos y valentías, acompañando las palabras con ademanes y gestos como sacados de quicio por el perpetuo bullir de la sangre, siempre moza. Frecuentemente se oyen sonoras palmadas, estrepitosos ruidos de sillas, risas y juramentos. Pero nadie se alarma. El meter bulla está en el orden, y no puede ser por menos, dada la composición de la concurrencia. Abundan los rasgos quevedescos, los trazos velazqueños, las pinceladas goyescas. Vense muchas coletas de diestros y de novicios, tufos relucientes de la Macarena, rostros rasurados del *Mataero*, *gachós* de Triana, *niños* de la Cava, hábiles en las astucias de los Alfaraches, los Cortadillos y los Gineses; algunos menestrales que, con detrimento del garbanzo, se dejan allí las dos pesetas ganadas en el día sobre los andamios o detrás del obrador; tal cual señorito de rumbo, y no pocos comerciantes, labradores y tratantes de bestias, circunspectos, bien trajeados, pulcros, aficionados al buen café y al buen *cante*, y que apuran lo uno y oyen lo otro con unción cuasi religiosa. Estas dignísimas personas no prorrumpen en alegres oles cuando se arrancan los del *cante*, ni jalean a las bailadoras, ni se corren a convidar a las artistas con unas *cañas* al descender del *tablao* y desperdigarse por las mesas de los amigos para apurar el gasto, entre *cuadro* y *cuadro*. Les sonrían al pasar, y a punto seguido, cambiando repentinamente de fisonomía, como quien se quita una careta y se pone otra, hablan, plegadas las cejas de astracán sobre los ojos inquisidores, de la alza o la baja del aceite, de las perspectivas halagadoras o malejas de las cosechas, de la peste de los *marditos cochinos*, de las próximas ferias de Mairena, de Carmona, de Utrera... Son gentes graves de peso; dan la impresión de las cosas bien acomodadas a su fin, y de arraigar en lo útil y necesario como las peñas en la playa. Junto a ellos, los otros semejan los granos de arena que arrastra el viento.

«El Tronío» es, no sólo la Meca del *cante*, *toque* y baile flamencos, donde se conservan las viejas tradiciones de ese extraño arte o acrisolan sus nuevas modalidades, sino también una especie de lonja en la que se cotizan los méritos de la gente de coleta y los artistas del *tablao*, y negocian, al mismo tiempo, entre trago y trago y copla y copla, mostos, aceitunas, jumentos y bestias. Los empresarios firman allí muchas contratas; chalanes, corredores de granos, vinos y aceites, y hasta agentes de banca y usureros, tienen abiertas, cada cual en su respectiva mesa, las oficinas de sus negocios, lo cual da pie, durante el día, a un bullicioso salir y entrar de gentes de todas clases y cataduras, que dilatan luego por toda Sevilla, y aun por buena parte de España, la influencia económico-artística del café. Este ocupa un vetusto edificio de techo de teja, cubierto de jaramagos y verdín, balconada de hierro y ancho patio de mármol blanco, con alicatado de desvanecidos azulejos y columnas de capitel mudéjar. En el centro del patio ríe una fuente diminuta, de mármol también, rodeada de tiestos de flores. Un chorrito de agua retozón surge de la fuente, se abre a un metro de altura y cae como una lluvia de diamantes en el tazón sonoro. La luz entra por una claraboya de cristales coloreados, cerrada en invierno, abierta e interceptada con un toldo, que imita una manta jerezana, en los rigores de la canícula; por este arte, el patio se conservaba luminoso y tibio en la estación fría, velado y fresco en el verano. Y en el ancho patio de paredes enjalbegadas de cal, bajo los corredores que forman abajo las galerías altas, y frente a frente, se hacen guiños y prestan mutua y eficaz ayuda el *tablao* y el mostrador, la gracia y el negocio. El resto del espacioso recinto lo ocupan las mesas. Los gabinetes reservados están instalados en el piso alto y disponen de una porción de la galería, apañada a manera de palco. Desde allí se puede presenciar recatadamente el espectáculo del *tablao* y la concurrencia de la sala. A esos gabinetes misteriosos, para los *boqueras*

y granujillas cielos del profeta, se asciende por la escalera principal, ubicada en un ángulo del patio, y también por otra secreta, con entrada propia por el fondo del edificio, que da a una callejuela estrechísima y sombría. Cuando concluyen los cuadros en el café principian las juergas a puerta cerrada en los gabinetes. Las hembras de la casa suben a ellos por la escalera principal; otras de fuera, solas o acompañadas, hacen lo propio, algunas *gachís* de trapío y tal cual tapada, recogida la pollera, el rostro oculto en el embozo del mantón o los pliegues de la mantilla, ascienden furtivamente por la angosta escalera del fondo, mostrando unos ojos de huríes, unos dedos cuajados de sortijas, unos pies arqueados y como tendidos siempre para disparar la amorosa flecha.

El mozo de guardia, muy solícito, las hace entrar a uno de los gabinetes; ellas toman posesión de él, y, suspirando, preguntan, poco más o menos, lo mismo:

— ¿No ha venido ese charrán?

— Entoavía no; pero no se azare usted, que ya está al caer.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho algo?

— Me lo da el corazón — responde el granuja, sonriendo con los ojos, y se va, y vuelve luego con una *batea* de cañas y algunas cosillas para hacer boca: aceitunas, anchoítas, camarones....

La sala está de bote en bote. No hay ni una sola mesa desocupada. Los palquillos también rebosan de gente. Las mujeres lucen más flores en la cabeza, y los hombres sus *anchos* y sus ternos de las grandes solemnidades. Mantones de Manila y rebocillos de colores fuertes ponen aquí y allí unas pinceladas vivas y gozosas. Oros afiligranados, diamantes, sellos antiguos y morru-dos dijes brillan en las pecheras y los chalecos. Es Sábado de Gloria: el Señor ha resucitado, y los sevillanos

se disponen a ahogar en vino y jolgorio las supuestas abstinencias y *peniñas* de la Semana Santa. Después de las impresiones dolorosas de la Pasión, la alegría de vivir recobra sus fueros. A las misas solemnes, los Pasos y las *saetas*, siguen las ferias, las corridas y los tangos. Termina la ostentación de las lágrimas y empieza el derroche de risa y la furia de gozar, ya con el vino, ya con la sangre, ya con la vida, ya con la muerte. Doble número de sedientos acude a los cafés, las ventas y los *colmaos*, algunos buscando el olvido de la embriaguez, otros la embriaguez del olvido. Sevilla, como su poeta, tiene «alegre la tristeza y triste el vino». La pena está en el fondo de la copa, y la copa en el fondo de la pena. ¡Beber, beber! En esos días el sol reverbera en las paredes blancas y arde en los tejados; la manzanilla corre a ríos, las ventanas florecen, las casas cantan, las hembras dejan al pasar un rastro perfumado. La ciudad entera huele a vino, a claveles y a ropa blanca de mujer. Suenan por todas partes guitarras, castañuelas y organillos. Los botones, las yemas, los capullos, las coplas, revientan en los patios, y en las bocas de las mocitas estallan los besos. Por las noches las rejas hablan. La primavera, cargada de aromas y cantares, viene de los jardines, las huertas y los campos; alegre los tugurios sombríos, las sórdidas callejuelas y transforma, con sus artes mágicas, la fealdad y la miseria en donosura y esplendor. El añil del cielo tórnase azul rabioso. Los azulejos fulguran. La luz viste la Giralda de sangre y fuego, reanima los revoques muertos de la Torre del Oro y del Alcázar y hace del Guadalquivir moreno un río de plata viva. Las gentes, ebrias de sol, circulan sin reposo por las calles sonoras; rien, bromean, requiebran a las *gachís* de sayas almidonadas, que pasan derramando sal, y entran en las tabernas.

*
* *

Como todos los años por Feria, «El Tronío» ha doblado el número de mesillas y reforzado el *cuadro* con algunos artistas de fuste, entre ellos, esta vez, la famosa «Trianera». Tornaba al café después de tres años de ausencia. Salió de Sevilla pobre, desconocida y en harapos, y volvía célebre y cubierta de joyas. Mil hablillas y especies corrían sobre su rara fortuna, fantástica historia en la que intervenían, como en la de Lola Montes, la Bella Otero, Anita Delgado y tantas otras, reyes, príncipes indios, duques rusos, lores, banqueros y potentados de diversa calaña. Pero de cierto nada se sabía, sino que era una real mujer y la mejor bailadora de España. «Cuando la Trianera echa los brazos al cielo, se vienen abajo del cielo los serafines», decían los hiperbólicos cronistas de Cádiz, Jerez, Málaga y la misma villa del Oso y del Madroño. Los parroquianos de «El Tronío» recordaban, sí, a la *chavaliya* sin formas de mujer aún, que, al pisar el *tablaó*, ya se traía muchas cosas bailando; cosas propias, cosas que le *salían de adentro* y le imprimían a su baile, extremadamente apasionado, más gracia y más intención a la vez. Había mucho interés por verla. La aparición de una *bailaora* o un *cantaor* con puntas y ribetes de original sólo tenía parangón con el surgimiento de algún fenómeno del arte taurino, y ese año, las novedades del *tablaó* no le iban en zaga a las novedades del ruedo, donde iban a torear en competencia el ídolo cordobés y el ídolo sevillano, y a tomar la alternativa y alternar con matadores de cartel Paco Quiñones, el famoso novillero. Este era un señorito de la aristocracia que, al verse arruinado a la muerte de su tío y tutor, se había echado a la plaza, como con un trabuco pudiera haberse echado a los caminos, contestándoles a los parientes y amigos que intentaron disuadirlo de su descabellado propósito, haciéndole observar el des-

doro y riesgo de aquella profesión, que «la miseria daba más cornadas que los toros», y que «la mayor de todas las vergüenzas era no tener una peseta». El señorito traía revolucionada a media España, porque *metía el pie*, y sin *escupirse*, sin echarse fuera, dejaba unas estocadas hasta las péndolas, consumando la arriesgadísima y difícil suerte de matar *recibiendo*, olvidada después del gran Domínguez.

Paco se había criado *alrededor de los toros*. Su tío poseía una dehesa de reses bravas a orillas del Guadalquivir. De chiquillo toreaba y acosaba en las tientas de la casa, y de mozo iba con sus amigos de «La Garrocha» a derribar reses o capotearlas a los cortijos de Miura, Murube, Orozco, marqués del Saltillo y otros ganaderos con los cuales tenía muy buenas relaciones o estaba emparentado. En todas partes lo querían bien porque era campechano, alegre, decididor, rumboso y extremadamente sociable: un verdadero andaluz, sin los flamenquismos ni las gitanerías que adulteran la gracia primigenia de la especie. Un singularísimo don de gentes, que le venía, sin duda, de haber frecuentado las bajas y las altas esferas sociales, hacía que se encontrase a sus anchas lo mismo entre labriegos que entre señoritos, sin que entre éstos o aquéllos dejase de ser lo que era siempre: un mozo crudo y un cumplido caballero, sin más defectillos que el acendrado amor a las cosas de la tierra, buenas o malas: el vino, el juego, las mujeres, los caballos y los toros. Chapurreaba el inglés y el francés; había leído un poco y viajado algo por el extranjero; pero ni material ni intelectualmente le gustaba salir del ambiente sevillano. Le parecía que el hombre sólo estaba bien montado en una jaca andaluza, o parado, con estoque y muleta, frente a un toro. Sus caballos de campo o de paseo tenían fama por lo hermosos y bien adiestrados; su silla vaquera, su manta jerezana, sus zahones eran de lo más primoroso y gitano que se conocía. Y cuando en las dehesas derribaba un becerro y echaba pie a tierra para darle unos mantazos o toreaba de capa y de mu-

leta a las vaquillas en los muchos tentaderos a que concurría, nadie, ni aun los toreros de profesión, lo hacían más frescos y ceñidos que él. Sin embargo, no había torreado nunca en las becerradas que, con presidentas de mantilla y falda corta, celebraban periódicamente los señoritos de Sevilla. No le gustaban las mojigangas. Pero por calaverada y con nombre supuesto, lo hizo, ya a pie, ya a caballo, en muchas plazas de los pueblos, donde los empresarios de malas entrañas solían echarles a los pobres *maletas*, que exponían el pellejo por cuatro duros, unos toros como catedrales y que, al decir de las gentes, sabían griego y latín. Allí el peligro era real, y a Paco le gustaba afrontarlo. Bromeando y desternillándose de risa hacía cosas que les ponía a sus camaradas los pelos de punta. Una vez dió un quiebro con un prójimo a babuchas; otra, en que los matadores se negaron de irse al bicho por ser muy grande y asesino, Paco se tiró del caballo en que hacía de picador, cogió los trastos y con *monas* y todo lo muleteó hasta dejarlo con la lengua colgando, echándolo luego al otro mundo de una estocada mayúscula. Volvió a la fonda entre una pareja de la Guardia Civil y la escolta del pueblo que lo aclamaba. El caso se supo en Sevilla y aumentó los prestigios del mozo, ya muy popular por otras hombradas semejantes, líos amorosos y reputación de excelente caballista. Sus amigos de «La Garrocha» y del «Círculo de Labradores», al conocer la aventura, le dijeron, palmeándolo cariñosamente:

— ¡Eres mucho, Paco!

Y los granujillas, al verlo pasar en su jaca torda, haciendo piernas y desempedrando las calles, le gritaban:

— ¡Olé, los señoritos!...

El los saludaba a cada uno por su nombre, les tiraba un *puro* y seguía su camino sin sonrojarse ni envanecerse, recibiendo aquellos homenajes como la cosa más natural del mundo. Aunque arrebatado por temperamento, poseía ese ostentoso dominio de sí o burlona en-

tereza que admiran tanto los andaluces, sin que la suya degenerase en desahogo o arrestos de matón, como suele acontecer generalmente. Tomaba las cosas como venían, con musulmana aceptación del Destino, sin inquietarse, sin preocuparse, dejándose correr; pero si hacía falta resolverse, lo hacía metiendo el pecho y cortando por lo sano. «Los derrotes de la fortuna y los derrotes de los toros no se esquivan *juyendo*, sino *parando*», decía. Por eso cuando los ejecutores testamentarios de su tío le dijeron y demostraron con documentos a la vista que aquél había disipado sus bienes propios y también los que su hermana, la madre de Paco, le confiara, añadiendo que era necesario vender las propiedades para pagar a los acreedores y sanear un pequeño capitalito, él se quedó tan fresco, y por toda respuesta los invitó a tomar una copa de vino. Después de apurar la suya encendió un pitillo, echó una gran bocanada de azulado humo y dijo reposadamente:

— Sabía que estábamos muy entrampados, pero no creí que llegase a tanto. Bueno está, No tengo nada que objetar a lo que ustedes dicen. Vendan los cortijos, los ganados y todo lo que haya que vender, salvo esta casa. Esta me la quedo. Aquí nacimos Rosarito y yo, y de aquí sólo saldremos con los pies por delante.

— Pero hijo — observó uno de aquellos graves señores —, ¿cómo vas a componértelas para sostenerla, si apenas te alcanzará lo que queda para cubrir su importe?

— Eso es cuenta mía — respondió sonriendo —. Aseguraba el gran Cúchares que los toros tienen un criadero de duros en los morrillos. Allí iré a buscarlos yo.

— ¡Torero, tú!...

— Torero... Apretado por la necesidad como yo, ¿no se ha hecho cómico un grande de España? ¿No alancearon toros el Cid Campeador, Carlos V y don Juan de Austria? ¿No rejonearon Pizarro el Conquistador, el duque de Medina Sidonia y el conde de Puñenrostró?

¿No fué torero de profesión un noble descendiente de Guzmán el Bueno? ¿Yo mismo, no cuento entre mis antepasados a aquel famoso vizconde de Miranda, marqués de Torre Cuéllar, que mataba toros compitiendo con los estoqueadores de profesión? El que un español de buena casta sea bandido, conquistador o torero, está en el orden. Además, aquí, para no morir de hambre, hay dos caminos que seguir: o político o torero. Lo segundo es más decente y también para lo único que sirvo yo. El trabajo oscuro, el ahorro paciente, los renunciamentos de la miseria no se han hecho para este fraile; el peligro y el rumbo, sí. Qué quieren ustedes, así me parió mi madre. Tengo veintiún años. Soy fuerte y ágil. No me falta corazón. Sé andar alrededor de los toros, porque entre ellos me crié, y sé también a ciencia cierta que, con el estoque en la mano, las mulas arrastrarán lo que me echen por la puerta del chiquero, y eso, créanme ustedes, es lo bastante para ganarse miles de duros y vivir como yo lo entiendo. Por otra parte — agregó dejando traslucir cierta emoción — no quiero que Rosarito, mi pobre hermanilla, descienda ni en un ápice de lo que fué.

Y no hubo más. Se dejó *crecer el pelo*, vistió de corto y desapareció de los centros sociales, que antes frecuentaba asiduamente. Sólo se le veía de tarde en tarde a caballo, de vuelta de algún cortijo, el *ancho* sobre los ojos negros, el barboquejo sobre los labios rojos. Su rostro, de facciones regulares, aunque un tanto duras, se hizo más huesoso y afilado; su mirada más firme, y casi provocadores el gesto y la actitud. Tenía el arrogante continente del mozo andaluz, mucho de señoril y no poco de bandolero, sobre todo cuando iba en su jaca luciendo la indumentaria campera: los zahones, las polainas serranas y el marsellés. Un pliegue profundo le rugaba el ceño y partía la frente, antes tersa y pequeña como la de una mujer; otro desdenoso le bajaba los ángulos de la boca, grande y sensual. Apenas transcurridos tres meses de haber tomado la extrema resolución

de echarse al redondel, rompía su compromiso de matrimonio, vestía el *traje de luces* y toreaba, con grande escándalo de la sociedad sevillana, en Huelva, luego en Alcalá, después en Murcia. Y empezaron a lloverle contratas. Las Empresas se lo disputaban. Entusiasmaba a los públicos ver a un señorito de la nobleza matando toros. Los periódicos venían llenos de su nombre. El culto del pueblo por el valor y la bizarría tuvo un ídolo más a quien levantarle altares; el amor de lo pintoresco y lo romántico sedujo a la aristocracia y la burguesía. Se supo que había amores contrariados y una niña muy bella que suspiraba... Sevilla no necesitó más. Paco se hizo célebre. Los cantadores le compusieron coplas y tangos, los ciegos letrillas, las cigarreras canciones. Aunque novillero, llegó a ganar tanto casi como los matadores de más cartel. Y cuando toreó por primera vez en Madrid, sus amigos de «La Peña», sintiendo que obraban castizamente y que hacían lo que España pedía, se mostraron con él por todas partes, en los teatros, en los paseos, en la calle. Y Pacó se dejaba querer. Lejos de ocultar su nueva condición, hacía alarde de ella; vestía de corto siempre, aunque la moda iba cayendo en desuso; exageraba la nota pintoresca de su indumentaria como una reacción contra el señoritismo grotesco de la torería, y llevaba la *coleta baja* para que todo el mundo *se enterase*... Por lo demás, seguía siendo el simpático Paquiribilis de siempre, aunque algo menos manirroto, pero siempre dispuesto a *correrla* en toda ocasión y a *jugársela* también. Nunca estaba solo, y dondequiera que estaba, las miradas se dirigían a él. Esa misma noche, a pesar de encontrarse en la sala algunas celebridades del toreo, la mesa de Paco era la más concurrida. Además de sus acólitos de Sevilla, el pintor Cuenca, Pepe Míguez y el picador Tabardillo, lo acompañaban varios señores y pollos de Madrid, que habían venido expresamente para verle tomar la alternativa. En aquella mesa se solía hablar tanto del *problema español*, que andaba de boca en boca perpetuamente, sin que se resolviera nunca, como de pintura, mujeres, toros,

caballos y *cante hondo*. Cuenca elevaba el tono de la conversación a lo general y trascendental. Su imaginación de artista y espíritu razonador lo llevaban a establecer fanáticas relaciones entre realidades sin afinidad alguna en apariencia, sin parentesco, a veces antagónicas, y a verlo todo bajo el aspecto metafísico. Kant, Hegel y sus discípulos lo mantenían en perpetua ebullición cerebral. Además había leído muchos librotos viejos y raros; muchas crónicas peregrinas; muchos volúmenes de miniadas mayúsculas, y tenía sobre la pintura, el arte popular y las tradiciones españolas de toda laya una especie de erudición preciosa, que condimentaba, para mayor incentivo de sus disertaciones, con las sales de los filósofos. Así, en aquel ambiente refractario a las cosas espirituales y sutiles, sonaban los nombres de Platón, Séneca, Santa Teresa y otros más insólitos aún, barajados con los de artistas flamencos y lidiadores. El andalucismo de Paco, las tendencias conservadoras de Míguez y el amor a las antigüedades de Tabardillo, que por detrás de la iglesia lo casaban con la historia y la tradición, hacían que los tres oyesen a Cuenca con embeleso, festejaran sus fantasías y adoptasen en las charlas cafeteras el espíritu crítico-filosófico del pintor. Este no parecía sevillano. Tenía las barbas y el cabello casi rojos, por lo cual algunos le llamaban el *Jaro*; los ojos azules, la mandíbula inferior saliente, como los príncipes de la casa de Austria, y el cuerpo cenceño, anguloso y desgarrado; pero en su alma florecían todas las gracias de la tierra andaluza.

— Pero vaya un capricho el tuyo, no haber querido torear aquí, donde naciste y tanto te quieren, y ¿por qué? — le preguntó a Paco don Gaspar del Busto, personaje muy conocido por ser el abogado de la Empresa de Madrid.

— Yo mismo no lo sé, don Gaspar; acaso por soberbia, acaso por humildad. El hecho es que desde un principio me dije: «No torearás en Sevilla hasta que estés cuajado y puedas quedar como Dios manda».

— Vamos, que querías estrenarte con un escándalo.

— Yo creo que sí — respondió el torero riendo.

— ¿Y...?

— Y en eso estamos.

— Te saldrás con la tuya, Paco. Yo lo deseo con toda el alma.

— Vaya que si saldrá. Yo soy un mal picador, un mal ceramista y un mal anticuario — aseveró Tabardillo, que, en efecto, era las tres cosas a la vez — ; pero en el tendido *chanelo*, veo lo que pocos ven. Y yo le digo a usted, don Gaspar, que en España ninguno de los que gastan coleta *echa más carne abajo* que éste.

— Pero, ¿es cierto que recibes, Paco? — interrogó don Gaspar, entre asombrado e incrédulo — . Ya sabes que cuando toreade en Madrid estaba malo y no pude verte.

— Eso dicen las malas lenguas, don Gaspar.

— Tendría que ver, un señorito de familia noble haciendo lo que la gente de pelo en pecho no ha podido hacer nunca; porque eso que aseguran los libros de Romero, Curro Guillén, Montes, el Chiclanero y el tuerito Domínguez deben ser cuentos, como las invenciones de José Cándido y Martincho *vaciando* los toros con la mano o el castoreño. Pamplinas; yo he visto intentar la suerte muchas veces a Frascuelo, a Cara-Ancha; pero ejecutarla sin echarse fuera, nunca.

— Ahora lo verá usted — afirmó, con absoluta convicción, Tabardillo.

Luego hablaron de los toros que iban a correrse al otro día y que esa tarde habían examinado en Tablada, después de haber asistido muy de mañanita a la prueba de caballos. Estas atraían bastante gente, no tanto por el espectáculo en sí, sino por las animadas reuniones que se

formaban y las cosas que se oían mientras los picadores, con gravedad suma y haciendo alarde de *maneras* y *pujanza*, ensayaban los pencos, asestando formidables puyazos con el regatón de la garrocha en cierto muro de la plaza, a fin de *hacerles* la boca, enseñarlos a *revolverse* sobre las patas y *salir* de la suerte. Después de algunos tanteos, metían el palo en la pared, haciendo sentar de garrones a los jacos del encontronazo; gritaban, recalcando furiosamente la última sílaba: ¡toroooo!, cual si, en efecto, estuvieran conteniendo un berrendo de grande poder, y *salían* volviendo el palo y corriendo las espuelas, como después de una vara en los medios del ruedo. Y, entre las pruebas de caballos, el examen de los toros en Tablada, el encierro el día de la corrida y los comentarios en el café, se les iban a los aficionados los días y las noches de la temporada sevillana, sin ocuparse en otra cosa ni hablar de otra cosa que de toros, lo cual los preparaba y ponía en punto de caramelo para experimentar intensamente las emociones y los escalofríos del espectáculo, cuando sonaba el clarín, se efectuaba el paseo de la cuadrilla entre oles y palmas y saltaba a la arena el primer toro con la muerte en los cuernos y la fortuna y la gloria en los morrillos.

II

En las mesas de «El Tronío» se hablaba apasionadamente del encuentro sensacional de dos matadores rivales, los más célebres de la época; de la alternativa de Paco Quiñones y de la revolución que estaba armando en el baile la «Trianera». Los que eran presa de la magia del ruedo, sólo por excepción escapaban a la magia del *tablao*. Los dos embrujos crecían a compás de las exigencias emotivas del pueblo y se estimulaban mutuamente. Aquel público que conocía al dedillo las variadísimas suertes del toreo, las divisas, los hierros, la historia de todas las ganaderías y el arte de cada uno de los diestros en particular, distinguía también los géneros y estilos del arte flamenco; penetraba sus arcanos, aquilataba sus matices, sus primores, buscaba acaso en el *tablao*, aparte de la lírica peniya, el trasunto de las valentías de la plaza, y en la plaza la encarnación real de los desplantes soberbiosos y la majeza del *tablao*. La correlación de las dos aficiones y las íntimas correspondencias de éstas con la juerga y el amor hacíanse más visibles en los profesionales del toreo. «Los toros traen el vino, el vino el *cante* y el *cante* las fatigas del querer», decía el pintor Cuenca. Y, en efecto, la necesidad de adormecer las ansias del miedo y del amor entraba por mucho en el gusto de las gentes de coleta por el jolgorio y el arte de los Canarios, los Brevas y los Chacones, que a su vez acendrabá el culto de la valentía y la blandura sentimental, no ya de los placeadores, sino de todo el pueblo andaluz.

— ¿Y a ti, Paco, qué te echan? — preguntó Gaspar.

— Un orozco y un míguez.

— Y a propósito del míguez, ¿es cierto que dijiste a don Antonio que sólo criaba bueyes de mala intención? — preguntó don Gaspar, aprovechando la oportunidad de haberse levantado Pepe, el hijo de aquel ganadero, para saludar a un amigo —. ¡Mira que tachar de bueyes a los toros de más *cuidado* que en España se crían! Y decirselo al mismo don Antonio, que tiene más orgullo que Don Rodrigo en la horca. Menudo enemigo te echaste encima. Don Antonio es el amo de las plazas de Andalucía y puede hacerte mucho daño. No anduviste listo en eso, Paco.

— Lo sé, don Gaspar — respondió Paco cruzando la pierna y sobándose el botín al modo de los vaqueros —; pero qué quiere usted, el hombre estuvo muy descomedido. Hablábamos aquí mismo del conflicto entre los picadores y los ganaderos, sobre si las puyas debían tener dos líneas más o dos líneas menos, y él, olvidando la amistad que le unía a mi tío y que yo gasto ahora coleta, se desbocó y dijo que ya no había quien tuviera vergüenza torera, que los matadores sólo querían torear babosas, y los trató de *jindamas* y ladrones. Ya sabe usted cómo las gasta don Antonio. Yo, al principio, con muy buenas palabras, le hice las observaciones del caso; pero como siguiera tirándome chinitas y propasándose, me cargué y le dije lo que usted ha oído y algunas cosas más, entre otras, que mis picadores picarían a sus toros con el regatón para que llegasen enteros al último tercio, y que yo después les daría de patadas en los hocicos. Ahora siento haber hablado así, pero lo dicho está dicho.

— Hiciste bien, Paco — afirmó el pollo Salcedo —. Semos o no somos. Recuerda aquello de:

*«Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si le acierta mal,
defenderla, y no enmendarla»*

— Eso...

En aquel instante los artistas subían al *tablao* y ocupaban los clásicos banquillos, disponiéndose en círculo y en el orden acostumbrado: los tocadores en el centro, los del *cante* a derecha de ellos y los del baile en los extremos. Interrumpiéronse las conversaciones. Reinó el silencio. Los ojos se clavaron en el círculo mágico donde el corazón del pueblo andaluz sufría el embrujo de las malagueñas y los tangos, las soleares y las seguriyas. Los artistas, más circunspectos y emperejilados que de costumbre, cambiaron algunos saludos con los amigos de la sala; las guitarras, después de un florido preludeo, entraron en materia, y empezaron los rasgueos como redobles, las palmas y los acompañados taconeos.

— ¡Venga de ahí, venga, venga!... — gritó un bailaror.

Y dando un salto, cayó en el medio del *tablao*, pegó media docena de vigorosas y rítmicas patadas, que parecían decir «aquí estoy yo», y se quedó como electrizado en una postura graciosa y petulante.

En seguida, moviendo los brazos a compás de las piernas y castañeteando los dedos, ejecutó unos pasos de baile muy pulcros, casi académicos, llenos de presuntuosa finura, que fueron complicándose cada vez más y haciéndose cada vez más movidos e intencionados, hasta entrar en el disloque del tango, cuando uno de los niños del *cante* entonó la primera copla de la Billetera y redoblaron las palmas y los jaleos.

— ¡Ay, qué bien, ay, qué bien!... — le gritó una bailadora, dislocada ya con lo que se traía el gitano.

Pero el Ñañe no oía. Poseído por el demonio del amor propio bailaba con piernas, brazos, vientre, ojos y boca, con todo el cuerpo. Se retorció de los pies a la cabeza, ondulando siempre las caderas; se estiraba, se encogía, caía al suelo y tornaba a levantarse, sin que sus pies dejasen de herir el sonoro tablado con matemática pre-

cisión, siguiendo punto por punto las notas de la guitarra y la voz del cantador. La chaquetilla corta y el pantalón entallado le modelaban el cuerpo magro, flexible y derecho como un estoque. La Trianera le había dicho:

— Te llevo a Sevilla para que les quites los *moños* a todos los *bailaores*. Conque... muchas patas y poco aguardiente.

Y el hombre se aplicaba. Su rostro, de color aceituna, habíase vuelto carmesí; el renegrado jopo le caía en mechadas sobre la angosta y nudosa frente; los enjabonados tufos se le habían desprendido de las sienes y le tapaban las orejas, largas y amojamadas. Realmente, poseído por una especie de furia dionisiaca, hubiera muerto de un sofocón allí, si uno de los tocadores no le dijera:

— Vámonos ya... — para que terminase la danza con el efecto final, un endiablado repique de pies, en el que el Ñañe ponía todo su orgullo de bailaror, con doble vuelta sobre sí y una parada en seco.

Lo aplaudieron. Un parroquiano le tiró la gorra; otro una breva; un tercero se subió al *tablao* y quiso besarlo.

— Se apetece, se apetece — repetía el Ñañe levantando los brazos y dejándolos luego caer a la manera de los matadores después de una estocada piramidal.

El amo del café, a quien llamaron en sus buenos tiempos de cantador el rey de las seguriyas, atravesaba radiante de gozo la sala, palmeando a los buenos clientes y afanándose en responder a las preguntas que de todos los lados le llovían sobre el bailaror. Sin perder ripio iba acercándose a la mesa del novillero a quien tenía que darle un recado.

— Siéntese usted, Silverio — le dijo don Gaspar dándole la mano y ofreciéndole una silla con la afectuosidad y llaneza típica del señor madrileño —. Sabe usted que ese niño se *las trae* bailando.

— ¡Vaya que si se las trae! ¿Han visto ustedes, señores, qué modo de meterse en harina? Cuando contraté a la Trianera, me dijo: «Mi bailaror tiene veinte años en todo el cuerpo y un siglo de baile en cada pata, y se lama diez duros por noche, ni una peseta menos».

— ¡Qué Puriya, siempre tan graciosa y contundente!

— Sí que es graciosa, y como *tundente*, también.

Rieron; el viejo cantador, sin sospechar la causa, les hizo coro. Después de algunos instantes, Tabardillo, que tenía cierta semejanza con un gallo de riña, a causa del rostro afilado, la nariz picuda y el cuello rojo rugoso y largo, lo estiró cuanto pudo, a fin de acercarse a sus oyentes, y dijo, como quien hace una revelación de suma importancia:

— Esa niña va a revolucionar el baile. La vi en Córdoba, ¡un escándalo! Lo que hacen la Mejorana, la Macarrona y tantas otras son juegos de niños junto a los suyos. Ahonda, agitana el baile, como el Pitoche el cante.

— Es muy verdad eso que dices, Tabarda — asintió el pintor —. ¿No lo han observado ustedes? La malagueña en boca del Pitoche adquiere la profundidad, las tonalidades opacas de las soleares y las seguriyas. No es ya dulce queja, sino gemido, amargura, entrañas rotas...

— Claro — exclamó Silverio con la autoridad que le daba su viejo título de rey del cante gitano por excelencia —, se puede decir del Pitoche lo que no sé quién ha dicho del Chacón: «Cae de la altura de la seguriya sobre la malagueña como el águila sobre su presa».

— A mí se me figura más bien que lo hondo, lo gitano, viene de adentro, de abajo — replicó Cuenca —. La seguriya es como el tiburón que sube a pique del fondo del mar a la superficie, coge su presa y se vuelve a las profundidades.

— Bien dicho.

— Y todavía hay quienes niegan al *cante* todo, hasta que sea música, porque no está sujeto a ciertos cánones, porque es pura libertad y expresión directa. Que Dios me perdone si digo una herejía, pero a mí, ninguna música, fuera de la música de Beethoven, me remueve las entrañas como esello de gitanos, porque ninguna es tan pueblo, tan miserable, tan humana...

— Pues de adentro, de abajo, del fondo del mar viene el baile de la Pura — interrumpió Tabardillo —. A los tangos y las alegrías, a lo que se llaman *juguetes*, les pone ella una salsa de pasión, una furia gitana que los trueca, como si dijéramos, en baile hondo.

Aprovechando la atención que le prestaban sus amigos a los eruditos discursos de Cuenca y Tabardillo, interrogó Paco bajando la voz:

— ¿Le preguntó a usted por mí?

— En cuanto me vió. Me dijo que sabía la ruina de su casa y que se había usted dejado *crecer el pelo*, pero que ignoraba si Rosarito estaba contenta; si seguía usted hablándole a la Pastora y otras cosas así.

— Fuimos muy buenos amigos, ¿usted recordará? Después de los *cuadros* se venía siempre a mi vera y me contaba las desazones que le daba ese arrastrao del Pitoche. ¡Pobre chiquiya, cuántas fatigas le cuesta el querer! ¿Y está bonita?

— Ahí anda con la Virgen del Valle. Ya la verá dentro de un rato; pero antes es preciso que lo presente a usted al Califa. Traigo un recado de él. «Dile a Quiñones, me dijo, que tendría mucho gusto en conocerlo, y que lo invito a tomar café en mi compañía». Conque, ¿si a usted le parece?...

— ¡No me ha de parecer!, vamos andando — respondió Paco.

Y junto con Silverio, repartiendo saludos a diestra y siniestra, se dirigieron a la mesa del Califa, el cual, al verlos venir, se levantó y les salió al encuentro con el calañés en la mano. Eso causó asombro general, porque tenía fama de toscó y engreído. Vestía de *moños*: chaquetilla y chaleco de terciopelo verde, faja de seda roja, pantalón lila; en el dedo meñique lucía un solitario, en la historiada pechera, dos; en el chaleco, colgando sobre la faja, una gruesa cadena de oro mate con dos sellos antiguos. Esta presuntuosa vestimenta, que jamás ostentaban los toreros la víspera de torear, y menos en Sevilla que en ninguna otra parte, sino después de la corrida y sólo en el caso de *quedar muy bien*, se les antojaba a todos algo así como un orgulloso cartel de desafío lanzado a los toreros sevillanos y al público. Y se proponían hacerle pagar caro tan inaudita arrogancia.

— Aquí tiene usted al señorito que *mete el pie* — exclamó Silverio a modo de presentación.

El amo del toreo le tendió la mano a Quiñones y le dijo, metiéndole los ojos en los ojos:

— Lo he oído a usted sonar mucho.

Miradas brillantes de admiración y codicia se fijaron en ambos diestros. Eran finos, esbeltos, bien plantados y vestían con igual presunción, aunque menos lujosamente el novillero que el matador. Por encima de la sevillana del uno y la chaquetilla del otro, irrepresiblemente cortadas, las pecheras primorosas y los pantalones altos, adivinábanse los recios músculos, los tórax anchos, las cinturas flexibles de los apuestos mozos. El público se los comía con los ojos, admirando a regañadientes en el heredero del gran Rafael al famoso matador que le daba a Córdoba, donde había nacido, la supremacía del toreo sobre Sevilla, y en Quiñones el novillero de agallas, que podría arrancarle el cetro del arte a la ciudad de los Califas para entregárselo a la ciudad de los Reyes. La

vieja y enconada rivalidad entre Sevilla la sapiente, y Córdoba la noble, florecía en el redondel y apasionaba, no sólo a los dos pueblos, sino a toda Andalucía.

— ¡Qué templao es este chico! — consideró don Gaspar —. Observen ustedes cómo se deja admirar por el público, sin la menor sombra de encogimiento. ¡Y cuántas cosas en las miradas de esos novicios y maletillas, que lo examinan embebidos! ¡Qué ejemplo para ellos el de ese mozo, ayer desconocido y pobre, hoy célebre y rico! ¡Cuánta tristeza en los ojos de los que no han podido llegar y saben que no llegarán! ¡Cuántas ansias en los ojos de los que, aun llenos de dudas y terrores, no se declaran vencidos! ¡Qué poema en el pecho de unos y otros! Sin duda, el torero célebre es, aunque parezca paradoja o enorme dislate, el profesor de energía e idealismo de nuestras multitudes. El les habla el lenguaje que ellas entienden y les llena el alma de apetencias de oro y ambición de gloria. Es un estimulante, el único que poseen. Existen, a no dudarlo, otras influencias más nobles, pero ninguna llega al pueblo, y éste, sin el lidiador, que condenan a ciegas los moralistas, se quedaría ayuno de todo alimento espiritual.

Uno de los pollos de Madrid, que era abogado, arguyó:

— Lástima que ese estimulante engendre también el flamenquismo, el matonismo y otros ismos detestables. Sin eso su influjo sería indiscutiblemente sano y provechoso. Yo soy muy amante de los toros, pero...

— Es el reverso de la medalla, pero, ¿qué cosa no lo tiene? Además, el cargo me parece gratuito. En España siempre hubo *valientes*, y *flamencos*, con otro nombre, también. Nuestro teatro clásico y nuestra novela picaresca rebosan de unos y de otros. ¡Cuántos sambenitos se le cuelgan al arte del valor y de la gracia!, porque el torero no es sino eso. Muchos sociólogos de chicha y nabo le inculpan el atraso de España, sin echar de ver que hay

regiones atrasadísimas de ésta donde la afición no tiene influencia alguna. Si la tuviera serían allí las gentes menos inertes y brutas. La emulación del lidiador es desprecio y limpieza. Cuando supe que Paco se había hecho torero, lo sentí; pero luego, pensando en que podía enaltecer el arte y ser para el pueblo un ídolo más noble que sus colegas, me alegré. No está demás que un señorito muestre que la sangre brava corre aún por las venas de la nobleza. Pero, ¿es cierto, Tabardillo, que Paco mata tanto como dicen?

— ¡Una barbaridad...!

— ¿Y toreando?

— Mete miedo, don Gaspar. Parece que los toros lo van a coger a cada paso, y na. Es un toreo muy seco, sin adornos, todo verdad. En una palabra: jamón colgao. Con la muleta aguanta lo que nadie, y cuando se abre de brazos con el capote, no lo mueve ni un ciclón. Luego se echa la escopeta a la cara, y por las agujas, hasta los dedos.

— ¿Y usted qué dice, Cuenca?

— Lo mismo que Tabarda. Paco *pisa* siempre el terreno de los toros y se apodera de ellos como no lo ha hecho nadie. Torea entre los cuernos, y los derrotes no llegan nunca. Y con eso las reses sufren tal destronque, que a los dos o tres muletazos no parece sino que se entregan y le piden gracia.

— Me asombra lo que ustedes me aseguran; pero, ¿de dónde sacó ese chico tales cosas?

— Del pecho de la madre, don Gaspar — repuso Cuenca, sonriendo —. Lo que él hace no se aprende de nadie ni está escrito.

— Con eso y con todo, mucho me temo que pasado mañana, entre los dos fenómenos actuales del toreo, no pueda quedar tan bien como yo quisiera.

Tabardillo replicó:

— Quedará como las propias rosas. Prepárese usted para recibir emociones fuertes. Los otros harán más monerías, pero el hipo lo quitará él.

El cordobés salió del café en compañía de dos amigos, que lo seguían adondequiera que torease y no lo dejaban ni a sol ni a sombra. Cinco minutos después hacían lo propio los banderilleros y los picadores de su cuadrilla.

— Vamos a ver cómo quedamos mañana — les dijo alguien, al pasar.

— Será lo que Dios quiera — respondió uno de ellos.

Paco volvió a su mesa. El *temple* de un encantador hizo que los ojos se volvieran al *tablaó*. Como por ensalmo cesó el ruido. Los rostros se ensombrecieron, la emoción del *cante hondo* dilató los pechos. El novillero apoyó los codos sobre la mesa, cogióse la cara entre ambas manos y escuchó. Como la generalidad de los andaluces sentía el *cante* y discernía por el *temple*, el estilo, el cuño, la fisonomía propia que los grandes cantadores le habían impreso a la quejumbrosa malagueña, a la altanera soleá, a la terrible seguriya. El cantador que se *templaba* en aquel instante, el Pitoche, reunía en su estilo muy personal, sin embargo, el brillo triunfante del Canario, el lirismo del Breva y la hondura y potencia del Chacón. Paco no podía oírlo, y lo oía a menudo, sin sentir una especie de desgarramiento interior, una cosilla que subía y que bajaba dentro del pecho, un sonoro turbión que removía en los hondones de su alma las tristezas de la alegría andaluza. En la reunión de Paco se hablaba por extenso y analizaban prolijamente las extrañas emociones del *cante hondo*. El amo del café, cuando no había mucha gente en la sala, venía a hacerles compañía y darles palique, instalándose en la mesa como entre iguales y tomando lo suyo como cualquier quisque. Paco le tiraba de la lengua, y entonces el viejo cantador les hablaba del estilo de otras épocas, de los *tablaos* y los

cantadores de antaño, refiriéndoles la vida y milagros de todos los artistas que había tratado en su larga carrera. Así conocieron el estilo, los líos, las pasiones volcánicas, los dramas terribles y las miserias de aquellos que se habían pasado la existencia lanzando coplas y alegrando las juergas, y a quienes la influencia morbosa del *cante*, afinándoles el sentimiento y quebrándoles la voluntad, hacía víctimas de la pasión amorosa. Muchos habían muerto a manos de airados rivales u ofendidos esposos; otros, consumidos por los celos y el aguardiente; las coplas de todos, antiguos o modernos, traslucían los dolores acerbos del amor. El profundo conocimiento que Silverio tenía de su arte y la emoción con que hablaba de él le comunicaban a su lenguaje, muy figurado y sabroso, aunque rudo, un encanto particular que por veces frisaba en la elocuencia, sobre todo cuando quería hacerles comprender a sus oyentes lo que él sentía cantando.

— *Templarme* y ponerme a sufrir era todo uno — decía —, y eso les pasa a todos los güenos cantaores. El cantaor sin sufrimiento es una guitarra sin cordaje: hace ruido pero no suena. Las gentes creen, por lo regular, que los ayes y garganteos son presumidos adornos, agilidades, floreos; mentira, son gemidos, y por eso, según lo que sufre cada cantaor, estruja y moldea las coplas para darles la forma de su queja y el sabor de sus lágrimas. El Chato de Jerez, cuando cantaba solo, lloraba; Conchiya la Peñaranda, muchas veces, al descender del *tablaó*, sufría unas arrancás de llanto que partían el alma. Los cantaores de seguriyas, particularmente, por las dificultades bucales que ese cante ofrece y el desborde de dolor que en él se hace, concluyen con la laringe destrozá y los tímpanos rotos o el corazón o los pulmones deshechos. Yo mismo llevo acá — aseguraba, poniéndose el índice sobre el corazón — una estocaiya honda y atravesá, de esas que no perdonan. Y es que nosotros no somos máquinas de emitir sonidos como los tenores, sino criaturas que sufrimos y que, por

no llorar, cantamos, cantamos nuestra pena. Cuando Anilla la e Ronda pasaba fatigas por el hombre que la había abandonado y cantaba aquello de:

*«Yo no siento que te vayas,
lo que siento es que te lleves
la sangre de mis entrañas»,*

el público que estaba en antecedentes, venía al café, no a oírla cantar, sino a oírla sufrir.

Y desfilaban los dramas y las tragedias, cuyo desenlace era, por lo común, la puñalada traperera o el hospital. Paco y sus amigos se pasaban las horas ovendo salir de la negra boca del cantaor, como de un antro misterioso, las historias y las coplas que hablaban siempre de amor, tortura, sangre y muerte.

«¡Ay!, no me habías de conocer»,

rompió a cantar el Pitoche, y soltó una copla nueva, inspirada, sin duda, por la presencia de su antigua querida. La voz pastosa, que tenía por veces tonalidades oscuras, se abría en la mitad de cada verso como si la dilatase la onda de la pasión; se desgarraba al final de ellos en prolongados sollozos y suspiros y convertía en llanto lo que en la antigua malagueña eran sólo pasos de garganta. Y mientras Paco escuchaba, experimentaba sensaciones que le hacían mucho bien y mucho mal, allá debajo del *tablaó*, la bailadora, que iba a hacer su salida y ensayaba sus desplantes frente al espejo, se detuvo como sobrecogida, y escuchó también... Aquella voz le recordaba la hiel y la miel de sus primeros amores: las juergas en Eritaña, el Pasaje de la Magdalena y los gabinetes de Juanito Castañedo; las meriendas a orillas del Guadalquivir; el pescado frito por las noches, a la salida del café; las horas de frenesí erótico en la alcoba pequeñita y blanca, y luego las riñas, los celos, los insultos, el engaño, la soledad, la miseria...

Después del Pitoche cantaron y bailaron otros artistas, sin que el público, ansioso por ver a la Trianera, les prestara mayor atención. Una cantadora color tabaco, con los ojos cerrados e inmóvil, lo cual le daba cierta semejanza con un dormido lechuzón, dejó oír su voz ronca y áspera en las sombrías carceleras; otra, que no era gitana, pero que quería parecerlo a fuerza de peñecillos, aros y pulseras de coral, se arrancó por soleares: un bailaror se dió dos *palaitas* con bastante gracia, imitando en el *torilo* las atribuciones y *espantás* del totero medroso. Hubo una pausa. Los tocadores verificaron el temple, las guitarras sonaron con más brío, y por el fondo del *tablaó* apareció la Trianera, envuelta, como en un *capote de paseo*, en su pañolón de Manila, el *ancho* sobre la oreja, el pitillo humeante en la boca. Oles, vivas y aplausos atronadores la saludaron. Por su provocativa belleza, picante gracia, ojos gachones y presumidos andares, a los parroquianos se les antojaba aquella primorosa muñeca la encarnación viviente, no ya de la maja graciosa y brava, sino de la mismísima Andalucía. Taconeando levemente y mirando de soslayo, como si mimase el cadencioso paso de la andaluza, dió dos vueltas al *tablaó*, ejecutando así su especial salida por *alegrías*, que las gentes habían dado en llamar *el paseo de la Pura*. Luego, desde el fondo, se vino sobre el público, acentuando el taconeó, hiriendo las tablas cada vez con más precisión y nervio, y cuando llegó al borde del *tablaó* dió una rapidísima vuelta sobre sí despojándose al propio tiempo del pañolón, el cordobés y el pitillo, y quedó clavada frente al público, en jarras, la cabeza echada soberbiamente hacia atrás, los ojos entornados, provocantes los firmes y menudos pechos, la boca sonriente, húmeda, roja, brindando amores y pecados como una granada abierta su pulpa sanguínea. Estallaron los oles: algunos sombreros rodaron a los pies de la bailadora. Esta cambió brusquemente de expresión y de postura, púsose grave, echó las manos a lo alto en vivo revoloteo y empezó a ondular las caderas de un modo apenas perceptible, mientras los brazos, serpien-

tes tentadoras, dibujaban en el aire graciosos arabescos, perezosas caricias, espasmos eróticos. Parecía ritmar los ruegos y las ansias del amor naciente, sentido por una hembra de Triana. Poco a poco la maja de Goya se desvanecía y surgía la gitana de arrullos de paloma y pron-tos de fiera. En el blanco crudo de la pared, sobre el que, agrandada, se diseñaba vigorosamente la retorcida silueta de la Pura, las curvas de su cuerpo se hacían más voluptuosas, las ondulaciones más lúbricas.

Un cantador, con mucho aparato de gestos y sacudimientos de hombros, cantó:

«Es mi niña
la flor y canela de Andalucía»,

y principiaron los oles, los jaleos y las palmas *encontrás*. La Trianera, sintiendo ya arder su sangre de bailadora con las ansias violentas que leía en los rostros congestionados de los hombres, acentuaba los arrestos y los desplantes, e imprimiéndole con las piernas y las caderas sacudidas y estremecimientos realmente carnales a las faldas de faralaes gitanos y amplia cola, encogía y estiraba el cuerpo elástico; echaba adelante el empeine con impúdico brío al avanzar taconeando; retrapaba el opulento busto, parábase en firme y volvía a comenzar el *pa ta pan, pa ta pan*, obsesante, ora lánguidamente, ora aprisa, en tanto que mimaba con pasmosa virtuosidad, no ya las ansias y los ruegos del divino deseo, sino los ímpetus y los desmayos de la batalla amorosa, subrayando con guiños, sonrisas y gestos la intención de las pa-radas y los contrastes.

Fuera de sí la gente de bronce, prorrumpía en gritos de un entusiasmo mitad libidinoso, mitad matón. Aquel baile, trasunto fiel de la voluptuosidad mora y del orgullo español, les revolvía en los antros más recónditos del alma los instintos oscuros, las levaduras extrañas de abandono e imperio, de dolor y placer, de vida y muerte que fermentan en el fondo de todo erotismo.

Entretanto, el cantador, con voz cada vez más cá-lida y pujante, seguía desgranando su copla:

«Mi compañera, cuando va andando,
rosas y lirios,
rosas y lirios,
rosas y lirios,
rosas y lirios va derramando».

Al concluir la terminaron también los *rasgueos* y dieron principio las *falsetas* y los fililíes de las guitarras, que la bailadora seguía con su pie pulido. El mantón entallado, rojo como el clavel que se mecía en el moño de la Pura, y la boca de nieve y sangre, fascinaban tanto como los primores del pie o el fuego de los ojos de aque-lla flor de Triana.

«Ahora mismo la Pura está diciendo con esas pri-morosas *escobillas* lo que no han sabido decir de España ni los historiadores ni los psicólogos», pensó Cuenca, que la miraba con los ojos entornados, como hacia delante de los lienzos para tamizar la luz y apreciar mejor los co-lores y las líneas. «Esos vuelos del pie expresan la pre-sunción y la gracia de la sevillana, su casuística amoro-sa, su feminismo, su perversidad, su arte de atormentar a los hombres y burlarse de los males», y siguió mirando extasiado, mientras imaginaba un fondo para el baile de la Pura, cáotico, patético, espeluznante, como los cie-los de El Greco, sobre el cual desfilarían, encarnados en figuras ya tétricas, ya rientes, ora límpidas, ora borrosas, los Santiago matamoros, los Quijotes, los Torquemadas, los Don Juanes, los Figaros y los Sanchos de la quimera española.

Y sonó otra vez, más violento, el *loque rasgueao*; las palmas hiciéronse más aturdidoras, el taconeado más vivo y más estridente el *cante*. El baile llegaba al paro-xismo de la locura. Era una agonía rabiosa, un frenesí dionisiaco que se comunicaba a todos los asistentes. Los quiebros de cintura, los golpes de cadera, los desplantes

provocadores, los trezados arabescos de los pies, el aleteo de las manos, arrancaban gritos delirantes en la sala y en el *tablao*. Los acompasados golpes de bastón hacían oscilar las copas; las luces parecían borrachas. Los tocadores golpeaban las cuerdas con las guitarras puestas de punta sobre las roquillas y el cuerpo hecho un epiléptico garabato. Y la Pura seguía el ritmo de la frenética música, pálida, desencajado el rostro, crispados los labios, revueltos los ojos. De repente, adelantándose hacia el público y levantándose las faldas hasta más arriba de las roquillas con un brusco manoteo, se puso en jarras, la cabeza caída hacia atrás como en un desmayo, el cuello estirado, arqueado el pecho, y así permaneció algunos instantes, casi inmóvil de medio cuerpo arriba, mientras los pies ejecutaban un rítmico repique que sólo dejaba descender la blanca pollera poco a poco, como un telón...

El *tablao* quedó literalmente cubierto de sombreros; muchos parroquianos se habían subido sobre las sillas y hasta sobre las mesas, y aplaudían rabiosamente. Uno de ellos gritaba, golpeándose el pecho con los puños cerrados:

— ¡Esto es el acabóse, el disloque, el mediterráneo!...

Paco Quiñones, muy pálido, pero sonriendo, se adelantó hacia la bailadora con una caña de manzanilla, la *refrescó*, arrojando el líquido al aire y recogiendo sin verter una gota, y ofreciósele entre los oles de la concurrencia. La Trianera tornó a *refrescarla* con igual limpieza y más garbo aún, apuró el contenido de un golpe, y al devolverle el vaso, le dijo:

— Gracias, Paco; me daba el corazón que estabas en la sala.

— Vine sólo para verte... y hablar contigo, Puriya.

— ¿Cuándo podrá ser?

— Esta misma noche. En la puerta chica te espero, ¿quieres?

— Choca — contestó ella, tendiéndole la mano.

El último *cuadro* había concluido. Los artistas descendieron del *tablao* y se diseminaron por las mesas de los amigos, ansiando refrescar el seco gaznate. Estaban extenuados. Hasta las bailadoras participaban del entusiasmo general y alababan sin reservas a la Pura.

La superioridad de ésta como artista era tan grande y estaba, como mujer, tan por encima de ellas, que no sentían los escozores de la envidia.

— No cabe más — aseguraban —; es una bailadora de una vez, la sal en rama del baile.

La Pura había desaparecido. No tenía obligación de *alternar* en la sala. Los ojos extraviados del Pitoche en vano la buscaron. Silverio sonreía con toda la cara detrás del mostrador.

En la mesa de Paco el asombro había paralizado las lenguas; nadie acertaba a expresar lo que sentía de otra manera que por medio de breves y cortadas exclamaciones. Pero los rostros resplandecían. Por fin, Cuenca, como resumiendo lo que venía pensando desde media hora atrás, sentenció solemnemente:

— La Pura será la Doctora de Avila del *tablao*.

El novillero apuró una caña y se ensimismó en extrañas imaginaciones. Le parecía que había visto, no a una soberbia bailadora, sino a la mismísima alma de Sevilla con toda su gracia y toda su pasión. Y por las mientes de sus amigos pasaban, confusas y en tropel, ideas semejantes. De pronto, pretextando que iba a meterse entre mantas, despidióse y salió.

El Pitoche vagaba por entre las mesas como un sonámbulo.

III

Paco dió la vuelta a la manzana; en la puertecilla trasera de «El Tronío» se detuvo y esperó. Por la angosta callejuela, tan angosta que abriendo los brazos podían tocarse los muros fronteros, no transitaba ni un alma. Pero entre las flores de algunas rejas brillaban los ojos de las mocitas que, a hurto de los padres, pelaban la pava con los galanes de gorra y blusilla, recostados a los barrotes en presumidas posturas. De algunas ventanas altas salían tenues claridades que alumbraban, de trecho en trecho, los maceteros de las ventanas opuestas; ventanas pequeñas, ventanucos angostos, cuya exigüidad y sordidez disfrazaban los claveles, los geranios, las rosas. Los avances de los balcones, aleros y tejadillos, y los ángulos y traveses de los techados ponían aquí y allá unas pinceladas rembrancescas en las piedras redondas de la calle, cortada por el viejo edificio de la taberna que hacía esquina, donde la macilenta luz de un farolillo alumbraba el siguiente anuncio: «Aquí gustan de lo güeno, como güenos, los güenos». Aquel rincón, con sus barridas albas sobre las negras tintas de los muros, parecía un aguafuerte de Goya. Mirando hacia lo alto percibíase un resazo estrecho de cielo como una bambalina iluminada por detrás. De pronto un hombre salió de la taberna dando traspíes; se apoyó en el muro, quitóse el sombrero, y exclamando «¡Josú, la gran borrachera!», echó a andar haciendo esos.

Al poco llegó la Pura. Paco le tendió las manos.

— ¡Puriya...!

— ¡Paco...!

En el angosto portal se contemplaron algunos instantes sin proferir palabra.

— ¡Pero, chiquiya, qué fina y qué guapa estás!

— ¿Te parece...?

— ¡Vaya...!

— Pues, mira, todo es mío — contestó ella abriendo el mantón y dando una vuelta sobre sí —. ¡Y tú, qué mocetón te has hecho y qué *cañi*! Te estoy viendo y no lo creo. Pero, ¿eres tú mi Paco, el Paco que, de tiempo en tiempo, me prestaba cinco pesetas, sin pedirme na? ¡Ay, qué ganitas tenía de verte!

— Lo mismo yo; continuamente pensaba en ti, Puriya.

— Corriendo por esas tierras de Dios, la única persona que recordaba con gusto eras tú. Fuiste muy bueno para mí cuando pasaba *las morás*, y yo soy muy agradecida, ¿sabes?, pero mucho. En todas partes procuré saber de tu vida. En París me enteré que te habías hecho torero. ¡Torero tú, Paco, y célebre, porque dicen que matas una barbaridad! ¡El sobrino del marqués! ¡Quién lo había de decir!

— Así es el mundo: yo torero y tú la mejor bailaora de España y la *gachí más allá va eso* que han visto estos ojos.

— ¡Embustero...!

— Por estas, que son cruces.

— ¿De veras te gusto tanto? La verdad es que he mejorado bastante. Antes no sabía de moños y de perendengues; ahora sí.

— Déjame que te admire, Puriya — agregó el novillero echándose hacia atrás para examinarla mejor —. Nada, Silverio dijo verdad; ahí andas con la Virgen del Valle.

— No seas guasón, y cuéntame cómo fué eso de dejarte *crecer el pelo*.

— Primero hablemos de ti, ¿quieres que subamos? Arriba podremos estar tranquilos — propuso él ofreciéndole el brazo.

— No puede ser; me esperan.

— ¡Ah...! — exclamó Paco con visible contrariedad.

— ¿A que no sabes dónde? Pues en la freiduría de la tía Curra. Tengo unas ganas locas de comer churros, buñuelos y chorizos envueltos en papel; chorizos de esos que ladran, ¿sabes?

— En ese caso, te dejo.

— ¿Cómo que me dejas?

— ¿No dices que te esperan?...

— Sí... los churros, los buñuelos, los chorizos y el *gachó del arpa*.

— ¿Quién es ese feliz mortal?

— ¿Pues tú, mala sombra! ¿No recuerdas lo que te dije en la misma freiduría la noche antes de irme? «Cuando vuelva, dentro de dos o tres años, a la salida del café donde baile la primera noche, nos vendremos aquí y la correremos solitos los dos, y tú me contarás tus penas y yo las mías».

— Puriya, eres la más salada de las morenas.

— Conque andando... Esta noche convidado yo; prométeme que has de darme gusto en todo.

— Prometido.

Cogidos del brazo, hablando y riendo, abandonaron la oscura callejuela. A la vuelta de la esquina esperaba la manuela o *manola* de Paco, como se dice en Sevilla. El cochero, de *ancho* y sevillana, dormía en el fondo del coche.

— ¿Es Covacha? — preguntó la bailadora —. ¡Verás qué sorpresa le voy a dar!

Y poniéndose junto al farol, de modo que la luz le diera en la cara, gritó:

— ¡Arza, Covacha!

— ¡Josú, la Virgen del Carmen! — exclamó el chulo, asombrado, mirándola.

Y saltó del coche.

— ¡Anda, tumbón, baja la capota, y llévanos a la casa de la tía Curra! — ordenó, riendo, Paco.

Subieron, y el coche arrancó al trote pinturero de las dos jacas jerezanas.

— Paco...

— ¿Qué...?

— ¡Qué bien, pero qué bien estoy ahora mismo...!

El le cogió la mano y se la oprimió dulcemente.

Covacha, sin que hubiera necesidad para ello, y sólo para que las jacas hicieran piernas y lucir él su maestría de automedonte, hacía restallar el látigo a un lado y a otro, arriba y abajo, como si tuviera en las manos los rayos de Júpiter.

— ¡Ay, qué bien huele la Seviya de mi alma! — exclamó la bailadora, respirando con fuerza el aire embalsamado por los penetrantes aromas de azahar y los efluvios olorosos de los patios, las rejas y los balcones —. Este olor trastorna, emborracha — agregó, experimentando un mareo delicioso.

Hacía calor. Los transeúntes llevaban los *anchos* en la nuca o en la mano, y avanzaban hablando a gritos e interpeándose de acera a acera. Algunos canturreaban las sevillanas del Reverte. Muchos iban entre dos luces.

Al pasar el coche frente a los grupos estacionados en las esquinas, llovían los oles y las flores sobre la jacarandosa pareja. Paco sonreía, y la Pura daba las gracias con los ojos. Recorrieron calles amplias, oscuras callejuelas y hasta sombríos callejones. Desde algunas partes alcanzaban a ver la torre mauritana, el alminar de Yakub ben Yasuf, o sea la Giralda, graciosa y presumida como una maja.

— ¡Mírala qué salada, qué garbosa, qué flamenca es! — repetía la Pura.

Iba contenta como colegiala que vuelve del convento a la ciudad natal. Frente a las grandes moles de las iglesias y los edificios públicos hacía detener el coche y miraba extasiada refiriéndole a Paco mil anécdotas de cuando era una *bala perdía*, o de su niñez miserable, pero libre. «En aquel pórtico dormí muchas veces. Allí una viejecita tenía un puesto de castañas y me daba una por cada recado que la hacía. Por aquella calle iba todas las mañanitas a la fábrica». Después callaba. De tiempo en tiempo, Paco la oía murmurar en medio de un hondo suspiro:

— ¡Seviya de mi alma...!

*
* *

En la trastienda de la freiduría, la tía Curra había cubierto la mesa de los clientes privilegiados con un mantel lleno de zurcidos, pero muy limpio, y dispuesto sobre él la cañera, dos platillos de aceitunas *aliñás*, dos botellas de N. P. U., el jerez preferido de Pura, cuchillos y tenedores, amén de un búcaro de las ollerías de Triana, cargado de claveles borrachos; rosas de pitiminí y azules campanillas. La pieza, amueblada pobremente, era muy pequeñita. Tenía dos puertecillas laterales que la ponían en comunicación con la cocina y los dormitorios, y otra, grande, de acceso a la sala. Frente a esa puerta, en la pa-

red del fondo, veíase un ventanillo que caía al patizuelo, cubierto enteramente por la copa lustrosa de un naranjo. Las sillas eran de pino pintado con asiento de enea. Debajo del ventanillo había un sofá, cuyos elásticos crujían dolorosamente a la menor presión. Adornaban las paredes algunos cartelones de las corridas de Pascua y próxima Feria, dos jaulas de canarios, que en las horas de sol colgaban de las ramas del naranjo, y el retrato de la tía Curra y su consorte, entre dos palmas de Ramos, recién bendecidas. Parada sobre una silla, en un ángulo de la pieza, veíase la guitarra.

Cuando la bailadora y el novillero entraron en la trastienda, la tía Curra abandonó la cocina, las hijas el mostrador y las tres vinieron a saludar'os. Ambos eran antiguos parroquianos de la casa, muy frecuentada por gente de coleta, artistas del *tablaó* y señoritos *flamencos*. La tía Curra estaba casada con el *señó* Brageli, antiguo desbravador y chalán de caballos: tenía un hijo corredor de tabacos, muy conocido entre los ganaderos y la torería, y una hija cantadora, lo cual explicaba las vinculaciones de aquella clientela con los amos de la tienda, aparte del gancho de Amparo y Loliya, dos sevillanas feúchas, pero con mucho ángel, que ejercían de peinadoras en las horas hábiles, y ayudaban por las noches a la buñolera en las tareas de la freiduría.

— Pero, Puriya, ¿qué es esto? — exclamaba, llena de alborozo, la zalamera tía Curra —. No parece sino que le has robao la cara a la mismísima soleá... ¡Válgame Dios, y qué parmito y qué trapío! Don Paco, ¿recuerda usted? Yo lo decía a *too* el que quería oírme: «En cuanto esa niña se entere de lo que *aviyela* y lo sepa lucir, va a quitar el sentío». ¡Y acerté, vaya...! Como que tengo aquí dos ojos que son dos ojos, y no dos nueces. Déjame que te vea, Puriya.

— Pero oiga usted, doña Curra, ¿era yo tan fea? — exclamé la bailadora, riendo a carcajadas.

— No; fea nunca lo fuiste; sosilla, sí. Estabas sin cuajar: no sabías componerte, eras poco presumía y las penas te tenían paliducha y seca. Mientrás que ahora eres pura canela fina. Déjame que te bese como cuando eras chiquiyya y te parabas en esa puerta, con una perra gorda en el ojo, pa mostrarme que tenías con qué comprar guñuelos.

Las chicas la besaron también efusivamente, y Loliya, cogiéndole las manos y examinándola de pies a cabeza, le dijo:

— La verdad es que no tienes desperdicio, Pura. No puedes imaginarte cuánto nos hemos alegrao de tu buena suerte. Aquí *toos* te queríamos...

— Eso sí que es *chibén* — afirmó Amparo, despojándola del pesado mantón —. Y siempre creímos que serías una bailaora de punta, la *mejó* del mundo.

— Y lo es; yo soy vieja, he visto mucho y pueo decirlo: bailando no tienes comparación.

— Pero, ¿me habéis visto?

— ¡Digo... cómo que me iba a quedar yo sin ese gusto! A la hora precisa cerramos la tienda y pusimos un letrero en la puerta que decía: «Nos hemos ido a ver a la Trianera. Ya górvemos». Y andandito. Cuando llegamos empezabas tu baile. No había dónde meterse, y te vimos desde la cancela. A mí se me caían las lágrimas, y a éstas, la baba.

— Tu madre sí que no tiene desperdicio, Amparo — exclamó la Pura, dándole a la buena mujer unos cariñosos estrujones —. ¡Ea, bebamos a la salud de todos nosotros! — y ella misma vertió el vino en las cañas, y cogiendo de la batea con una sola mano y mucho estilo cinco de ellas a la vez, las repartió donosamente.

La tía Curra se fué a poco a darle una *vuertecita al pescao*; Amparo y Loliya acudieron a la sala, donde

nuevos parroquianos llamaban impacientes. La Pura y Paco tomaron asiento frente a frente, y al mirarse se echaron a reír sin saber por qué. El torero picó una aceituna con el tenedor y se la alcanzó a la bailadora, ésta la cogió con la boca, rió y dijo:

— Paco, ¿te has enterado que la estamos corriendo?

— Lo veo y me parece sueño.

— Escucha, Paco, nosotros tenemos que ser muy buenos amigos, pero no así como así, sino amigos de veras. Tengo necesidad de que alguien me quiera bien, y a quien yo pueda querer del mismo modo, sin recámara ni trastienda. De líos estoy hasta la coronilla. Ahora sólo quiero trabajar, *pensar* mi baile, vivir tranquila. No; nada de líos. El que me busque por eso lado no encontrará en mí sino colmillos y uñas.

— ¿Tan mala eres?

— Soy como los hombres me han hecho, Paco. Tú sabes las que pasé por ese tío mala sangre. El me perdió, se lo di todo, le fui fiel, no le costé ni una peseta, lo quise más que a las niñas de mis ojos, viví a su lado sin quejarme de los malos tratos que me daba y las marranadas que me hacía, y, a lo mejor, en pago de todo eso, la patá, y a otra cosa. ¡Cuántas lágrimas de sangre, cuántas fatigas de muerte, cuántas noches sin dormir, cuántos días sin comer! Para vivir tuve que hacer lo que hacen las que no quieren morirse de hambre; y pasando *ducos* y tragando saliva, comprendí que el cariño no lleva a ninguna parte, como no sea al hospital; que necesitaba, no corazón, sino *sentío*; no verdad, sino *coba*; no sencillez, sino rumbo y ruido, porque los hombres aprecian sólo lo que relumbra, aunque sea oro falso, y entonces me propuse cambiar de *marcha* y *traérmelas*. Y salí de Sevilla con cinco pesetas y las intenciones de un miura. Bailé en Cádiz, en Jerez, en Málaga. Aprendí algunas cosiyas. Tomé de ésta y de aquélla lo que se prestaba a fundirse con lo mío. *Pensé* mi baile, lo ahondé, como dicen por ahí.

Gasté lo que ganaba en postín y darme pisto, y un buen día me las *guiyé* con un empresario de casinos madrileño que se *chaló* por mí y me lanzó en París, Londres, Moscú, donde me encontré con la Macarrona, ¡habías de ver tú a la Macarrona en Moscú!, y, por último, en Nueva York. Allí conocí al *gachó* que me regaló en una comida, escondidas en dos conchas rellenas de un pescado muy fino, estas perlas que ves aquí. ¡Lo que pasó por mí cuando les metí el diente y *diquelé* lo que eran...! Desde que lucí perlas, los hombres acudieron a mí como las moscas al dulce. Y tuve coches, lacayos y joyas, y tendría ahora un dineral si no me hubiera gustado tanto *verlas venir*, los naipes malditos. Pero, ¿qué quieres?, eso me consolaba del cariñito perdido, porque, te diré, después del Pitoche, no pude querer a nadie. Quizá están en lo cierto quienes aseguran que las gitanas de los gitanos son — concluyó rugando el ceño.

Paco la oía observándola atentamente. Como muchas trianeras, tenía el cabello de color caoba, los ojos verdes claros, y la tez ligeramente cobriza. La nariz, los pómulos algo pronunciados, y la boca delataban la sangre gitana; la frente un tanto bombada y el óvalo murillesco del rostro eran típicamente sevillanos. Distaba mucho la Pura de ser una belleza perfecta, pero el extraordinario fulgor de los ojos engarzados en el sombrío cerco de las pestañas, como dos obsidias en un aro de negro esmalte; el juego gracioso de la boca, que parecía un pimentón partido mostrando las pepitas blancas, y el no sé qué de la expresión, entre voluptuosa y retadora, atraían con fuerza irresistible, prometiéndole a los sentidos, más que al alma, cosas muy dulces. Paco observó que tenía los dientes muy cuidados y las uñas pulidas, y que toda su gracia gitana había sido como pasada por un fino tamiz. Sus ademanes y sus gestos eran más mesurados que antes, su lenguaje menos ordinario, aunque lleno de los giros peculiares y las sabrosas expresiones del pueblo andaluz, y la pronunciación casi perfecta.

— ¿Y esos chorizos, señá Curra? —, gritó de pronto, interrumpiéndose.

— Ya están sartando en el plato — respondió la buena mujer, asomando la cabeza por la puerta de la cocina, de la que salió como un cálido aliento de aceite frito, ajo y azafrán.

Cuando estuvieron los chorizos sobre la mesa la bailadora hundió la nariz en la fuente y aspiró con delicia el olorillo de la vianda recién salida del fuego.

— Se me hace agua la boca; tres años sin probarlos. ¡Han visto ustedes una barbaridad semejante! — y luego, llena la boca, y masticando con ella muy abierta para no quemarse, agregó, volviéndose hacia la tía Curra, que esperaba el dictamen con las manos puestas en las caderas y los ojillos picarescos saliéndosele de la cara: Están de rechupete, vaya una cañita.

— Se me va a subir al moño... ¡José, qué vino! — exclamó la buñolera paladeándolo —. Parece que le entra a uno la mismísima gloria en el cuerpo — luego, secándose la boca con el revés de la mano, volvió a sus anafes y sus sartenes.

Paco abrió el ventanillo del patizuelo, y los aromas del naranjo en flor inundaron la estancia. La Pura, sin cesar de comer, reanudó su charla:

— Así pasé del *tablao* al teatro. Algunos pintores españoles, a quienes serví de modelo en París, Barcelona y Madrid, me enseñaron a vestirme y peinarme para la escena como las majas de rumbo de Goya y Fortuny. ¡Lo que saben esos tíos! El figurín para el traje que vestí anoche me lo dibujó un pintor vasco muy joven, que, a mi modo de ver, les va a quitar los moños a todos. Yo no *chanelaba* mucho entonces de pintura; pero, camará, los lienzos de aquel tío me tiraban de espaldas. Es un chico muy salao y un artista de una vez. Siente y expresa lo andaluz en su pintura, como por instinto lo siento yo

y quisiera expresarlo bailando. Con él hablamos mucho de *cante* y baile, de toros y procesiones. La Andalucía de pandereta lo apesta lo mismo que a mí. Y tiene en muy poca estima a los artistas que la pintan con agua de rosas y jarabe. Es una cosa muy rara, no te lo podría decir. El ve, pintando, los colores que yo bailando veo. Lo andaluz es para él rojo, negro y amarillo; para mí, sangre, pasión y sol embotellado. Cuando bailo pienso que soy no una mujer, sino la misma Seviya: un nazareno, un torero, una macteta de flores, una caña de manzaniya y una *gachí* con navaja. Y venga de ahí.

— Tienes mucha gracia, Puriya — exclamó Paco, riendo —. Nada más lejos de lo andaluz que la Andalucía de cromo. Tu baile habla de la otra, dé la honda, de la Andalucía que lo es todo a la vez: triste y alegre, fanática y descreída, orgullosa y humilde, mística y sensual, pobre y rica. Ayer, justamente, Tabardillo, que tú conoces, y Cuenca, a quien le llaman el pintor de la España negra, hablaban de eso en mi mesa del café. Cuenca, después de verte, dijo que serías la Doctora de Avila del *tablao*.

— ¿Y quién es esa señora?

— ¡Santa Teresa, chiquiyya...!

— ¡Vaya con Dios...!

— Y burla burlando, dijo verdad. Tú quieres manifestar claramente lo que los otros sólo murmuran; tú intentas darle al baile su significación total; expresar, por medio de él, la pasión y el sentimiento del pueblo andaluz; mostrar su alma torturada y gozadora, ulcerada y florida...

— Eso, eso...

— Y sin quererlo, vas a dictar en el arte Reglas y a fundar Ordenes como la Santa en la religión...

— Pero qué bien hablas, Paco... , ni Castelar.

— Repito poco más o menos lo que decía el pintor.

— Ya ardo en deseos de conocerlo. Me lo presentarás, ¿verdad? Con los pintores hago muy buenas migas. Me gusta verlos trabajar y discurrir sobre su arte. La mayoría son chalaos. En el taller del vasco pasaba yo muy buenos ratos. Le serví de modelo para una Carmen que vendió muy bien. Y, ¡qué aprendí poco oyéndolo hablar! Yo no tenía idea siquiera de las majas y las manolas de antes, ni de los bailes antiguos, como el bolero de Antón Boliche, en el que tanto lucía la Caramba; el zorongó, caballo de batalla de la Mariana Márquez; el ole, la zarabanda, el vito, ni sospechaba lo que era arte. Escuchando y mirando sus cuadernos de apuntes y colecciones de retratos, dibujos y estampas, se me ocurrió la idea de trajectar castizamente mis bailes y llevarlos a la escena con el aparato que eso requiere. Así lo hice, y me salió al pelo. Pero yo soy muy ambiciosilla, Paco, y quiero más — confesó mirando al trasluz el sol jerezano —. Quiero hacer de cada baile un cuadro, lo que llaman por allá un *balé*, y de cada *cante* una interpretación coreográfica con su decorado propio y música típica. ¿*Chanelas*...? Imagina lo que sería interpretar bailando el alma de la saeta, mientras desfilan por las calles oscuras de Sevilla los Pasos, los nazarenos, las muchedumbres; mimar la malagueña en un patio andaluz; la soleá, en la cocina de un cortijo; la seguriya en una barraca de gitanos. Calcula lo que podrían ser las decoraciones, los trajes, los bailes y la música. ¡Una cosa tremenda, como dice mi pintor, tremenda! Yo lo veo, ¿sabes?, lo veo como ahora mismo te estoy viendo a ti. Un día de estos te mostraré algo de lo que he pensado para la malagueña. ¡Ay, Paco, si yo pudiera bailar lo que tengo aquí! — concluyó, poniéndose el índice en la mitad de la frente.

— Estás hecha una artistaza, Puriya. ¡Qué fuego, qué pasión, qué fiebre!

— Qué quieres, Paco. «La fuente vieja se ha alborotao». Algún día había de ser; el que tiene un duro, lo cam-

bia. No creas, los del *tablaó* somos grandes artistas, muy grandes, pero con muy poco *pesqui*. No sabemos na de na. Así y todo, algo siempre se inventa. Mira el cariz que está tomando el *cante* y el baile.

— Lo que no comprendo es cómo, acariciando tales propósitos, has vuelto a España y al *tablaó*.

— Pues para refrescar mi baile, empaparme bien del asunto, y pasarlo vivito y coleando del café al teatro. Ya he formado mi cuadrilla; tengo tocaor, bailaor, cantaor. Ahora me falta un músico y un cagatintas que sepa escribir lo que yo piense. En esta vida hay que hacer algo gordo, Paco; tener, como quien dice, una ilusión, un deseo grande, una *chalaúra* cualquiera que te haga andar pa alante. ¡Si vieras cómo son por allá! Todos tienen su *chalaúra*; todos quieren ir lejos, cada cual en lo suyo. Nosotros, no, y por eso nos vamos quedando atrás.

*
* *

Trajeron los dorados buñuelos. Paco ordenó que le sirviesen a Covacha lo que apeteciera. La Pura siguió hablando de sus fantásticos proyectos y él escuchándola realmente asombrado de ver todas las cosas que, al contacto de las gentes extranjeras, habían nacido y bullían en la linda cabecita de la bailadora. Paco, como la generalidad de los andaluces de su condición, no tenía otros propósitos ni otras ambiciones que satisfacer sus gustos y caprichos, y vivir lo más regaladamente posible. Los cálculos prolijos, la actividad reflexiva, no estaban en sus libros. No le faltaba voluntad firme ni los arrestos que piden ciertas empresas; pero le faltaba la aspiración superior, el estímulo del ejemplo, el acicate de la necesidad. Era capaz, en toda cosa, de la *arrancá*, del pronto andaluz, pero no del esfuerzo inteligente y continuado. No se mofaba de los propósitos levantados, pero tampoco

lo tenía en particular estima. Los grandes afanes entraban para él en el dominio de las *guillarduras*. Comprendía y admiraba la vida intensa de yanquis, ingleses y alemanes, pero prefería el dejarse correr sevillano. Había visto las Exposiciones Agrícolas de Inglaterra y Francia, y conocía las excelencias de los ganados y cultivos de los dos países, pero, por amor a la tradición y natural desidia, jamás se le ocurrió, como no se le había ocurrido nunca a su tío, que se podría cambiar el arado de madera por el de hierro, ni las ovejas churras por las lincoln de gran desarrollo y espléndido vellón. Más que el resultado económico, lo que le agradaba en las faenas campesinas era el colorido, el detalle pintoresco, la destreza, la arrogancia. En el fondo, el afán de perfección material y el afebrado ajetreo de las modernas civilizaciones, le parecían grandes absurdos; las inquietudes de los buscadores de oro o de gloria, también. Y, sin embargo, los ambiciosos planes de la bailadora lo avergonzaban un poquitín, porque, indirectamente, le hacían sentir la superficialidad egoísta y la chatura de sus querencias de andaluz. Después de comer los buñuelos encendió un soberbio puro, se echó al colete una caña y, con ese desenfado peculiar de los señoritos de la nobleza, dijo:

— No sólo los del *tablaó*, sino todos los andaluces somos así, Puriya; no sabemos na de na, ni queremos saberlo. Y todo el que nazca en esta tierra bendita, así será. Y, ¿cómo había de ser de otra manera? ¿Qué ejemplo seguir? ¿A quién imitar? ¿A los catalanes? ¿Qué sevillano se cambiaría por un catalán? Por lo demás, nuestra manera de entender la vida es un perpetuo deleite, que en otras partes se busca apasionadamente y cuesta muy caro producir. Luego, ¿por qué habíamos de cambiar? ¿Qué utilidad verdadera podría reportarnos? Aquí, el que bebe una caña de Jerez, bebe y come; el que trabaja, juega; el que sufre, goza; el que llora, canta. Con unas rejas, unos azulejos y unas macetas de flores, logramos obtener el hechizo que buscan, y no siempre logran, las grandes capitales, con la aparatosa ostentación de su trabajo, su

ciencia y su riqueza. Nuestra despreocupación es nuestra miseria y nuestro tesoro. No tenemos voluntad, pero la tiene por nosotros Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Dios no nos da la ciencia, pero nos da la gracia; no sabemos trabajar, pero sabemos divertirnos. Otros fabrican locomotoras; nosotros, castañuelas, y como todos nos encaminamos al sepulcro, sería cosa de averiguar si es mejor hacerlo pasando las de Cain y aprisa, o lenta y alegremente. ¿Crees tú que es más útil y noble crear riquezas que engendrar goces? ¿Que así no se puede vivir? *Infundios*, así vamos viviendo muy guapamente. Cada uno lo suyo. Somos diferentes, pero no inferiores a los demás hombres. Cuando voy en mi jaca montado o le entro a un berrendo corto y con fatigas, no me cambiaría por el rey de la tierra. ¿Que se perderán las colonias?, adelante con los faroles. ¿Que el mundo se hunde?, palmas y luces. Y yo te digo, Puriya, que un pueblo que desprecia el pellejo, el trabajo, la riqueza y el saber, y ama el tronío, la valentía, la gracia y el goce, no está demás en este pícaro mundo. Venga vino y peliyos a la mar.

— ¡Ay, Paco de mis entrañas, qué andaluz eres! — exclamó ella, admirando a su vez.

— Lo que tú intentas está muy bien pensado, es una obra magna que te dará gloria y dinero. Si en algo puedo ayudarte, cuenta conmigo. En cuanto a mí, te diré que si me arrimo y le doy a los toros de patás en los hocicos, como dicen los revisteros, no es por la gloria, sino por el *parné*. Me gusta, sí, que me toquen las palmas; me embriaga el triunfo, me atrae el peligro; pero sin las locuras de mi tío, que Dios tenga en su santa gloria, y la ruina de mi casa, no se me habría ocurrido echarme al redondel. La gloria, ¡psch!, me tiene sin cuidado. La gloria es para mí los buenos vinos, los buenos *puros*, mis caballos, el desahogo de mi casa y mil pesetas siempre en el bolsillo para alternar con quienquiera que sea dondequiera que esté.

— ¡Olé...! Pero dime, Paco, ¿no sientes allá, muy adentro de tí, haber dejado de ser señorito?

— No — contestó él, categóricamente —, antes no era nadie y ahora soy algo. El torero, aparte de ser un artista como cualquier otro, y más noble que los otros, si tú quieres, porque, arriesgando a cada instante la vida, muestra lo que valen el coraje y la inteligencia, lo cual tiene sus bemoles, es una cosa que el instinto de la raza produce, porque alguna necesidad muy grande lo reclama. Somos un pueblo macho y necesitamos emociones fuertes para no caer, para no bastardearnos. Si las viejas virtudes españolas no han muerto ya por falta de empleo, es quizá porque la magia del redondel las galvaniza y conserva. La bizarría y la majeza que no podemos poner en la industria y el comercio, la ponemos en el arte taurino, el más viril y arrogante de todos, arte exclusivamente español como no podía menos de ser siendo el más arrogante y viril, hecho con nuestros nervios y con nuestras entrañas, y por eso el único que les habla al alma a todos los españoles castizos. Lo que el pueblo adora en el ruedo no es lo que dicen los periodistas, sino la gloria del pasado, la bravura, los desplantes donjuanescos, el tronío, el cogote tieso, la sal y la pimienta de la nata. Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que, no pudiendo matar herejes, matamos toros; que la plaza es un trasunto de los quemaderos; las procesiones, la encarnación religiosa de nuestros instintos crueles, el *cante hondo*, un derivativo de nuestra ingénita necesidad de sufrir y hacer sufrir. ¡Papas para canarios! Nosotros hemos inventado las corridas de toros, las cofradías y el arte flamenco porque no teníamos nuevos mundos que conquistar como en la época de los Reyes Católicos. Ni más ni menos, ni menos ni más. Mientras los otros países progresan y se roen el alma con el progreso, y se quemán la sangre para obtener una cantidad de bienes inútiles, nosotros amasamos alegrías y fuerzas que, llegado el momento, nos permitirán volver a ser lo que fuimos. Cuenca asegura que la solución del problema español, el ser españoles o el ser europeos, no es asunto de los políticos ni de los filósofos, sino del pueblo, y que éste va a encontrarla, no en el Palacio Real, ni en los libros, sino en el redondel. Si el po-

derío de Inglaterra ha salido de los campos de *foot-ball* ¿por qué no había de salir el poderío español de las plazas de toros? ¿Crían aquéllos acaso más enjundias y más agallas que éstas? Mira, Puriya, no debemos renegar de lo nuestro; no debemos avergonzarnos de ser tú bailador, yo torero. Yo siento que los dos, siendo lo que somos y haciendo lo que hacemos, estamos muy bien, pero muy que requetebien.

— Paco, tienes la gracia del mundo.

— ¿No te parece cierto lo que digo?

— Vaya que si me parece. En el extranjero siento orgullo de ser sevyana y bailaora. Y entre los hombres que traté, puedo decirte, Paco, que nunca vi ninguno tan salao ni tan *eche usté pa elante* como tú.

El le cogió las mano, púsose repentinamente serio, y, mirándola con los ojos entornados y dilatadas las ventanillas de la nariz, dijo:

— ¿Sabes, Puriya, que te me vas metiendo en el alma?

Ella le miró como si quisiera leerle los pensamientos y hacerle, al mismo tiempo, una dulce reconvención; luego, sus párpados se cerraron lánguidamente, y al volver a abrirlos, murmuró con voz quebrada y cariciosa:

— Paco, quiéreme bien, ¿sabes?, bien, Paco...

El la atrajo hacia sí, y avanzando el cuerpo por encima de la mesa, recostó la cara contra la cara de ella. Así permanecieron algunos instantes, presa los dos de un mareo dulcísimo.

Bebieron; al dejar el vaso en la cañera preguntó la Pura:

— ¿Y cómo has podido cuajarte tan pronto, Paco? Tú fuiste siempre muy templao; dos veces te vi en el cortijo capotear becerros y vacas; pero de eso a ganarse la vida con los toros...

— Pues arrimándome, Puriya. Siempre creí que metiéndose entre los cuernos, el peligro era menor y el lucimiento más grande. Ensayé, y salió lo que yo pensaba. Los toros, de cerca, pueden poco. El busilis está en meterse en su terreno. Allí, donde parece que está la muerte, está la seguridad. En cuanto a lo de matar, siempre lo *traje hecho*. Si entro al volapié lo hago desde muy corto y sin ningún cuarteo, pero cuidando de *empapar* bien el toro en la muleta y *vaciar* mejor; cuando tira el derrote ya estoy yo *fuera de cacho*. Si *recibo*, cito indicándole al toro con el cuerpo la salida, como quien va a dar un quiebro, lo traigo con la cara tapada hasta el estoque y trato de herir cuanto antes. Hasta los bichos más bravos, al sentirse heridos, se *escupen* un poco o derrotan tarde. Yo he *vaciao* muchos toros en el estoque.

— Y, la verdad, Paco, ¿nunca has tenido miedo?

— Miedo de quedar mal, sí; miedo de resultar cogido, no. Si lo pensara, no me arrimaría. Y yo sólo sé torear arrimándome mucho. Si me diera por huir, me cogerían todos los toros— y mostrando la doble hilera de sus dientes anchos, pero regulares y blanquísimos, añadió—: ¿Qué quieres, Puriya?; tengo confianza en mi estrella, además de saber que en el toreo acontece lo que en el amor: el que no teme, domina siempre.

— Y ahora que hablas de amor, ¿qué hay de Pastora?

Una nube de tristeza ensombreció el rostro franco y radiante del novillero.

— Eso se acabó—dijo entre dientes, y quedóse contemplando el humo de su veguero, graciosas espirales de las que, a cierta altura, se desprendían ondulantes arabescos.

— ¡Peliyos a la mar, Paco! — exclamó la Trianera, yendo a sentarse en el sofá —. Ven aquí, a mi lado, y cántame dos coplas.

La tienda ya estaba cerrada. Las chicas se habían recogido. En la cocina, la tía Curra barria, fregaba y lo ponía todo como los chorros del oro, mientras el *señó* Brageli y su hijo, en pie, engullían los últimos buñuelos. Paco cogió la guitarra, como quien toma en los brazos a una mujer y la sienta sobre las rodillas. Después de un preludeo muy afiligranado entró en la selva negra del cante, en la *seguriya* gitana. Las manos pintureras parecían acariciar voluptuosamente el mágico instrumento. Tocaba como con sordina, grave, el ceño ligeramente rugado, la respiración contenida. El rictus doloroso que le crispaba los labios y bajaba y subía los ángulos de la boca, traducía honda y sincera emoción. La Pura, acurrucada junto a él, escuchaba con los ojos entornados. Tan pronto seguía las manos magas que le arrancaban a las cuerdas ayes y sollozos, como admiraba, por entre los ceceos de las pestañas, el machismo y el garbo del tocador. Ambos sentían el gozo de la tristeza, la voluptuosidad de sufrir. Experimentaban, sin pensar en nada fijo y sí en muchas cosas fugaces a la vez, un dulce mareo semejante al del vino, y la lírica pena que ensancha el pecho y aprieta la garganta. Y cuando él en voz baja, redonda y melosa, entonó esta copla:

«Desde que te apartaron
de la vera mía,
me daban *¡acitas e caldo,*
yo no las quería».

metiendo en ella las *ducas* que le andaban por dentro, la Pura cerró del todo los ojos y dulcemente recostó la cabeza en el hombro de Paco. Después dejó oír su *temple*, ronco y acariciador como el arrullo de la paloma, y monoteando el pecho, cantó la famosa copla de la Sarneta:

«Recuerdo cuando puse
contra tu cara la mía
y suspirando te dije:
«Serrano, ya estoy perdía».

Y continuaron lanzando coplas, alternando las seguiriyas con las malagueñas, las soleares y los polos, según la emoción del momento. De cuando en cuando bebían una caña en silencio y luego ella tornaba a su postura y él a su guitarra. Así los sorprendió la aurora.

*
* *

Cuando salieron de la freiduría, el sol radiaba en la ardiente turquesa del cielo. Covacha se paseaba por la acera, levantado el cuello de la americana, las manos hundidas en los bolsillos del abotinado pantalón. Las jacas, habituadas a hacer largas estaciones nocturnas a la puerta de las tabernas, dormitaban con las riendas sueltas sobre los fornidos cogotes, y los riñones cuidadosamente cubiertos por las mantas, dobladas en cuatro.

— Ahora, a San Jacinto — exclamó la Pura —; quiero rezarle una avemaría a la Virgen de la Esperanza. Es una promesa. Luego me llevarás a la Giralda. Tengo unas ansias locas de ver a Seviya toda entera desde lo alto; ansias de respirarla, de beberla, de metérmela en el alma.

— ¡Caprichitos del santo...!

— Tú no sabes lo que es, para una seviyana como yo, estarse tres años fuera de Seviya.

La *manola* avanzó hacia el barrio de Triana. Circulaba muy poca gente. Las fregonas, recogidas las sayas, arremangados los brazos, barrían las aceras; las comadres de patillas acaracoladas y moñete, chismeaban en las esquinas; vendedores de muy diversos artículos, a pie o sentados en las angulosas ancas de los borriquillos morunos, pasaban haciéndoles guiños y diciéndoles *tonterías* a las domésticas que trajinaban en los balcones. Cierta vendedora del alfajores los pregonaba con un canto *garganteado* de lo más fino. Enseñándosele, dijo Paco:

— Ahí tienes a Merengue. ¿No lo conoces? Es un artista del pregón. No grita, canta su mercadería. Pasa todos los días por mi casa, y aunque no se le compran alfajores, los pregonaba cantando, y todo porque Covacha y Gaspacho lo jalean. No busca los cuartos, sino las palmas. Es un hombre.

Después de atravesar el famoso puente de Triana, el espectáculo de las calles se hizo más atractivo, más pintoresco. Como era Domingo de Resurrección, los esparteros, los albardoneros, los remendones, no trabajaban en los soportales de las casas o a la puerta de ellas, ni lucían colgadas de clavos y cordones sus pintorescas mercaderías; pero las calles limpias y blancas, las casitas diminutas como juguetes, las rejas floridas, las persianas verdes, las jaulas de pájaros, los rostros rientes de los chiquillos que por docenas jugaban en medio del arroyo, encantaban los ojos y refrescaban el alma. El coche se detuvo en la puerta lateral de San Jacinto. La Pura se arrodilló frente a la Virgen de la Esperanza, obra no de Ordoñez, como muchos aseguran, ni de Montañés, como afirman otros, sino de algún escultor más moderno, pues sólo así se concibe que tuviera por modelo para tallarla a la mujer de un antiguo lidiador. En el tiempo de Ordoñez y de Montañés no había toreros de profesión. Es la imagen venerada de los trianeros, menos torera, sin embargo, que la saladísimas Virgen del Valle; menos salerosa también que la Macarena, pero más mujer que aquellas dos. Sus ojos lloran de verdad, sus labios tiemblan, su fisonomía se crispa de dolor, no por el divino esposo, sino por el esposo de carne y hueso que le han traído de la plaza con el corazón roto de una tremenda cornada. La bailadora sabía mucha gramática parda, pero muy poco catecismo; no creía en los curas; nunca había asistido, ni aun de niña, a una misa completa; los Divinos Oficios y los Dogmas de la Iglesia le parecían pamemas...; pero tenía por la Virgen de la Hermandad de los Marineros una especie de supersticiosa adoración, en la que entraban como com-

ponentes principales, si no únicos, su esperanza de mujer ignorante y su amor propio de trianera. Con los ojos llenos de místicas lumbres y el rostro como iluminado por dentro, contemplaba extática a la Divina Señora. Oraba a su modo, sin plegarias hechas, sin oraciones aprendidas, mostrándole a la Virgen el alma desnuda y pidiéndole sin sutiles artificios, como a una madre bondadosa, perdón y amparo. Paco la miraba con amorosa delectación, comparando, sin querer, los ojos claros de la bailadora con los negros de la Virgen.

A la salida de la iglesia, ella, colgándose del brazo del torero, exclamó:

— ¡Ay, Paco, no puedes figurarte lo contenta que estoy! Es una cosa rara: me parece que acabo de nacer.

Y luego, camino de la Giralda, muy arrimadita a él, agregó:

— Le he pedido a la Virgen por ti y por mí, y la muy simpaticonaza me sonreía.

— ¡Ay, Puriya, Puriya! — exclamó Paco —, siento que te voy a querer una barbaridad.

— Y yo siento — repuso ella — que te voy a dar lo que a nadie di.

— ¿Qué es ello, Puriya?

Mirándole con los ojos agrandados y como húmedos de rocío, contestó ella gravemente:

— El alma, Paco...

Frente a la gótica mole de la catedral, levantada con el soberbio ánimo de que las edades futuras tuvieran por locos a los autores de tamaña empresa, se imaginaron que estaban al pie de una montaña toda entera tallada como una piedra preciosa; mas, presto sus miradas se prendieron a la torre galana y ascendieron por ella, deleitándose en la contemplación de los balconillos de

mármol, graciosos ajimeces y ajaracados atauriques que la adornan y le ponen como una salerosa mantilla de maja. Luego, cogidos del brazo y de un tirón, subieron hasta la plataforma del último cuerpo grecorromano, embibiéndose allí en la contemplación del apretado caserío de la capital andaluza con sus callejuelas tortuosas, vetustos alminares, conventos sombríos, jardines risueños y lejanías y horizontes que le cantan al espíritu una evocadora canción. Llena de infantil alborozo indicaba la Pura, con el brazo tendido, los edificios, los lugares y los panoramas que iba reconociendo:

— ¡Mira, Paco, los Alcázares, tan pobres y ceñudos por fuera, tan ricos y risueños por dentro! ¡La Lonja, reservada, adusta, sin adornos, como una viuda vestida a la inglesa; la Fábrica de Tabacos, donde estuve dos años tragando polvo, y allí, San Telmo, con su soberbia portada, que le va al edificio como a la cabeza de las mozas la rumbosa peña! ¡Mira, mira el puente de Triana! ¡Ay qué bonito!... y los borriquiyos que van y vienen cargados de todo. ¡Ellos son los que hacen y deshacen a Seviya! ¡Pobreciyos, tan duros, tan pacientes! Desde ese puente, más de una vez, cuando anduve pasando hambre y fatigas, pensé tirarme al río. Y, ¿a que no sabes por qué no lo hice? Pues porque comprendía que te tiraba, y que algún día... Mira la torre de Santa Ana, el rojo frontis de San Jacinto, rojo de vergüenza de verse tan feo, y allá lejos los pueblecitos de Coria, Gelves, San Juan de Aznalfarache, Castilleja de la Cuesta, Camas y, a la derecha, Santiponce...

— Es verdad que me tirabas — interrumpió Paco, pasándole el brazo por la cintura — ; pero no lo sabía. Cuando te fuiste de Seviya lo supe. Me faltaba algo, andaba como sin sombra, y si cogía la guitarra y cantaba, era pensando en ti.

La bailadora respiró una gran bocanada de aire y cerrando los ojos, murmuró:

— ¡Ay, Paco, qué bien se viaja en primera!...

— Te quiero Puriya — exclamó él oprimiéndola dulcemente.

— Yo también a ti, Paco — suspiró la moza.

Luego abriendo los ojos, y como poseída por súbita inspiración no ajena, quizá, al N. P. U. que habían bebido, agregó parpadeando mucho:

— ¡Tú torero célebre, yo bailadora de rumbo! Seviya es nuestra, Paquiyo. Tendida ahí nos abre los brazos. Vamos a conquistarla, a hacerla vibrar como una cuerda de violín, a quitarle las mordazas que no la dejan decir lo que quiere, a embriagarla y a emborracharnos con los propios zumos de ella. ¡Ay, Paco de mis entrañas, qué cosas te diría ahora mismo si supiera hablar y supiera lo que sabes tú de los sucesos de otras épocas! Lo que dice ese Alcázar, ese Archivo de Indias, esa Torre del Oro, esos alminares de las antiguas mezquitas, esta catedral famosa, que encierra tesoros, ese caserío de gente pobre y de pelo en pecho, aquellas dehesas amariyas donde pacen los toros bravos y aqueyas huertas siempre verdes, donde se dan los naranjos y los limoneros.

— ¡Tierra rica y tierra pobre; tierra alegre y tierra triste; tierra de hechizos incomparables y de realidades sórdidas! — añadió Paco, vibrando a su vez—. Mirándola contigo desde estas alturas la veo como nunca la vi, Puriya. ¡Cuántas cosas, cuántas cosas...!; los Sultanes, los Reyes, los Conquistadores, los majos, los claveles, los toreros, la manzaniya, las soleares, Don Pedro, Don Juan... Aquí oró Colón, allí murió Hernán Cortés, más allá está enterrado Guzmán el Bueno, en aquel sitio escribió Cervantes «El Quijote», en aquel otro habitó Santa Teresa. ¡Vaya canela y venga gloria! En Seviya todo es así, todo habla al alma y a los sentidos, todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace de él un maravilloso Cristo, que el pueblo reconoce y llama por su nombre: el «Cachorro»; las niñas ponen unas macetas y unas

jaulas en los balcones, y, como por arte de magia, truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos: el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas quejumbrosas, las procesiones trágicas, los *tablaos* dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y del salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos ese que ves ahí: la plaza de Toros, el redondel divino. Míralo: la arena amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un crisol donde se funden y aparecen, limpias de escorias, las broncas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo en el cual los españoles nos vemos como quisiéramos ser, como fueron los Grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros... Dentro de algunos días me verás ahí jugando con la muerte, mostrándoles a catorce mil espectadores la hermosura del valor. Tienes razón, Puriya: Seviya nos tiende los brazos; vamos a conquistarla. A tu lado me acometen ímpetus de hacer cosas grandes, barbaridades gordas. Tú también eres un embrujo, Puriya.

— Hagámoslas, Paco.

— Hagámoslas, Puriya, y la primera será querernos una barbaridad.

Esparciendo la mirada en derredor, exclamó la bailadora con el pecho agitado y los ojos llenos de lágrimas:

— ¡Paco de mi vida! ¡Seviya de mi alma...!

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^a
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

IV

El recinto formado por el hueco del *tablaó* y el muro del corredor que pasaba por detrás del tinglado y conducía a las dependencias del café, lo llamaban ora la saleta de los artistas, porque allí se reunían éstos antes de dar comienzo el primer *cuadro*, ora el dormitorio de las brujas, porque en él se refugiaban las mamás que acompañaban a sus hijas, bailadoras o cantadoras, al café y les servían de dueñas y criadas. El Pitoche, con la cabeza caída sobre el pecho, se paseaba por el corredor. No había podido hablarle a la Pura la noche del estreno. Mientras bailaba, no lo miró ni una sola vez; parecía no haberse dado cuenta siquiera que él, su antiguo *gachó*, estaba allí haciéndole palmas y jaleándola, y eso lo mortificaba grandemente. Su amor propio de hombre favorecido por las hembras y habituado a que, como artista, sus colegas le rindieran parias, sufría de aquella falta de consideración y acatamiento, sobre todo por venir de la que fué, más que manceba, una cosa suya, algo así como un utensilio de su uso privado. La aparición de la Trianera, toda enojada y resplandeciente de hermosura, le produjo la impresión de un recio golpe en mitad del pecho. Quedóse suspenso, alelado, contemplándola sin creer casi lo que sus ojos veían. Luego el arte y el éxito de la bailadora concluyeron de deslumbrarlo y removerle en los pliegues más recónditos del alma los rescoldos del viejo amor, los légameos del antiguo cariño, fangal que de nuevo daba flores, metiéndole en el corazón, además, con el desvío, desazones y reconcomios que el Pitoche no conocía.

Esa noche bailarían la Pura en el primer cuadro y en el último; debía, pues, llegar temprano. El Pitoche la esperaba fumando ávidamente cigarrillo tras cigarrillo, arqueadas las cejas, sombrías, como envueltas en crepones las miradas, desencajado el rostro negro y cenefío. Un sofá de crin, una vieja mesa redonda de caoba enchapada y varias sillas pintadas de verde con florecillas rojas amueblaban la saleta. Clavados sobre uno de los tabiques del tinglado, que era de madera sin cepillar, veíanse numerosas fotografías de artistas flamencos antiguos, algunos de ellos desaparecidos ya, como los bailarines Perrendengue y Miracielo, los célebres cantadores Curro Pablas y el Canario, muertos a manos airadas, y el no menos célebre tocador Paquirriqui, fallecido en el *Saladero*; otros de aquellos personajes vivían enterrados en los hospitales, los manicomios o los presidios, epílogo frecuente de la vida pícara, y los más arrastraban una existencia miserable, después de haber conocido la abundancia y el triunfo. El amor a la juerga, la imprevisión y la carencia absoluta de las cualidades que reclama la lucha económica, traían irremisiblemente para todos el mismo y triste fin. Ornaban el tabique opuesto los retratos de los artistas modernos que habían pasado por «El Tronío», entre los que figuraban, rodeando a Silverio, rey de las seguiriyas y dueño del café, el Breva, Chacón, Ioco Mateo, Chato de Jerez, Fosforito y también algunas cantadoras de fuste, como la dulce Conchilla la Peñaranda, la bravía Andonda, la arrebatada Sarneta.

El Pitoche se detenía frente a ciertos retratos, los miraba un instante, como interrogándolos, y tornaba a sus paseos. Cuando oyó la voz de la Pura, que entraba conversando con la doméstica, le dió un vuelco el corazón: «¡Mardita sea mi arma! ¡A que se me va a trabar la lengua!», se dijo, saliéndole al encuentro mientras trataba de recordar las chuscadas que tenía pensado decirle para hacerla reír y desarmarla.

EL EMBRUJO DE SEVILLA

— ¡Hola, Pureta! Benditos sean los ojos que te ven tan guapa, tan salerosa, tan... — y se interrumpió, porque la mirada glacial de ella lo hizo como caer de las nubes. Cambiando de tono pudo añadir tartamudeando —: Quería saludarte, darte la bienvenida.

— Gracias; me alegro de verte bueno — contestó la bailadora sin detenerse, y siguió adelante entrando luego en el camarín que le habían destinado.

Ninguno de los artistas gozaba de ese inusitado privilegio. Frente al espejo que había en la saleta, un espejo de luna empañada y marco de concha, se arreglaban el peinado y ponían polvos las mujeres, y esa era toda la compostura de que habían menester, porque no usaban adobos, cebillos ni colorettes, y venían de la calle ya vestidas, disimulando con el mantón la pollera de amplia cola y jacarandosos faralaes. Los hombres, aunque presumidos, no se miraban al espejo siquiera.

«Me ha despreciao», se dijo el Pitoche, y rumiando su despecho fué a sentarse en el sofá, frente al camarín de la bailadora. La puerta había quedado a medio cerrar, y los ojos del cantador recorrieron atónitos los muros de la alcoba, recién encalados y ornados con grandes carteles en colores de la Pura, panderetas pintadas y rumbosos mantones de manila. En medio del lienzo de pared que divisaba veíase una *psique* de tres lunas, entre un diván muy bajo, cubierto de muelles almohadones y un tocador muy cuco con neceser de plata. Sobre el pequeño mueble, dos búcaros de cristal tallado contenían claveles y rosas. La Pura sentóse frente a la mesilla y empezó a pulirse las uñas, mientras la criada disponía sobre el diván el traje de raso amarillo y negros madroños y la mantilla blanca que iba a lucir la bailadora en las sevillanas del primer cuadro.

El Ñaño, vestido de *moños*, entró y la saludó respetuosamente. Ella lo examinó de pies a cabeza, hizo que se pusiera el calañés, que el bailarín traía envuelto en un periódico, y le dijo:

— Bien está, Nañe; anoche parece que ha quedado usted como las propias rosas; hoy bailando conmigo, hay que echar el resto. Sonría usted una miajita, haga hablar los ojos y la boca; de otra manera, aunque las manos y los pies vuelen, el baile resulta desaborido, *patoso*... No olvide usted decirles a los de la guitarra que me toquen las sevillanas del Reverte, y que haya arreglo y animación.

Después de salir el Nañe cerróse la puerta. El Pitoche oyó que echaban el cerrojo y corrían las cortinas. El lujo, los hábitos señoriles y el refinamiento de la Pura lo despampanaban y ponían receloso. Parecía que todo aquello la colocaba fuera de su alcance, que ahondaba el foso cavado entre ella y él por los caprichos de la fortuna. El considerarse inferior a la bailadora le hacía mucho daño, lo descorazonaba y encorajinaba a la vez. Costábale creer que aquella *gachí* de tronío, que aquella hembra soberbiosa y sacudida fuese la misma Pureta, dócil y humilde, que él deshonoró primero y arrojó al arroyo después como una bota usada. Pesábale su inicuo proceder, no porque se arrepintiera y le doliese el mal que le había hecho a ella, sino por el daño que, sólo con desdenarlo, podía hacerle ella a él. Sin darse cuenta cabal del caso, le concedía el supremo poder de hacerlo sufrir, y sin darse cuenta, también, adoptaba la actitud sumisa del creyente ante el ídolo que obra milagros. «Pero vamos a a ver — preguntóse fastidiado — : ¿estoy yo chalao por esa niña *infundiosa*? ¿Qué ha pasao, Pitoche, qué ha pasao? Ayer no la camelaba ni me acordaba del santo de su nombre. La tenía mismamente borrá de la memoria, y hoy... me trae de cabeza. Tiene gracia, hombre». Y recordó la torpísima historia de su lío con la Pura, los malos tratos que le daba y las granujadas que le hacía. Con todas, por temperamento y por escuela, fué el Pitoche inconstante y duro. Creía, y así estaba escrito en el evangelio del maño, que se era tanto más hombre cuanto más se hacía sufrir a las mujeres, y que éstas querían más al que más tormento les daba. Su especialí-

sima idiosincrasia de gitano le permitía ser, sin esfuerzo alguno, insensible y descastado en materia de amores, y derrochar sentimiento y pasión en su *cante*, compues-to, como él decía, de *peniyas hondas*. Cuando amaba era cruel; cuando cantaba, ternísimo. Llamábase José Ulloa como el famoso gitano de quien descendía, conocido más generalmente por el sobrenombre de Tragabuches, matador de toros primero y después bandolero de la famosa cuadrilla de los Niños de Ecija, un mozo rudo, que al sorprender a su esposa, bellísima cantadora, en brazos del sacristán del pueblo, llamado Pepe el Listillo, degolló a éste y arrojó por el balcón a la infiel, enterándose luego para siempre en las broncas soledades de la sierra. Aquella sañuda venganza prestábale cierto timbre y fuste de sombría grandeza al nombre del cantador, y era como un abolengo de pasión y sangre del cual se enorgullecía él no poco. Entre su repertorio de coplas figuraba ésta, atribuída al terrible Tragabuches:

«Una mujer fué la causa
de mi perdición primera.
No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga».

Y tanto la cantó, y tanto le chupó el tuétano, que hubo de parecerle más que copla populachera, versículo del Evangelio.

El pico de gas que tenía enfrente le ponía al cantador una máscara de cobre y acentuaba la expresión exótica, el gitanismo de su rostro, adobado y buído por la sensualidad y el alcohol. De perfil, con la boca entreabierto y los párpados caídos, aquella expresión tornábase crapulosa y estúpida. A pesar de ello, los ojos negrísimos y aterciopelados, y la sonrisa de *niño perdido*, atraían como imanes las miradas de las *gachís*. Tan absorbido estaba el Pitoche, que no echó de ver la llegada de Curro Argüello. Este lo contempló algunos instantes, siguió la mirada dormida del cantador, y en pun-

tillas fué a sentarse a su lado. Existía entre ambos una de esas sombrías rivalidades que sólo se ven en los *tablaos* y que degeneran comúnmente en odio feroz. Frisaba Argüello en los cuarenta, y sentía decrecer sus facultades. El público lo aplaudía menos; pasaban noches y más noches sin que la gente alegre y adinerada se lo llevase de juerga. En cambio, no podía ir a Eritaña, ni a casa de Juanito Castanedo, ni al Pasaje de la Magdalena, sin oír en alguno de los gabinetes la voz de su rival. A éste, como a él antaño, todos lo traían en palmitas: los señoritos, la torería, los mozos juncales. Lo que más le envenenaba la sangre era el constatar que los admiradores incondicionales que tenía, los que hasta allí habían preferido su *cante* al de cualquier otro cantador, abandonar sus filas y fueran a engrosar las del Pitoche. Y se pasaba la vida vendiéndole amistad e invitándolo a beber para quebrarle la garganta y vencerlo, si no con la voz, con el aguardiente. Era jerezano, alto, fornido y bien plantado. Se las daba de valiente; en sus mocedades había *enfriado* a un prójimo en buena ley; presumía de rumboso, calavera y afortunado en amores, y caminaba con mucho braceo y ciertas pausas en el andar, que eran como adornos o estaciones para lucir el cuerpo. El amor propio exagerado y el carácter violento lo tenían siempre dispuesto a reñir por quitame allá esas pajas. Cuando montaba en cólera se le escondían los ojillos, redondos y negros, y le salían de la boca, desmesuradamente abierta y crispada, al modo de los mascarones trágicos, una retahíla de blasfemias y soeces juramentos, en los que salían a relucir Dios, la Virgen, los ángeles, el copón y la hostia *consagrá*, con el consiguiente rosario de ajos, cebollas y coles.

— ¿Conque... — exclamó de repente Argüello pegándole una palmada en el muslo a su colega — a ti también te ha *dao* el opio la niña de los perendengues?

— ¿De qué niña hablas? — respondió el Pitoche, fingiendo sorpresa.

— ¿De quién ha de ser, *asaúra*, sino de esa que está ahí embretá?

— Pues, mira, pensaba en eya como en el gayo de la Pasión. Me estaba durmiendo.

— Con los ojos abiertos y puestos en aquella puercecita, ¿verdad?

— Bueno, ¿y qué?

— Que te apures, vas a llegar tarde: otro gavilán la ronda, y ése no se anda con chicas, que les entra a las mujeres como a los toros, corto y por derecho —. Y acercándose más a Pitoche, agregó —: Esta mañana, al volver a casa, la vi pasar en coche con el señorito Paco, ¿estás?

El corazón del Pitoche empezó a latir precipitadamente. El otro continuó:

— Iban muy amelonaditos y con cara de haberla corrió. Si te lo cuento es porque los hombres nos debemos esas consecuencias. Hoy por ti, mañana por mí.

— Se agradece — contestó el Pitoche, haciendo alarde de desparpajo para disimular su turbación —; pero no hay caso. ¿Crees que soy como los perros, que güerven a comer lo que han gomitao? Antes, que me parta un rayo. Tú no me has mirao la cara Argüeyo. La Pura me gusta muchísimo como bailaora; como mujer, ni esto: no me dice na. No es a este fraile a quien va a deslumbrar la muy pamplinosa con los *briyos*, los humos y el postín. Luego, está tan subía, que para hablarle hay que ponerse la banda de general.

— Ya se ve; *javiyela tanta guita*...! Vaya unas arracás de diamantes, unos brazaletes, y unas sortijas que lucía anoche. Lo menos llevaba encima cincuenta mil duros en *briyos*. Y que no eran *jojana*, que relampagueaban como soles. Si se dejase camelar, cómo te ibas a poner el buche, Pitoche. ¿Pudiste hablarle?

—Le di hace un instante la bienvenida, como era mi obligación. Cambiamos sólo dos palabras, y *finiquitriculis*. Fuera del *tablao*, no volveré a decirle por ahí te pudras.

—Allá tú, Pitoche. Yo sólo quería ponerte al tanto, cumplir contigo. ¿Y será verdad que le pagan veinte duros?

—Más verdad que el Evangelio.

—Y a nosotros veinte roñosas pesetas. Mira tú lo que es tener la cara bonita y buenos trapos. ¡Malas puñalás me peguen! ¿Por qué no habré yo nacido mujé?

—Desde hoy gano yo cinco duros — interrumpió el Pitoche, respirando orgullo y suficiencia —. Pedí aumento y me lo dieron... por la cuenta que les tiene.

Argüello, pensando que él también lo había pedido, aunque infructuosamente, enrojació de ira y despecho.

*
* *

Unos tras otros fueron llegando los demás artistas. Las mamás de las mozas traían al brazo una canasta con la ensalada de pimientos y los condumios que acostumbraban a comer de madrugada sus hijas cuando no había invite en el café. Las humildes viejecillas, mientras aquéllas bailaban, cantaban o se juergaban, dormían apiñadas en el sofá, las bocas abiertas, los brazos caídos, las cabezas volcadas sobre los hombros o el pecho, como unos pobres peles desarticulados y rotos. Alguna de ellas había pertenecido al *tablao* y conocido las embriagueces del triunfo y del amor; otras habían pasado por la Fábrica de Tabacos y por muchos oficios antes de caer en la miseria total; las más sufrían, sin quejarse, las consecuencias del egoísmo y la in-

temperancia de los hombres, «que se bebían los cuartos ganados por ellas sudando tinta, y daban, en cambio, *gofetás* de cueyo vuelto».

Las mozas cambiaron los rebozos por los mantones de rumbo y se fueron a la sala. Los hombres las siguieron. Iba a empezar el primer *cuadro*. Como la noche anterior, el café rebosaba de gente. Cuenca y Pepe Míguez ocupaban la mesa de Paco. Este y Tabardillo, después de la corrida de esa tarde, habían tomado el tren para Barcelona, donde tenían que torear. Cuenca había bebido algunas cañas y estaba muy verboso y más parabolano que de costumbre. Hablaba de las grandezas y las miserias de España, del renuevo espiritual de los países que habían exhumado a Platón, del Renacimiento italiano, de la tradición castiza y del arte popular, relacionado todo, naturalmente, con los vastos planes que acariciaba. Se proponía, volviendo a los procedimientos clásicos, revolucionar la pintura, y por medio de la pintura, la política, la mentalidad, las costumbres y, en fin, la vida española. Para él no había pintor más grande que El Greco y luego, entre los modernos, Goya. De los dos procedía directamente su pintura realista y mística a la vez, plástica y literaria al mismo tiempo; pintura extraña, inquietante, tenebrosamente caricatural y acerbamente crítica, que los Jurados de las Exposiciones rechazaban y el público no comprendía. Vendía poco y mal. Los grandes lienzos de la serie «España» se iban amontonando en la abandonada cochera que Paco le había cedido en un momento de apreturas pecuniarias, y donde el pintor se instaló definitivamente. Allí vivía con sus lienzos como el hidalgo manchego con sus libros. Paco, Míguez y Tabardillo pasaban con él muchas tardes viéndolo pintar u oyéndolo discutir, y, a veces, le servían de modelo. La luz entraba por dos ventanas que caían a la calle y dos anchas puertas de tableros que daban al patio de la cuadra. Cuando el sol declinaba y el ruinoso recinto se entenebreecía, los personajes de los lienzos, hidalgos engolados y pordioseros

astrosos, pintiparadas marquesas y procaces majas, gentiles caballeros y gentes maleantes de toda laya; toreros, manolas, chulas, guapos, gitanos, chalanes, hampones, se alargaban, se movían y cobraban la fantástica existencia de los engendros de la noche. En aquellas telas, semejantes por lo caótico y dramático de la composición a las aguafuertes de Goya, predominaban los blancos cadavéricos de Zurbarán, los negros sordos de Velázquez, los rojos vinosos de Ribera, los amarillos lívidos y las tintas violáceas de El Greco. Tanto en su técnica pictórica como en el procedimiento psicológico, Cuenca huía de las modas, de lo accesorio, de lo contingente, y buscaba lo sintético del arte y de la tradición. Del individuo le interesaba lo típico, lo que él llamaba el *drama* y el *enigma* de cada alma de las formas, el espíritu; del detalle costumbrista, lo que era revelador de la raza. Mofábase del impresionismo, del *plein air*, del ambiente, del colorido, y pintaba como un clásico, siendo, de cierta manera, moderno hasta la médula de los huesos.

«Yo sería un hombre de otra edad — aseguraba —, un místico, un teólogo, un inquisidor, un fósil, como casi todos los españoles, si el concepto épico que tengo de la realidad económica y el gusto de la acción no me reconciliase con el industrialismo, el mercantilismo y demás yerbas de nuestra edad materializada. . . , que tiene más enjundia anímica de lo que generalmente se cree. Eso me salva de hundirme hasta la coronilla en el quijotismo y también en el sanchopancismo de mi raza, negadora de la cultura europea y emperrada en conservarse cerril y mostrenca, y me convierte de horno apagado que como español soy, en hoguera cuyo combustible es la leña seca del espíritu reaccionario, y el fuego, el amor de la vida, que siempre es instinto de dominio, progreso, creación, y, por tanto, fuerza y gozo».

Estas teorías y otras más complejas y avanzadas que el pintor se había fabricado y fabricaba diariamente para su uso particular, no le impedían ser muy tradicio-

nalista, muy andaluz y muy amante de las cosas de su tierra, sin excluir la Inquisición, que, no siendo católico, defendía, por haber producido, según él, almas grandes y mantenido incomunicada del pensamiento europeo en descomposición a la mística española, «fuente adonde irían a beber las generaciones venideras el agua pura del renacimiento espiritual». Por un orden de ideas singularísimo, extravagante, pero no desprovisto de miga, este renacimiento no le parecía incompatible, en lo esencial, con el mercantilismo y las doctrinas filosóficas que salían de los laboratorios, de las escuelas era él grande admirador.

Símbolo de la pintura y la filosofía de Cuenca era el «Don Quijote y Sancho», tela de grandes dimensiones, que ocupaba por entero una pared del taller. En ella aparecían, dibujados con singular firmeza y pintados téticamente, el más quijotesco de los Quijotes, el más sanchopancesco de los Sanchos, el más rocín de los Rocinantes y el más pollino de los asnos. Hidalgo asceta y sensualista escudero, rocín patético y humilde borriquito aléjanse mustios y melancólicos de la grandiosa urbe, que se levanta resplandeciente en el horizonte, y se internan en las yermas soledades de la Mancha. . . Don Quijote se adelanta con los ojos fijos en las desoladas lejanías de la tierra sórdida y áspera, donde ya no hay gigantes que embestir, ejércitos que vencer ni galeotes que libertar. Sancho vuelve la cabeza y mira tristemente la encantada ciudad, manadero y emporio de los bienes y goces que tanto apetece. Y aquello parece decir, en medio de un ventarrón que golpea la faz: «la nobleza y reciura de la raza es la misma; lo que falta es la materia de la grande empresa que sólo creemos digna de nosotros. El sonambulismo español, después de haber engendrado ilusiones fecundas y durables, no acierta a detenerse y hacer posada en la moderna aventura del trabajo, cosa fútil y huidiza, y, desdeñoso, vuelve hacia atrás, se hunde en sí, se aferra tozudamente a lo que lué. En torno suyo todo es tristeza y desolación. El

sol que no se ocultaba nunca en los dominios de Castilla, se ha extinguido; ninguna estrella polar alumbra en el cielo manchado de trágicos nubarrones; los pueblos dormidos ignoran que la consigna de la civilización es producir o perecer... y van pereciendo. Pero el andante caballero no se arredra y busca. ¿Qué busca? Una nueva locura, una nueva ilusión, otra Dulcinea que lo incite a convertir los males en esperanzas y lo empuje a bregar otra vez, como él lo entiende, por la libertad, la justicia y el amor».

La tela había sido rechazada en la Exposición anual de Madrid y exhibida luego, en son de protesta, en un escaparate de la calle Alcalá, contra el cual el pueblo, indignado, disparó algunas docenas de tomates. Los periodistas tacharon a Cuenca de antipatriota; los críticos dijeron que cubría sus lienzos de betún y bermeillon, a fin de que parecieran algo; mas aquel escándalo mayúsculo sacó al pintor de la oscuridad e hizo que los espíritus independientes empezaran a descubrir en las obras del artista sevillano algo gordo, una fuerza caótica que entraba en el arte y la cultura de España como un ciclón.

En algunas mesas se discutía a gritos. Las interjecciones tonitruantes y los juramentos estallaban como cohetes. La exaltación y la efervescencia de la plaza corrían las calles de Sevilla entera e invadían los cafés. En la discusión los rostros se congestionaban, los ojos tenían fulgores de navajas, las manos les retorcían el cuello a las palabras. A veces, no se sabía bien si las gentes bromeaban o reñían. Diríase comúnmente esto último si, de tiempo en tiempo, una ocurrencia, una salida graciosa, una pulla, que iba rodando de mesa en mesa, no los hiciera reír a todos a mandíbula batiente. Cuenca, forzando la voz para hacerse oír de su amigo, dijo:

— La verdadera psicología del alma española la han hecho los maestros del pincel, y asimismo los maestros de la pluma, que con la novela picaresca más hondo pe-

netraron en la entraña del pueblo. Si Cervantes picó más alto que los otros, fué porque a fuerza de sorberle el tuétano a lo propio e íntimo nuestro, reveló, no ya la locura española, sino la locura universal. El Don Quijote es la visión más profunda y completa que un artista haya tenido de la condición humana, de esa condición miserable y divina al mismo tiempo que nos hace vivir engendrando espejismos, fantasmas y fuegos fatuos, tras los cuales, desatentados, corremos. Pero de ahí, y eso no lo dijo Cervantes, nos viene nuestro mal y nuestro bien: las ilusiones nos llenan de desencantos... y de esperanzas; nos extravían... y nos llevan a encontrar mil ocultos caminos; nos enloquecen... y nos hacen darle a la existencia una finalidad razonada que, sin la locura del hombre, la existencia no tendría. Sí, Pepe; lo que le da sentido a la vida y legitima las aspiraciones superiores de la Humanidad es la locura incurable del hombre. Algo de esta concepción, que es mía, que me pertenece y que es muy profunda, aunque me esté mal el decirlo, la he puesto yo en mis cuadros. ¿Cómo los críticos se han arreglado para no verlo? ¿Cómo las gentes han podido no sentirlo? Es el colmo de la ceguera y la estupidez. Y aquella concepción trae aparejada una manera nueva de encarar el problema del arte y de la cultura. ¿Cuál es nuestra locura y en qué concurre y en qué no concurre a los bienes que persigue la locura universal? He ahí el verdadero problema español y el tema que debemos sensibilizar los poetas y los artistas españoles, y para ello hay que empezar por hundir el bisturí en lo genuinamente nuestro: los tipos, las costumbres y los sentimientos populares. Los que quieran palpar el alma de Sevilla sin la plaza, el *tablaó* y las procesiones, no saben lo que se pescan.

Pepe Míguez torció la conversación hacia los males de España, cosa que insensiblemente los llevó a discurrir luego sobre política. Cuenca cogió de la azucarera tres terrones de azúcar, y dijo, sin asomos de burla, mientras los iba colocando sobre la mesa:

— Este es Cánovas, este Sagasta y este Castelar.

Y explicó las evoluciones políticas de cada uno de aquellos señores, al mismo tiempo que movía los blancos cuadradillos de un lado para otro, como si fuesen las piezas de un ajedrez.

Los artistas subieron al *tablao*. Cuenca interrumpió su interesante demostración. Los ojos claros, que a veces parecían vacíos, se le llenaron de visiones.

*
* *

Después que la Pura bailó las sevillanas, con el mismo éxito que la noche anterior las *alegrías*, Cuenca, por intermedio del amo del café, la invitó a tomar unas cañas.

— Dígale usted — añadió — que somos los amigos de Paco, y que yo, particularmente, tengo un recado de él que darle. Es el palquillo para la corrida extraordinaria de mañana; me encargó entregárselo en propia mano.

Silverio volvió a poco acompañado de la bailadora, que atravesó la sala suscitando pintorescas exclamaciones de admiración. Sin ceremonias ni cumplidos ocupó la cabecera de la mesa, y los tres se pusieron a charlar amigablemente. De cerca, al pintor y a Míguez les pareció la Pura mucho más bonita y salerosa. Poseía en grado máximo esa gracia suave y atrayente que los andaluces llaman *ángel*, y también mucho gancho, mucho *aquel* y cierta distinción de maneras y noble prestancia que no dejaba transparentar en su figura lo que el garbo tiene de ordinario y vulgar. Su sonrisa, entre angelical y barbiana, era una promesa de inefables venturas. Cuenca la contemplaba con ojos de artista, y Míguez como conocedor que aprecia el género. Para cada cual, por razones diferentes y en diferente sentido, la bailadora

se les antojaba una cosa única, una norma, más aún, una entelequia. Ella se dejaba admirar sin coquetería ni turbación, como mujer acostumbrada al homenaje y rendimiento de los hombres.

Cuenca, después de darle el palco, le dijo:

— ¡Cuánto he gozado hace un momento viéndola a usted bailar! Sus sevillanas son tan originales y sabrosas como las *alegrías* con que nos regaló los ojos ayer. ¿De dónde ha sacado usted ese sentido profundo del baile andaluz?

— No lo sé. Probablemente de ver a las gentes andar, y también de oírlas discurrir. Lo siento así: siento que somos como bailamos, y que cuanto más se diga bailando lo que somos, tanto más hondo y mejor es el baile.

— Justo; yo, después de observar, leer y meditar mucho, he llegado a la misma conclusión. Es admirable cómo su instinto de artista ha ido recto y rápido a lo que yo di tantos rodeos para encontrar. Sí, el baile andaluz muestra lo que son los andaluces. Interpretado por usted, muestra mucho más: es un tratado de psicología; muestra no sólo lo que son, sino lo que quisieran ser los andaluces. A su escuela, Pura, iremos todos los artistas. Ayer se lo dije a Paco: usted será la Doctora de Avila del *tablao*.

— Me lo contó; tiene gracia — contestó la Pura, riendo —. ¿Y no le dijo algo sobre mis guiyaduras de bailaora?

Al reír se le formaban dos graciosos hoyitos en las mejillas.

«De buena gana me ahogaría yo en esos pocitos», pensó Míguez notándolo.

— Hoy hablamos en la plaza entre toro y toro. Interpretar bailando el alma de la saeta, de la soleá, de la *seguriya*... Puede resultar estupendo. ¿Cuándo nos va a mostrar algo de eso?

— Cuando usted quiera; el día que visite su taller. Paco prometió llevarme; pero antes de hacerlo quería yo recibir su invitación. ¿Me invita usted?

— ¡Vaya si la invito; y si me atreviera...!

— Me pediría usted que le sirviese de modelo, ¿eh? Es la de todos los pintores. Bueno, concedido.

El rostro de Cuenca, que a veces parecía el de un San Francisco, a veces el de un silvano, se iluminó.

— ¿Verdad? ¿Cómo pagarle a usted tan grande favor? Para el *cuadro flamenco* que estoy pintando me hacía falta la bailaora arquetipo. Usted me cae llovida del cielo.

El Pitoche pasó y volvió a pasar, procurando atraer las miradas de la Pura. Se había puesto un terno flamante y estaba muy currutaco. Pero ella hizo que no lo veía, y él concluyó por sentarse allí cerca en la mesa de unos amigos que siempre lo invitaban. Míguez habló de la corrida, haciendo grandes elogios del diestro cordobés, que se había llevado en el pico al sevillano. Como Cuenca era muy entendido en materia de toros, pertenecía a la sociedad de «La Garrocha», y tenía fama de buen caballista. Desde pequeñito acosaba en las tientas de la casa; pero sólo como diversión le gustaban las faenas camperas. Lo que tocaba realmente a la administración y negocio de la dehesa no lo divertía. Y el divertirse constituía para él la cosa más importante y el objetivo más serio de la vida. Había recibido, a la muerte de su madre, algunos dilatados olivares y tierras de labranza que don Antonio administraba, y cuyas rentas se gastaba él alegremente con toreros, cantadores y *gretchís* de tronío. El haberse educado en Alemania no le impedía ser uno de los más flamencos señoritos sevillanos. En el extranjero, por reacción contra el ambiente sin luz y sin alegría, se acentuó su andalucismo. Su habitación de estudiante estaba llena de revistas taurinas, cromos de escenas andaluzas, panderetas y castañuelas, y aunque en Sevilla no había usado jamás capa ni navaja, las usa-

ba en Berlín para dislocar a las *gretchens*, según decía. A veces salía a caballo de ancho, marsellés de coderas y zahones. Vivía en broma: se burlaba de todo, y sólo atendía las observaciones y los consejos de Pastora, su hermana, y Rosarito, su novia, por las cuales sentía entrañable cariño y una especie de religioso respeto. Los profesores y los estudiantes lo tenían por medio loco, pero lo estimaban, porque en el fondo era un muchacho de excelente corazón y muy mano abierta.

La bailadora lo oía con grande atención.

— ¿Y cree usted — le preguntó inquieta — que junto a ese coloso quede bien Paco? Ardo en deseos de verlo torear y a la vez quisiera que ese día no llegase nunca. Paco tiene mucho amor propio, y Sevilla tiene los ojos puestos en él. Todos son a encelarlo, y temo que, por no dejarse quitar las palmas, haga alguna barbaridad.

— De eso esté usted segura — aseveró Míguez —; barbaridades las hará. Considere lo que representa para él la corrida del 18. Es la primera vez que torea aquí; toma la alternativa; se juega el porvenir; debe probar que las trae; que no son *infundios* de los amigos lo que se dice de su valor temerario. Por mucho menos se echa Paco a lo hondo. El Califa es un torerazo, pero el toreo de Paco no tiene comparación con ningún otro. Haciendo lo que él hace, lo suyo, nadie puede quitarle las palmas.

— Tengo un miedo atroz...

— Nosotros también. Siempre que torea nos pasa lo mismo. En la plaza estamos con el Jesús en la boca. Cuando entra a matar cerramos los ojos. Nos parece verlo ya dando volteretas por el aire; pero los toros no lo cogen y le salen de la mano rodando como pelotas.

Dió principio el segundo *cuadro*. La Pura seguía el espectáculo embebecida. Al oír el temple del Pitoche apartó los ojos del *tablao* y los puso en el suelo. Cuenca notó que el pecho de la bailadora subía y bajaba acele-

radamente. No podía remediarlo; la voz del cantador, preñada de sollozos, la conmovió. Quería no oír y escuchaba, escuchaba sintiendo va violento encono, ya piedad ternísima. El Pitoche lanzó su copla nueva:

*Si me trataras de nuevo,
¡ay!, no me habías de conocer,
que tengo distinto genio
y otro modo de querer
más cariñoso y más güeno».*

La Pura sintió que todas las miradas se clavaban en ella. Por decir algo, afirmó:

— Este muchacho ha ganado mucho cantando.

Y ocurriéndosele que quizá tuviera el desahogo de pretenderla nuevamente, frunció el ceño y su alma se llenó de segura.

Cuando descendieron los artistas del *tablao*, la Pura se despidió de Cuenca y Míguez para ir a vestirse, y pasó junto al Pitoche cual si estuviese a mil leguas de él. Mirándola alejarse, dijo Cuenca:

— Mira qué andares, Pepe. ¿Cómo no ha de ser un prodigio bailando la mujer que anda así? ¡Y cuántas cosas de nuestra historia y de nuestro carácter dice ese andar gracioso y retador!... Pensando en que la voy a tener de modelo, las manos me tiemblan. Siento, Pepete, que voy a dar una nota aguda. Veremos si el público se entera, por fin, de que es un tenor el que canta—. Y después, pensando en el poco éxito de sus cuadros, agregó con resignada tristeza —: Mas no, no se enterará.

Estaba todavía bajo la deprimente impresión de su último fracaso. La ceguera, la mala fe y la estupidez radical e incurable de los críticos, particularmente, lo ponían fuera de sí. No alcanzaba a comprender cómo podían ser tan ignaros, tan obtusos, tan alcornoques. «Que discutan la calidad de mi pintura —decíase—;

está en el orden; que los irrite la acerba crítica que entrañan mis telas, lo comprendo; pero que no sospechen siquiera los valores estéticos y los elementos morales de que rebosan, es un *summum* que no me cabe en la cabeza».

*
* *

El Pitoche dejó pasar algunos minutos y luego se escurrió disimuladamente por la misma puertecilla que había desaparecido la Pura. Las palabras insidiosas de Argüello le escocían, irritaban el deseo, que de súbito se tornó imperioso, de hablarle a la bailadora y hacerse escuchar de ella. ¿Qué iba a decirle? No lo sabía bien. Lo único que sabía era que necesitaba hablarle, desahogarse, echar afuera los reconcomios y entripados que le andaban por dentro y le hacían mucho daño. La idea de llegar tarde acallaba las protestas de su orgullo y lo ponía en el disparadero de cometer toda suerte de disparates e ir a Roma por todo. La Pura acababa de sentarse frente al tocador cuando el Pitoche, muy pálido, apareció en la puerta del camarín.

«Ya empieza el niño a meter la pata», se dijo la Pura.

— Pureta — exclamó el cantador —, he corrió tras de ti para felicitarte; no quiero güerva a repetirse lo de anoche, que no pude echarte la vista encima, después del último cuadro. Tu baile, tan gitano y tan fino, es el acabóse, Pureta. Les has quitao los moños a todas las bailaoras de España. Nadie *ha dicho* nunca bailando lo que tú. ¡Vaya arte y vaya calor! ¡Si supieras cuánto me alegro!... Mismamente como si el triunfo fuera mío. Porque yo, Pureta, te guardo constancia. He sío mu perro, pero mu perro contigo, por bruto, por ignorante; pero quererte, siempre te quise de *chipén*, y entoavía,

radamente. No podía remediarlo; la voz del cantador, preñada de sollozos, la conmovió. Quería no oír y escuchaba, escuchaba sintiendo va violento encono, ya piedad ternísima. El Pitoche lanzó su copla nueva:

*Si me trataras de nuevo,
¡ay!, no me habías de conocer,
que tengo distinto genio
y otro modo de querer
más cariñoso y más güeno».*

La Pura sintió que todas las miradas se clavaban en ella. Por decir algo, afirmó:

— Este muchacho ha ganado mucho cantando.

Y ocurriéndosele que quizá tuviera el desahogo de pretenderla nuevamente, frunció el ceño y su alma se llenó de segura.

Cuando descendieron los artistas del *tablaó*, la Pura se despidió de Cuenca y Míguez para ir a vestirse, y pasó junto al Pitoche cual si estuviese a mil leguas de él. Mirándola alejarse, dijo Cuenca:

— Mira qué andares, Pepe. ¿Cómo no ha de ser un prodigio bailando la mujer que anda así? ¡Y cuántas cosas de nuestra historia y de nuestro carácter dice ese andar gracioso y retador!... Pensando en que la voy a tener de modelo, las manos me tiemblan. Siento, Pepete, que voy a dar una nota aguda. Veremos si el público se entera, por fin, de que es un tenor el que canta—. Y después, pensando en el poco éxito de sus cuadros, agregó con resignada tristeza —: Mas no, no se enterará.

Estaba todavía bajo la deprimente impresión de su último fracaso. La ceguera, la mala fe y la estupidez radical e incurable de los críticos, particularmente, le ponían fuera de sí. No alcanzaba a comprender cómo podían ser tan ignaros, tan obtusos, tan alcorchoques. «Que discutan la calidad de mi pintura — decía —

EL EMBRUJO DE SEVILLA

está en el orden; que los irrite la acerba crítica que entrañan mis telas, lo comprendo; pero que no sospechen siquiera los valores estéticos y los elementos morales de que rebosan, es un *summum* que no me cabe en la cabeza».

*
* *

El Pitoche dejó pasar algunos minutos y luego se escurrió disimuladamente por la misma puertecilla que había desaparecido la Pura. Las palabras insidiosas de Argüello le escocían, irritaban el deseo, que de súbito se tornó imperioso, de hablarle a la bailadora y hacerse escuchar de ella. ¿Qué iba a decirle? No lo sabía bien. Lo único que sabía era que necesitaba hablarle, desahogarse, echar afuera los reconcomios y entripados que le andaban por dentro y le hacían mucho daño. La idea de llegar tarde acallaba las protestas de su orgullo y lo ponía en el disparadero de cometer toda suerte de disparates e ir a Roma por todo. La Pura acababa de sentarse frente al tocador cuando el Pitoche, muy pálido, apareció en la puerta del camarín.

«Ya empieza el niño a meter la pata», se dijo la Pura.

— Pureta — exclamó el cantador —, he corrió tras de ti para felicitarte; no quiero güerva a repetirse lo de anoche, que no pude echarte la vista encima, después del último cuadro. Tu baile, tan gitano y tan fino, es el acabóse, Pureta. Les has quitao los moños a todas las bailaoras de España. Nadie *ha dicho* nunca bailando lo que tú. ¡Vaya arte y vaya calor! ¡Si supieras cuánto me alegro!... Mismamente como si el triunfo fuera mío. Porque yo, Pureta, te guardo constancia. He sío mu perro, pero mu perro contigo, por bruto, por ignorante; pero quererte, siempre te quise de *chipén*, y entoavía,

a pesar de los pesares... ¡Ay, Pureta!, yo no sé lo que me pasa. Desde que te *diquelé*, too aquello ha vuelto a vivir y me ahoga. Estoy loco perdío.

Poco a poco se había ido introduciendo y ya estaba sentado en el diván. La Pura lo oía impasible. Sin dejar de mirarse al espejo, contestó:

— Te agradezco tus buenas palabras... y ahora te pido que me dejes, porque me voy a vestir.

— Por lo que tú más quieras, Pureta, permíteme que te hable... Tengo necesidad de hablarte. Tú no sabes, tú no puedes saber lo que pasa por mí.

La Pura hizo un gesto de impaciencia, y mirando al cantador fijamente, replicó:

— Te equivocas, Pitoche; lo sé quizá mejor que tú. Te veo venir; veo que empiezas a dar vueltas en torno mío, y como eso me desagradaba profundamente, me apresuro a poner las cosas en su sitio y atajarte el pasmo con tiempo. Aquello se acabó y requeteacabó, ¿sabes? Soy una mujer muy distinta de la que tú conociste; una mujer que no está a tu alcance, Pitoche. Si tienes dos dedos de frente, debes comprenderlo así y dejarme en paz. No quiero, óyelo bien, no quiero tener ninguna clase de relaciones contigo. Buenos días, buenas noches, y aquí paz y después gloria. Que no se te olvide el encarguito.

— Pero si yo no pretendo na, Pureta; sólo quería decirte que sufro de haber sio tan charrán; que me remuerde la conciencia, y que no me condenes sin oírme. Déjame que te pida perdón.

— Ya lo has hecho; quedas perdonado. No tenemos más que hablar. Conque... ahueca.

El Pitoche, palideciendo más aún, insistió:

— No tengas malas entrañas... Merezco que me escupas en la cara, lo sé; escúpeme cuantas veces quieras;

dame dos gofetás; pégame una puñalaíta en mitad del corazón, pero no me desprecies, porque eso no lo puedo resistir.

— Tendrás que resistirlo, Pitoche, porque eso es lo único que yo puedo darte, desprecio, y eres más que tonto si te imaginabas otra cosa.

Quedó el cantador silencioso y ensimismado algunos instantes; luego, haciendo un esfuerzo, repuso con voz temblorosa:

— Has dicho que me perdonas y la verdad es que me aborreces. De otro modo no me tratarías tan malamente. Y eso no está bien, Pureta. Que yo haya sío malo no es razón para que tú lo seas. Yo ignoraba lo que hacía, ¡mardita sea mi alma!, y tú lo sabes. Ten piedá, mujé; ¿no ves las fatigas que estoy pasando? ¿Quieres que me ponga de rodillas? ¿Quieres que bese la tierra que pisas y trague el polvo que levantas? Lo haré para darte satisfacción.

— No se trata de eso, Pitoche; tú estás mal de la cabeza. Yo no quiero que te humilles, ni que beses la tierra que yo piso, ni cosa parecida. Lo que quiero es que no me importunes, porque sería en balde, aparte de que yo no me dejaría importunar. Sigue tu camino; déjame a mí el mío. Te perdono el daño que me hiciste; no te guardo rencor; no te deseo ningún mal, y me parece que es bastante. Tampoco te prohibo que me hables, si lo deseas, en la sala o en el *tablao*, pero aquí no vuelvas a poner los pies.

— No me dejas entonces que te explique...

— No — respondió ella, rotundamente.

El Pitoche bajó la cabeza; luego quiso decir algo, no pudo, e incorporándose, salió del camarín arrastrando los pies y encorvado, como si llevase sobre los lomos una carga muy pesada.

a pesar de los pesares... ¡Ay, Pureta!, yo no sé lo que me pasa. Desde que te *diquelé*, too aquello ha vuelto a vivir y me ahoga. Estoy loco perdido.

Poco a poco se había ido introduciendo y ya estaba sentado en el diván. La Pura lo oía impasible. Sin dejar de mirarse al espejo, contestó:

— Te agradezco tus buenas palabras... y ahora te pido que me dejes, porque me voy a vestir.

— Por lo que tú más quieras, Pureta, permíteme que te hable... Tengo necesidad de hablarte. Tú no sabes, tú no puedes saber lo que pasa por mí.

La Pura hizo un gesto de impaciencia, y mirando al cantador fijamente, replicó:

— Te equivocas, Pitoche; lo sé quizá mejor que tú. Te veo venir; veo que empiezas a dar vueltas en torno mío, y como eso me desagrade profundamente, me apresuro a poner las cosas en su sitio y atajarte el pasmo con tiempo. Aquello se acabó y requeteacabó, ¿sabes? Soy una mujer muy distinta de la que tú conociste, una mujer que no está a tu alcance, Pitoche. Si tienes dos dedos de frente, debes comprenderlo así y dejarme en paz. No quiero, óyelo bien, no quiero tener ninguna clase de relaciones contigo. Buenos días, buenas noches, y aquí paz y después gloria. Que no se te olvide el encarguito.

— Pero si yo no pretendo na, Pureta; sólo quería decirte que sufro de haber sido tan charrán; que me remuerde la conciencia, y que no me condenes sin oírme. Déjame que te pida perdón.

— Ya lo has hecho; quedas perdonado. No tenemos más que hablar. Conque... ahueca.

El Pitoche, palideciendo más aún, insistió:

— No tengas malas entrañas... Merezco que me escupas en la cara, lo sé; escúpeme cuantas veces quieras!

dame dos gofetás; pégame una puñalaíta en mitad del corazón, pero no me desprecies, porque eso no lo puedo resistir.

— Tendrás que resistirlo, Pitoche, porque eso es lo único que yo puedo darte, desprecio, y eres más que tonto si te imaginabas otra cosa.

Quedó el cantador silencioso y ensimismado algunos instantes; luego, haciendo un esfuerzo, repuso con voz temblorosa:

— Has dicho que me perdonas y la verdad es que me aborreces. De otro modo no me tratarías tan malamente. Y eso no está bien, Pureta. Que yo haya sido malo no es razón para que tú lo seas. Yo ignoraba lo que hacía, ¡mardita sea mi alma!, y tú lo sabes. Ten piedá, mujé; ¿no ves las fatigas que estoy pasando? ¿Quieres que me ponga de rodillas? ¿Quieres que bese la tierra que pisas y trague el polvo que levantas? Lo haré para darte satisfacción.

— No se trata de eso, Pitoche; tú estás mal de la cabeza. Yo no quiero que te humilles, ni que beses la tierra que yo piso, ni cosa parecida. Lo que quiero es que no me importunes, porque sería en balde, aparte de que yo no me dejaría importunar. Sigue tu camino; déjame a mí el mío. Te perdono el daño que me hiciste; no te guardo rencor; no te deseo ningún mal, y me parece que es bastante. Tampoco te prohibo que me hables, si lo deseas, en la sala o en el *tablao*, pero aquí no vuelvas a poner los pies.

— No me dejas entonces que te explique...

— No — respondió ella, rotundamente.

El Pitoche bajó la cabeza; luego quiso decir algo, no pudo, e incorporándose, salió del camarín arrastrando los pies y encorvado, como si llevase sobre los lomos una carga muy pesada.

La Pura cerró la puerta y empezó a desnudarse frente al espejo, mientras se decía: «¡Pobre Pitoche, qué conmovido estaba! Me pesa haber sido tan dura; pero, qué remedio, si me ablando no me lo saco de encima en una eternidad. Ahora le toca a él pasar las *morís*...; que las pase». Y cambiando de pensamiento, al contemplarse desnuda y apreciar la belleza soberana de su cuerpo, añadió: «Todo esto será para ti, Paco».

V

Rosarito dejó el chocolate sobre la mesilla de luz y corrió las cortinas de la ventana, poco a poco, al principio, y luego de un golpe, cuando se enteró que su hermano estaba despierto.

— ¡El gran día, Paco! ¡Mira qué cielo, qué sol, y ni una miaja de viento! ¿Has dormido bien?

— Como los ángeles; ¿y tú?

— Yo, así, así — y después de besarlo se sentó a los pies de la cama, como de costumbre, mientras él se desayunaba, y añadió —: Estaba nerviosilla. Una balumba de cosas me andaba por la cabeza. Pensaba en ti, en Pastora, en mí, en la corrida de hoy, ¡qué sé yo...! Me levanté, volví a pedirle a la Virgen por nosotros, escuché a tu puerta, y desde que te sentí dormir como un bendito, me tranquilicé y pude conciliar el sueño.

— He dormido doce horas de un tirón.

— ¡Qué cuajo! Por supuesto, haces bien en tener confianza. Yo también la tengo. Saldrás de esta prueba decisiva como de las otras. Tú tienes Dios aparte, Paco. Esa idea no me deja pensar nunca que los toros puedan darte un disgusto. Cuando te veía en los pueblos salir de la fonda para la plaza, con el *puro* entre los dientes, meterte en el coche como si fueras a darte un paseíto por las Delicias, me decía: «La suerte y las mujeres siempre serán de ese perdío».

El la atrajo hacia sí, la acostó sobre su pecho, y acariciándola mientras hablaba, le dijo:

— ¡Ay, qué hermaniya más zalamera tengo! Pues mira, cuando veo estos cachetes, que dan ganas de comerlos, y esta nariz, que no se diría sino que está a todas horas oliendo claveles, y esta boquita, que sabe decir cosas tan dulces, y estos ojos traviesos, me digo: con una hermaniya tan salada y que tanto reza por mí, no hay desdicha ni toro que me echen mano.

Rosarito mentía. Lejos de estar tranquila, vivía llena de zozobras y pesadumbres, que le ocultaba cuidadosamente a su hermano. Desde que éste le comunicó, tres años antes, su extrema resolución, y comprendiendo cuán inútil y pernicioso habría sido afligirse o contrariarlo, se propuso prestarle el arrimo de amor que su instinto de mujer le decía iba a necesitar el novel torero para sobreponerse a los sinsabores que lo esperaban, vencer en la lucha y llevar a buen término su propósito. De la noche a la mañana cambió; la cigarra convirtiéndose en hormiguita; el pájaro cantor, en mujer hacendosa, sin dejar de ser por eso la alegría de la casa. Cantaba todo el día, pero siempre mientras hacía algo. Aminoró la servidumbre y redujo los gastos, dejó de surtirse de ropas, sombreros y perfumes en las casas de Madrid: renunció, no sin pena, a su viajecito a la corte, en invierno, y a San Sebastián, en el verano, y por no exponerse a sufrir un desaire o sentirse humillada, no quiso seguir concurrendo a los bailes ni a las grandes reuniones de Sevilla. Como Paco, dejó de hacer visitas, pero recibía a las personas que, a pesar de la ruina, primero, y del escándalo después, se mostraron deseosas de conservar las relaciones con ellos. Por último, le devolvió a Pepe Míguez, su novio, la palabra de casamiento que él le había dado. Pepe, que era muy noblote y la quería de la entraña, puso el grito en el cielo, y le hizo mil protestas de cariño; pero ella permaneció erre que erre, terminando la entrevista con esta declaración:

— Seguiremos hablándonos, Pepe; pero quiero que seas libre, que no te creas obligado por tu palabra. Tú no eres solo. Tu padre, aunque estima mucho a Paco, se opone formalmente a que su hija sea la novia de un torero, y yo me figuro que tampoco querrá para novia de su hijo, la hermana de aquél, y aunque lo quisiera, yo, en tales condiciones, no lo querría.

Nada sabía Paco de todo esto, ni de otros sacrificios de Rosarito, ni de las atribuciones que pasaba desde que él exponía la existencia en las plazas, para poder vivir con el desahogo de antes; pero, seguramente, lo sospechaba, porque muchas veces, sin venir a pelo, le cogía la cara entre las manos, la miraba enternecido, y le decía con voz ronca:

— ¡hermaniya, hermaniya, tienes un corazón que no te cabe en el pecho! La que mata toros, eres tú, no yo.

Los paliques a la hora del desayuno eran para Paco y Rosarito un verdadero regalo. A veces sonaban las once en la iglesia de San Marcos, y todavía estaban de charla. Paco se reía mucho con ella, porque tenía salidas muy ocurrentes y una manera categórica y desenfadada de juzgar, que movía a risa, por lo ingenua y sorprendentemente suspicaz a la vez. Cuando hablaban de cosas graves, Paco la oía con mucha atención, admirando, no pocas veces, la justeza con que discurría ella sobre asuntos extraños por completo a su experiencia de la vida y que le hacían preguntarse a él de dónde sacaba tanto y tan cabal discernimiento. Se lo preguntaba, y ella le respondía siempre lo mismo, señalando el corazón:

— De aquí, Paco — y luego explicaba —: Tenemos dos maneras de juzgar, como tenemos dos maneras de cantar; una, de cabeza, y otra, de pecho; los hombres juzgan con la cabeza y con el pecho las mujeres. No sabemos nada y lo sabemos todo. Si no lo comprendes eres un tonto de capirote, un *lila borrao*.

Después del chocolate, con churros, Paco apuró un vaso de leche; al dejarlo vacío en el velador, preguntó:

— Siempre vas a los toros con Pastora y su familia; ellos vienen por ti, ¿no es eso?

— Ellos no; ella sola... — corrigió Rosarito.

Y riendo del asombro de él, repuso:

— Quiere darte un apretón de manos antes de la corrida. Sábelo todo de una vez: Pastora está loquita por hablar de nuevo contigo. Siempre te quiso; si ha conservado la amistad conmigo y me busca y me zarandeo, es por ti.

— ¿Y los chicoleos con...?

— Tonterías; ha tenido mil pretendientes y, en serio, no le ha hecho caso a nadie. Coquetea para mostrar que tus devaneos no le dan frío ni calor; pero a mí no me la pega. Y tú, Paco, haces mal en darle *achares*. Ella no tiene la culpa de lo que piense el papá; además que el papá piensa bien. Ponte en el caso de él. ¿Qué habrías hecho tú si mi novio hubiera salido un día con la tripa rota de hacerse torero?

— Le habría dicho: ¡Olé los niños barbaanes!

— ¡Mentira! Lo habrías enviado a tomar el fresco.

— Eso sí que es verdad.

— ¿Lo ves...? Ella no pudo hacer otra cosa que lo que hace: tragar saliva, quererte en silencio y esperar. Y aunque no me lo dice, porque es muy orgullosa, yo sé que pasa muy malos ratos. Cuando toreas no vive; a cada minuto manda preguntar si no se ha recibido el telegrama que tú me pones siempre, después de las corridas, con el famoso «sin novedad». ¡Si vieras lo bonita que está! Con razón la llaman, como a la Virgen, la Divina Pastora. Y tú la quieres mucho, ¿verdad, Paco?

— No lo sabes tú bien, Rosarito — murmuró él, cerrando los ojos.

Entró el mozo de espadas. Traía los estoques para que el matador los examinase, como tenía por costumbre hacerlo antes de vestir el *traje de luces*.

— ¿Están bien afiladiyos? — preguntó Paco.

— Cortan un pelo en el aire — respondió el mozo.

Y como si cumpliera una ceremonia litúrgica, solemnemente los fué sacando de la vaina uno a uno y enseñándoselos a su amo.

Dos de aquellas hojas llevaban los gloriosos nombres de las dos espadas del Cid, tantas veces teñidas en sangre de moros, y célebres en la Historia, no sólo por lo hazñosas, sino también por haber formado parte de los ricos presentes que les hizo el de la barba bellida a los Infantes de Carrión, cuando casaron con sus hijas. La más pesada se llamaba Tizona y la otra Colada. A la tercera llamábanle la Joyosa, en recuerdo de la tajadora que esgrimió Carlomagno. El cuarto estoque era más pequeño y liviano, un *verdugillo*, y así se le designaba. Paco lo usaba sólo para descabellar. Este tanteó el filo y luego la punta de las pesadas y relucientes hojas; miró si tenían bien acentuada, como él quería, la curva, que los toreros llaman la *muerte del estoque*, y dió su aprobación.

— ¿Qué traje estrenamos, Rosarito? El que tú elijas me traerá la buena suerte.

— El borra de vino y oro viejo; de los tres nuevos es el que te va mejor.

— Ya lo sabes, Gazpacho. Anda y prepáralo todo.

Rosarito salió seguida del mozo. El novillero cruzó las manos detrás de la nuca, clavó los ojos en la labrada viguería del techo y se quedó pensando. La estancia amplia, sonora y solemne era la antigua alcoba del marqués de Torre Cuéllar. Los muebles que la adornaban

incluso la cama portuguesa, de columnas y cumplido dosel, le habían pertenecido. Paco no quería desprenderse de aquellos venerables objetos.

Vendió por intermedio de Tabardillo, a fin de completar lo necesario para quedarse con la casa y disponer de algún dinero, las curiosas colecciones de cacharros antiguos y azulejos de fábrica sevillana, y los cueros de Córdoba que desde tiempos remotos venían transmitiéndose de padres a hijos en la familia; se deshizo también de todos los cuadros de escuela flamenca y gran parte del suntuoso, pero muy destruído, mueblaje que adornaba la sala y comedor, y sólo se reservó lo necesario para que no quedasen las habitaciones completamente destartaladas, amén de lo contenido en el dormitorio del marqués. Los pesados cortinajes y los paños de damasco, descoloridos y rotos en partes, que tapizaban las paredes, casaban muy bien sus tonos desmavados y enfermos, con la vieja alfombra de Alcaraz, la roja vaqueta de Moscovia de las sillas y las maderas pulidas por el uso del historiado bargueño, la cómoda italiana con profuso adorno de concha y nácar y el escritorio salamanquino que ocupaban los espacios comprendidos entre las puertas. En los muros veíanse sólo dos cuadros, un Cristo del Mulato y un monje, amarilloso y tétrico, atribuído a Zurbarán.

Después del desayuno, en la recogida media luz de la alcoba, gustaba Paco ajustar cuentas consigo mismo cuando Rosarito no estaba allí. En aquel instante, como el alpinista que llega a una cumbre, avizoraba las lejanías y los horizontes que a sus ojos descubría el porvenir. De un vuelo había llegado a la cúspide de su arte, sin recoger en el trayecto recorrido, aparte de algunos trompicones y varetazos de los toros, otra cosa que provecho, aplausos e impresiones placenteras. La suerte le sonreía, la fama se le entregaba sin defensa, como una mujer seducida; el dinero llovía como un maná del cielo. El recuerdo de los contrariados amores con Pastora era la única sombra de su dicha y el único tormento de su amor propio.

No le podía perdonar a la moza que se hubiese mostrado tan sumisa a la autoridad del padre, ni a éste que le hubiera dicho en cierta ocasión: «Paco, yo te estimo mucho; pero si te haces torero, renuncia a la mano de mi hija». A lo cual él, que era tan susceptible como voluntarioso, contestó secamente: «Délo usted por hecho desde ahora mismo». Y quedaron cortadas las relaciones, que se volvieron muy tirantes con el ganadero después del altercado de marras. Dejaron de saludarse. Lo dicho por Paco en «El Tronío» tenía irritadísimo al soberbio señor de media Andalucía, que ponía todo su orgullo y hasta su honor en la bravura de los toros que criaba. Por otra parte, estaba habituado a que nadie le llevase la contra y a que todo el mundo le bailase el agua, particularmente los toreros, por la necesidad que de él tenían y el miedo al mal que, si se le antojaba, podía hacerles dentro o fuera de la plaza. La arrogancia del novillero lo ponía fuera de sí, y se propuso humillarlo haciéndole públicos desaires. Paco a éstos contestaba con otros mayores, y así se estableció entre aquellos dos caracteres altivos, recios y rijosos, una guerra sorda de orgullo a orgullo, en la que el poderoso señor tuvo la nobleza de no mezclar a Pastora ni a Pepe, ni tampoco a Rosarito, ahijada y protegida suya. El, tan autoritario y duro con los extraños, era bondadoso y hasta débil con sus hijos. Los quería entrañablemente, satisfacía sus menores caprichos y juzgaba que por ser hijos de él tenían derecho a todo. Las calaveradas y disipaciones de Pepe, lejos de enojarlo, lo llenaban de secreto orgullo. La belleza y la gracia de Pastora halagaban sobremanera su vanidad de papá andaluz. El que todos reconociesen que en los bailes y las fiestas fuera siempre Pastora la *primera* le placía tanto como el que sus toros quedasen por encima de los otros en las corridas. Salvo en muy contadas circunstancias, dejaba obrar a Pepe y a Pastora con entera independencia y hacer lo que les diese la real gana. Por eso, después del altercado con Paco, no se le ocurrió siquiera inmiscuirlos en sus cuentas con aquél ni la trató a Rosarito con menos cariño. Las relaciones de familia siguieron

siendo las mismas; pero desde que se rompió el compromiso oficial entre él y la hija del ganadero, Paco dejó de ir a la casa. A hurtadillas siguió viendo a Pastora. Esta no se atrevía a desacatar abiertamente la autoridad paterna ni a romper definitivamente con el novio, y esperaba que Paco a última hora renunciase a sus proyectos tauromáquicos. Cuando toreó por la primera vez con el escándalo consiguiente, riñeron. El padre se llevó la moza a Madrid, donde fué muy festejada y requerida por los principales chicos de la nobleza. Pastora tuvo muchos noviazgos, y Paco muchos ruidosos líos. Pasaron dos años. Algunas veces se encontraban y no sabían qué decirse. Pero los ojos hablaban. Paco recordaba aquellas entrevistas fugaces que, sin poder discernir la causa secreta, lo dejaban lleno de reconcomios. Ella se hacía la indiferente y él también. El mozo sentía que allí, debajo del corpiño de raso y encaje, latía un corazón tan altanero como el suyo. Y por igual lo acometían ímpetus de decirle ya cosas dulces, ya cosas acerbas. Frecuentemente en los últimos tiempos la veía en el «Paseo de las Delicias» o en los jardines del Alcázar, donde casi todas las mañanas iba a pasearse Pastora en compañía de Rosarito. Paco no las detenía para darles palique; las saludaba afectuosamente y seguía su camino sin volver la cabeza. Pastora palidecía y apretaba los labios.

*
* *

«Peliyos a la mar», se dijo de pronto tirándose de la cama, y después de vestirse a la ligera, se echó al bolsillo algunos terrones de azúcar y bajó a la cuadra. Covacha había concluido de lavar el coche y canturreando unas *tarantas* muy *gargantás* limpiaba los collarones de cascabeles, los metales y los bordados cueros de las guarniciones jerezanas. El mozo de cuadra, también *templándose* por lo bajo, adornaba la crin y la cola de los caballos con vistosos cordones y borlas de color amarillo

y rojo. Cuenca andaba dando vueltas por allí como de costumbre lo hacía todas las mañanas antes de coger los pinceles. En la cuadra a esa hora encontrábanse habitualmente los dos amigos. El amor al caballo era otro lazo de unión entre ellos. Cuenca no tenía ninguno, pero montaba los de Paco, y los regalaba y quería como si fuesen propios.

— ¡Hola, Cuenca! — le gritó Paco al verlo.

El pintor se acercó a su amigo. le puso las manos sobre los hombros y luego, contemplándolo un instante, lo abrazó sin proferir palabra.

— Gracias, Jarete — murmuró Paco, comprendiendo lo que aquella muda demostración de cariño significaba.

Observaron un momento el trañín de Covacha; examinaron detenidamente el correaje amarillo y la gala del arreo jerezano y se fueron a los pesebres, solazándose en palmear los morrudos cogotes de las jacas y darles algunos terrones de azúcar. Eran cinco hermosas bestias, apenas con tres o cuatro dedos *sobre la marca*, robustas de lomo, anchas de pecho y muy finas de remos y cabeza. Todas ellas se ataban y montaban. Dos, las que usaba el novillero como jacas de campo, tenían fama en los cortijos de Sevilla por lo valientes y bien educadas. Con la *Perica* acosaba Paco sin freno ni mando alguno, y había que ver cómo el inteligente animal adivinaba las intenciones del jinete: cómo arremetía en cuanto la garrocha se clavaba en el anca del toro, y cómo cuarteaba en cuanto éste se revolvía, o se salía de entre los pitones con un salto de costado, pero sin huir, *dando siempre la cara*, aun en los casos de más grave peligro. Además poseía Paco un potro que Brageli le estaba adiestrando. Preguntaba por el hermoso bruto cuando entró el desbravador de vuelta del paseo que le daba todos los días. El potro traía la boca llena de espuma y los ijares rayados por las espuelas.

— ¡Cómo va eso, Brageli? Veo que ese tunante ya se deja pegar—. Brageli contestó acentuando cada afirmación con un ademán.

— El caballo tiene la boca como una *sea*; se revuelve bien; echa atrás, da el paso de costao, pero entoavía no conseguí ponerle la cabeza en su sitio; por eso no le he quitao la cerreta. Y aluego no se eleva andando lo que él puede y yo quisiera. Véalo usted.

Y empezó a caminarlo por el reducido patio y a revolverlo a derecha e izquierda, explicando al mismo tiempo los defectillos que tenía y cómo iba a corregírselos. Brageli era un desbravador de primera: caía en la montura con garbo; gustaba lucir su destreza, su brío y sus *hechuras*, y no hacía ningún movimiento que no acusara empaque, *maneras*, la presunción estilizada del caballista andaluz, hábil, gracioso y bravo. A los dos amigos les placía verlo correr las espuelas con los arrestos clásicos del bandolero de Sierra Morena y adornarse, luego de revolver el caballo, como un matador a la salida de un quite.

— Ahí tienes a otro artista de la bizzarria y la majeza — decía el pintor a Paco entre burlas y veras, mientras Brageli mostraba sus habilidades —. En este momento nuestro hombre se cree un José María, acaso el Cid Campeador. Por sus venas bulle ahora mismo la sangre generosa de los caballeros, capitanes, caballistas, bandidos y diestros que bregaron en los cosos, los campos de batalla, las sierras y los redondeles. No hay que darle vueltas, Paco, todos somos unos. Nosotros hemos heredado, más integralmente que otro cualquier pueblo de España, el culto de la valentía. No hay sevillano que no quiera ser valiente y majo, sea con el estoque, las espuelas, la guitarra o la sartén. Ese buen Brageli que ves ahí es un émulo del conde de Puñoenrostro, del duque de Veragua y de tu pariente el vizconde de Miranda, marqués de Torre Cuéllar, aquel que tenía celoso con sus hazañas en la arena al mismísimo Pedro Romero. Mira, Paco, cómo

retrepa el busto; fijate con el ímpetu de matón que achucha la jaca y las miradas de navaja fría que les lanza a invisibles espectadores a fin de meterles bien en el alma que él es mucha *cantiá* de hombre. Para que nosotros lo reconozcamos, si no le dices que se apee, se va a estrellar.

— Quieres callarte ya... — exclamó Paco, riendo —. Si se entera Brageli te arma una bronca. ¡Bueno, Brageli, bueno! — le gritó luego al desbravador, que, en su entusiasmo, estuvo a punto de hacer costalar al caballo varias veces.

Brageli se apeó; pegóse un par de tirones de la chaquetilla con mucha sacudida de hombros, y después de darle una sonora palmada en el anca al potro, que dió un bote y tomó el camino del pesebre, fué a saludar a los dos amigos.

Paco, luego de alabarle su habilidad y ofrecerle una copa de Rute *para matar el gusano*, le preguntó por la familia.

— Curra y las chicas, bien — contestó Brageli —; en cuanto a la Pulida, cada vez peor. El granuja de Argüeyo, no contento con *mangarle* cuanto gana, la avergüenza en público como mujer y como cantaora; la muele a golpes, y por quítame allá esas pajas, la echa del cuarto en camisa. Ayer mismamente nos llegó en paños menores y con un ojo negro.

Y con la mayor naturalidad, como si se tratase de la cosa más corriente del mundo, les refirió mil pormenores de la aperreada existencia de su hija y del cantador. Hacía diez años que vivían juntos en una reducida y mal aireada habitación del corral de las *Jabanillas*, casi exclusivamente habitado por artistas del *tablaó*. Lo que ambos ganaban cantando se lo gastaba él en vino y postín, cosa que ella encontraba muy justa porque lo quería y la enorgullecía sobre toda ponderación que su hombre *alternase* y luciese. A veces no había para el gar-

banzo. La Pulida, como si fuese de ella la culpa, pagaba los vidrios rotos. Las reyertas eran frecuentes. Ofan- se juramentos, ayes y gritos. Los inquilinos, habituados a tales escenas y sabiendo por experiencia propia cómo terminaban, salían al patio o a los corredores y hacían palmas y ruido para que la bronca no se oyese desde la calle, pero no se les pasaba por las mientes inmiscuirse en los asuntos del prójimo, por aquello de cada cual en su casa y Dios en la de todos. Era la ley del corral; violarla exponía a serios disgustos: el que se metía a redentor salía infaliblemente crucificado. «Ya escampa», se decían al concluir la batahola, y tornaban a sus cuevas tranquilamente. Entonces, un silencio extraño, una quietud misteriosa reinaba en la habitación de Argüello y la Pulida. Escuchando atentamente percibíase sólo algún cariñoso murmullo, algún desmayado suspiro. La luz, contra lo ordinario, no alumbraba la estancia hasta la hora de ir al café. Juntos y cogidos del brazo, como dos amartelados novios, Argüello y la Pulida ganaban la calle. Pero no siempre concluían las peleas así. Por las noches, cuando el cantador volvía con una copa de más, las cosas tomaban otro cariz. El iracundo majo arrojaba a su chula de la alcoba y cerraba la puerta con llave. Ella se quedaba allí tiritando de frío y gimiendo. Al cabo de un buen rato, él, lleno de magnanimidad, abría, le arrojaba una manta y se acostaba de nuevo, dejando la puerta cerrada, esta vez sólo con el pestillo. Cuando lo sentía dormir, la Pulida entraba y sigilosamente se metía en el lecho, tibio y como aromado por el cuerpo del cantador. Aquella tibieza y aquel acre tufillo le producían un deleite punzante, ácido, que en secreto gozaba con fruición y vergüenza a la vez. Pero desde algún tiempo a aquella parte, desde que el Pitoche le quitaba las palmas en el *tablaó*, el carácter de Argüello habíase tornado tan díscolo y agresivo, que a la Pulida le iba ya siendo imposible vivir con él. Se complacía en ofenderla y mortificarla en su orgullo de mujer y de artista, llamándole guasona y *patosa* a cada paso, y echándole en cara lo que precisamente el público decía de él: que no

tenía estilo propio; que imitaba a éste y al otro; que en su *cante* todo era mentira. Una vez que la oyó cantarrear distraída una malagueña del Pitoche, estuvo a punto de matarla.

— Yo estoy *decidido* a intervenir, y si yo intervengo ...
— concluyó Brageli.

La llegada de los banderilleros de Paco lo interrumpió. Venían a saludar al *mataor* antes de la corrida. Eran dos maletillas que antes toreaban por los pueblos y a quienes Paco había sacado de la oscuridad y hecho toreros. Les llamaban la pareja relámpago porque le adoraban los morrillos a los toros con cuatro pares de rehiletos en un abrir y cerrar de ojos. Bregando siempre estaban en su sitio. Metían un capote cuando hacía falta meterlo, y no se cansaban nunca. Iban siempre muy currutacos; tenían sus dijes, sortijas, botones de brillantes, y aunque pequeños y feúchos, presumían de guapos y afortunados con las mujeres. Cuando pasaban frente a un escaparate, ambos se empinaban, a fin de parecer el uno más alto que el otro. La primera vez que Paco los sacó a torear les pagó veinte duros, una fortuna para ellos, que se gastaron inmediatamente en *puros* y calcetines de seda. Desde entonces vivían en el quinto cielo, sin más preocupación que la de lucir dentro y fuera de la plaza y gastar alegremente el dinero que ganaban arriesgando la vida. Pero esto último no les quitaba el sueño.

Llegaron luego Tabardilo y su compañero el picador Alegre, a quien llamaban todos respetuosamente don Juan, porque frisaba ya en los cincuenta y había sido, en sus buenos tiempos, un jinete consumado y el picador más hábil y duro de toda España. Era muy presuntuoso y disipado, y aunque estaba ya en plena decadencia y se acercaba el día de quitarse de los toros, no pensaba en ahorrar para la vejez. Cuando alguien le hacía alguna amistosa observación sobre el asunto,

de un *tinguiñazo* se echaba el sombrero a la nuca, se ponía en jarras, encorbaba salerosamente el cuerpo hacia adelante y decía:

— Me gustan tres cosas: el vino, el juego y las mujeres. En eso me gasto siempre hasta la última peseta. Y cuando se acaba el dinero, *a la cara de los toros a por él*. Mientras pueda picar too irá al pelo. El día que no pueda, al hoyo, y que me quiten lo *bailao*.

Formóse en el patio de la cuadra, empedrado al modo moruno, animada reunión. Covacha escanció el viejo jerez, rojo de puro viejo, que Paco gustaba tomar como aperitivo. Los diestros sólo apuraron una copa de aguardiente; los días que toreaban no bebían.

— *Mataor*, nos echan un marrajo de Míguez que es como la catedral de Burgos — dijo Alegre — ¡Josú! ¡Vayan arrobas y vayan pitones! ¿No lo ha visto usted en Tablada? Pues en los chiqueros parecía más grande. Don Antonio se ha despachao a su gusto.

— Pues verá usted, Alegre, cómo a la catedral de Burgos también la arrastran las mulas — respondió Paco, sonriendo.

— Eso lo tengo olvidao de puro sabío.

— Lo que no debe usted olvidar, ni tú, Tabarda, tampoco, es que hay que *volverle el palo*, darle el primer puyazo con el regatón, que será lo mismo que arrearle una bofetada al ganadero. Así se lo prometí y urge cumplir la palabra empeñada.

— ¡Menudas caídas nos va a dar! — exclamó Alegre — Pero se hará lo que usted mande, *mataor* — y poniéndole la mano a Tabardillo en el hombro, agregó: — ¡Compare, hoy se quedan las boticas sin árnica!

Siguieron bromeando con ese buen humor un tanto jactancioso de los placeadores que no conocen aún

el miedo. Aunque no ignoraban que la corrida sería de prueba, los cinco diestros estaban tranquilos y ardiendo en sus deseos de lucirse, cada uno en lo suyo.

El mismo Alegre, que ya sólo picaba con muchas camándulas y echando *mucho palo por delante*, se proponía dar esa tarde algunos puyazos de los suyos clásicos, como hacía siempre, para conservar el cartel en las plazas de Madrid y Sevilla. De pronto Paco se incorporó, cesó de reír, y dijo:

— ¡Ea, caballeros, ha llegado la hora de vestirse! Hoy tomo la *alternativa*, y quisiera no sólo quedar bien yo, sino que quedase bien toda mi cuadrilla. Conque... apretarse bien los cordones.

Unos tras otros los banderilleros y los picadores, descubriéndose, estrecharon efusivamente la mano del matador, le desearon buena suerte con sentidas palabras y se fueron braceando y luciendo el cuerpo con esa soltura, presumida y graciosa, que hace en Sevilla del caminar un arte sutil.

VI

A eso de las dos empezaron a llegar los amigos, los partidarios, los admiradores que venían a ver vestirse al torero. Para muchos, para casi todos los aficionados, eso era algo así como una parte integrante o preámbulo de la corrida. Si a él no asistían, el espectáculo les resultaba incompleto. Pero esa vez la afluencia de curiosos era tanta, que la mayoría tuvo que contentarse con estrechar la mano del señorito torero y partir. Las habitaciones, los corredores y el patio rebosaban de gente.

Diríase que Sevilla entera, sin excluir a sus autoridades, se había dado cita allí para acompañar con sus votos al mozo de rumbo y de chapa que esa tarde iba a inscribir un nombre más en los gloriosos anales del toreo, de ese arte del valor que, según la copla popular, venía del cielo. Cuenca y Míguez tuvieron que hacer despejar la alcoba del antiguo marqués de Torre Cuéllar para que su descendiente pudiera vestirse. Quedaron sólo en la pieza, por especial privilegio, los amigos íntimos de la corte y de Sevilla. Paco, que había salido para lavarse, volvió ya afeitado y peinado. Con el impudor característico de los atletas, se despojó de la bata y apareció desnudo. Parecía tallado en madera dura. La epidermis morena, mate y sin vello casi, cubría, como una malla de seda cruda, el cuerpo fino y de músculos apenas diseñados en el reposo, pero que adquirían extraordinario resalte al menor movimiento. Sus amigos lo contemplaban como se contempla a un *pur sang*. Gazpacho, muy solícito, le ayudó a ponerse la camiseta de seda valenciana, luego los calzoncillos cortos de hilo finí-

simo, después las medias blancas, sobre ellas las de color carne y por último las zapatillas nuevas, que ató con prolijo cuidado.

— ¡Vaya canela, Paco! — exclamó don Gaspar examinando con delectación amorosa el *traje de luces* tendido sobre la cama —. ¡Y el capote!... ¿Quién te ha bordado esta maravilla, chico?

— Unas monjitas, don Gaspar, que me quieren mucho. ¿Le gusta a usted? Hoy lo estreno.

— Es de primera. Si toreas como te vistes, les vas a quitar los moños a todos los que gastan coleta.

Paco no respondió, absorbido en la delicada y pe-liaguda tarea de ponerse la larguísima faja. Gazpacho la tenía tirante por un extremo, mientras él, girando sobre sí, se iba envolviendo en ella. A cada vuelta, al principio, se detenía y acomodaba los pliegues. Cuando faltaron sólo dos metros dió unas cuantas vueltas rápidas, sin detenerse, y la faja quedó puesta.

— ¡Ni pintada! — aseveró Cuenca.

Antes de ponerse la pesada y joyante chaquetilla, se colocó la montera, cogiéndola por los borlones o *machos* con ambas manos, y apretándosela mucho. Al verlo ya vestido, realzada la esbeltez del cuerpo por la seda, el oro y la pedrería, tan arrogante, tan gallardo, tan majo, a don Gaspar se le antojó que aquel mozo era la encarnación viviente y la cifra de la gracia y del machismo andaluz; un símbolo de lo más hondo y enjundioso del alma sevillana; una granazón cumplida de la raza que había dado al mundo los Gonzalo de Córdoba, los Pizarro, los Corteses, y levantando en alto la copa de jerez que bebía, exclamó, entre risueño y conmovido:

— Paco, tú vas a revolucionar el arte; tú vas a revolucionar a España; tú vas a remover muchos rescoldos de nuestra tierra, y quizá hagas brotar de las cenizas alguna llama. ¡Salud, Paco!

— ¡Bien dicho, don Gaspar, bien dicho! — prorrumpió Cuenca, radiante —. Yo estaba pensando en lo mismo. ¡Salud, Paco!

— Es curioso, y yo también — añadió Míguez.

— Por favor, señores, no me hagan ustedes creer que voy a salvar a España, como Pelayo en Covadonga.

— Hay muchas maneras de Covadongas en la vida de un pueblo, Paco. En tu esfera puedes ser, y eres ya, un hombre catastrófico. El que sólo vea en ti un señorito torero no ve más allá de sus narices — repuso Cuenca, gravemente.

Rosarito entreabrió la puerta de la saleta, que separaba sus habitaciones de las de Paco, y preguntó:

— ¿Necesitas algo?

— Sí, hermaniya... besarte el hociquito mono. Anda, muéstramelo por entre las cortinas.

— No seas guasón y ven un instante, si puedes.

El torero salió. En la saleta encontróse de manos a boca con Pastora.

— Paco, quería desearte buena suerte; aunque no lo mereces yo siempre pienso en ti con cariño, con mucho cariño. En cambio tú...

El le cogió las dos manos, las apoyó contra su pecho, y le dijo, esforzándose por sonreír:

— Mira, Pastora; mira cómo salta el que está ahí dentro. ¿No lo sientes? Ese tac, tac, tac, está diciendo: «Te quiero, te quiero...»

— ¡Paco, Paco!... — murmuró ella, mirándolo tierna y a la vez desesperadamente.

Paco comprendió.

— No, no me digas nada; no me reconvengas con esos ojos, que meten miedo de puro hermosos.

— Juegas con tu corazón y con el mío; es peligroso, Paco. Entre la fama y yo elegiste lo primero, sin necesidad, por capricho, por el mero gusto de jugar con la vida. Ese traje se me antoja la mortaja de aquel cariño tan grande que nos tuvimos.

Su voz era como un canto con sordina; su rostro, el de una Concepción de Murillo; su continente, el de una maja de Goya. Los ojos, negros y aterciopelados, despedían vivos fulgores cuando hablaba, y entonces una onda de carmín teñía la tez pálida, pálida y mate, como la hoja de la magnolia. Las cejas, los ojos y el cabello, renegridos, hacían resaltar aquella extraña blancura de virgen, en la que ponían los labios de fresa un toque sensual.

— ¡Pastora, Divina Pastora!...

— ¡Para lo que me sirvel!...

— ¿No eres dichosa?...

— ¿Y tú me lo preguntas?... ¡Qué malas entrañas tienes, Paco! Tú sabes muy bien que vivo sufriendo por ti. Mira que ya no puedo más; mira que voy a hacer una barbaridad... Escucha, es preciso que hablemos. Me pasan cosas muy graves. Ve esta noche al baile del «Círculo de Labradores». Allí te las diré. ¿Irás?

— ¡Vaya si iré!

— Señorito, es la hora — advirtió Gazpacho, desde el otro lado de la puerta.

En aquel instante entró Rosarito, vestida de pollera de medio paso, mantilla de madroños y gran peina. Junto a Pastora parecía más menuda y pequeñita. Esta dijo, procurando ocultar su emoción:

— Paco... — iba a decir «Paco mío» y se contuvo —, hasta luego. Con toda el alma te deseo buena suerte.

Rosarito exclamó, toda pálida y temblorosa:

— El corazón me dice que vas a quedar como un Dios.

El, sin poder hablar, les tendió los brazos a las dos, y las dos apoyaron la cabeza en el fornido pecho del torero. Junto a la alcoba de Rosarito, en una pieza muy reducida, se encontraba el oratorio, y en él penetraron las mozas. Las largas y maravillosas velas del altar estaban encendidas. Una virgen, de talla antigua y corona de plata, mostraba el corazón atravesado por las siete espadas del dolor. Pastora y Rosarito, sollozando, cayeron de rodillas. En la lobreguez solemne del recinto, los vivos colores y la alegría del traje andaluz hacían que parecieran dos ramos de flores colocados al pie del altar.

Entretanto, el novillero descendía las escaleras repartiendo apretones de mano. En la puerta de la calle había una gran aglomeración de gente; en las rejas y los balcones, muchas mocitas de mantilla y jacarandosos atavíos. Paco, con el capote sobre el hombro izquierdo y el puro en la boca, afectando serenidad y despreocupación, ocupó el principal asiento del coche; a su lado se colocó don Gaspar, y en los asientos fronteros Míguez y Cuenca. Todos sentían como un mareo de gozo y ansiedad. Gazpacho saltó al pescante, donde ya había colocado las espadas y los capotes. Covacha, luciendo cordobés y terno nuevos, requirió el látigo de larga talla; tanteó las riendas, y el coche partió entre los aplausos y los oles de la concurrencia. Las jacas parecían ufanas bajo la gala del arreo andaluz y martillaban el suelo con ritmo brioso y gallardo. El sol esplendente le ponía estofas y recamos de oro, ya fúlgidos, ya mates, al pelaje sedoso de los nobles brutos; cabrilleaba sobre los bordados cueros, las hebillas y las borlas de los arneses y extendía sobre todas las cosas un espeso barniz de luz. Numerosos

coches seguían al de Paco, formando alegre cortejo. Cuando entraron en la calle de los Reyes Católicos, de las floridas rejas, de las *manolas* que pasaban veloces, de los trenes, llovían oles y vivas. El torero iba de continuo con la montera en la mano, saludando. Aquella pompa y alarde de arrogancia, que en otro cualquier diestro hubiera parecido inoportuno y petulante, se lo aplaudía el público a Paco porque había sido siempre un señorito de tronío, y era, en aquel momento, el dechado del mozo crudo y además la esperanza oculta de Sevilla en el ruedo. Causaba gracia y emoción a una que fuera a medirse con los fenómenos del arte, haciendo soberbia ostentación de su orgullo y valentía, y como diciéndoles a las gentes: «Aquí va el que mete el pie y el que quita el hipo».

— ¡Vaya rumbo y vayan hígados! — se decían los sevillanos al verlo pasar, fumando su soberbio veguero, como si tal cosa.

— ¡Arza, *Perica*, arza! — gritaba de tiempo en tiempo Covacha, haciendo restallar el látigo. Las niñas majas que pasaban en carroza volvían la cabeza para mirar al torero. Algunas le sonreían. Brageli, que iba a caballo, más ufano en su silla que un emperador en su trono, le gritó a la pasada, quitándose el *ancho* en medio de una corveta:

— ¡Viva el lujo y quien lo trujo!

Paco sonreía, quitábase la montera, saludaba con la mano. Experimentaba con fuerza inaudita el orgullo de vivir. Las manifestaciones de simpatía del pueblo, la admiración de los hombres, las sonrisas de las mujeres lo embriagaban. Iba dispuesto a no dejarse quitar las palmas ni por el *mismísimo beato Pablo*; dispuesto a meter miedo, a volver loca a Sevilla, a ofrecerle, jugando con la muerte, un espectáculo inolvidable, único. Y, sin embargo, estaba tranquilo. En el sentimiento de plenitud gozosa que lo embriagaba no entraba ninguna sensación deprimente. Sabía que, por gran-

de que fuese el alarde heroico que le pidiera a su corazón, éste habría de responder. No se le pasaba por las mientes siquiera que pudiese quedar mal. Confiaba en su estrella — había elegido para sí la más grande del firmamento — y sentía, no con la fe supersticiosa del jugador, sino con la seguridad de la conciencia justa y neta del propio poder, que el triunfo sería suyo.

— ¡Arza, *Perica*, arza...! — seguía gritando Covacha, que en aquel instante no hubiese cambiado su fusta por el cetro del rey.

Un coche arrastrado por un soberbio tronco de torcos rodados, que lucían el hierro de Romero, se adelantaba rápidamente. La maja de rumbo que lo ocupaba iba como en sueños, con los ojos ganchosos fijos en la *manola* de Paco. Al pasar, sacó el esbelto busto fuera de la victoria, y saludando al torero con el abanico gritóle, vibrante y jubilosa:

— ¡Buena suerte, Paco!

— ¡Adiós Puriya! — contestó éste quitándose la montera e inclinándose luego con ella puesta sobre el pecho; y, sintiendo emociones muy dulces, siguió con ojos lumbrosos la mantilla que se alejaba aleteando como una paloma blanca. Después pensó en Pastora, a tiempo que contemplaba distraído las casas floridas, las hileras de árboles, los vehículos que pasaban entre restallidos de látigos y música de cascabeles.

Grupos de gentes gozosas y bullangueras se dirigían a la plaza. Los vendedores de agua, helados, cacahuetes calentitos, avellanas, almendras garapiñadas y pasteles rellenos aturdían con sus pregones; los gritos de los cocheros les hacían coro.

— ¡Allá vaaa, arzaaa! — y pasaban llevándose todo por delante.

Los árboles vestían nuevas hojas, y el sol también parecía nuevo por la fuerza con que brillaba. Alegre

y Tabarda, vestidos ya de picadores y a caballo, avanzaban con airoso continente y gesto despreocupado por el medio de la muchedumbre, el barboquejo sobre la boca, la mano derecha sobre la cadera.

— ¡Allá va eso.....! ¡Arza, *Perica*, arzaaaa...! —continuaba vociferando Covacha.

En la puerta del callejón que conduce a los chiqueros y al patio de caballos se detuvo el coche. Paco les dió un fuerte apretón de manos a sus amigos, y diciéndoles:

— Aquí nos encontraremos al salir, ¡abur, señores! —entró en la plaza seguido de Gazpacho, cargado con las espadas, las muletas y los capotes.

— De esa madera se hacían nuestros héroes — reflexionó don Gaspar.

— Y también nuestros santos y nuestros bandidos — añadió el pintor, riendo.

— Las astillas que necesitamos ahora, según dicen: los banqueros, los industriales, los capitanes modernos, ¿podrán salir de ese palo? — interrogó Míguez.

Don Gaspar contestó poniéndose muy serio:

— Paco, a su manera, es un estimulante de energías; un hombre providencial.

— Nadie sabe lo que nos hace falta — aseguró Cuenca —; pero suscitar entusiasmos, fiebres ardores, no ha sido ni será nunca tarea baladí. A otros les corresponde encauzar esas fuerzas.

— He ahí el problema. ¿Qué nos hace falta? Si lo supiéramos, otro gallo nos cantaría — suspiró don Gaspar.

Y los tres, discurrendo así, se mezclaron a la muchedumbre, torrente humano que corría impetuoso al mar del redondel.

*
* *

Ocuparon sus barreras del tendido número 2, que venían a quedar donde los toreros colocan los capotes de lujo después del paseo de la cuadrilla.

— ¡Vaya un lleno; no cabe en la plaza ni un alfiler! — aseguró Cuenca, paseando sus ojos ávidos por las gradas y los palcos.

Y como siempre, trató de equilibrar en su retina las masas de color que se le ofrecían a la vista: abajo, el amarillo y rojo del ruedo; en el medio, la abigarrada coloración de la muchedumbre; en lo alto, el azul rabioso del cielo, tamizado aquí y allá por nubes tan tenues y transparentes que parecían finas puntillas sobre la seda del espacio. Las mantillas de negros madroños o níveo encaje, las peinas jacarandosas, los claveles y las rosas de fuego, los ojos gachones, las bocas de sangre y nieve derramaban en los palquillos la sal y canela de Andalucía. Sobre los antepechos de éstos, los mantones de Manila, extendidos, parecían arriates de flores. Miradas pegajosas como moscas revoloteaban alrededor de los cuellos frágiles y los descotes mórbidos. El sol caía a plomo sobre la arena trocándola en topacio fulgurante. Oíase como un zumbido de abejas. De cuando en cuando una exclamación graciosa, un dicho oportuno hacía reír a la plaza entera. El aire hervía. Los abanicos aleteaban en los palcos, y en los tendidos de sol las botas de vino circulaban de mano en mano. Por aquella parte, la sombra de los *anchos* les ponía negros antifaces a los rostros de los hombres. Los mantones de talle y las blusas de las hembras destacaban sus colores rotundos sobre la masa del público; los rebozos de espumilla negra tenían reflejos tornasolados; las cabezas, cargadas de claveles reven-tones, parecían vivas mariposas.

Desde la bóveda del patio de caballos, Paco contemplaba el imponente espectáculo de la plaza. Los otros

toreros que discurrían por allí, fumando y riendo, examinaban con respetuosa curiosidad al señorito que *metía el pie*, y que tenía fama de *traérselas* dentro y fuera del redondel. Su condición social, carácter enterizo, fama de rumboso y hasta la manera de expresarse, firme y categórica, les inspiraban alta consideración y así como un acatamiento tácito. Hasta el mismo Califa, al hablar con Paco, se sentía cohibido, sintiendo, a pesar de su natural soberbio, que el más fuerte no era él, sino el chico de la nobleza.

«Ahora entra Pastora», se dijo Paco; «qué bonita está; no hay maja de Goya ni de Fortuny que se le iguale», y vió que la garrida moza, Rosarito y otra señorita, que no conocía, ocupaban la delantera del palco, mientras el famoso ganadero se sentaba detrás. Paco frunció las cejas. «A ése necesito yo meterle los monos en el cuerpo», pensó, y apartando la vista siguió recorriendo los palquillos hasta divisar a la Pura. Luego se abstra-jo en sus pensamientos y cesó de ver. Pensaba en mil cosas a la vez, y, sobre todo, en la rápida carrera que había hecho, barajando el recuerdo de las luchas y las desazones de su peligroso arte con los dulces nombres de Pastora y la Pura. «Pero vamos a ver», se dijo de pronto, «¿las quiero acaso a las dos? De Pastora no hay que hablar; siempre la quise y consideré como novia. Y la sigo queriendo a pesar de la oposición del padre. ¿Qué se habrá figurado ese tío? ¿Por qué se obstina Pastora en que me corte la coleta, sabiendo que yo necesito dinero, mucho dinero, entre otras cosas, para poder casarme con ella? ¿Yo de príncipe consorte, en la vida, y con los humos del papá...!, primero que me aspen... La Pura no exige nada. Estoy seguro que me querría, fuese yo lo que fuese. Eso es querer, lo demás... Y yo, ¿la quiero?, sí, no, no sé; es otra cosa, pero me tira, vaya si me tira, más que...» Y pasando a otros pensamientos, prosiguió: «Con tal que el migüeño no sea un buey asesino. ¡Bah!, de cualquier manera, le echaré al otro mundo de una estocada hasta el pomo».

A las cuatro el presidente ocupó su asiento. Sonó el clarín. Por todo el público pasó como una corriente galvánica. Paco sintió el estremecimiento, no del miedo, sino del coraje, y arrojando el *puro* que todavía fumaba, se persignó, volviéndose después hacia sus compañeros.

Los alguaciles, vestidos con la ropilla del tiempo de Felipe IV, saludaron al presidente y fueron a ponerse a la cabeza de la cuadrilla, ya formada. Sonó un paso doble muy alegre y popular, y empezó el clásico paseo entre los aplausos y los gritos de la concurrencia. El ídolo de Sevilla iba a la izquierda, a la derecha el ídolo de Córdoba, y en medio, Paco, que, desde luego, llamó la atención por el tipo, la manera graciosa de liarse el capote y el paso arrogante y garboso.

— Mire usted qué bien camina, don Gaspar.

— Ya lo veo; parece que fuera diciendo: «a templo no me gana nadie».

— Y es verdad — añadió Cuenca —. Quiera Dios que la suerte lo ayude hoy y siempre para que cuajen las cosas serranas que ese muchacho lleva en sí. Observe cómo balancea el brazo y saca el pie. ¡Vaya sal y señorío! — y no pudiendo reprimir su entusiasmo, gritó, poniéndose las manos junto a la boca para reforzar la voz:

— ¡Ooole los señoritos valientes...!

— ¡Ole, ole! — repitieron en algunos puntos de la plaza.

Pastora y Rosarito lo veían adelantarse pálidas y trémulas. La Trianera se había puesto en pie y lo miraba respirando ansiosamente. El avanzaba con la cabeza erguida, el ceño un tanto fruncido y los ojos clavados en la Presidencia. Al llegar bajo ésta, los matadores, juntando los pies y quitándose la montera, hicieron una profunda cortesía; los banderilleros los imitaron; los picadores quitáronse el castoreño, mostrando sus rostros

de mozos crudos, los tufos relucientes, los jopos gitanos. Y vino el cambio de los capotes de lujo por los de brega. Paco le envió el suyo a Rosarito. Esta y Pastora lo extendieron sobre el antepecho del palco, y el público, que observaba a dónde iba a parar el capote del señorito, al verlas tan bonitas y saladas, las aplaudió respetuosamente. Ellas se pusieron como dos granadas; luego sonrieron y tornaron a sentarse.

Los picadores de *tanda* requirieron las garrochas, y al galope desarticulado de los pobres pencos dieron una vuelta al ruedo. Volvió a sonar el clarín; hubo algunos instantes de ansiosa expectativa, y saltó a la arena el primer bicho, un cárdeno de Orozco de regulares libras y muchos pies. Era el toro que el ídolo sevillano le cedería a Paco para darle la *alternativa*. Este lo observaba con esa atención intensa con que los espadas examinan las bestias que les corresponde matar. El toro, después de algunas carreras, se paró en los *medios*, desafiando. Paco, adelantándose, lo citó, haciendo flamear el capote, y el toro se arrancó como una exhalación; él lo dejó llegar, y le dió un quiebro con el capote al brazo. Manoliyo intentó pararle los pies con algunas verónicas muy ceñidas, pero el toro, demasiado boyante, se le fué; Paco lo recogió muy oportunamente, lo lanceó de capa sin darle casi salida, y lo dejó en suerte con una media verónica en que parecía llevar el hocico del cornúpeto cosido a los pliegues del capote. Estallaron los aplausos. Sin volver la cara el toro tomó ocho puyazos y despanzurró tres jacos. Los matadores entraban a los quites con mucha valentía, y desde un principio el público comprendió que se disputarían las palmas encarnizadamente.

«Los tres se las traen», se decían los entendidos.

En la última vara, Tabardillo cayó al descubierto; los matadores acudieron al quite, pero no había por dónde entrar. El toro estaba entre el picador, el caballo y la barrera, y volvía el temible testuz, ya hacia el uno, ya hacia el otro. De pronto se arrancó sobre el picador.

Paco, con grande exposición, le tapó la cara con el capote y lo volvió hacia el caballo a fin de sacarlo por allí; pero el bicho hundió los cuernos en el vientre de la acémila, la levantó en alto, la dejó caer y se revolvió otra vez contra Tabarda, que daba vueltas sobre sí, procurando alejarse del peligro. Entonces el Califa saltó por encima del penco, le pegó una sonora palmada al toro en el anca, lo hizo volver y girar pegándose a las costillas del cornúpeto, y *abanicándole* con el capote se lo llevó a los *tercios* donde, después de un ceñidísimo recorte, que dejó al toro como clavado en la arena, le volvió las espaldas casi entre los cuernos, y sin cura de lo que dejaba detrás echó a andar lentamente hacia la barrera, entre los aplausos atronadores del público.

En un periquete los banderilleros de Paco le adornaron al toro el redondo morrillo con tres pares de rehiletos. Tocaron a matar, Manolo se dirigió al novillero con el estoque y la muleta para cedérselos, según el rito acostumbrado, y darle, con aquella ceremonia, la *alternativa* de matador de cartel. Paco le salió al encuentro. Cuando estuvieron frente a frente, se cuadraron y quitaron la montera.

— Señorito Paco — dijo el ídolo sevillano presentándole los *trastos de matar* —, que tenga usted mucha suerte con los toros, y que no le den sino gloria y dinero.

— Gracias, Manolo; lo mismo te deseo a ti — contestó el mozo, tomando la espada y la muleta.

Luego se dieron un fuerte apretón de manos, y Paco se dirigió a la Presidencia para brindarle su primer toro.

Al verlo plantado casi debajo de su palquillo, y en trance de ir a jugarse la vida, Pastora palideció y cerró los ojos.

— ¡Por Dios, no te pongas así, mira que te ve! — le dijo Rosarito, cogiéndole una mano.

Pastora se la oprimió nerviosamente y cubriéndose el rostro con el abanico, murmuró:

— ¡Rosarito, Rosarito, me siento morir...!

— Yo también Pastora; pero hay que tener valor.

Cuando Paco, después de brindar, tendió el brazo con la montera en la mano y describiendo un rapidísimo círculo la arrojó a lo alto por detrás, dando una violenta vuelta sobre sí para lanzarla con más ímpetu, las dos señoritas majas, haciendo de tripas corazón, se incorporaron y aplaudieron. Salero y el Templáito corrieron al toro y lo dejaron en suerte. Paco avanzó hasta el cárdeno y se cuadró frente a él, con los pies juntos. Lentamente, haciendo alarde de valor y confianza, retiró el estoque de la muleta, y desplegándola en la cara del bicho, aguantando mucho y llevándolo siempre *empapado* en el trapo, sin abrirse de piernas casi, le dió un pase *redondo* en el que pareció liarse el toro al cuerpo como una faja, rematando con otro de *pecho forzado*, que levantó al público y lo hizo prorrumpir en delirantes exclamaciones. En medio del tumulto se oyó una voz estentórea que decía:

— ¡Apareció, al fin, el *gachó del arpa*...!

— ¡Pero qué valiente y fresco es este chico! — exclamó don Gaspar —. Tenía usted razón, Cuenca; su toreo no se parece al de nadie — y viéndolo muletear siempre metido en el terreno del toro y salvándose de los derrotes como por milagro, añadió:

— Verdad que mete miedo. Yo nunca he visto *pararle* así a los toros. Mire usted, el torero y el toro hacen un lío. Que lo va a coger. ¡Ole!, otro pase de *pecho*... un *natural*, un *molinete* entre los cuernos. ¡Jesús, qué barbaridad...!

— ¿Y eso?, ¿y eso? — repetía Cuenca a cada pase.

El toro quedó *igualado*. Paco lió la muleta. Algunos aficionados se pusieron en pie comprendiendo que iba a suceder algo gordo.

— *¿Recibe hoy el señorito?* — gritó un guasón.

Paco, sonriendo, volvió la cabeza e hizo un signo afirmativo. Los dos fenómenos del toreo salieron de la barrera, dando visibles muestras de inquietud. Intensa emoción se apoderó del público. Reinó un silencio preñado de ansiedad. Paco se perfiló como si estuviera delante de un espejo, levantó el estoque a la altura de la cara, inclinó un poco la cabeza sobre el hierro, y después de algunos instantes citó resueltamente, adelantando la piedad izquierda y metiéndole al toro la muleta en los mismísimos hocicos.

— ¡Anda, valiente...!

El toro se arrancó *empapado* en la muleta. Paco, juntando los pies y haciendo la clásica cruz, lo *vació* con extraordinaria limpieza, dejándole en los rubios una estocada hasta la taza que hizo rodar al bicho como una pelota, mientras él quedaba inmóvil y con el brazo derecho levantado en actitud gladiatora. Y la masa humana estalló en tumultuoso clamor. Los cigarros y los sombreros caían a los pies del novel matador, que, pálido pero sonriente, se dirigía a la Presidencia, saludando a uno y otro lado.

— Apareció el *gachó del arpa*, boca a abajo too er mundo — repetía la voz estentórea.

— Sevilla tiene un matador de toros — vociferaban otros.

Rosarito y Pastora se cubrieron el rostro con el abanico para ocultar las lágrimas, lágrimas de gozo, lágrimas de amor...

— ¡Paco, Paco, Paco!... — murmuraba la Pura extenuada.

Cuenca y Míguez habían enronquecido a fuerza de tanto gritar.

— ¡Señores — exclamó don Gaspar radiante de júbilo —, si pudiéramos meter en la vida esta emoción, esta fiebre!... ¿Qué tendrá este redondel mágico para exaltarnos así?

— Yo lo siento, lo sé; pero no encuentro palabras para decirlo — respondió el pintor —. Ese círculo nos transfigura, nos sublima porque reviven en él acaso las energías y las virtudes de nuestro heroico pasado; todo aquello que nos hizo grandes y fuertes.

— En este momento todos deliramos, todos nos sentimos capaces de cargarnos al mundo y sus arrabales — agregó don Gaspar, aquilatando el entusiasmo del público —. Mire usted esos rostros. Sólo a los héroes y a los grandes artistas les es dado suscitar emociones semejantes.

— Sí, sí; esto no es *jojana*; esto no es cosa baladí; de aquí puede que salga un día el trueno gordo, lo que va a despertarnos de un largo sueño. Tienes razón, Cuenca. Los que suponen que este delirio es sólo barbarie son unos pobres mentecatos — agregó Míguez, contemplando la alborotada turba.

Mientras las mulas arrastraban al toro y a los caballos muertos, Paco, montera en mano, daba una vuelta al ruedo, saludando a la multitud que lo aclamaba. Ya había salido el segundo toro, y todavía duraba la ovación. Paco saltó la barrera y se acercó a sus amigos, que le estrecharon la diestra efusivamente.

— Dame un trago, que me muero de sed.

Cuenca le alcanzó la bota, muy pequeña y cuca, que siempre llevaba a la plaza.

— Paco — le dijo don Gaspar —, has quedado como los propios dioses. Por fin puedo asegurar que he visto

recibir con todos los sacramentos, como está escrito en la biblia del toreo. Chico, te debo una tarde inolvidable.

— El *loriyo* era muy noble, don Gaspar — contestó negligentemente Paco, fijando los ojos en el Califa que en aquel instante remataba una *larga* de gran lucimiento —. Vaya un torerazo, ¡qué hecho se lo trae todo! Digan ustedes que no ha habido un torero más completo desde que se lidian toros. Y no olvido a Frascuelo ni a Lagartijo.

A todas luces, el Califa venía dispuesto a demostrarle a Sevilla que él era el amo. Toreaba entre los pitones, saliendo limpio y airoso siempre; entraba a los quites con gran valentía; jugaba con los toros, y quieras que no, le arrancaba nutridos aplausos al público, que había venido dispuesto a silbarlo. El sevillano también apretaba de firme; pero ni aun esforzándose y exponiéndose a tomar una cornada, saliendo trompicado a veces, lograba hacer lo que el otro, sin esfuerzo ni exposición, aunque toreaba muy cerca y quieto. Y cuando el cordobés, luego de banderillar él solo a su primer bicho con tres pares que ni bordados, lo toreó de muleta magistralmente, y entrando a matar, corto y por derecho, lo despachó de un volapié monumental, todos comprendieron que no había qué hacer, que nadie podría arrancarle el cetro al coloso de Córdoba, y el favor del público cambió mostrándose hostil al diestro que había defraudado las esperanzas de Sevilla. Todas las palmas eran para el Califa. A Paco mismo no le aplaudieron como merecía su trabajo en los quites, ni los prodigios de valor que hacía para no quedar deslucido junto al maestro. La gente, enloquecida con los adornos, elegancias y temeridades de éste, parecía haber olvidado la estocada recibiendo de Paco, la suerte que por *falta de hígados*, según decían los entendidos, ya no ejecuta ningún estoqueador. Antes de salir el sexto toro, el pobre Manolo, sentado en el estribo de la barrera, lloraba de despecho. Paco pasó por delante de él, rugó las cejas y colocándose en lostre

cios de la plaza esperó la salida del toro que le tocaba matar. Era un pavo de seis yerbas, tan grande como cornalón.

«¡Vaya una perita en dulce que me ha echao mi suegrol», se dijo, y volviéndose hacia el palco del ganadero quedóse mirando en aquella dirección con ojos retadores.

El toro salió barbeando las tablas y casi coge al Templáito, que le tiró el primer capote. Cortaba terreno, no hacía caso del engaño, se iba al bulto. Los peones sólo podían correrlo de burladero a burladero. El marrajo se *volaba* por debajo de los percales. Parecía toreado; el público, que estaba en antecedentes de lo que había pasado entre el ganadero y Paco, lo creyó así y empezó a protestar.

«Este niño es capaz de echarme el público encima», pensó el excelentísimo señor de Míguez, tratando de ocultarse detrás de Pastora y Rosarito.

— Padrino, ¿le ha enseñado usted latín al toro para que hable con Paco? —interrogó esta última con mucha sorna.

— Le *echao* un toro con toda la barba para que se luzca —respondió el ganadero, muy quemado.

— Por mi parte le agradezco la intención.

— Papá, me parece que esta tarde te cargas la gran bronca —respondió Pastora, riendo.

Pepe Míguez, avergonzado de la charranada del padre, bajaba la cabeza.

Paco, mordiéndose los labios, miraba ya al toro, ya al palco del ganadero. De pronto el jabonero se le arrancó. Parecióle al mozo que se le venía encima una montaña. Se abrió de capa y le dió un lance sin moverse, a pesar de que el toro se *acostaba*; al segundo salió trompicado, y cayó de espaldas. Revolvióse el toro y le hu-

quiera empitonado sin la oportunísima intervención del cordobés, que literalmente le envolvió la cabeza con la capa y se lo sacó, pero también sufrió una colada, y esta vez fué Paco, que ya se había puesto en pie, el que estuvo al quite. El público les hizo una gran ovación, armándole luego una bronca al ganadero. Muchos increpaban al presidente, y le pedían que volviese el buey asesino al corral. Paco, pálido de ira, le hacía señas al público de que se calmase y dejara el toro en la arena. Para cortar por lo sano, le tiró al bicho la montera y lo esperó con los brazos cruzados. La muchedumbre, sobrecogida por aquel acto temerario, enmudeció.

— ¡Dios nos asista! ¿Qué va a hacer ese chico? —exclamó don Gaspar, incorporándose.

— Pues darle un quiebro. —respondió Cuenca.

— ¿A ese toro ladrón? Imposible, lo va a coger...

— Ahora verá usted lo que es quitar el hipo.

— Yo no quiero verlo —declaró Míguez, cerrando los ojos.

El toro se había arrancado *con las de Cain*. Paco, vibrante de coraje, lo veía venir. La seda y el oro del *traje de luces* brillaban menos que los ojos del torero. «Ven-te, vente por uvas, que yo te voy a dar lo que te hace falta, ladrón», pensaba viéndolo llegar, y en la mismísima cabeza le dió tan rápido y ceñido quiebro que el toro, perdiendo el equilibrio al derrotar, cayó de costillas. El mozo, rápidamente, reuló algunos pasos y esperó otra vez a pie firme. El toro tornó a arrancarse; Paco lo dejó llegar casi hasta él y le dió otro quiebro por el lado contrario. El toro se fué de hocicos sobre la arena; al pararse quedó jadeando con la lengua fuera. El griterío de la electrizada multitud ensordecía. Paco, sin oír, sintiendo hervirle la sangre en las venas, les gritó a los picadores:

— ¡Duro con él y no olvidarse de lo dicho!

Alegre se adelantó al toro *templando el palo*, y cuando estuvo *en suerte*, lo volvió, no sin gran estupefacción del público, recibiendo el encontronazo con el regatón. El toro suspendió al jinete y al caballo en el aire, y como una masa informe los arrojó contra la barrera. Tabarda también le volvió el palo al jabonero, y sufrió un terrible porrazo, del que quedó tendido en la arena sin conocimiento.

— ¡Picadores, picadores! — gritaba el público delirante.

Alegre tornó a montar, se escupió la mano, arrojó el castoreño al tendido, y gritando: «Vaya por ustedes», se adelantó al toro paso a paso, con grande estilo, y tanto se echó sobre el palo para castigar, esta vez de veras, que al caer el penco con las tripas colgando, cayó él sobre los morrillos del toro. Los dos matadores entraron al quite. Viendo al picador en el suelo y en inminente peligro, el Califa se fué a la cola y Paco se colgó de un cuerno.

— ¡Ole los valientes!, a ese *gachó* no hay quien se la gane — gritó un chulo.

Lejos de intimidarlos el tremendo poder del toro y las terribles caídas que daba, los varilargueros, enardecidos, se disputaban los puyazos como los matadores los quites. Caía un picador y ya estaba el otro *en suerte*. El toro, furioso, seguía destripando pencos. La plaza se venía abajo de aplausos. Las rosas de sangre florecían en la arena y en los pómulos de la afiebrada turba. Una racha de exaltación heroica dilatava los pechos y ponía en las bocas un gesto trágico.

— ¡Duro, duro con él, que ya es nuestro...! — les gritaba Paco a los picadores.

E iban los ardorosos jinetes a la cara de la fiera, y se hundían los cuernos en el vientre de los jacos y las garrochas en los morrillos del toro.

— ¡Caballos, más caballos...! — seguía gritando el público, ebrio de emoción.

Después de un lucido recorte, el Califa quitóse la montera y, sin soltarla, se la puso al toro en el testuz, permaneciendo en aquella arriesgada posición algunos instantes. Era una temeridad tratándose de aquel bicho, que sólo quería coger. En el quite siguiente Paco aguantó tanto al darle una verónica que el toro hizo un cerrado círculo en torno del mozo tirándole cornadas. Al rematar la suerte, aprovechando el destronque que sufría el jabonero, hincó una rodilla en tierra y le rascó la frente.

En los palcos, los tendidos y las barreras la gente gritaba frénética, como poseída por furiosa locura. Cuando tocaron a banderillas quedaban seis pencos en la arena florida. El cordobés le cogió la diestra a Paco y, juntos, saludando al público, que los aclamaba, fueron a sentarse al estribo.

El toro, que gracias a la faena de los matadores había estado bravo, aunque asesino, en el primer tercio de la lidia, volvió a mostrar las aviesas intenciones de la casta. Salero y Templaito, por más que hicieron, sólo lograron clavarle medio par de banderillas cada uno, y eso a la media vuelta y saliendo de *naja*. Por delante no había quien le entrase. Paco observaba atentamente la faena del toro. El Califa y Manolo, también.

Sonó el clarín. Gazpacho le presentó al matador la muleta y el estoque.

— Dame la tizona — le dijo Paco.

— ¿Qué va usted a hacer con ese avechucho? — le preguntó Manolo.

— Primero, brindárselo a mi hermaniya; después, veremos.

Manolo y el Califa se miraron sorprendidos.

— Mire usted que el toro está jecho un ladrón — observó este último —. Echelo afuera de un golletazo; no merece otra cosa.

— El animalito sólo pide que se le arrimen — respondió Paco, buscando con los ojos a su hermana.

En los tendidos, comprendiendo que iba a brindar, cosa que los matadores sólo hacen cuando los toros son muy nobles y creen posible lucirse, se preguntaban las gentes si el temerario mozo había perdido el juicio. Este plantóse debajo del palco del señor Míguez, juntó los pies, y con la montera en alto y el cuerpo arrogante echado hacia atrás, subrayando cada frase con un movimiento del brazo, dijo, con voz firme y potente:

— Rosarito, hermaniya: brindo por España, la bien plantada del mundo; brindo por las hembras salerosas y los mozos crudos de mi tierra, y ¡ole! por tus amores y por los míos — y arrojó la montera, con tal ímpetu, que fué a dar contra la baranda del palco.

— Nunca he visto ni más valentía ni más arrogancia — declaró don Gaspar.

— Paco es así, lo hace todo metiendo el pecho y de poder a poder — dijo Cuenca —. Cuando a un hombre de éstos lo acompaña la suerte, se traga al mundo.

El toro estaba en *los medios*, dominando el redondel con su fiera. Paco pronunció la frase sacramental:

— ¡Fuera todo el mundo!...

Y se fué a él con los trastos de matar en la mano izquierda. Salero, a pesar de la orden dada, intentó seguirlo, y entonces Paco, volviéndose, insistió:

— Fuera he dicho.

Manolo y el Califa hablaron algo y lo siguieron a cierta distancia. Don Gaspar, Cuenca y Míguez, inquietos, se habían parado.

— Pero, ¿qué va a hacer este chico? — repetía don Gaspar.

— ¿Por qué no le corren el toro? — preguntaban algunos.

— No ha querido — respondían otros.

— Quiere probarle al ganadero lo que es la vergüenza torera, y se lo probará — aseguró un espectador, dirigiéndose a los que hablaban detrás de él.

Y los tres amigos, ansiosos, vieron que Paco, muy tranquilamente, sin apresurarse, llegaba a la cabeza del toro y se plantaba frente a él como si fuese de madera.

— No cabe más frescura — exclamó don Gaspar —. Este chico se me antoja el valor de la mismísima España de Carlos V y de los Conquistadores ante el peligro y la muerte.

El toro miraba *encampanado* aquella cosa inmóvil y refulgente que tenía delante. De pronto, lanzando un bufido, dió media vuelta alejándose algunos pasos; luego, volviéndose, se *encampanó* otra vez. Paco permaneció quieto.

— Ha asustado al toro — repetía, riendo, la gente.

Paco, acercándose lentamente, lo tanteó con la izquierda; el toro dió un paso atrás. Cambió la muleta de mano y se la metió en el hocico; el toro reculó otro paso; no tomaba el trazo; tenía los ojos fijos en el vientre del torero. Este, notándolo, sonrió y se dijo: «Si tú sabes latín, yo también; verás, ladrón», y tapándole la cara totalmente con la muleta, al propio tiempo que, por debajo de ella, le pegaba un sonoro puntapié en el hocico, gritóle:

— ¡Vente, alma mía!...

El bicho dió una arremetida feroz. Paco se lo echó por delante, se pegó a las costillas y ya no se desprendió

de él. A cada muletazo le crujían los huesos al animal, que se revolvió furioso tirando terribles derrotes. Diestro y toro formaban una epiléptica pelota. Los adornos y *cabos* de la chaquetilla volaban por el aire; el trapo subía y bajaba impetuosamente

— Ya se ha apoderado de él, ya es suyo — gritaba Cuenca fuera de sí—. ¡Viva España, que es inganable!

Un clamoreo ensordecedor estalló en las barreras, en las gradas, en los palcos. Los oles y los vivas reventaban como bombas. Aquella faena, nunca vista, parecía una pelea de perros. Y seguían volando los adornos y los *cabos*. Media chaquetilla flameaba en jirones. Una rasgadura de la taleguilla dejaba ver los calzoncillos blancos. Después de un muletazo de mucho castigo, el toro quedó quieto e *igualado*. Paco, sin apresurarse, lió, se perfiló se echó el estoque a la cara, y entró a matar con ímpetu, al mismo tiempo que el toro embestía, y se le vió acostarse sobre el morrillo, hundir el estoque hasta las péndolas en la carne blanda y caer de rodillas del encontronazo. La fiera se revolvió, buscándolo. Paco, en vez de levantarse, ebrio de bravura, presa del vértigo heroico, sintiendo acaso que había llegado el momento de darle a Sevilla el espectáculo de la valentía soberana que esperaba de él, abrió los brazos en cruz y mondó el pecho en actitud de supremo desafío. El toro humilló y engendró el viaje. Los rostros se desencajaron, los ojos se salieron de las órbitas. Oyéronse exclamaciones, juramentos, gritos de horror, y en seguida un jubiloso y delirante clamoreo. El toro había rodado por tierra y quedado con las cuatro patas en el aire; el torero estaba en pie, erguido, ceñudo, fiero como Don Juan delante del Comendador. Y como si aquella muchedumbre frenética hubiese establecido, repentina y distintamente, la relación íntima entre la bravura arrogante e indomable del Burlador y la valentía retadora del descendiente de los vizcondes de Miranda, alguien gritó primero, y mil bocas repitieron después, esta frase que fué rebotando por todos los ámbitos de la plaza:

— ¡Don Juan Tenorio ha resucitado...! — mientras los admiradores más entusiastas se arrojaban a la arena y corrían hacia el matador para levantarlo en hombros.

A Paco le parecía que el compacto y revuelto gentío que lo aclamaba era una sola criatura, un monstruo enorme, un monstruo de mil cabezas, con mil ojos fulgurantes, con mil bocas sanguinosas y un solo corazón, que él, Paco, había hecho palpar y que palpitaba por él.

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^a
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

VII

Al encontrar a Paco en la caseta del «Círculo de Labradores», le dijo Pastora, apresurada y nerviosa:

— Hace media hora que te busco. Hablemos; no tenemos tiempo que perder. ¡Ay, Paco!, si me quieres un poquitín, tienes que cortar por lo sano. Yo no puedo más. Desde hace tres años a esta parte mi vida no es vida. Por causa tuya reñimos con papá a menudo. A toda costa quiere casarme, y como yo le echo los pretendientes al corral, estallan las broncas. Y cada vez peor, y yo me pregunto qué va a suceder en lo futuro, ahora que está contigo que arde.

Paco sonrió.

— ¿Porque le pateé el toro e hice que los picadores le *volvieran el palo*?... Pues dile de mi parte que con todos los bueyes que me eche haré igual.

— ¡Paco, Paco!, antepones tu orgullo a nuestro cariño. No debías enconar los resentimientos que desgraciadamente existen y que se agravan cada día más entre tú y él. Piensa que, al fin y al cabo, es mi padre y el padrino de tu hermana; que Rosarito y Pepe se quieren, y que también a ellos puedes hacerles mucho mal.

Después que dejaron a Rosarito en su casa, el ganadero, muy quemado, le había dicho a Pastora:

— No quiero que tengas relaciones de ningún género ni con Paco ni con su hermana. ¡Ea, se acabó! El niño ese

se complace en faltarme a la consideración que me debe y herirme donde sabe que me duele más. ¡Cuidado que volverle el palo a mis toros!, es mucho cuento, ¡y encima patearlos, para darme en la cara! ¡Me las pagará! Y hasta Rosarito empieza a sacar las uñas. ¿Viste la pullita que me soltó en la plaza? Quieren guerra, guerra tendrán. Por otra parte, ya sabes que el conde de Peñablanca me ha pedido tu mano y que no ignora el antiguo noviazgo tuyo con Paco. Nada de ambigüedades. Es necesario que definas la situación una vez por todas. Estás perdiendo el tiempo lastimosamente y me tienes muy contrariado. Yo no quiero casarte a la fuerza, mas sabe que si, como espero, aceptas el ofrecimiento del conde, colmarás mis ambiciones, y me harás muy dichoso; si por capricho o porque el otro te tira rehusas, yo, con mucha pena, sí, con mucha pena, respetaré tu voluntad en eso; pero mientras viva me opondré a que te cases o tengas amores con un torerillo. Con éste no quiero partir peras. Mañana, sin falta, debes darme la contestación.

— ¿Y tú qué piensas responder? — preguntó Paco, así que Pastora lo puso en conocimiento de lo que ocurría.

— Que te he querido, que te quiero y que siempre te querré...

— ¡Pastora...!

— Pero con eso no hacemos nada, Paco. Es preciso que tú pongas algo de tu parte para sacarme del infierno en que vivo. Si tú quisieras, todo se arreglaría. En el fondo, mi padre, aunque echa humo contra ti porque has herido su amor propio, te quiere y te admira. Hoy, después que mataste el primer toro, le oí murmurar: «la valentía de ese chico asombra; no es la valentía de los toreros, es la valentía de los Grandes de España». Escucha, ofrécele las paces; pídele mi mano, diciéndole que, por complacerlo, si él lo exige, te cortarás ese adminículo que llevas en la nuca,

Paco hizo un gesto de asombro.

— Es un sacrificio, ya lo sé; pero, ¿no merezco yo que sacrifiques algo por mí? — concluyó ella, aproximándose y envolviéndole en el doble encanto de la mirada cariciosa y la sonrisa provocadora.

El le cogió la mano y le dijo:

— Es precisamente por ti, que no puedo hacerlo. ¿Cómo quieres, Pastora, que me presente a solicitar tu mano, después de haberlo hecho el conde de Peñablanca, sin poder darte nada de lo que él te ofrece y ni siquiera asegurarte el bienestar a que tú estás acostumbrada? ¿Cómo retirarme de los toros sin poseer la gloria y la fortuna que sólo me harán digno de ti?

— Ya eres célebre, Paco; además, sé que volviste a adquirir «La Barrancosa» con su dehesa y todo. Eso representa más de lo necesario para poder vivir decentemente.

— Es verdad; pero quedo muy empeñado. Me hace falta mucho dinero para salir a flote. Sólo los toros pueden procurármelo.

— Entonces...

Paco reflexionó algunos instantes y luego dijo:

— El amor todo lo puede, Pastora. Cuando es verdadero no necesita la absolución de nadie para existir. Someterlo a esta condición o a la otra es empequeñecerlo. ¿Quieres que sea enteramente sincero contigo, que te hable a cartas vistas? Pues bien; yo desearía que me quisieras por encima de todo, con el beneplácito o sin el beneplácito de tu padre, torero o no torero. Pedir permiso para quererse parece herejía; imponerle condiciones al amor, un sacrilegio. Yo sabría conquistar tu cariño en cualquier torneo, pero no mendigarlo a la puerta de la iglesia. Te quiero y basta; ¿qué me importa lo que piensen y quieran los demás a ese respecto? Tú, no; tú no obras con igual entereza, y

eso me apena, me irrita y me llena de resentimiento contra ti. ¡Pastora, Pastora! — aquí su voz se hizo suplicante —, quíereme como soy; yo siento que he venido al mundo para darle a los españoles un gran espectáculo. Déjame con mi *chalaura*; no trates de arrancármela; me darías una puñalada en mitad del corazón. Si te opones a ella, harás que te considere como enemiga acérrima de lo *mío*, de lo más Paco Quiñones que hay en tu Paco. Sin la embriaguez del peligro, sin la locura de jugar con la muerte, sin la admiración del pueblo, sin los aplausos, sin los triunfos la vida no tiene para mí ni pimienta ni sal. Antes de torear, no lo sabía, pero ahora lo sé. Quíereme como soy, Pastora. Piensa que no soy un torero como los demás: piensa que no busco sólo el *parné* y las palmas, como yo mismo me lo figuraba hasta hace muy poco. Arriesgo el pellejo por razones más íntimas y poderosas, porque el toreo es la expresión exacta de mi manera de sentir y de pensar. Sólo toreando soy por entero Paco Quiñones. Pastora, te lo pido con el alma, si realmente deseas ser mi mujer, mi compañera, quíereme como soy.

Ella bajó la mirada y permaneció silenciosa. Luego suspiró y dijo:

— ¡Ay, Paco!, siento que en ese entierro no me das ninguna vela. Tú te quieres a ti y me quieres para ti, pero no me quieres para mí, como yo deseo y debía ser. Y, francamente, te diré que tu egoísmo me subleva un poco. También yo tengo mis resentimientos contra ti. Si tú tienes tu orgullo, yo tengo el mío. Y tu orgullo y el mío son dos cosas que no casan bien. Yo no sabría hacer dichoso a quien sólo me quisiese a medias. Hice todo lo que humanamente podía hacer. Por ti renuncié y seguiré renunciando a los títulos, las riquezas y las vanaglorias que me ofrezcan todos los condes y los marqueses del mundo. Por mí, ¿renunciarás tú, sabrás renunciar al provecho y a la gloria de tu carrera? Te ruego que sinceramente me lo digas. No temas hacerme sufrir. Ha llegado el momento de hablar claro.

El tono imperioso de la moza lo irritó.

— Pastora, tú no me quieres; no me quieres como yo soy, que es lo mismo que no querer... — dijo.

— No eludas mi pregunta, Paco...

— Renunciaré a eso que tú llamas desdeñosamente el provecho y la gloria de mi carrera cuando tenga un nombre ilustre y una fortuna que poner a tus pies.

— Yo no necesito eso; contigo, pan y cebolla.

— Yo sí; considera que de otro modo la diferencia entre los dos sería demasiado grande y me sentiría humillado. Prefiero la muerte a eso.

— ¿Es tu última palabra?

Sus miradas se cruzaron como dos estoques.

— Sí, Pastora...

— Adiós, Paco... — concluyó ella, y girando sobre los talones, se alejó.

A poco la vió en un apartado rincón hablando con el conde de Peñablanca. Entonces Paco se acercó a una marquesita de Madrid, muy alegre y pizpereta, y empezó a cortejarla sin sombra de disimulo. Hacía largo rato que estaba en eso, cuando un grupo de amigos, entre los que venía don Gaspar, se acercó a ellos.

— Queremos ver bailar sevillanas a Pastora. Sólo tú puedes acompañarla. Ya sabes que es una danzarina extra — le dijo don Gaspar después de haberle besado la mano a la marquesa.

— ¡Yo...! — exclamó Paco.

— Sí, tú. Pastora nos dijo que contigo las bailarías porque os entendéis muy bien. Además, la gente desea verte tanto a ti como a ella. Rosarito y Míguez formarán la otra pareja. Ya están ahí los guitarreros.

— ¡Ande usted, ande usted! — insistió la marquesita.

Paco vaciló todavía algunos instantes, pero observando que Pastora lo miraba como desafiándolo, se levantó diciendo:

— Lo que ustedes quieran.

Y de nuevo Pastora y Paco se encontraron frente a frente. Sonaron las guitarras y las castañuelas; una onda de lirismo y emoción popular barrió la tiesura de la sala. La gente se agrupó en torno a las dos parejas. Los cuatro bailarines, sobre todo Pastora, tenían bien acrisolada su reputación de tales, aun entre el pueblo, que los había visto bailar muchas veces en las casetas de feria. Con las ventanillas de la nariz crispadas, los labios trémulos y los ojos húmedos y fosforescentes, Pastora miraba a Paco de un modo singular, como si examinase al enemigo con el cual va uno a medirse. Paco sonreía con el ceño fruncido.

*«Me quisistes, me olvidastes,
me volvistes a querer...»*

rompió a cantar una señorita, y entonces él la vió entornar los ojos, sonreír, echar los brazos a lo alto, como en un voluptuoso desperezo, y ejecutar garbosamente la salida de las sevillanas. Bailaba, no como la niña cándida y graciosa, sino como la hembra que *sabe*, y, llena de intención, despliega sus seducciones. A cada vuelta, a cada giro, a cada vuelo del pie, quiebro de cintura, revoloteo de los ojos o sonrisa dislocadora, parecía mostrarle a Paco todos los hechizos del cuerpo y del rostro y decirle: «Mira lo que te pierdes». El jamás la había visto bailar con tanta pasión, ni hacer tal alarde de sus encantos. Desconcertado, al principio bailó mesuradamente, sin meterse en harina; pero luego, enardecido por las provocaciones de ella, lo hizo con calor y gallardía.

— ¡Vaya con las cosas que se trae esa niña bailando! — murmuraban los hombres.

Las damas mostrábanse más parsimoniosas. Algunas encontraban el baile de Pastora demasiado movido y descocado; otras decían que bailaba, no como una señorita, sino como una bailadora de «El Tronío». En el fondo, todas envidiaban el que los caballeros, y en particular los entrados en años, se la comieran con los ojos. Al hacer la figura final, le dijo ella muy bajito:

— ¡Adiós, Paco...!

— ¡Adiós, Pastora...! — respondió él en el mismo tono.

Y esquivando las efusiones de los amigos y la curiosidad de las mujeres, que deseaban conocer al héroe del día, y le eran presentadas por grupos, se escurrió por entre el gentío y salió del baile.

«Esto se acabó y requeteacabó», decía, sin oír el jaleo de las casetas, ni las músicas de los teatrillos diseminados por la feria, ni ver otra cosa que la imagen de Pastora en el momento que le decía: «¡Adiós, Paco!». La llevaba como remachada en la retina. Una racha de celos y sensualidad enardecía y enervorizaba el manso cariño que hasta allí le había inspirado la moza. Y sentía sed de vino y sed de efusión. Los amigos de Sevilla y de Madrid le habían dicho que a la salida del baile lo esperaban en Eritaña para celebrar su triunfo con una juerga mayúscula, pero cuando subió a la manola no se hizo conducir a la famosa venta, sino a «El Tronío».

El último cuadro había terminado. Paco tomó posesión de uno de los gabinetes, pidió Jerez N. P. U. y le envió un recado escrito a la Trianera, que decía así:

«Puriya:

«¿Quieres que cenemos solitos los dos? He venido a buscarte porque sólo a tu lado estaré hoy a gusto. Te espero.— Paco».

Apuró una tras otra dos cañas y luego, encendiendo un pitillo, se puso a pasear por la pieza, las manos en los bolsillos del pantalón, los ojos en el suelo. Vestía de frac, y lo llevaba con tanta soltura como el traje corto. No poseía la elegancia correcta y seca del inglés; pero sí, en alto grado, la varonil y desenfadada del noble español. Por lo demás, la prenda venía de Londres; se la había hecho Paco allí cinco años atrás y era la primera vez que se la ponía después de haberse hecho torero, porque era también la primera vez, después de adoptar su profesión, que concurría a un baile de sociedad. En los teatros y demás espectáculos públicos se había presentado siempre hasta entonces de *corto*, y de *corto*, luego que se hizo célebre, y en palmitas, lo recibían en los clubes que de nuevo empezó a frecuentar. A los ojos de todos Paco dejó de ser el señorito de rumbo que se había hecho torero, para convertirse en el niño mimado de la fortuna y en el prototipo de lo más andaluz de Andalucía.

— ¡Olé los milores con salero! — le dijo la Pura al entrar, y luego, poniéndole las manos en los hombros y mirándolo con ternura y admiración a la vez, exclamó —: ¡Paco, Paco, casi me has hecho morir de miedo y de gozo! Salí enferma de la corrida! ¡Chiquiyo, vas a volver loca a España!

— ¿De veras te gusté tanto?

— ¡La mar!... Nunca sentí en la plaza lo que hoy; ganas de reír, ganas de llorar; a veces me parecía que me hundía en un pozo muy negro y muy hondo; otras, que me subían al cielo en brazos los serafines. No te puedes imaginar... ¡Y como yo todo el mundo: los hombres despampanaos, las mujeres *chalaítas*!

— ¿Tú también?...

— ¡Yo la primera; y que no lo sabes tú, granuja!...

— Sí, lo sé, pero repítemelo muchas veces. Nunca me cansaré de oírlo.

— Sí, Paco; desde que hablamos en la freiduría estoy *chalaíta* por ti. ¿Qué tienes tú para guillarnos a todos así?

— El demonio andaluz en el cuerpo — respondió él con su risa blanca — que es el ansia loca de espantar a los hombres y de que me quieran todas las mujeres.

— ¡Charrán...!

— ...Y en particular tú. Pero el que enloquece no soy yo — añadió, cesando de reír —, sino el redondel. Sí, Puriya; el redondel nos electriza, nos transfigura, nos convierte en héroes legendarios. Yo estoy seguro que el público se imagina, en su entusiasmo, que el torero es España y el toro el destino, y delira viéndolo desafiar arrogante y luego burlar la ira de la fiera, y vencerla y dominarla, y, finalmente, tenderla muerta a sus pies. Lo que nos recuerda tan a lo vivo nuestra valentía de otras épocas, nos transporta y embriaga. El que las evoca cumple acaso un alto fin. Yo lo presentía, pero no lo sentí hasta que te oí discurrir sobre tu baile. Pensando, pensando en lo que hablamos aquella noche, ¿recuerdas?, y luego de mañanita, en la Giralda, de golpe me conocí más, vi más claro en mí, y adiviné lo que el pueblo de mí esperaba. En gran parte te debo el triunfo de hoy, Puriya. Y por eso, en lugar de irme de juerga con mis amigos, el cariño y la gratitud me han traído aquí para correrla sólo contigo, porque se me antoja que tú sola me comprendes y quieres como hace falta quererme y comprenderme.

— ¡Paco, Paco...! — exclamó ella cogiéndole la cara entre las manos y bebiéndole el alma por los ojos —. Yo no sé cómo te quieren los otros, pero siento aquí algo que me dice que te quiero más y mejor que nadie.

— Tú me quieres torero, ¿verdad?

— ¡Te quiero por todo lo que que tú eres; por todo lo que tú llevas en ti; porque me gustas de *corto* y de

largo, y porque se me ocurre que, a la vera tuya, soy otra mujer, una mujer capaz de un amor muy grande, pero muy grande...!

— ¡Puriya...!

— ¡Paco...!

Y sus bocas ávidas se fundieron en un beso. Paco la sintió desfallecer en sus brazos, mientras experimentaba él mismo una embriaguez dulcísima, un deleite inefable, que le dilataba el pecho y ahondaba la respiración.

— Pura, Puriya, te quiero; te quiero con los reñíos del alma. Nunca te he querido así — le murmuraba él al oído —. Te tengo en los brazos, siento tu corazón palpar contra mi corazón; siento el contacto de tu cuerpo divino y la voluptuosidad inmensa no ahoga la ternura infinita.

— Así, así deseo que me quieras, así te quiero yo a ti. ¡Ah, qué felicidad, Paco! — musitaba ella, apretándose dulcemente contra él —. Sentirse, no deseada brutalmente, sino querida. Yo siempre, desde que te conocí, deseé y esperé que me quisieras así. ¡Paco, Paco mío; Paco de mis entrañas! ¡Quisiera tener diez y seis años y ser mocita para entregarme a ti en cuerpo y alma! ¡Ay, no puede ser, y eso me hace sufrir, me atormenta día y noche! Temo no ser bastante digna de ti... Y, sin embargo, puedes creerlo, a pesar de todo, a pesar de mi vida arrastrá, esta Pura, que te quiere, no ha sido de nadie, sino tuya, sólo tuya.

— Lo sabía, y por eso te quise y te quiero. Yo sé que lo que eres ahora para mí no lo fuiste ni lo serás nunca para nadie. A mí me pasa algo semejante, Puriya: sólo contigo, entendiéndolo bien, *sólo contigo*, he sido y puedo ser lo que realmente soy: Paco puro, Paco total. Y yo quiero serlo. Desde hoy en adelante tú y los toros. Esa será mi vida.

Ella, levantando la cabeza y mirándolo con los ojos muy abiertos, le dijo:

— Paco, tú has reñido con Pastora, ¿verdad?

— Sí, y esta vez definitivamente — luego, brindándole una caña y cogiendo él otra, agregó —: Choca, Puriya; brindemos por nuestro amor, que será la cosa más bonita y salada del mundo, porque olerá a Jerez amonillado, a claveles reventones y a sangre de toros.

Y con los labios trémulos de pasión y húmedos de vino, tornaron a unir sus bocas en un beso ancho y hondo.

En los gabinetes vecinos oíanse floeos de vigüelas, acompasados taconeos, oles y palmas. De pronto el *temple* cálido y angustioso del Pitoche llegó como una queja hasta Paco y la Pura. Se separaron y sentaron frente a frente, y mirándose, Paco vió a Pastora y la Pura al Pitoche.

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^A
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

VIII

Cuenca trabajaba con ardor. Había empezado hacía seis semanas el retrato de la Pura y le daba los últimos toques, esas pinceladas maestras que son al cuadro lo que la sal y las especias a las comidas. La bailadora, vestida con el traje de cola y faralaes gitanos y ceñido el busto por el rojo mantón de talle que había lucido la primera noche en el café, *posaba* concienzudamente, mientras el pintor, para distraerla y sin darle reposo a la mano, le recitaba pasajes del *Romancero* o le refería episodios caballerescos o galantes de las guerras entre moros y cristianos. Durante las ausencias de Paco, a quien sus contratas lo tenían casi siempre alejado de Sevilla, las únicas distracciones de la bailadora eran los paliques del taller y las visitas que, acompañada del pintor, hacía a las iglesias, los monumentos públicos y los museos de la ciudad. No se cansaba de ver, admirar y menos de oírlo discurrir sobre cosas que a veces no comprendía bien, pero cuyo atractivo sentía siempre. Cuenca hablaba, no como dómine pedante, sino a la manera de un artista curioso, erudito y apasionado por todo lo que fuese descubridor de lo humano y particularmente de ciertos aspectos de la realidad española, que a la Pura, por su baile, también le interesaban sobremanera. El roce con artistas y gentes refinadas le había dado el gusto del arte y el deseo de instruirse; pero no leyendo, porque los libros se le caían de las manos, sino viendo y oyendo. Cuenca era tan sintético y rotundo en sus observaciones como en su pintura. Por

medio de una observación acertada, una anécdota oportuna o sabrosa comparación, le resumía la personalidad de un artista o el alma de una época. Y eso era lo que ella apetecía, cosas substanciales y animadas, no discursos latosos. En el primer paseo que dieron juntos, el pintor quiso mostrarle los vestigios que aún atesoraba la vieja Hispalis de la dominación romana, y al pie de las columnas de la Alameda le recitó el romance de Sepúlveda, el cual, de acuerdo con las crónicas de Alfonso el Sabio, supone que las tales columnas fueron allí dispuestas por las manos de Hércules; le hizo ver los restos de la imponente y sombría muralla torreada y almenada que defendía la ciudad de César contra la saña extranjera, y deteniéndose en la puerta de Córdoba, le explicó los sucesos que en su hosca torre y en la vecindad de ella se desarrollaron: la prisión de San Hermenegildo; el martirio de las divinas alfareras Santas Justa y Rufina; las escenas del famoso convento de Capuchinos, enfervorizado por el recuerdo de San Isidoro y San Leandro, y la mística inspiración de Murillo. Andando, le mostró cierto sitio cubierto de jaramagos, donde cuenta la leyenda que una bruja le predijo a Julio César que sería asesinado si volvía a la Ciudad Eterna, por lo cual los romanos, cumplido el lúgubre vaticinio, le dieron a la antigua Hispalis el nombre de Civitas Sevillæ, ciudad de la sibila, de donde le vino Sevilla. Luego, sentados bajo el emparrado del ventorro que se veía al pie de las desoladas ruinas de Itálica, le declamó enfáticamente la famosa oda de Rodrigo Caro, mientras apagaban la sed con unas cañas de manzanilla fresca y olorosa. Vinieron después las largas visitas al Alcázar, la Catedral y las iglesias de pórtico gótico y minarete árabe, que no habían aún acabado de recorrer. Divertía a Cuenca la curiosidad infantil y los graciosos disparates que se le ocurrían a la bailadora cuando se corría a opinar sobre tal o cual obra de arte, y a la Pura la solazaban y a veces le hacían cosquillas en todo el cuerpo la verba inagotable y el ingenio chispeante del pintor.

«¡Pero qué salao es este tío feo!», decíase a menudo escuchándolo.

Cuando Paco estaba en Sevilla se iban los dos solos a los pueblos vecinos, donde nadie los conocía y podían pasearse juntos sin reparo alguno. Almorzaban en cualquier venta o mesón, entre chalanes y arrieros, y cogidos amorosamente del brazo, visitaban las curiosidades del lugar: una vetusta iglesia románica, la casona del escudo carcomido, balconada de hierro forjado y puerta claveada, perteneciente a alguna familia desaparecida o venida a menos; un patio soledoso, un frontis barro-minesco. Paco no era tan erudito ni disertador como Cuenca, pero lo que decía parecía a ella muy sabroso y puesto en su punto, porque, de cerca o de lejos, se relacionaba con ellos y le hablaba al corazón. Además, para interesarla o conmovérla, no necesitaba Paco hablar; bastaba que le oprimiese el brazo dulcemente, y de inmediato ella sentía lo que sentía él delante de un lienzo patinado por los años o un paisaje cuajado en la melancolía crepuscular. A veces, olvidando que estaban delante de una Purísima, Paco le murmuraba al oído cosas muy dulces o la besaba furtivamente. Cada vez mostrábase más rendido; pero no presuroso de hacerla suya, y ella, asqueada del sensualismo grosero de los hombres, se lo agradecía con toda el alma. Sin embargo, un día, en Santiponce, saliendo del convento de San Isidro del Campo, donde habían admirado algunas tallas magníficas de Montañés y la tumba de la infelice Doña Urraca de Osorio, quemada viva por orden del Justiciero, le dijo Paco:

— Puriya, cada vez se me hace más penoso separarme de ti. Estoy deseando echar fuera las corridas que aún me restan por torear para estarme siempre a tu vera —. Y bajando la voz, que se hizo soplo cálido, añadió —: A tu vera y solos, solos y lejos, en el campo, en «La Barrancosa»; ¿te gustaría? Estoy preparando la casa para recibirte.

Y muy bajito, pero con mucho garganteo, le cantó antes que ella pudiera responderle:

«*Vente conmigo al molino
y serás mi molinera*».

— ¿Vendrás? Di que sí. ¿Cuándo va a ser eso?

— Muy pronto; yo lo deseo tanto como tú; no lo dudes, pero...

— ¿Hay un pero...?

— Un pero que es una perita en dulce, Paco. No sé cómo decírtelo. Antes de irme contigo, para ser tuya, tuya como de nadie fui, tuya toda entera, quisiera yo tener el alma limpia de telarañas y estar segura de mí misma, segura de hacerte dichoso, segura también de que tú me harás dichosa a mí. Si no te quisiera tanto y no pusiera tantas esperanzas en nuestro cariño, no tendría esas preocupaciones — y temiendo haberlo disgustado, añadió apretándose contra él —: Tú no dudas de lo que te digo ¿verdad, Paco? Pronto terminarás las contratas de este año, serás libre; yo también, y entonces, tú para mí y yo para ti...

Paco bajó la cabeza y guardó silencio. Después de algunos instantes, preguntóle:

— ¿Y qué son esas telarañas, Puriya?

— Recuerdos, querencias del tiempo viejo, que me impiden todavía ser como yo me he propuesto.

A pesar del encendido amor que le inspiraba Paco y la repulsión que sentía por el Pitoche, la bailadora comprendía que algo quedaba del viejo cariño; algo, una memoria oscura y tenaz de los sentidos, una raíz profunda que no había muerto ni quería morir. Lo aborrecía, y, sin embargo, cierto sentimiento enrevesado y morboso, en que se mezclaban en dosis caprichosas el odio y la piedad, la repugnancia y la carnal atrac-

ción, hacia él la empujaba, la empujaba... Si el alma no, la carne, a pesar de los pesares, le había permanecido instintivamente fiel al chulo que la perdió. Más de una vez, en brazos de otros amantes, hubo de confesárselo con pena y vergüenza. Verdad que a nadie había querido de la entraña ni tan tiernamente como a Paco. El hondo y suave cariño que éste le inspiraba la convertía en otra mujer, capaz de todas las ternuras; borrarba el pasado, la purificaba; pero la idea obcecadora de que las «gitanas de los gitanos son» continuaba, no obstante, atormentándola, aunque sólo de tiempo en tiempo y con menos violencia que antes. Esas eran las telarañas de las que quería ella limpiarse; el *pero* que era una perita en dulce.

*
* *

— ¡Ea, descanse usted! — exclamó Cuenca, poniendo la paleta y los pinceles sobre un escabel.

La bailadora descendió del estrado o tabladillo donde *posaba* y se plantó frente a la tela.

— Tira de espaldas... Esa Pura es más Pura que yo — dijo —. Así, aunque más fea de lo que soy, me gusto más; me parece que digo más. Y todos esos tíos dicen más y parecen más vivientes que el modelo. Por primera vez contemplo un *cuadro* flamenco pintado que no parezca un cromó. Los otros pintores de escenas andaluzas mojan los pinceles en agua; usted, maestro pintor, en vino; en Jerez unas veces, en Valdepeñas otras; vino blanco y vino tinto, vino siempre; cuando aplicado ligeramente, oro y sangre; cuando espeso, la bandera española: huevos con tomates... en la sartén negra.

— ¡Tiene usted la mar de gracia...! — exclamó Cuenca, riendo a carcajadas. — Eso que usted acaba de decir encierra más verdad y es más penetrante que

lo aseverado hasta ahora por los críticos sobre mi pintura. Que pinto con betún y bermellón, como si los negros, los amarillos y los cárdenos no fueran toda la pintura española; que mi luz es luz de bodega, como si no fuese luz de bodega la de Velázquez, la de Zurbarán, la de El Greco; que mis cuadros no tienen perspectiva, ni aire, ni fondo. Bueno, ¿y qué? Lo importante es que esos monigotes que están ahí vivan, respiren y digan lo que son, no pasajeramente y según la moda del día, sino clásicamente, eternamente. Y a mí me parece que lo dicen. Vea usted esos rostros: no son personas, son entidades.

El lienzo, de vastas dimensiones, se titulaba *Arriba*, y tenía por asunto el cuadro flamenco de «El Tronío». Sobre el *tablao*, en primer término, veíase a la Pura en el momento de efectuar el desplante final de su baile; el fondo, en figuras de tamaño casi natural, lo componían los otros artistas, dispuestos en círculo y en sus actitudes más peculiares. Otro lienzo, concluído antes, hacía pareja al primero, y era como su antítesis. Se titulaba *Abajo*, y representaba la parte inferior del *tablao* o dormitorio de las brujas con las mamás de las artistas apiñadas sobre el sofá, las cabezas caídas o echadas hacia atrás, las bocas abiertas, los pobres cuerpos desarticulados. Aquellas escenas andaluzas, de tonos sordos y expresión patética, no seducían ni encantaban los ojos como las telas brillantes de Fortuny o las páginas graciosas y sabrosísimas del Solitario; pero ejercían la irresistible atracción de lo que revela el fondo doliente y misterioso de la humana criatura, de lo que muestra la angustia del vivir. Allí se sentía rugir, de tiempo en tiempo, el torrente subterráneo del *enigma* y del *drama* que cada uno lleva en sí; se percibían esas expresiones fugaces, esos relámpagos de la fisonomía que muestran la prístina condición del ser. A semejanza de las seguiriyas, las almas de aquellas criaturas subían a pique del fondo del mar, del fondo de la personalidad, mostrábanse un instante en la superficie del rostro y se volvían a las profundidades.

— Mi pintura — solía asegurar Cuenca — es *cante hondo*. Yo pinto soleares y seguiriyas.

Covacha entró y puso una sopera llena de gazpacho en la mesa, larga y angosta, de bordes tallados y llave de hierro, que había entre las dos ventanas, bajo cada una de las cuales veíase un ancho y muelle sofá tapizado de damasco morado y cubierto de cojines. Cuanto ganaba el pintor, que no era mucho, gastábaselo en cacharros, muebles antiguos de poco precio, alfombras alpujarreñas y curiosidades artísticas, que a veces iban más allá del alcance de su bolsa y lo dejaban empeñado. Y como tenía ojo experto y no descansaba en sus rebuscas, solía hacer muy afortunadas adquisiciones de objetos raros, telas viejas y tallas envilecidas por torpes repintes o estofados groseros, que después de limpias y restauradas, resultaban de gran valor. Así, y poco a poco, había logrado adquirir una buena cantidad de muebles y curiosidades: bargueños de muertos oros y marfiles cadavéricos, arcones de tosca labra, adustos sillones fraileros, fragmentos de retablos, tapices y casullas, que resaltaban de un modo singular sobre las desconchadas paredes y las anchas piedras del suelo.

— Ahora nos tomaremos con gracia fina este gazpachito serrano — dijo el pintor, disponiendo sobre la mesa un mantel de colores, algunos platos soperos de tosca fábrica gitana y dos botellas de manzanilla sanluqueña —. En esta época ningún brebaje iguala las virtudes y excelencias del calducho andaluz. El gazpacho es merienda y refresco. Su reputación remonta a los tiempos bíblicos, y entre los griegos y los romanos gozaba de gran predicamento. Aquí, en Sevilla, siempre fué sopa popular. ¡Cuántas hambres no ha engañado el gazpacho! Don Pedro lo comía acompañándolo con copiosos tragos de agraz, que no es otra cosa que el haca-raz morisco.

— Venga el gazpachito; tengo una gazuza más que regular. Pero diga usted, maestro pintor, ¿no esperamos a Paco? Ayer dijo que vendría.

— Paco entrará por esa puerta así que yo empiece a llenar los platos — contestó Cuenca, metiendo el cucharón en la sopa —. El recibir toros enseña a ser puntual. Romero, Paquiro, Redondo, el tuerto Domínguez, todos los matadores que ejecutaron aquella suerte, tuvieron fama de puntuales. Paco no había de ser una excepción. Ya llega...; ahí lo tiene usted.

En efecto, la puerta se abrió y apareció Paco, acompañado de Tabardillo, que traía un paquete debajo del brazo.

— Aquí traigo para usted, señora — exclamó el picador anticuario abriendo el paquete —, una maravilla de esas que sólo se ven en los museos: una cosa que es el acabóse de la escultura... y que se puede comprar por dos pesetas, como quien dice.

— Puriya, no te dejes dar coba — interrumpió Paco.

— ¡Coba!... Ahora mismo lo va a decir Cuenca. Prepárese usted, maestro pintor, para recibir la arremetida de un miura, quiero decir, una emoción de *chipén*.

— ¿Qué es ello, hombre...?

— Casi na, una tontería de virgen; una virgen de Alonso Cano. Así, como suena. Y que es de Alonso Cano como yo soy de Seviya. Tiene la marca de fábrica, el cuño, esa cosa única de Cano, que es como la divisa del ganadero en los morrillos del toro: indica la procedencia.

Y tirando al suelo el *ancho* para andar más pronto, deshizo el paquete con grande cuidado y puso sobre la mesa una virgencita tallada en madera.

— Véanla ustedes, y díganme si es o no es una maravilla... Cano cantando, Cano de una vez, Cano por los cuatro costaos.

Los tres se acercaron y contemplaron la estatuita llenos de asombro y delectación. No mentía Tabarda;

aquel pequeño objeto era realmente un prodigio de arte, simple y exquisito a la vez; realista y místico en una sola pieza.

— ¡Cómo reza la pobrecita! — exclamó la Pura.

— ¡Sí, cómo reza y cómo llora! — añadió Cuenca —. No se puede pedir más simplicidad, más emoción, más gracia. Esta pobre virgencita, humilde y pura como un huevo, es, a no dudarlo, la hermana menor de aquel San Francisco de la colección Odier, que es, a mi entender, la obra maestra de Cano. Parece mentira que manos teñidas en sangre, inocente acaso, hayan podido ejecutar obras tan puras y serenas. Cano, como Herrera el Viejo, Valdés Leal, Ribera y tantos otros grandes artistas de aquella época, tenía el genio vivo y la mano pronta, lo cual no le impidió ser el más místico de los escultores españoles. Mató, sin más trámites, a la esposa infiel; por rivalidades del oficio casi envía al otro mundo, de una estocada, al pintor Llano y Valdez, que tampoco era manco; y tuvo muchos duelos y pencias, de los cuales salió siempre con fortuna, porque era de ánimo entero y manejaba la espada como el buril y la brocha. Pertenece a la casta brava de los conquistadores y los aventureros, los santos y los pícaros; a esa casta de donde salieron Cortés y Alonso Contreras, aquel que de pinche llegó a comendador de Malta; Santa Teresa y la monja Alférez, la niña de familia noble que abandonando el convento donde iba a profesar, vistió el traje de soldado y se hizo famosa, guerreando en España e Italia, por su bravura, reyertas, homicidios y fechorías, y cuya existencia, rota y huracanada, conservando incólumes, entre rufianes y bandidos, la fe y la virginidad, le inspiró a Pérez de Montalván su mejor comedia, a Calderón la asombrosa Devoción de la Cruz, y a Moreto el admirable San Franco de Sena. Cano era un místico y un espadachín. De él o de su discípulo, Pedro de Mena, debe de ser un crucifijo muy curioso que tuvo ocasión de admirar en Ecija. La cruz, con punteras de plata afiligranada, era de madera recubierta por amarilloso per-

gamino, sobre el cual el Cristo, finamente esculpido y de una anatomía estupenda, cobraba extraordinario resalte. Y bien, señores, tirando de la parte superior, salía de la cruz una daga.

— ¡Jesús, ya la estoy viendo, y se me ponen los pelos de punta! — exclamó la bailadora.

— Semejante barbaridad sólo podría ocurrírsele a un artista español — aseveró Paco.

— Esas barbaridades nos hicieron grandes — repuso Cuenca al punto, y luego, quitándose la blusa de tela azul, que se ponía para trabajar, añadió —: Crucifijo y puñal: he ahí un símbolo de la vieja España. Ahora no hacemos barbaridades, y por eso andamos tan decaídos.

— Y si las hacemos, nos dan cada paliza que Dios tiritita — arguyó Tabardillo. — ¿Han leído ustedes, en *El Liberal* de hoy, el desastre de La Habana? Toda la escuadra del almirante Cervera a pique, como ayer en Cavite la de Montojo. ¿Qué dirían los Reyes Católicos si levantasen la cabeza?

— La bajarían y harían lo que esta virgencita: rezar fervorosamente — respondió Cuenca, y sus ojos claros se ensombrecieron —. Nosotros, para soportar las calamidades que van a sobrevenir y rehacernos, debemos rezar de otra manera: no de rodillas, ni en la iglesia, sino en pie frente al yunque, a todos los yunques. El trabajo es la única plegaria que hoy llega a los pies del Altísimo. Por lo pronto, comamos nuestro gazpacho; hay que vivir.

Cabizbajos y en silencio sentáronse alrededor de la mesa. Durante algunos momentos sólo se oyó el repique de las cucharas y tal cual hondo suspiro. De pronto, el pintor, indicando con el brazo estirado la grande tela de Don Quijote y Sancho, dijo:

— Cuando yo pinté ese cuadro, símbolo del heroísmo español que no acierta a encarnarse en obras y vaga extenuado y macilento por las llanuras de la Mancha, no sabía

adónde iba el caballero de la Triste Figura. Ahora, lo sé: iba a reconfortarse y cobrar nuevos alientos a las plazas de toros, mientras Sancho, rezagándose, torcía para Cavite. . . No es el quijotismo, sino el sanchopancismo, el que nos ha llevado a la pérdida de Cuba, último florón de aquella espléndida corona colonial que nos legaron los Reyes Católicos. Acaso es un bien. Reducidos a nosotros mismos; obligados a cultivar el propio jardín, quizá sabremos hacer otra vez obra de varones, obra de machos cogotudos. Santiago y cierra España. Sí, seamos españoles, españoles de nuestro tiempo; concentrémonos en las plazas, que son nuestros gimnasios y nuestras palestras, para derramarnos luego por toda España y después por el mundo — y echando la cabeza hacia atrás, y con el tono quejumbroso y el ademán enfático de los malos actores, continuó —: Caballero del ideal, no desdénese por prosaica la moderna aventura del trabajo, porque éste lleva en sí la enjundia de muchos ideales y es el más fiel servidor de la grande esperanza del hombre en que esos ideales se congregan y funden. Pero, ¿qué camino seguir? ¿Qué método emplear? Las divergencias de parecer son múltiples y grandes. Cada doctor propone una pócima diferente. A mí, aunque simple y pecador, se me ocurre que lo primero será conocernos, saber lo que somos y lo que pretendemos ser, y en seguida indagar en qué y en qué no, concuerdan nuestro instinto de dominio y nuestra ilusión vital, los grandes resortes de la vida intensa, con la grande esperanza de la libertad, justicia y amor, que es, por excelencia, la ilusión vital del hombre, lo que lo hace vivir humanamente, lo que legitima sus aspiraciones superiores, triplica sus fuerzas y lo incita a bregar sin descanso bajo la greña del sol. ¿Cómo encauzar sin menoscabo, sin bastardearnos, las viejas energías de la raza en los canales de la actividad moderna? ¿Cómo ser modernos sin dejar de ser españoles castizos?

Cuenca hizo punto y se quedó mirando absorto las vigas del techo. Tabardillo carraspeó, mondó el pecho y, derramando torvas miradas, dijo sentenciosamente:

— Aquí hay mucha miseria — y lanzó un escupitajo de costadillo.

— Y mucha ignorancia — afirmó Paco.

— Y mucho orgullo — añadió la bailadora.

— Miseria, ignorancia y orgullo, terribles, pero no incurables males. Si quisiéramos, si tuviéramos, voluntad firme, los conjuraríamos. Contra la miseria, trabajar; contra la ignorancia, aprender; contra el orgullo, viajar. Lo difícil es descubrir el resorte propulsor, el estímulo que nos dé la divina apetencia de enseñorearnos del mundo, de prolongarnos en el tiempo y el espacio.

Paco, sonriendo, arguyó:

— Olvidas, Jarete, que nosotros, los andaluces, estamos hechos para la juerga, no para el trabajo.

— El trabajo es juerga cuando se trabaja con gusto. Eso de nuestra ingénita pereza es cuento, Paco. Más energías derrochamos nosotros en bailar que otros en majar el hierro. Emplémoslas en producir las riquezas materiales y espirituales que necesitamos. Pero, ¡ay, no creemos en nada, nos burlamos de todo, y ese escepticismo de patanes nos mata. Los españoles tenemos que fabricarnos a toda costa una nueva y grande ilusión vital; una Dulcinea, que no sea Aldonza Lorenzo, y que nos induzca a cometer placenteramente muchas fecundas locuras. ¿Cómo encontrar la fórmula del trabajo deleitoso?

— Yo, por mi parte, ya la encontré — aseguró Pura entre seria y risueña —. Cuando bailo, lo hago con deleite y mucha conciencia, como si estuviese diciendo misa o quisiera revelar al público un secreto muy gordo...

— ¡Tienes la gracia por arrobos, Puriya! — exclamó Paco, cogiéndole la mano y besándosela —. También a mí ahora me pasa algo de eso. Además del parné y las palmas, busco otra cosa: decirles a las gentes toreando no sé qué; descubrirles un misterio, no sé cuál. Y eso es lo que me deleita.

— Pues yo, señores, confieso — declaró Tabarda algo mohino — que el picar toros y el vender antiguayas no me divierte. En cambio, cuando embadurno un cacharro que me ha salido bonito, y lo pongo en el horno, y resulta la cochura lo que yo quiero, siento un goce tan grande como el que debió sentir la Virgen cuando parió el niño Dios.

— Es que tú no eres picador, ni anticuario de ley, sino alfarero — replicó Cuenca —. Uno sólo es lo que hace con gusto. Y yo les digo a ustedes que si todos los españoles trabajasen *revelando su secreto y descubriendo su misterio* como usted, Pura, baila, y tú, Paco, toreas, y tú, Tabardillo, fabricas cacharros, sabríamos mucho más de nosotros mismos; tendríamos más enjundia castiza y cobraríamos la antigua pujanza. España posee grandes energías espirituales, sólo que están en las entrañas de la tierra, ocultas y sin empleo. Descubrir *filones*, hacer *pozos muy hondos* y sacar fuera el material propio, he ahí lo que nos hace falta. Inútil es echarle la culpa de nuestra decadencia a los Austrias, a los Borbones, a los malos gobiernos; ni pensar que la triaca del mal está en la monarquía, la república o el socialismo. Hace siglos que todos, cada cual en lo suyo, veníamos preparando la pérdida de Cuba, porque nadie, en lo suyo, hacía lo *suyo*. Nos fuimos infieles, y la suerte nos fué infiel. Al salir y alejarnos de nosotros mismos, perdimos el sentido de la realidad fecunda, dejamos de oír las voces inspiradas de la tierra nativa. Volvamos a la tradición, no de las formas, como quieren muchos espíritus momificados, sino de las *substancias*, que toman las modalidades impuestas por los tiempos sin cambiar de esencia nunca, antes bien, decantando y acendrando de época en época su esencialidad. Ya hay barruntos de ese deseo de abrir pozos hondos y sacar a luz el material castizo. Renace la azulejería; renace el admirable arte de los rejeros; renace la moda mudéjar de tallar el ladrillo con el mismo primor que la piedra. Los pintores desentierran a El Greco y a Valdés Leal; los escritores a

Góngora y a Gracián; los arquitectos empiezan a *ver* al enigmático Churriguera, y todos a *sentir* lo español. Y aquí está la Pura, bailadora de *buten*, doctora del *tablaó*, que nos va a descubrir ahora mismo, con su interpretación coreográfica de la malagueña, una faceta del alma andaluza.

La bailadora les había prometido que ese día, después del gazpacho, les iba a mostrar algo de los bailes que estaba imaginando.

— Vaya por la *faceta* — contestó, riendo —. Anda, Paco, coge la guitarra y cántame bajito las malagueñas del Chacón. Todos sabemos que las malagueñas no se bailan; yo voy a interpretar bailando, no lo *que se oye*, sino lo *que se ve* cuando se escucha ese cante. Figurarse, señores, un patio sevillano, con su surtidor, sus columnillas, friso de azulejos y tiestos de flores. En la casa, alguien, con mucho estilo y mucho sentimiento, como si llorase cantando, se *templa* por malagueñas; ustedes, aquí, en el patio, *ven* lo que la voz canta: es la peniya andaluza que despierta y se engalana para salir bonita; luego al empezar la copla, el querer que gime y habla de pasión, celos, torturas y puñalaítas traperas; después, el sollozo que aprieta la garganta, y, por último, las arrancás de llanto que parten el corazón. Anda, Paco, venga de ahí; el toque debe ser muy lento, el cante muy hondo y garganteo. Entre el rasguído y rasguído una pausa. Yo me envuelvo en el mantón y salgo bailando, venga...

La guitarra sonó:

Prim... Prim... prim... prim...
Prim... prim... prim... prim...
Piririrín, pirirín, pin, pun.

A cada rasguído la Pura avanzaba un paso, se detenía, volvía la cabeza a un lado y a otro e iba sacando la cara del embozo. Marcaba el compás con los pies y

el cuerpo. Cada nota era un golpe de tacón y una actitud, golpes y actitudes que por momentos se unían sin solución de continuidad y remataban en cadenciosa y expresiva danza. Cuenca y Tabardillo la contemplaban absortos. Paco ponía sus cinco sentidos en tocarle como ella quería. Del floreado mantón salió primero la cara, en seguida el cuello fino y nervioso, después el busto. Era como una rosa que se abría. De pronto, en una rapidísima vuelta, despojóse enteramente de la joyante prenda, y el cuerpo, de líneas divinas, quedó al descubierto, ya ondulando voluptuoso, ya retorciéndose dramáticamente, cual si lo agitaran, ora los goces, ora los dolores del amor. Los movimientos de las manos y los brazos no le iban en zaga en elocuencia a los arresos, los desplantes, los golpes de cadera y los vuelos del pie con que traducía plásticamente las palabras de la copla. Aquel baile no se parecía a las sevillanas, ni a los tangos, ni a las alegrías, aunque se compusiese de los pasos y actitudes más característicos de ellos; era una danza menos movida y graciosa, pero más intencionada y expresiva. Lo que los bailes clásicos apuntaban solamente, aquí aparecía exteriorizado y dicho.

Covacha y el mozo de cuadra, atraídos por el jaleo, se habían introducido sigilosamente en el taller, y de *motu proprio* escanciaban el vino, contemplando pasmados al mismo tiempo a la bailadora. Comprendían que estaba inventando, y la miraban como quienes ven operar un prodigio. El rostro de la Pura se había transfigurado: ya no era la *gachí* dulce y placentera, sino la *hembra brava*, la terrible *moza juncal*, cuyas sonrisas enloquecen, cuyas miradas matan. Sus desmayos, sus furias, sus retorcimientos parecían los de una pitonisa delirante. Cuenca la contemplaba extático, palpaba con los ojos el alma nebulosa y barroca del *cante*, veía la malagueña de cuerpo entero. Tabarda también la veía. Paco sólo veía la hermosura, el garbo y la sal de la bailadora. «¿Qué secreto, qué misterio nos revela la Pura en este instante?», preguntábase el pintor tratando de analizar

las extrañas emociones que experimentaba. «Esas angustias, esas postraciones, esas soberbias, ¿son las tuyas o las de la raza? Esa pena, que quiere mostrarse con la cara bonita, ¿es la pena de la andaluza o la pena presumida y galana de Sevilla? Esos desplantes provocativos y esos resignados *que más da*, ¿son los de la chula o los del pueblo andaluz? Ese lloro altanero y ese *querer y no poder*, ¿es el de la Pura o del orgullo español? ¿Es posible que tanta pasión, tanta fiebre y tanta ansia violenta no vayan a ninguna parte?»

Covacha y el mozo seguían escanciando el vino. Las botellas vacías, los *caballos muertos*, se iban amontonando. De tiempo en tiempo le alcanzaban una caña a la bailadora; ésta la apuraba de un golpe, sin interrumpir su baile, y la devolvía sin mirar. Lo mismo hacía Paco al ser servido, ejecutando con la mano izquierda alguna afligranada falseta mientras que con la derecha bebía. Nadie se acordaba de Cavite ni de Santiago; todos, incluso los domésticos, sentían con fuerza inaudita el ansia de vivir y el andaluz placer de gozar sufriendo. «¿Es posible que tanta pasión, tanta fiebre y tanta ansia violenta no vayan a ninguna parte?», continuaba preguntándose el pintor. De pronto la Pura se puso muy pálida, llevóse las manos al corazón y sacudida por violentos sollozos se dejó caer sobre el sofá. Paco la estrechó sobre su pecho, y acariciándola como si fuera una chiquilla, preguntóle:

— Puriya, ¿qué tienes, qué es eso...?

— Nada, Paco, es la *lloradera*; ya pasará. ¡Ay, Dios mío! Me ahoga, dadme de beber y no me preguntéis nada.

Tabardillo le alcanzó un vaso lleno. Todos la miraban con ojos enternecidos. La Pura bebió ávidamente y se acurrucó contra Paco. Este sentía sobre el pecho el desordenado golpear del corazón de ella.

— ¿Tienes ganas de llorar?

— Sí...

— Lloro, Puriya, desahógate...

— ¡No ha de tenerlas! — exclamó Tabardillo —. Yo soy un picador de toros y también las tengo.

— Y yo — añadió Cuenca.

— ¡José lo que trae esta criatura bailando! ¡Vaya canela fina! Cuando yo les decía que iba a armar una revolución en el baile, sabía dónde me apretaba el zapato. Nada, señora — agregó inclinándose sobre ella —, si la mandamos a usted a Cuba, en lugar de los acorzaos, ganamos la guerra.

— No me haga usted reír, Tabardillo, que no tengo ganas — exclamó la bailadora llorando y riendo a una.

— Covacha, abre las ventanas, que entre el aire — ordenó Paco.

— Dejémosla tranquila algunos instantes — propuso Cuenca, y haciéndoles señas a Tabarda y los domésticos para que lo siguieran, salió del taller.

La Pura no usaba corsé. A Paco le parecía que la tenía desnuda entre los brazos. Sentía el calor de su cuerpo, la morbidez de sus carnes, las duras turgencias de sus pechos, y tanta emoción voluptuosa no empañaron ni un instante la grande ternura que la bailadora le inspiraba: «Es extraño — se dijo —; Pastora, la niña, sólo me inspira ahora deseos carnales, y ésta, la *gachí* de tronío, amor puro»; y luego, pegando su rostro al de ella, le murmuró al oído:

— Puriya, deseabas que te quisiera bien; pues bueno, bien te quiero.

— ¡Ay, Paco!, no me lo digas, porque me da mucha pena — musitó ella.

— ¡Pena!...

— Sí, Paco de mi alma, porque quisiera ser para ti pura como esa virgencita y no puedo. En eso pensaba bailando; en eso y en otras cosas muy tristes. ¡Ay! ¡Lo que se sufre cuando se quiere de veras!...

— Todas esas desazones pasarán cuando estemos solitos los dos en «La Barrancosa».

— ¿Verdad que sí? Tuya, tuya, sólo tuya. ¡Si Dios quisiese dejarme morir a tu vera! Dime, Paco, este querer que te tengo, ¿es lo que se llama amor fino? Me gustaría que más *finolis* no lo hubiese en el mundo.

El, por toda respuesta, la besó en la boca.

COMISION DE PROFESORES PRO-OBRA
SOCIAL Y CULTURAL EN LA DIVISION 1^A
DEL LICEO NOCTURNO.
COLONIA 931

IX

Estando en Sevilla ni una sola noche dejaba Paco de concurrir a «El Tronío». Al terminar cada cuadro la Pura descendía del *tablao*, atravesaba la sala, arrancando a los parroquianos al pasar oles y vivas a España, e iba a sentarse a la mesa del *astro* y sus satélites: Cuenca, Míguez y Tabardillo. Cuando concluía el espectáculo, ausente el espada y el picador, los amigos la acompañaban hasta la puerta de su casa, una casita muy cuca, blanca y florida, adquirida por la bailadora tiempo atrás y que bajo la dirección experta del pintor había refaccionado y estaba concluyendo de amoblar. El patio, muy pequeñito, resultaba una verdadera monería. Veinte columnillas de rosado ladrillo y capiteles de lo mismo, esculpidos como si fuesen de mármol, sostenían las galerías altas, cubiertas y con balconillos de trecho en trecho, de los que pendían, a modo de reposteros, vistosas mantas jerezanas. Los azulejos del zócalo eran de *cuerda seca* , diseñados por el pintor. Una fuentecilla de cerámica trianera, rodeada de tiestos de flores, ocupaba el medio del patio, hecho de piedrezuelas redondas con camineros de trabados ladrillos y olambrillas. Ornaban las paredes, entre columna y columna, ya pequeños cuadros formados por cuatro azulejos de los que llaman de montería, embutidos en los muros; ya simples platos de gusto hispano-árabe, imitación de los antiguos *maneses*. Gallardas palmeras en tinajas de barro cocido sin vidriar, sobre pies de hierro, alegraban los ángulos del patio, por cuyos corredores veíanse dispuestos sobre pequeñas alfombras alpujarreñas al-

gunos muebles de industria sevillana, baratos pero muy decorativos, y hasta media docena de mecedoras de madera pintada y asiento de enea. En el muro fronterero a la cancela, Cuenca había tendido un mantón de Manila y formado sobre él *flamenco* trofeo, compuesto por una guitarra colocada verticalmente; dos panderetas, representando escenas del *tablao*, a cada lado de ella; debajo un castoreño de picador y arriba una rufa montera. El toldo, que defendía el patio de los ardores del sol, era de lona, ornado por ancho fleco y una caprichosa franja bordada burdamente con lanas de colores, a la manera de las jáquimas de los borricos. La tamizada luz fundía armoniosamente tanto impetuoso y diverso color, resultando un conjunto no sólo pintoresco, sino bien equilibrado.

— Esto está muy sabroso — solía decir Cuenca, satisfecho de su obra.

Cuando la Pura salía del café sola con Paco solían entrar de pasada en la buñolería de la tía Curra y permanecer allí un par de horas, platicando amorosamente y haciendo proyectos para el futuro. Los parroquianos de «El Tronío» conocían los amores del torero y la bailadora, y también las fatigas que por ella pasaba el Pitoche. Este no lo ocultaba; sus coplas, cada vez más tristes, hacían transparentes alusiones a la desdichada pasión que lo tenía tan magro, verdoso y sombrío. Su *cante* se había hecho más sordo, más opaco, más hondo. A veces no parecía que cantaba, sino que lloraba. «¡Ay! ¡Cómo le duele! ¡Cómo canta ahora este *gachó!*», decían las buenas gentes que iban al café a *oírlo sufrir*. Se acodaban sobre las mesas, y con los ojos brillantes como si fuesen de cristal y dilatadas las ventanillas de la nariz, sufriendo voluptuosamente, oían salir de la boca del cantador el rosario de sus ayes, de sus lamentos, de sus *peniyas* negras. Los adornos y pasos de garganta convertíanse en gemidos, en estrangulados sollozos, en llanto ahogado que por veces estalla y chilla. Su voz, que se había vuelto un tanto aguardentosa y desgarrada, te-

nía acentos cálidos, notas de violoncelo e inflexiones sumamente expresivas. La Pura no quería oírlo y lo oía; lo oía con penoso deleite. El Pitoche, acaso sospechándolo, parecía cantar sólo para ella. Los ojos negros y cavados del cantador la buscaban, se prendían al rostro de la bailadora, y era como si le estuviesen declarando lo que sentía. Paco fingía no observarlo; la Pura miraba hacia otra parte o se ponía de espaldas al cantador. Incesantemente éste se hacía el enconradizo y procuraba trabar conversación; pero ella lo dejaba con la palabra en la boca y seguía su camino. En el *tablao* la jaleaba más que ningún otro artista, implorándole, al mismo tiempo con los ojos, la limosna de una mirada. Mas ella no se daba por aludida. Mientras se vestía lo sentía toser en la saleta. Y a la llegada y a la salida del café estaba segura de encontrarlo en la puerta esperándola para darle las buenas noches. La persecución del gitano la ofendía, y lejos de ablandarla, irritábala más contra él. Lo que la ablandaba y conmovía era verlo tan abatido, tan humilde al presente en el querer, cuando antes había sido soberbio y duro. Una vez que entraba sin la doncella a «El Tronío», le salió al encuentro el Pitoche y le dijo casi sollozando:

— Pureta, ten compasión; ¿no ves que tus desvíos me están matando?

Iba a responder secamente; pero la mirada angustiosa del cantador la contuvo. Reportándose, contestó:

— ¿Y qué quieres que yo le haga, Pitoche? Si no pretendieras lo imposible, lo que no puede ser, no te pasaría eso.

El bajó la cabeza y dijo:

— Yo no pretendo que me quieras, puesto que tú quieres a otro; lo único que te pido es que no seas tan desdeñosa, tan cruel, porque eso me desespera, me güerve loco.

— ¿Y qué he de hacer?

— No darne con la puerta en las narices cuando te hable; jacerme la caridá de oírme. Hasta a los condenados a muerte se les concede una gracia. Yo no he cometido otro delito que quererte, y sin embargo me has condenaó y me estoy muriendo de pena.

— No son las penas las que te acaban, Pitoche, sino la desastrada vida que llevas.

— Bebo pa ajogar este come-comes del queré que no me deja viví — dijo animándose, y aproximando su rostro al de ella, continuó —: ¡Pureta, Pureta; te quiero, te quiero más que a mi mare, te quiero! Todo lo que hice por olvidarte, por arrancarme esta espina envenenada que llevo aquí, fué inútil. Mi mal no tiene remedio; me siento perdío... y bebo, bebo, me mato por no matar. Si tú supieses las ideas negras que me pasan por la *jeró*, cuando te veo tan derretía con él mientras yo trago quina y rabio. ¡Ay...! Si tú me quisieras un poquitín, yo no lo cataría y sería más güeno que el pan. Anda, Pureta, quiéreme tanto así. Dime que no lo has olvidao too; que recuerdas entoavía a Pitoche el bueno, al Pitoche que te lavaba toíta cuando estuviste mala; al Pitoche que *afanaba* golosinas pa que las comieras tú.

— Ahí lo tienes; si te deajo hablar, oigo cosas que no quiero oír.

— Déjame que me desahogue una vez siquiera, mujé.

— No puedo ni quiero escucharte, Pitoche.

— Lo haces por él, ¿verdá? — interrogó el gitano apretando los dientes y achicando los ojos, que de suplicantes se tornaron rencorosos y amenazadores.

— Por él y por mí, y porque no me dá la real gana. ¿Quieres saber más?

Cogiéndola por un brazo y apretándoselo violentamente, exclamó el cantador fuera de sí:

— Pues yo te digo que por las buenas o por las malas me escucharás.

— Yo te respondo, *malange* — gritó ella rechazándolo —, que ni por las buenas ni por las malas.

El Pitoche, iracundo, levantó la mano, ella lo desafió con la mirada; luego, haciendo un gesto despreciativo y encogiéndose de hombros, se alejó.

Algunos días después, estando el cantador sentado, como de costumbre, en el dormitorio de las brujas mientras la bailadora se vestía, se le acercó Argüello y le dijo misteriosamente:

— ¿Sabes lo que hay, Pitoche? Me he enterado que el pájaro toma el olivo. Hoy baila por última vez. Se va a «La Barrancosa» con el señorito Paco. El Nañe me lo dijo.

El Pitoche nada contestó. Argüello lo contempló un instante con sus ojillos torvos y luego preguntóle:

— ¿Qué piensas hacer? — y observando que el gitano lloraba, añadió —: Eso no es lo que jacer los hombres, Pitoche.

— ¿Y qué puedo jacer yo, mardita sea mi suerte?

— Impedirlo.

— ¡Impedirlo...! Y ¿cómo?

— Metiéndote de por medio con una navaja en la mano.

— ¿Y con qué derecho, *pelmazo*?

— Con el derecho que le da a todo hombre su queré, si es hombre. Y si lo es, no se deja quitar ni por el mismísimo beato Pablo la hembra que quiere sin correrla, sin jugársela. Lo demás son cuentos. No seas *panoli*. Yo siempre que quise a una *gachí* me la jugué. Y por las buenas o por las malas me salí con la mía.

— Con esa niña no hay malas que valgan — arguyó el Pitoche descorazonado —. Es una mujer que está por encima de nosotros, Argüeyo.

— Esa niña es como toas. Si la dejas que se crezca te gana terreno y te lleva de calle. Pero si al alzar el gallo la *endiñas* un par de *cales* vendrá a lamerte la mano. A sacudía y remontá nadie le gana a la Pulida, y la tengo más suave que un guante. Las mujeres toas son unas. . . — concluyó sentenciosamente.

— A la Pura, si le *endiñas* un *cate* te lo devuelve con un tiro de ancas. ¿Le pegarías tú a la reina una gofetá? Pues es lo mismo. La Pura es una reina en lo suyo, y está acostumbrá a que chicos y grandes la sirvan de rodriyas. Es poderosa, guapa y querida. Los *cales* no la alcanzan. ¡Mira cómo la trata el señorito Paco! No cabe más finura, no parece sino que fuese su novia. Y no dirás que ese no es un hombre. La Pura se lo merece too, ¿estás?, y toos la respetan como si estuviese sobre un altar. ¿Había yo de arrancarme por peteneras siendo, entre los que la rodean, la última carta de la baraja? Bonito papel iba a jacer yo.

— Por lo visto le tienes tanto miedo a ella como a él — conjeturó Argüello insidiosamente.

Volviéndose hacia su compañero y recalcando mucho las palabras, mientras le metía los ojos en los ojos, respondió el Pitoche:

— No me hagas de reír, que tengo el labio partío. Miedo no le tengo a ella, ni a él, ni a ti — y luego, cambiando de tono, añadió —: Lo que yo tengo es otra cosa, que tú no puedes comprender, porque eres muy bruto, Argüeyo. Perdona que te lo diga.

— Y a mucha la honra; el ser bruto me ha impedido dejarme corré las espuelas por las mujeres y manoseá por los hombres. A ti el *quinqué* te sirve para que te lleven por las narices aquéllas y te birlen las novias éstos.

— Eso se verá. Antes que sea de otro, el presidio, la horca. . .

— Ahí quería verte, Pitoche. Al fin te pones en el terreno de la verdad. Esa niña fué tuya y es tuya por el aquel del primer ocupante, y serás un mandria, un buey manso y huído, si queriéndola de *chipén*, te la dejas quitar por un señorito pamplinero, que sólo la querrá para que le haga gracia un rato y, luego, a tomar. . . er sol. ¿Qué diría toíta Seviya de tí? Hasta los chiquillos se te reirán en las barbas. Y ella te despreciará más. Por el contrario, si haces una hombrá, volverá a ti, tenlo por seguro. Quizá es eso lo que espera para volver a la querencia, la hombrá, la metía de pecho, los hígados en el querer. No hay *gachí*, rica o pobre, alta o baja, que no se disloque por el *gachó* que se echa a lo hondo por ella. Lo que te digo va a misa; es más verdad que el Evangelio, no lo olvides — e incorporándose y poniéndole la mano en el hombro, agregó —: Escucha, Pitoche; si necesitas de un amigo, aquí me tienes pa lo que gustes mandar.

Después del primer *cuadro*, al descender los artistas del *tablao* y dirigirse la Pura a la mesa de Paco, que estaba solo, le imploró el Pitoche, por lo bajo:

— Pureta, óyeme dos palabras; tiempo te sobra de hablar con ése. No tengas malas entrañas, mujé.

— Anda y que te pelen — replicó ella de mal talante.

Habían convenido con Paco que esa noche cenarían juntos en «El Tronío», para irse de madrugada al campo, y estaba, en lugar de contenta, inquieta y nerviosa. «Me da el corazón que va a suceder algo. ¡Como no meta la pata ese *asaúra*. . .! No estaré tranquila hasta verme en «La Barrancosa», repetía a cada momento.

— ¡Ay, Puriya, no sabes cuánto deseaba que llegase este instante! — le dijo Paco, tendiéndole las dos manos.

Sentándose frente a él, y mirándolo como si le dijera con la mirada, dulce y burlona a una: «Ya sé que estás *chalaíto* por mí», contestó la bailadora:

— ¿Me quieres mucho, Paco?

— Más que a nadie quise en el mundo. Te llevo en el alma como un clavo metido hasta la cabeza. Hasta delante de los toros pienso en ti. En la última corrida se me coló un jabonero del Duque, por debajo de la muleta; me enganchó, y al subir por el aire, como un cohete, sólo acerté a decir: «Adiós, Puriya».

— ¡Ay, qué guasoncito está el tiempo!

— Que un toro me ase a cornás si no es cierto lo que te digo, Puriya — aseguró él, muy serio —. Cuando me perfilo para matar, me acuerdo de ti. «¡Vaya por mi niña!», me digo, y *entro* por uvas, lleno de coraje y confianza, como si en la cola estuvieses tú con la Soleá, para hacerme el quite. Sí, te quiero como nunca quise. Y es que tú, Puriya, no eres para mí sólo una mujer, sino todas las mujeres juntas, porque reunes, fundidas en tu palmito garboso y en tu cara bonita, las gracias de las demás, haciéndole palmas a la tuya que es la más salada. Eres, como dice Cuenca, el paradigma del garbo. Cuando te veo bailar, se me antoja que veo, no a la más salerosa de las trianeras, que eso, siendo el acabóse, es poco tratándose de ti, sino a la mismísima Triana, de mantón de Manila y pollera gitana. Por decírtelo todo: desde que te hablo, me saben mal las cañas de vino que no bebo en tu compañía, ¡y sabe Dios si me gusta a mí el vino...!

— ¿Y me querrás siempre así, Paco? Mira que yo contigo seré muy celosa; mira que yo no partiré peras con nadie; mira que te quiero para mí sola. Y tú eres muy tentao de la risa.

— No soy; era — corrigió Paco —. Tuve muchos líos y corrí muchas juergas, sobre todo desde que empecé a torear. ¿Qué quieres? El oficio lo pide. Cuando se arries-

ga el pellejo de continuo, se sienten deseos imperiosos de olvidar el peligro, de querer y apurar ávidamente todos los goces de la vida. Considera, Puriya, que cada toro que sale por la puerta de los chiqueros trae mil muertes en los pitones. ¡Y luego, las tentaciones son tantas! Así que llega la celebridad, los admiradores y los amigos te marean con toda suerte de fiestas; las damas más encopetadas te envían billetes que huelen a gloria, y las mocitas se te desmayan si le echas una flor. Ahora el mujerío me aburre, y las juergas me apestan. Sólo estoy a gusto cuando estoy a tu vera.

Luego hablaron de lo que harían en «La Barrancosa». Paco se proponía introducir grandes reformas en el cortijo, y tentar de nuevo las vacas y las becerras, a fin de seleccionarlas rigurosamente, no dejando para cría sino las que obtuvieran muy buena nota. El ganado era de buena casta; los toros que salían de la dehesa, cumplían; pero Paco encontraba que la antigua ganadería de su tío se embastecía de tipo y degeneraba en bravura, y que le hacía falta una buena escarda y un cruce acertado para volverla a su primitivo esplendor.

— La tienta, como yo quiero hacerla, me llevará todo el invierno. Cuenca y Tabarda estarán con nosotros; los chicos de la cuadrilla vendrán a echar su cuarto a espadas frecuentemente. Verás qué bien lo vamos a pasar. Ayer salieron para «La Barrancosa» las jacas de campo... y los cajones de manzanilla. De mañanita montaremos a caballo y pun, pun, pun, a recorrer el cortijo y ver pastar el ganado. Te enseñaremos a acosar. Cuenca, Tabardillo y Alegre son muy buenos garrochistas. Me verás capotear las becerras; bregaremos todo el día, y por las noches, al amor de la lumbre, cante y baile. ¿Conque... te resulta la combinación?

En el segundo *cuadro*, luego de bailar el Ñaño, les dijo Pitoche a los tocadores:

— Venga lo mío.

Y después de un *temple* muy hondo, cerró los ojos e hizo su especial salida por malagueñas:

«*Soolo con laa peena miaaaaaaa...*»

— ¡Olé, los buenos cantaores! — gritó una bailadora

— ¡Viva quien sabe y puede! — agregó el Ñañe, solemnemente.

«*Tú te vaaaaaas...*»

Prosiguió el Pitoche, apianando la nota final, hasta dejarla morir, para recogerla después de un silencio y dilatarla, como en un angustioso lamento:

«*Aaaaaa y yo me queooooo, oooo, oo
solo con laa peena miaaaaa, aaaa, aa,
quiero orvidarte y no pueoooo, oooo, oooooo, oo,
tras ti se me va la viaaaaa, aaaaa, aa,
mi mal noooo tieneeee, remediooooo, ooo oooooo, oo.*»

Y tanto sentimiento derramó en aquella copla, que la moza que estaba junto a él le dijo realmente conmovida:

— Pero, ¿qué tienes hoy, Pitoche? Por éstas que son cruces, tu *cante* hace daño.

La Pura no quería escucharlo, y lo oía; lo oía, experimentando sensaciones extrañas que removían los légamos y sedimentos del pasado, y lo traían vivo al instante presente.

«*Las lágrimas se me saltaaaaaan.*»

Más que cantando, continuó sollozando el cantador:

«*Siempreeee...*»

¡Ay, cómo sufre el pobrecito! — exclamó la bailadora de marras.

El esfuerzo que hacía el gitano le congestionaba el rostro y dilataba las venas de las sienas. Cada verso era un puro quejido, un prolongado lamento, un llanto que ya arreciaba en retorcidos sollozos, ya moría en un ¡ay! sin fin.

«*... eeeee que de ti me acuerdooooo, oooo,
Las láaaagrimas se me saltaaaaan, aaaaan,
No sé de qué ni por quéeee, eeee, eeee, eeeee, éé,
Pero llo ro cooon el almaaaa, aaaaa
Las lágrimas aaaa se me saltaaaa, aaa, aaaaa, an.*»

Y la voz se quebraba, como rota por la pena.

Llovía a cántaros. Los pocos parroquianos que en la sala había escuchaban embebecidos. En medio de la tercera copla tuvo Pitoche un acceso de tos y no pudo continuar. La Pura palideció; Paco frunció el ceño y dijo:

— Me da el corazón que el gitano te camela todavía y que tú...

— ¡No pienses mal, Paco, porque me ofenderías! — interrumpió vivamente la bailadora —. Sabes bien que lo aborrezco. Daría no sé qué por no haberlo conocido. Nunca comprenderé por qué lo quise, pero, ¿qué quieres? Me da lástima verlo sufrir por mi causa.

El Pitoche se sentó en una mesa y se puso a beber en compañía de Argüello. Después que la Pura bailó en el último *cuadro*, despidióse de sus compañeros y le pidió a Paco que le acompañase al camarín.

— ¿Al camarín? — interrogó éste.

— Sí, tengo miedo que ese tío me venga otra vez con ruegos y lloros. Me vestiré y luego subiremos a cenar.

Y salieron juntos.

— ¿Lo ves, Pitoche?—dijo Argüello—. Era lo que yo decía; la paloma se las *guiya* con su palomo. Y tú, ¿vas a permanecer de brazos cruzaos? Quedarás a la altura de un zótano. Y nadie querrá alternar contigo. Pitoche, eso no puede ser; *recapacita el sentido y entra en conocimiento*. La honra es la honra, y hay que *salir a los medios* por ella.

El Pitoche nada contestaba y seguía bebiendo. El rostro, demacrado y endrino, se le había afilado y ennegrecido más desde algún tiempo a aquella parte. Los ojos aterciopelados parecían más grandes, más prominentes los pómulos, y las orejas, como descoladas del cráneo, caían hacia adelante. Un gracioso pozuelo, que al sonreír se le formaba antes en la mejilla izquierda, habíase trocado en profundo surco. Argüello seguía perorando y sirviéndole aguardiente. De pronto, el Pitoche lo interrumpió diciéndole:

— Me está jaciendo mucho daño, Argüeyo. Déjame en paz; yo sé por dónde debo *templarme*.

Argüello miró en derredor; la sala estaba desierta.

— ¿Tienes *herramienta*?— le preguntó, y como el Pitoche hiciera un gesto negativo, sacó su navaja y se la puso en la mano disimuladamente. Luego se embozó con garbo en la capa de esclavina bordada, y dándole un fuerte apretón de manos al cantador, dirigióse a la puerta. Desde allí lo observó algunos instantes, y diciéndose: «Ya está cargada la bomba», salió.

El Pitoche subió a los gabinetes. Sólo había uno ocupado. Acercóse a la puerta y miró por el agujero de la llave. La Pura estaba sentada sobre las rodillas de Paco. Ambos se besaban apasionadamente, murmurando ternezas y protestas de amor. El Pitoche sintió como una desgarradura interna, y tuvo que hacer violentos esfuerzos para no gritar. El corazón se le salía por la boca. Los celos, unos celos rabiosos, lo hacían temblar de pies

a cabeza. Incorporóse, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el muro. Así permaneció largo rato; y luego tornó a mirar. Paco y la Pura se habían levantado y se disponían a salir. Cuando abrieron la puerta se encontraron de manos a boca con el cantador, que parecía un lívido espectro.

— ¿Qué se le ofrece a usted, camará?— preguntóle Paco sin la menor sorpresa, como si hubiera esperado aquella intempestiva aparición.

— Se me ofrece este encarguito: de aquí no sale usted con esa mujé como no sea pasando por arriba de mi cuerpo, mal amigo y mal torero.

La Pura lo atropelló, y metiéndole los dedos por los ojos, le dijo:

— ¿Y quién eres tú, *malange*, para atravesarte en mi camino? ¿No soy más libre que el aire? ¿Te debo algo? ¿No te dije desde que pisé el café que no quería ninguna clase de relaciones contigo? ¿No ves, *pelmazo*, que estás metiendo la pata hasta el cuadril?

— Lo que tú quieras, Pureta; pero de aquí no sales con ese hombre — repitió el gitano, sumiso y amenazador al mismo tiempo.

— Puriya, te ruego que no le respondas ni una palabra más al tío curda este. Dame el brazo y vamos andando — interrumpió Paco, tranquilamente.

Y luego, dirigiéndose al cantador, añadió:

— Y en cuanto a usted, grandísimo mamarracho, o se quita de ahí o lo quito yo.

Y como el Pitoche permaneciera inmóvil, lo cogió por los hombros y lo lanzó como un saco de huesos contra el muro de enfrente. El Pitoche abrió la navaja y se abalanzó sobre el torero. Un bastonazo de éste en la muñeca lo desarmó; luego sus manos se clavaron como tenazas

en el cuello del cantador, cuyo rostro empezó a amarotarse. Los ojos se le salían de las órbitas; la lengua le colgaba de la boca como una piltrafa de carne escarlata entre los dientes de un perro. La Pura mirábalo aterrorizada y movida a la vez de súbita piedad, una piedad que venía de muy lejos, de los abismos del alma, y la conmovía profundamente. De la garganta del Pitoche salían sonidos estrangulados.

— ¡Pur...eta! — acertó a decir.

La bailadora comprendió que le pedía auxilio, e instantáneamente resucitó en ella la Pureta de antaño. El viejo amor de la chula por el golfo que la había perdido estalló en su pecho como un incendio voraz.

— ¡No lo mates, Paco; no lo mates, indino! — gritó con ímpetu de loca.

Paco seguía apretando. El Pitoche se retorció desesperadamente. De pronto, el torero abrió los brazos, lanzó una sorda queja y cayó de espaldas. El gitano miraba a la Pura sin atreverse a creer ¡lo que veían sus ojos; ésta también lo miraba a él como una demente trágica. En la diestra tenía la navaja tinta en sangre...

— ¡Tú, Pureta, tú!... — exclamó él, comprendiendo al fin.

— ¡Dios mío, qué he hecho! — exclamó ella.

Y sus piernas se doblaron.

El Pitoche la sostuvo, y sosteniéndola descendieron por la escalerilla, a tiempo que un embozado entraba furtivamente en el gabinete donde, inánime, yacía el torero.

X

La Pura, despertó con el espíritu revuelto, la garganta seca, el corazón oprimido. Creía salir de una terrible pesadilla. Abrió los ojos desmesuradamente, y, haciendo un esfuerzo, trató de poner en orden sus ideas. Aquella habitación de techo bajo, paredes desconchadas y pobre mueblaje no era la suya. Sobre una mesa de pino blanco, cubierta de hule del mismo color, vió una botella de aguardiente y dos vasos de vidrio ordinario. Tirado sobre un sillón tapizado de bayeta roja, dormía el Pitoche con la boca abierta y el jopo pegado a la sudorosa frente. La Pura lo miró algunos instantes sin comprender. Luego, lanzando un grito, escondió la cara entre las manos.

— ¡Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho? — clamó, mesándose el enmarañado cabello.

El Pitoche saltó del sillón, y aproximándose, trató de calmarla.

— Pureta, ten sentío, no te azares; no hay por qué. Nadie sabe na... y yo estoy aquí, a tu vera, para sacar la cara por ti. ¡Ea, niña, va'or! ¡Lo pasao, pasao, y a vivir!

Y quiso besarla.

Ella lo apartó bruscamente.

— Por lo que tú más quieras, no me toques — exclamó con tan honda y visible repugnancia, que el Pitoche quedó como petrificado.

— Pureta — dijo al fin —, ¿va a continuar lo de anoche? Yo a quererte y tú a gol verme las espaldas. Por mí hiciste lo que hiciste, y aluego... No te comprendo, Pureta.

— Yo tampoco me comprendo, Pitoche. No puedo comprender lo que pasó; no comprendo nada. ¿Por qué herí a Paco, queriéndolo con toda mi alma? ¿Por qué estoy aquí, en tu casa, aborreciéndote? ¿Es posible, Señor? — Y luego añadió sordamente —: Y tan posible... ¡Pero no puede ser; yo sueño, deliro, estoy loca...!

El Pitoche reflexionó algunos instantes, y luego dijo:

— Eso de que me aborreces, Pureta, es una figuración tuya. Por más que lo digas, yo nunca lo creeré, porque te conozco y sé que tienes muy güenos centros. Tú no me aborreces, o mejor dicho, me aborreces y al mismo tiempo, allá en tus adentros, me guardas constancia. Sí, me quieres, aunque tu amor propio no lo quiera y no te lo confieses por orguyo. Lo que ha habido entre los dos no se orvida, Pureta. Nunca podrás orvidá que yo soy el primer hombre que te tuvo en sus brazos, el hombre que te hizo mujé y que fué contigo mu malo y mu güeno. Tú me llevas en la sangre y en la sangresita de mi cuerpo yo te llevo. Lo demás son *infundios* y pamemas.

La bailadora no oía las palabras del gitano. Escudriñando en los pliegues y recovecos de su conciencia, oscurecida por mil sentimientos contradictorios, trataba de recordar y explicarse lo sucedido. Pero no podía; la angustia y el horror impedíanle pensar. Sólo veía a Paco en el momento de desplomarse abriendo los brazos; sólo oía el sordo lamento que se escapó de su boca al caer. El resto se le aparecía confuso, lleno de lagunas y como imágenes achatadas contra la memoria y no nítidas y de bulto.

Cuando pegándose a las paredes y sigilosamente descendieron la escalerilla de «El Tronío», le pareció a la Pura que los escalones gemían y que un negro abismo se

abría a sus plantas y la tragaba. Y empezó la desesperada fuga de los dos como almas en pena por las calles más lóbregas de Sevilla. Parecían huir de su propia sombra. La noche estaba todavía negra y tormentosa. De tiempo en tiempo una lívida claridad tremaba en el cielo, y entonces las calles, las casas y las iglesias, por delante de las cuales iban pasando, tomaban aspectos alucinantes, formas animadas y monstruosas. La Pura se persignaba y seguía avanzando sin rumbo fijo y con los ojos llenos de las tétricas visiones de los lienzos de Valdés Leal, de Morales, de Ribera. Las callejas se le antojaban antros medrosos donde hacían penitencia o, desesperados, se retorcián extraños ascetas; los edificios, moles que se movían y hablaban; las torres, gigantescos y afilados capuchinos de El Greco o monjes lívidos de Zurbarán.

— Pero, ¿dónde vamos? — le preguntaba el Pitoche, jadeando.

— Anda, anda... — contestaba ella.

Y seguían la dramática carrera por la ciudad, toda sonora de los amores y los crímenes de Don Pedro el Cruel. Y mientras caminaban recordaba la Pura con pavor la leyendas y las tradiciones de que Cuenca le había metido un relleno romántico en el magín, murmurando al mismo tiempo: «¡Paco, Paco mío; Paco de mis entrañas!», como uno de esos pegajosos sonsonetes o mareantes taravillas que nos obcecan y aturden. Desde «El Tronío» fueron a dar a la Alameda de Hércules y de ésta al Alcázar. Pasaron por la histórica calle de Bustos Tavera, donde se veía aún la casa de la bellísima doña Estrella, codiciada por el rey Don Sancho el Bravo, y a cuyo hermano, por haber osado defender contra él, sin reconocerlo, el honor de la hermana, hizo perecer aquél a manos del mismísimo prometido de la bella, el cual, sin saber contra quién ni de qué afrenta se trataba, había jurado a su señor vengarla y guardar el secreto. Y esclavo de la terrible fidelidad del hidalgo, cumplió la palabra empeñada, sabiendo que asesinaba su dicha,

y preso y condenado a muerte, guardó el secreto, sabiendo que, por guardarlo, perdería la vida. Pasaron por la calle de María Coronel, aquella que por escapar al deseo lujurioso del rey Don Pedro se abrasó adrede el rostro con aceite hirviendo, a fin de destruir la belleza que incontinentemente ponía en peligro su honra; la misma que, por escapar otra vez a la persecución de que era objeto, se hizo enterrar en un pozo abierto en la huerta del convento en que vivía retirada, el cual pozo inmediata y milagrosamente se cubrió de flores. Pasaron por la antigua calle de Candilejo. Allí, el mismo galante y aventurero rey había muerto en riña a un hombre; allí estaba el ventanillo desde el cual una viejecita, alumbrándose con un candil, presenció la sangrienta escena y delató al matador.

Pasaron por frente del Alcázar, y la Pura rápidamente rememoró el espeluznante drama de la sala de la Justicia, los cuatro jueces prevaricadores sorprendidos en sus chanchullos, decapitados *in continenti* y expuestas sus cabezas clavadas en las paredes, como ejemplo de la sana rectitud del Monarca. Luego, entre otros sucesos, acudió a la memoria de la bailadora el episodio de don Fadrique, perseguido como un jabalí a través de las galerías y estancias del castillo y muerto a cuchilladas y alabardazos en el cuarto del Maestro. Pasaron por delante de la adusta Torre del Oro, donde cantaron su canción épica los lingotes del Perú y suspiraron tantos prisioneros, cual si fuese a una arca y fortaleza. Siguieron caminando de prisa; la sombra de Paco le pisaba los talones. El paseo de Cristóbal Colón, cuyos árboles gemían con el viento; la plaza de toros, la cárcel, desfilaron como en una película cinematográfica ante los ojos de la Pura y el Pitoche.

— Pureta, que no pueo más — gemía éste.

— ¡Anda, anda! . . . — repetía ella.

Y continuaron dando vueltas y revueltas por callejuelas lóbregas y tortuosas, hasta entrar en una sórdida

taberna, espoleados por las ansias locas de beber, de matar el recuerdo, de borrar el pasado. Apuraron dos copas ávidamente; luego dos más, después otras dos. De cuando en cuando la Pura lanzaba un hondo suspiro, se estremecía y lloraba. Entonces el cantador le decía muy quedo:

— Pureta, te estás delatando tú sola; disimula, mujé, y bebe. El aguardiente too lo cura.

Y bebían. El rostro desencajado de la bailadora parecía de cera; pero sus ojos verdes, como agrandados por el terror y bruñidos por las lágrimas, fulguraban en la semioscuridad del tenducho con extraño fuego. Entraron dos hombres muy mal encarados, tomaron asiento y pidieron de beber. Uno de ellos llevaba un bombín abollado y crasoso, el otro una gorrilla de seda negra; ninguno de los dos tenía cuello. Se acodaron sobre la mesa y empezaron a platicar casi en secreto. La Pura supuso que eran dos esbirros disfrazados, y el Pitoche dos timadores de los que abundaban por aquellos lugares, casi tan mal famosos como antaño el Compás y el Corral de los Naranjos.

— Pureta, oculta los *briyos*, tápate la cara y haz que me estás escuchando. Aquí le *afanan* a uno hasta el aliento. Si no disimulas estamos perdíos también por ese lao — dijo el Pitoche.

Y acercándose más a ella empezó a cantarle por lo bajo coplas y más coplas, que la Pura oía con dolorosa delectación. Aquel *cante*, aquel beleño que el gitano le vertía en los oídos anesthesiaba su pena más que el alcohol; abolía por arte mágico el presente y la sumergía en una especie de semiinconsciencia. Cuando el Pitoche se detuvo, le dijo la Pura:

— Canta, canta . . .

Y siguieron bebiendo y cantando. Y vino la embriaguez, y luego, en la alcoba del Pitoche, a que éste la arrastró, el abismo sin fondo del sueño.

*
* *

— Ves, el Destino nos junta: de hoy más estamos remachados el uno al otro — continuó el Pitoche con mal disimulado gozo —. Dime que me quieres una miajita, Pureta. No tengas mala sangre, no me hagas pasar más tormentos. Mira que estoy en las boqueás.

La rabia que sentía contra sí misma se tornó contra él, sobre quien, de súbito, echó el fardo pesado de su propio extravío.

— He dicho la verdad, te aborrezco y te aborreceré siempre — le declaró, experimentando un gran alivio, porque le parecía que con aquellas palabras le permanecía fiel a Paco y lo vengaba.

— Pero, ¡mardita sea mi alma!; entonces, ¿por qué salistes a mi defensa? ¿Por qué te emborrachaste conmigo? ¿Por qué estamos aquí juntos...? — gimió el Pitoche, y su rostro se contrajo como si fuese a llorar.

— No lo sé, no me lo preguntes; déjame en paz — contestó la Pura cerrando los ojos —. Estoy mala, tengo calentura. Mis manos arden, mi frente abrasa. Dame de beber.

El le cogió la mano y dijo cambiando de tono.

— ¡Verdad que tienes calentura!

Y muy solícito le alcanzó un vaso de agua fresca, sacada del botijo que, suspendido de una cuerda, colgaba del techo en un ángulo de la alcoba. Luego, creyendo que el miedo de ser descubierta la ponía en aquel estado de angustia y exaltación, añadió:

— Ten calma, Pureta. Nadie sabrá na; no podrán descubrirnos, y si nos descubren diré que he sido yo...

La Pura abrió los ojos; lo miró algunos segundos y tornó a cerrarlos.

— Tú no piensas sino en la pareja de la Guardia Civil, y yo sólo pienso en Paco... Pensar que a estas horas está agonizando, quizá muerto, y que soy yo, yo, yo... —. Y abrazándose a la almohada, murmuró entre sollozos —: ¡Paco, Paco mío, Paco de mis entrañas...!

El Pitoche tuvo ímpetus de estrangularla. Luego, reconociéndose incapaz de hacerle el menor daño e incapaz de defenderse siquiera contra el mal que la bailadora le hacía, sintió una gran piedad de sí mismo, acompañada de sentimientos desmayados y mórbidos que lo hicieron llorar por ella mientras ella lloraba por otro. Lágrimas redondas y pesadas como garbanzos le rodaban por el amojamado rostro.

La Pura, notándolo, tuvo piedad y le dijo:

— Perdóname, Pitoche...

— Quiérello, pero no me lo digas... — sollozó el gitano —; porque yo también, ¡malas puñalás me peguen!, quiero y sufro. ¡Quién lo dijera que por ti, Pureta, había yo de pasar las *morás*! Me miro al espejo y no me reconozco. No tengo gusto pa na. Vivo de prestaos. Hasta la voz estoy perdiendo, ¡mardita sea la leche que mamá!

E incorporándose empezó a darse de testarazos contra las paredes. En seguida se sirvió un vaso de Rute; lo apuró ávidamente y volvió a sentarse. La Pura no supo qué decirle, y permanecieron callados largo rato; él sorbiéndose las lágrimas, ella mirando al techo.

— En vez de desesperarnos debíamos averiguar lo que pasa — arguyó el Pitoche después, ya perfectamente repuesto de su repentina locura —. Voy a pasarme por el café como quien no quiere la cosa, y aluego por el corral de los Jabanillas. ¿Te parece? Cierra por dentro, y si llaman, no abras.

Se abrochó la americana, se peinó frente a un pedazo de espejo clavado en la pared y salió. Apenas dejó de oír sus pasos, la Pura tiróse del lecho, acomodóse las ropas, pues había dormido vestida y calzada, compuso el peinado en un abrir y cerrar de ojos, y cubriéndose con el mantón de espumilla negro se dirigió a la puerta. Luego, ya con el pestillo en la mano, tuvo miedo de salir sola, y volviendo grupas, dejóse caer en el sillón de bayeta.

«De hoy más estamos *remachaos* el uno al otro», se dijo repitiendo la frase del Pitoche, y olvidando un instante su angustia se entretuvo en indagar hasta qué punto el Destino volvía a encadenarla a su antiguo amante. Confesándose que por el momento le era necesario; que sola *no podría* llevar la carga pesada del crimen, aquilató el oprobio de su situación y sintió asco de sí misma y más odio contra el cantador. Al regresar éste la encontró tan ceñuda y torva, que le pareció otra mujer, una mujer que él no conocía.

— ¿Qué hay? — preguntó poniéndose en pie de un salto, y notando el contento del Pitoche, agregó con el rostro iluminado por una súbita esperanza —: ¿Vive? ¡Habla, habla!...

— La Providencia ha estao al quite; nos hemos salvao, Pureta... Nadie sospecha na de nosotros. Toos creen que la puñalaita la dió la mano de Argüeyo. En el gabinete encontraron su navaja, y pa mejó, pásmate, mujé, el *gachó* no podrá delatarnos, que apareció esta mañana *seco* de un tiro en el puente de Triana — y arrojando al aire el *ancho* y castañeteando los dedos marcó algunos pasos de baile mientras exclamaba lleno de crapulosa alegría —: ¡Viva la mare que me parió tan *serrano*! ¡Salvaos, Pureta, salvaos!...

— Y a mí qué me importa eso — gritó ella iracunda —; pero no ves, mala sombra, que muero por saber lo que es de Paco... ¿Vive, di, nacla?...

El Pitoche se detuvo de golpe y la miró estupefacto. Luego su rostro se ensombreció. Con voz ronca dijo mientras se sentaba en el borde de la cama:

— Vive; pero está mu malo. No ha podío declará na.

Y luego pensó: «Si muriera too quedaría arreglao».

La Pura volvió a ponerse el mantón.

— ¿Te vas? ¿Me dejas muriendo y desamparao? — clamó el Pitoche.

Sin responder ni dignarse mirarlo salió la Pura. Pasaba una *manola*, la tomó y se hizo conducir al taller de Cuenca. Cabizbajo, Covacha se paseaba por el patio de la cuadra. Al divisarla corrió a ella y le preguntó:

— ¿Sabe usted lo que ha ocurrió?

— Sí, por desgracia lo sé; ¿y cómo sigue...? ¡Ay, Covacha, por Dios, no me dé usted una mala nueva!

— Desde que lo trajimos está en un ser, sin conocimiento, entre la vida y la muerte, tirando argo pa la vía cochina. ¡Pero ha visto usted qué mala pata! Salir la suerte con esa tripa rota ahora que too nos iba al pelo: las contratas a porriyo, el dinero a espuestas. Vamos, que eso no debía ser. ¿Quiere usted hablar con el maestro pintor? El le dirá lo que han dicho los médicos.

— Sí, Covacha, llámelo usted; dígale que aquí espero — respondió la Pura entrando en el taller, iluminado débilmente por una lámpara de petróleo.

Sus pasos resonaron como en una iglesia. Aunque estaba habituada a la lobreguez y hosquedad del recinto, de noche le pareció más tétrico. Las sombras colgaban de las paredes como grandes crespones; las figuras de las telas cobraban en la semioscuridad fantástica vida. La bailadora se dejó caer en el ancho diván, sobre el que se echaba todos los días para descansar de las incómodas posturas a que Cuenca, olvidándose de que era de carne

ya hueso, la condenaba durante horas enteras. Aquel diván, que por asiento tenía un mullido colchonete de poner y sacar, le servía a Cuenca de lecho por las noches, sólo con disponer sobre él las sábanas y las mantas, cosa que Cuenca hacía personalmente. En el medio del taller, sobre dos caballetes, y ya completamente concluidas, se veían las dos telas «Arriba», o «El triunfo del tablado», y «Abajo», o «El dormitorio de las brujas». La Pura sintió por primera vez y en toda su fuerza el dramático contraste de los dos lienzos, y tuvo un escalofrío. «Yo también descenderé de ahí arriba ahí abajo, quizás más abajo aún», se dijo, y quedóse mirando las telas absorta, sin respirar, los codos apoyados sobre las rodillas, el rostro entre las manos crispadas. Cuenca la sorprendió en aquella postura. Tan absorbida estaba, que no vio al artista hasta que lo tuvo delante de ella. Una mirada furtiva y rapidísima le bastó para cerciorarse de que no sabía la verdad. Por él se enteró que Paco tenía interesado un pulmón, que su estado era grave, pero que los médicos esperaban salvarlo si no sobrevenía ninguna complicación.

— ¡Dios lo quiera! — exclamó la Pura, gimiendo —. Daría la vida porque así fuese. Y pensar... ¡ay!, ¡qué pena más grande!, ¡qué tormento!, ¡qué angustia! ¡Si usted supiese, Cuenca, lo que pasa por mí! No sé cómo vivo todavía.

El se sentó junto a ella y, cogiéndole la mano, le dijo:

— Cállese, Pura; es preciso tener esperanza. Paco salvará, el corazón me lo dice. La fiebre ha disminuido un poco. En cuanto a Argüeyo, ya ha pagado su crimen. Murió como debía morir, de un tiro en la cabeza. Lo malo es que el pobre Brageli irá a presidio, aunque no por mucho tiempo: lo hirio en lucha leal y con la misma pistola de Argüeyo. Y no hay duda que el móvil del crimen fué el robo. Le encontraron en los bolsillos al muy

granuja la cartera y el reloj de Paco. Todo está claro. Lo que no comprendo es lo que hacía Paco solo en «El Tro-nío». ¿Cuándo lo dejó usted?

La Pura quiso responder y no pudo. Cuenca notó su extrema palidez, creyó que iba a desvanecerse y le dió a beber una colmada caña de manzanilla.

— Es debilidad — murmuró la bailadora —; no he probado bocado en todo el día.

— Beba usted, eso la entonará. Voy a ver si ha terminado la consulta de los médicos. Le enviaré a usted algunas golosinas. Luego bajaré y le comunicaré lo que haya.

— ¡Por los clavos de Cristo! ¡Vuelva usted pronto...! — exclamó ella.

Cuando Cuenca volvió encontróla durmiendo sobre el diván. Su rostro, afinado por la palidez, denunciaba mortal fatiga. Tenía la boca crispada como la del niño próximo a llorar; los ojos cerrados parecían dos grandes violetas.

El pintor la contempló algunos instantes; luego, cogiendo su manta de campo, la cubrió con amoroso cuidado y tornó a salir.

Cuenca tornó a subir a las habitaciones superiores. Los chicos de la cuadrilla y varios amigos estaban en el comedor; el señor Míguez, su hijo Pepe y algunos señores de fuste, entre ellos el Obispo, el Capitán General y el Gobernador, en la sala y junto a la cabecera de Paco, Rosarito y Pastora. Muy temprano, estando acostada todavía, recibió ésta la noticia por boca de Pepe, a quien Cuenca le había escrito comunicándole lo ocurrido. La moza lanzó un grito, llevóse las manos al corazón y se desmayó. Luego, ya repuesta, sin curarse de la presencia de su hermano, se arrojó de la cama y empezó a vestirse de prisa y corriendo.

— Yo no sé si está bien lo que haces, Pastora — le dijo Míguez camino de la casa de Paco.

— Yo lo sé, Pepe; está muy bien.

— Papá se pondrá hecho una furia.

— Pues que le den un caldo. Mi novio se muere y a cuidarlo voy. Mientras esté grave, no me separaré de su lado ni de día ni de noche. Papá se opuso a que Paco me hablase, pero no pudo hacer que mi corazón no lo quisiera. Lo quise y lo quiero, ¡ea!, ¡lo demás son cuentos!

— Pastorita, no desbarres. Primero y principal, tú no eres la novia de Paco, sino la novia del conde de Peñablanca; segundo, tú no eres libre, no puedes hacer lo que te dé la real gana.

— Para mí, Paco siempre fué mi novio. Al conde nunca lo pude tragar. Papá lo sabía; si hay escándalo, la culpa será suya. En cuanto a lo de no ser libre, te equivocas, Pepe. Tengo veintitrés años, y la firme voluntad de disponer yo sola de mi corazón.

— Escucha, hermaniya; haz lo que quieras, pero a mí no me metas en líos — replicó Pepe, que, a la buena de Dios, era muy egoísta cuando se trataba de su tranquilidad —. Que no sepa papá mi participación en esta fuga, porque esto es una fuga con todas las de la ley; desacato de la autoridad paterna, abandono del hogar y el resto, que es lo peor...

— Nada de mentirolas — interrumpió la moza —. Así que me dejes en la casa de Paco, te vas a la nuestra y le comunicas a papá mi resolución.

— Eso es, para mí el hueso de la corrida...

— Haz por mí, Pepete, lo que yo he hecho por ti en tantas ocasiones. Rosarito te lo agradecerá.

— ¡Todo sea por Dios! — concluyó Míguez convencido con el último argumento —. Si Rosarito y tú creéis que está bien hecho lo que haces, bien estará. Ustedes saben más de esos tiquis miquis que yo. Te confesaré que si no fueses mi hermana, tu arranque me parecería muy castizo, muy salao, y te diría: ¡ole las niñas sabiendo querer!

— Ahora pídele a Dios que salve a Paco, porque, de lo contrario, te quedas sin hermana; tomo los hábitos.

— ¡Qué estás diciendo, mujer!

— Lo que oyes. Algo me dice que yo tengo la culpa de lo que sucede. Yo debí permanecer erre que erre en mi querer.

Al desembocar en la callejuela donde se levantaba la casa de Paco, le dió a Pastora un vuelco el corazón. La calle estaba cubierta de paja. Apiñada multitud esta-

cionada frente a los balcones; mujeres del pueblo rezando, pasaban en hilera por delante de la puerta que guardaban Covacha y Gazpacho. Los hermanos llegaron a ella llenos de angustia y ansiedad.

— ¿Qué hay Dios mío? — acertó a preguntar Pastora, más muerta que viva.

— Aquí estamos esperando lo que Dios quiera que sea. El señorito sigue igual. Suban ustedes, suban — respondió Covacha.

La moza estuvo a punto de desvanecerse, y se agarró a su hermano para no caer. La cabeza le daba vueltas, el corazón se le salía por la boca. Los señores que había en el zaguán, el patio y la escalera, le abrieron paso muy solícitos, descubriéndose muchos de ellos respetuosamente, como en signo de aprobación. Todos conocían los contrariados amores de Paco y Pastora, y apreciaban en lo que valía la conducta de la moza.

— ¿Han visto ustedes el colorcito que lleva la niña? — exclamó uno de aquellos señores —. Ganas me han dao de decirle: ¡Ole ahí, las mujeres sufriendo con rifiones! ¡Cabayeros, por esa puerta ha entrao la Virgen del Carmen, y la muerte, que andaba por aquí rondando, no tiene más remedio que tomar el olivo!

— Dios lo oiga a usted — suspiró otro.

— Que sí, hombre; con una hembra así a su vera no hay cristiano en el mundo que quiera morirse. Mire usted, yo estaba muy preocupado y afligido, como que tengo por Paco, más que cariño, verdadera pasión. Y ahora respiro confianza. Algo me dice aquí dentro que salvará.

Covacha y Gazpacho tenían que hacer esfuerzos inauditos para contener a la gente que se agolpaba en la puerta y quería entrar. Sólo dejaban pasar a los conocidos. Por la tarde, la calle quedó interceptada; los coches no transitaban por ella; aun marchando a pie era difícil abrirse paso hasta la casa. La noticia del gravísimo esta-

do del torero había corrido por toda Sevilla, y toda Sevilla acudía al sitio donde el ídolo popular, el héroe de chicos y grandes, luchaba con la muerte. Los rostros delataban honda y sincera aflicción. Los chicuelos permanecían quietos y graves. Algunas viejas, mirando extáticas a los balcones, corrían las cuentas del rosario. En las iglesias y las capillas particulares se encendían muchos cirios por la salud de Paco.

Cuando Rosarito vió entrar a Pastora, le echó los brazos al cuello y le dijo:

— ¡Cuánto te agradezco que hayas venido, Pastora; pero a la verdad, no esperaba menos de ti!

— ¿Cómo está Paco...?

— Aun no ha recobrado el conocimiento. Ha perdido mucha sangre. Ven a verlo. Lástima que no pueda reconocerte para agradecerte la visita.

— No vengo de visita, Rosarito; vengo a cuidarlo junto contigo.

— Eres muy buena, Pastora — murmuró Rosarito, tornándola a abrazar.

Entraron en la habitación. Una lamparilla de aceite iluminaba a medias la estancia. En la semioscuridad de la alcoba, el rostro afilado y lívido de Paco parecía de marfil. Pastora se acercó temblando y cayó de rodillas junto al lecho. Con la mano de él entre las suyas y mirándolo como miran las Dolorosas, lloraba silenciosamente. Rosarito se hincó del otro lado de la cama. Y allí permanecieron las dos, hasta que entró la enfermera con unos potingues que puso sobre el escritorio salamanquino, donde ya había dos cubetas de porcelana, algunos frascos y varios paquetes de gasa y de algodón. Al levantarle la cabeza para darle de beber un medicamento, Paco abrió los ojos, y reconociendo a Rosarito y a Pastora, murmuró:

— ¡Pobrecillas, no afligirse...!

Míguez, después de hablar con Cuenca y Tabarda y hacerse referir al pormenor lo sucedido, tornó a su casa para darle al ganadero el recado de Pastora. El despacho estaba en el piso bajo, y allí se dirigió el mozo, seguro de encontrar a su padre leyendo los diarios o revolviendo papeles. Era una habitación amplia con dos ventanas a la calle. Parecía un museo taurino. Adornaban las paredes hasta una docena de formidables cabezas de toros, cuyos nombres, célebres en los anales del toreo por su bravura o algún hecho especial, le daban lustre y fama a la divisa y al hierro de la famosa ganadería del señor Míguez, una de las más *largas* de Andalucía. Allí estaba el temible *Carcelero*, un retinto de grandes y afilados pitones que había muerto once caballos y herido dos matadores. A la derecha de aquella histórica testa veíase la del toro que aguantó diez y nueve varas y causó la muerte de un banderillero de fuste, y a la izquierda la del último cornúpeto estoqueado por el gran Domínguez. Luego seguían colocados a igual distancia y altura otras siniestras cabezas, entre las que figuraba la del cárdeno que le había dado a Frascuelo una tremenda cornada, y la del jabonero que, después de picado y banderilleado, acudió a la voz del vaquero y se dejó rascar la frente. De las orejas de algunos de aquellos trofeos espeluznantes colgaban las banderillas de lujo con que les habían adornado los morrillos; del morrudo cogote de otros, las historiadas moñas que ostentaron. Innumerables retratos de toreros, pinturas y fotografías de acosos, tientas y escenas camperas, cuajaban los blancos muros. Un cuadro de ébano atesoraba, como reliquias, las coletas de algunos estoqueadores célebres, entre ellas la del Gordito, la de Bocanegra y la de Chicorro. Debajo de él, metida en la vaina y colocada horizontalmente, atraía la atención del curioso la espada que el Tato le envió a Lagartijo como recuerdo al retirarse del oficio. Viejos muebles de caoba y jacarandá, que habían pertenecido a los fundadores de la nobleza rural de la familia, amueblaban la estancia.

La mesa de escribir, cubierta de papelotes y revistas taurinas: *La Lidia*, *El Toreo*, *Sol y Sombra*, y otras de menor cuantía, ocupaban el espacio entre las dos ventanas. El muro que las separaba ostentaba, a guisa de escudo o guerrera panoplia, las garrochas de tentar, las sillas vaqueras, las mantas, los zahones bordados primorosamente, las espuelas y los retratos, en traje de campo y a caballo, de los dos últimos poseedores de la dehesa, el abuelo y el padre de don Antonio, por los cuales sentía éste una especie de orgullosa veneración. Eran dos buenos mozos de ojos duros, patillas de boca de hacha y empaque de bandoleros. En la pared frontera y en tamaño más pequeño veíase la borrosa fotografía de don Diego Hidalgo Barquero, canónigo de la Catedral y criador del lote de vacas bravas que con otras dos procedentes de Vicente José Vásquez y del conde de Vistahermosa, sirvieron de base para la formación de la opulenta ganadería, que se iban pasando de padres a hijos los Míguez, y que constituían el orgullo y el timbre de honor de la familia. El actual propietario se placía en aquel ambiente taurino más que en ninguna otra habitación de la casa. Allí despachaba sus negocios, recibía a los amigos íntimos y se entretenía leyendo continuamente y consultando los registros de sus vacadas y las crónicas de los toros suyos que se corrían.

Cuando entró Pepe, agitado y con el rostro descompuesto, el buen señor le miró por encima de las gafas y le preguntó:

— ¡Hola, Pepe! ¿Qué te pasa? ¿Ocurre algo?

— ¡Una friolera! ¡Anoche le han dado a Paco una puñalada y está gravísimo! Fué Argüeyo, el cantador, por robarlo...

El ganadero se incorporó, pegó un puñetazo sobre la mesa, y arrojando el *puro* que fumaba, exclamó:

— ¿Qué estas diciendo?... Pero, Señor, eso no puede ser. ¡Paco mal herido; Paco, gravísimo!... ¿Estás seguro de lo que dices?

— Vengo de su casa.

— ¡Jesús, Jesús!, esto es el fin del mundo. Si Paco se las *guiya* se acabó el toreo. Anda, di que enganchen; vámonos allá. Yo estoy muy mal con él, oyes, pero en estas circunstancias todo debe olvidarse, ¿no te parece? Despáchate... y que Pastora no se entere de nada. Le daría un sofocón, y luego sería capaz de hacer una bien sonada.

«Aquí va a ser ella», pensó Pepe, y luego, en voz alta, añadió:

— Ya está hecha. Esta mañana, en cuanto supo la noticia, me dijo que la acompañara a la casa de Paco, y te manda decir que mientras esté grave, permanecerá a su lado.

— ¡Que permanecerá a su lado!...

— Justo, de día y de noche...

El ganadero abrió la boca, iba a decir algo gordo, luego se contuvo, metióse las manos en los bolsillos del pantalón y empezó a pasearse de un extremo a otro del despacho seguido por las miradas siniestras de los cornúpetos. Pepe también lo seguía con los ojos, esperando que estallase la bomba. Pero no sucedió así. Al cabo de algunos minutos, don Antonio ordenó, sin levantar la cabeza:

— Di que enganchen.

A Pepe esto le pareció peor. Pensó que su padre se proponía ir a la casa de Paco para armar allí una bronca mayúscula y llevarse a Pastora. Cuando volvió de dar la orden, encontró al ganadero sentado y fumando tranquilamente un enorme puro. «Tanta filosofía me escama», se dijo después de haberlo observado algunos instantes.

— ¿Qué dices de todo esto? — se atrevió a preguntar.

El ganadero, en medio de una nube de humo, contestó:

— Digo que Pastora ha obrado bien. Yo, en su caso, hubiese hecho lo mismo. Pero hay que evitar las murmuraciones, y por eso voy a casa de Paco, para autorizar, con mi presencia allí, el desplante de la niña.

Pepe vió el cielo abierto; sin poder contener su alegría, exclamó:

— Papá, ¿quieres que te diga una cosa? Eres muy salao...

— Salao, no; castizo, sí — replicó el señor Míguez—. En esta ocasión no puedo olvidar que tu madre, que era una santa, se vió obligada a hacer algo semejante para casarse conmigo, porque mi futuro suegro, que, entre paréntesis, era muy bruto, no me podía ver ni en pintura, a causa de haberse dado con mi padre de puyazos en el campo, a raíz de una acalorada disputa sobre si los toros de uno tenían más casta que los del otro. Mi pobre Mercedes se arrancó de la casa, se refugió en un convento, se cortó el cabello al rape y se lo envió al buen señor con estas líneas: «No quiero casarme contra tu voluntad; pero como nunca podré olvidar al hombre que quiero ni querer a otro, he resuelto tomar los hábitos si, mientras dura mi noviciado, no cambias de parecer. Yo soy la carne; tú, el cuchillo; corta por donde quieras». Naturalmente, el hombre no cortó. Yo no quería que mi hija se casara con un toreriyo, pudiendo hacerlo con un príncipe, y me parece que tenía razón. Pero el toreriyo se ha hecho un torerazo, un soberano artista, el representante genuino de una cosa muy grande y muy nuestra. Pastora lo sigue queriendo, y cuando a una niña como ésa se le mete un novio en el moño, las mulas, Pepe. Además, tú quieres a Rosarito, en lo que te alabo el gusto, y yo estoy hartó de hacer el ogro. Es un papel que no me tira. Por otra parte, siempre quise a Paco, aunque estuviera muy abroncao con él por lo que me dijo en «El Tronío» y porque creí que se proponía desacreditar mi ganado. Pero sé de buena tinta que en todas las plazas ha hecho lo que estaba en su mano para que mis toros cumplieran,

y eso yo se lo agradezco con toda el alma. Y después, después... reconozco que estuve mal con él, y quiero *enmendar la suerte*. Tú sabes, Pepe, que a bronco no me gana nadie, pero a noble tampoco... cuando me *entran* por el lado izquierdo.

— Siempre esperé que te colocases en ese terreno. Es el que a ti te corresponde — declaró Pepe —. Y ahora, ¿qué les vas a decir al conde de Peñablanca?

El ganadero se rascó la cabeza, y luego contestó:

— Le diré que si no ha sabido enamorarse a la moza, la culpa no es mía. Pero no podía ser, Pepe. A mí se me subieron los grandes de España a la cabeza, y no pensé que una sevillana de pura cepa como Pastora, hija y descendiente de ganaderos de reses bravas, que sabe acosar y darse dos patafias con gracia fina, no podía querer sino a un mozo crudo de su raza y de su medio. El conde hubiera sido en la familia un Juan de Afuera; aquí necesitamos un mozo de los nuestros, sea Paco u otro cualquiera.

— A mí me agradaría que fuese Paco.

— Y a mí, ahora, también. Y lo será. El y Pastora se consideraron desde pequeñitos como novios; tú lo quieres como a un hermano y yo como a un hijo.

Un criado anunció que el coche estaba listo.

— Por lo pronto hay que pedir a Dios que lo salve — concluyó el señor Míguez, cogiendo su sombrero y su bastón—. Y que cure pronto para que pueda cumplir sus compromisos de la próxima temporada. Tiene contratada la friolera de ochenta corridas, veinte en Madrid, las cinco de la Feria de Sevilla, todas las de San Sebastián, todas las de Bilbao, ¡qué sé yo...! Además, mata él solo seis a diez mil pesetas, entre ellas, dos mías, una en Madrid y la otra acá, y podrá hacer mucho, si quiere, por nuestra divisa. No quiero pensar

en lo que sucedería si este percance tuviera un desenlace funesto. Pero Dios no lo permitirá: Dios no puede permitir una catástrofe semejante.

Mientras el coche se dirigía a casa de Paco, el ganadero iba pensando que éste era el yerno que, por muchos conceptos, le convenía más. No calculaba fríamente, pero no podía dejar de considerar las ventajas que le reportaría la entrada de Paco en la familia. El problema del casorio de Pepe y Pastora, resuelto; el auge de la ganadería, asegurado, porque Paco y Pepe, asociándose, podrían llevarla a las nubes; la liga de los matadores contra sus toros, disuelta, porque el novel estoqueador, que *echaba más carne abajo que nadie en España*, se luciría con ellos, y los otros, por no ser menos, recogerían velas. En fin, el cielo abierto por todos lados.

Al descender del coche, le dijo el ganadero a su hijo:

— Vete a la iglesia de San Lorenzo y dile al padre Simón que diga todos los días una misa cantada por la salud de Paco, y mantenga encendidas diez velas de las gordas.

«En el nombre de Pastora y en el mío haré encender otras diez», pensó Pepe echando a andar.

Y he ahí por qué el señor Míguez se encontraba en casa de Paco discurrendo amablemente con el Obispo, el Capitán General y el Gobernador.

XII

Mientras el estado de Paco inspiró serios temores, la Pura no salía casi del taller. Llegaba por la mañana tempranito: aparecía en la puerta como un espectro pálido y congojoso de la bailadora de antaño. La emoción le impedía hablar. Cuenca, así que la veía, apresurábase a tranquilizarla. La Pura se dejaba caer en el diván, pedía detalles y hacía mil preguntas, a las que el pintor respondía solícitamente y como si tratase de calmar la inquietud de un niño enfermo. Cuando supo que Pastora estaba en la casa, compartiendo con Rosarito los cuidados del herido, se puso lívida, sus labios temblaron y las lágrimas, lentas y pesadas, empezaron a rodarle por las mejillas. Entonces él se sentó junto a ella y le dijo:

— No se ponga usted así, no desespere usted; Paco salvará. Paco la quiere a usted entrañablemente... y sólo a usted.

— ¡Paco ya no puede quererme! ¡Ay, si usted supiera, si usted supiera...! — gimió ella.

El pintor quedó confuso y perplejo, uniendo y sopeando en el magín aquel «ya no puede quererme» de la Pura, y el «charrana, más que charrana», que a menudo repetía Paco en su delirio. «¿Qué ha sucedido?», se preguntaba, y no sabía qué pensar. El llanto, la perpetua angustia, la desesperada aflicción de la bailadora lo conmovían y llenaban de zozobra a la vez. Hacía cuanto estaba a su alcance para consolarla y distraerla, pero

inútilmente. Aunque al parecer, suspensa de las palabras de él no lo oía, rumiaba sus pensamientos. Cuando más atenta la creía, interrumpíalo para pedirle subiese a las habitaciones superiores y se enterase si no había alguna novedad. Al volver, solía Cuenca encontrarla anegada en llanto, o mirando el techo absorta, o puesta de hinojos y con los brazos en cruz, frente a una virgen de talla antigua que había sobre un secretario de ébano, concha y marfil. Ella convirtió el mueblecillo en altar, poniéndole velas encendidas y flores. Lo mismo hizo en su casa con un pequeño velador donde reposaba, *humilde y pura como un huevo*, la virgencita de Cano. Por las noches, se pasaba las horas rogándole fervorosamente. La oración aliviaba sus penas, era como un refugio contra el come-comes del remordimiento. Mientras dialogaba con la virgencita no sufría tan atrocemente. Y cuando no estaba en su casa o en el taller de Cuenca, estaba en San Jacinto. Los cirios ardían noche y día en el altar de la Virgen de la Esperanza. El rostro de la Divina Señora, iluminado por la luz espectral de los velones, fascinaba a la bailadora y la hacía caer en prolongados éxtasis, de los que la sacaba, para que se retirase, la guardiana de la iglesia. Su devoción era tan poco lúcida como antes su incredulidad; pero como no tenía en sus atribulaciones y angustias otro apoyo ni otro consuelo ni otra esperanza que la misericordia divina, a ella apelaba. Velas, misas, rogativas, promesas, todo le parecía poco para pedirle a la Virgen por la vida de Paco. Cuando éste empezó a mejorar, cuando el horror de haber asesinado al ser que más quería dejó de torturarla, la desesperación tornóse resignada y profunda tristeza, la tristeza del alma que renuncia a toda esperanza de ventura y sólo espera de la vida pesares y sufrimientos. Sabía que Paco no la delataría; pero lo que ella temía no era la justicia de los hombres, sino la justicia de Paco. El miedo a que la condenase sin oírle y sin apelación la volvía loca. Gozosa hubiera aceptado los más terribles martirios para obtener su perdón. La idea de lavar con llanto su falta empezó a dominarla. Y de súbito

sintió, como al golpe del pico brota el manantial de la roca dura, el ansia de sufrir por él y sacrificárselo todo, incluso el inmenso querer que le tenía, para hacerlo dichoso, purgar su crimen y redimirse. Un resquicio, una rendija se abrió en su conciencia oscura, por donde entraba un rayito de mística luz. Y todo tomó entonces a sus ojos un sentido nuevo. Las pinturas, las imágenes, los retablos suntuosos, las tallas maravillosas que diariamente contemplaba en la iglesia, le hablaron de sufrimiento, de sacrificio, de expiación. A menudo Cuenca la oía hacer reflexiones que parecían salidas de la boca de un penitente. Notando cómo la tristeza la iba enfermando física y moralmente, le habló así:

— Pura, por usted pasan cosas muy extrañas. Esa almita está atravesando una crujida tremenda.

— Tengo una pena muy grande, Cuenca.

— Ya lo veo, y veo también que la mejoría de Paco no basta para consolarla. Señal que hay otra cosa. Ignoro lo que ha pasado; pero tengo la impresión que usted se tortura más de la cuenta. Cuando se quiere como usted quiere, no se puede cometer a sabiendas ningún grave delito. Quizá usted exagera su culpa, si es que alguna tiene. Viéndola tan atormentada hasta llegué a sospechar que usted podía haber sido la causa indirecta de lo ocurrido, y de ahí sus atribulaciones. Pero después de la declaración de Paco...

— ¿Paco ha podido declarar...? — interrumpió la Pura, agitada.

— Sí, anoche; y dijo lo que todos suponíamos, después de conocida la fechoría de Argüeyo: que no sabía quién lo hirió, y que estaba solo cuando lo hirieron.

— Ha mentado — murmuró la Pura, y ocultó la cara entre las manos.

El pintor volvió a quedar confuso. Luego, reportándose y apartando con un gesto desabrido las extrañas conjeturas que lo asaltaban, le suplicó:

— ¡Por todos los ángeles de la corte celestial, sáqueme usted de la incertidumbre en que estoy! Abrase conmigo, confíese a mí. Soy su amigo de veras y la ayudaré a salir del atolladero en que está metida. Usted sola no puede con la cruz que lleva auestas, porque usted lleva auestas una cruz, Pura.

— ¡Y tan pesada, Cuenca!

— Dígame la verdad; yo siento que puedo hacerle mucho bien.

— Si le dijera la verdad, perdería el único apoyo que tengo ahora. Usted me arrojaría de esta casa sin piedad, y haría bien.

— ¿Luego usted se confiesa culpable de un gran delito?

— Sí, de un delito atroz...

— ¿Cometido adrede o sin querer?

— ¡Ay, Cuenca!, es lo que yo ignoro.

— Es incomprensible, porque, en fin, usted es recta, honrada en sus sentimientos, noble, leal; usted quiere a Paco, a Paco sólo, y deseaba ser suya. Conscientemente, no ha podido obrar contra él.

— Y sin embargo, obré. ¡Yo fuí quien lo hirió alevosamente... queriéndolo más que a las niñas de mis ojos!

Cuenca miró a la Pura espantado. No se atrevía a creer lo que había oído, y sospechó que el espíritu turbado de la bailadora le hacía inventar aquella quimera.

— Pero, ¿está usted en su sano juicio? — exclamó al fin —. ¿Es posible que usted haya hecho eso? ¿Y cómo, por qué?

— A veces me pregunto yo también si no estoy loca, pero no, no lo estoy, desgraciadamente, porque

si lo estuviera, sufriría menos. Nadie, nadie puede imaginarse en el infierno en que yo vivo desde aquella noche fatal. ¿Por qué lo herí? Hasta ahora no he podido averiguarlo, y de ahí mi tortura, mi martirio, mi desesperación. Mil veces me habría quitado la vida si eso no me pareciera huir del castigo. Yo quiero sufrirlo; quiero que Paco se vengue como lo entienda; quiero que me pegue, que me abofetee para decirle mientras lo hace: te quise y te quiero. Para eso vivo.

Se había erguido y vibraba toda entera al hablar así.

— ¡Paco, Paco mío, Paco de mis entrañas! — continuó —. Si tú pudieras ver dentro de mi alma; si yo pudiera explicarte; pero ¡ay!, ¿cómo explicar lo inexplicable?...

Sacudida por violentos sollozos, calló. Cuenca, con los ojos cerrados, parecía meditar. Luego se pasó varias veces la mano por la frente y dijo:

— Pura, cuéntemelo usted todo, sin omitir ni el más pequeño detalle. Bien analizada, su acción que parece abominable, quizá no lo sea tanto. Yo le ayudaré a ver claro en usted misma. Es posible que el conocimiento de la verdad íntima le traiga a usted algún consuelo. Algo me dice que su culpa tiene muchos atenuantes. A veces un sentimiento generoso, un noble arrebató de pasión induce a cometer una felonía.

— ¡Un noble arrebató de pasión induce a cometer una felonía! — repitió ella, como arrobada por repentina claridad —. ¿Verdad que sí? ¡Ay, Cuenca, sus palabras me hacen mucho bien!

El pintor continuó:

— El grande cariño que usted siente por Paco, los tormentos que sufre, las lágrimas que incesantemente brotan de sus ojos, ayer tan luminosos, hoy tan apagados, todo me habla en su favor. No, Pura, no tema usted nada de mí. Yo estoy seguro de absolverla. No

creo que usted haya sido capaz de cometer una infamia. Y aunque lo hubiese sido, no la arrojaría de mi casa sin piedad. El dolor humano me inspira otras consideraciones. No le retiraría mi ayuda en los trances amargos por que usted pasa ahora; la ayudaría a llevar su cruz.

Ya no entraba ninguna claridad por las ventanas; sólo iluminaba el taller la luz macilenta de las velas que ardían en el improvisado altar. Sorbiéndose las lágrimas, con voz apagada y monótona, que parecía una lejana cantilena, la Pura le refirió al pintor, punto por punto, la verdad de lo ocurrido y las angustias, los remordimientos y las miserias que vinieron después. Cuenca la oía silencioso y grave como un confesor.

— Desde aquella noche terrible vivo muriendo, vivo desesperada — concluyó la bailadora —. Y como si no fueran bastante negras mis torturas, el Pitoche las engracece más persiguiéndome con su cariño y recordándome como puede, por señas o por escrito, que *estamos remachaos* el uno al otro. Como no lo dejo entrar en mi casa, lo tengo de centinela todo el día frente a los balcones. Cuando salgo me sigue. A veces me cruza y me dice por lo bajo: «El que se va a morir soy yo, y tú me habrás asesinado». A altas horas de la noche, se para medio borracho en medio de la calle, y me canta. Yo no sé si canta o si llora; sólo sé que con todo eso me vuelve más tarumba de lo que estoy. Me horroriza causar más daño del que he hecho ya; quisiera ser caritativa. Al fin y al cabo el pobre tampoco sabe lo que le pasa; va, como todos, donde lo arrastra el viento; pero no puede ser. Cuando pienso que por él, ¡ah...!, lo aborrezco, lo aborrezco con toda mi alma. Y no parará de asediarme y freírme la sangre. Todos los días recibo una cartita suya llena de ruegos o de amenazas. ¡Ay, Cuenca, nunca se podrá usted figurar lo que es ahora mi vida!

El pintor escuchaba con la cabeza recostada en la pared y los ojos cerrados.

Después de un largo silencio, interrogó la Pura:

— ¿Y Paco, no le ha preguntado por mí... ni una sola vez siquiera?

El pintor hizo un gesto negativo. Las lágrimas de la bailadora empezaron a correr. Le surcaban las mejillas lentamente y caían sobre la falda gota a gota.

Cuenca le cogió la mano y, acariciándosela, dijo:

— Lo que le pasa a usted, Pura, es terrible; pero no desespere. No hay delito que no rediman las lágrimas, ¡y usted ha sufrido y llorado tanto...! Cuando nuestro amigo esté en condiciones de oírme, le hablaré, le explicaré lo ocurrido, y él, estoy seguro, se hará cargo y perdonará.

*
* *

De vuelta a su casa se encontró la Pura con el Pitoche en el portal. Antes que pudiera abrir la cancela y entrar, le dijo él con voz suplicante:

— ¡Por la salud del señorito Paco!, te pido que me dejes hablarte, verte, aunque sólo sea algunos instantes todos los días. Ten piedá, mujé. Escupo sangre, me estoy muriendo; ¿qué puedes temer de un moribundo? ¿Qué puedes temer del *turó* que está doblando ya?

Ella, para sacárselo de encima una vez por todas, se dignó responderle:

— No temo nada de ti, Pitoche; pero el verte sólo me hace mucho daño. Y no quiero verte. No puedo olvidar que, por causa tuya, por haber metido tú la pata, cometí un crimen espantoso y vivo en la desesperación. Tú has sido antes y ahora la mala sombra de mi vida. ¿Qué compasión puedo tener por el que me hizo tanto mal? Vete ya, y déjame tranquila.

— No sabía lo que hacía, Pureta; me cegaba la pasión, pero ahora no pretendo na. Yo sé que too, toito

tu corazón es de él; pa mí, que tantísimo te quiero, no has dejao ni una miaja; pasensia. Yo no creo lo que creí cuando te vi con la faca en la mano. Creí que me querías; que el cariñito serrano y la ley que me tuviste un día, habían resucitao; pero no era eso, era otra cosa; no sé qué. Perdí la esperanza, pero no el cariño que me va consumiendo. Mírame la cara, Pureta; mira los caminitos del dolor que la surcan. ¡Pureta, Pureta, no me dejes morir desesperao!...

— Eres tú el que se tira a matar. ¿Qué puedo yo hacer?

— Darme el consuelo de cerrar los ojos con tu imagen en ellos. Mírame como se mira a los perros enfermos. Es too lo que yo pido, un poco de compasión. Piensa que yo no he cometido otro delito que quererte; contra toa razón, ya lo sé; pero, ¿quién manda al querer? Apíadate de mí. Lo que Cristo sufrió cargaíto con la cruz, es un grano de aní junto a las que estoy yo pasando por ti, Pureta. Hace ocho meses que mi tormento dura, y he perdido hasta mi caliá de hombre. Lloro como una mujé, rabio de celos y le pido a Dios que salve al señorito Paco, pa ve si, estando tú más contenta, eres menos bronca connmigo, no por mí, sino por él. Lo aborrezco, y le besaría los pies por que te perdonase y te quisiera nuevamente, aunque me matase el verlo. Y porque tú lo quieres, muerto él y yo vivo, me cambiaría por él. Mira dónde he llegao, que cuando te veo entrar en la casa del maestro pintor, del que también tengo celos, me consuela el pensar que, por consecuencia al señorito, del que tengo más celos entoavía, no serás de ese otro hombre. ¡Ay! Pureta, estoy loco perdido, y perdido sin remedio. En el café ando sin sombra desde que faltas tú. Pero cuando canto cierro los ojos y te veo tal cual; por eso canto hasta que se me acaba la voz. Después viene la tristeza negra y el aguardiente. ¡Mardita sea mi sino, que a sufrir no hay quien me iguale! Me van fartandito las fuerzas pa viví, y sólo vivo pa llorá. No pueo comé, no pueo dormí; si no he muerto ya, es porque las lágr-

mas me alimentan. Te lo repito, Pureta; estoy en las boqueás, y mi única esperanza es que venga pronto la *cierra* a sacarme de este infierno; el otro, me parecerá un dulce. Ten piedad, o despéname de una vez. Si me metieras un cuchiyito en el alma, te daría las gracias y te diría: ¡Viva la carriá flamenca!

Un acceso de tos seca y honda lo sacudió de pies a cabeza. La bailadora, compadecida, le dijo:

— Entra, Pitoche, y siéntate en uno de esos sillones. Te haré traer un poco de agua.

Antes que ella pudiese impedirlo, él cayó de rodillas y le besó los pies.

*
* *

Desde aquel día, el Pitoche iba a casa de la bailadora todas las tardes al anochecer, acompañado del Ñañe, del cual se había hecho muy amigo. La Pura los recibía en el patio al principio, y luego en la saleta, que era más abrigada, donde el cantador tosía menos. Un brasero antiguo, con profuso clavo, ardía en el medio de la pieza; *echando firmas* pasaban el rato los dos artistas, mientras la Pura daba vueltas por la casa o se vestía en la habitación contigua, que era su dormitorio. A veces el Pitoche cogía la guitarra y cantaba por lo bajo coplas y más coplas. Lo que no decía hablando, porque le estaba prohibido, lo decía cantando: cantaba su pena, su angustia, su irremediable desamparo. La bailadora, pensando en Paco, oíalo con el corazón encogido. Consideraba que sufría del mismo mal, de un mal que no tenía remedio, y experimentaba como un total acabamiento de todas las fuerzas vitales. Entonces caía de hinojos a los pies de la virgencita de Cano o se tiraba sobre el lecho, mordiéndolo la almohada para que sus sollozos no se oyeran.

Generalmente Tabardillo formaba parte de la tertulia. Venía a ofrecerle a la bailadora antiguallas, alha-

jas y chucherías que le daban a vender algunos amigos arruinados que entre la aristocracia tenía. La reunión se animaba. El picador era muy alegre y conocía a fondo el baile andaluz. A instancias suyas, sobre todo desde que Paco había entrado en una franca mejoría, el Pitoche tocaba para que el Ñaño mostrase algo de los bailes que estaban ensayando con la Pura. Esta explicaba y hasta solía acompañar al bailador, pero sin darle nunca a aquellas escenas el carácter de jolgorio. Era un trabajo que le hacía olvidar, por algunos instantes, sus amarguras. A las siete se iban el Ñaño y el Pitoche. Tabardillo se quedaba a comer, y lo mismo Cuenca, que llegaba a las ocho. La bailadora le había pedido que viniese a acompañarla un poco por las noches, que era cuando ella se sentía más triste y desamparada. Y él lo hacía de buen grado. Sentía por la Pura ternísima afición. Sus dichos y ocurrencias lo llenaban de regocijo, y sus atribuciones le inspiraban un sentimiento extraño, en el que se mezclaban la admiración, la curiosidad y la ternura. La bailadora era para él un motivo constante de curiosidad y deleite. Sin querer analizaba, como hombre y como artista, las gracias, las ideas y los sentimientos de aquella criatura singular. Su persona y su alma le parecían las cosas más saladas del mundo. A cada instante descubría en ella honduras, asperezas, excelencias y exquisiteces que eran como flores del sentir andaluz. La Pura lo trataba con mucho cariño y lo regalaba con los platos que él más apetecía. Generalmente hablaban de Paco y a veces de *cante* y baile, pintura y toros. Cuando no los acompañaba a la mesa Tabardillo, la bailadora se corría a hablar de sus tristezas. Siempre le preguntaba si Paco no se había acordado de ella, y ante la negativa del pintor, los ojos se le llenaban de lágrimas, y decía, poco más o menos, lo mismo:

— Paco no perdona, no puede perdonarme, me detesta. Seguramente cree que lo he engañado, que me he burlado de él. Y no es verdad. Yo le juro a usted, Cuenca, que no es verdad. Lo quería como a nadie quise

en el mundo. Mi ambición más grande era vivir a su vera. El cariño que me tenía era mi felicidad y mi orgullo, y, sin embargo, lo herí para salvarle la vida al hombre que me había hecho tanto mal y que yo detestaba. ¿Por qué? ¿Por qué? Dígame usted si no hay para volverse loca. Dígame usted si no parece una maldición — y con los puños cerrados se golpeaba la cabeza.

El pintor contestaba invariablemente:

— Yo creo lo que usted dice; ya le he dicho que la juzgo a usted inocente. No desespere usted, Pura.

Y no le decía más, porque la actitud de Paco no le dejaba abrigar muchas esperanzas de que aquello pudiese arreglarse.

— Si quieres conservar mi amistad, no mientes siquiera el nombre de esa charrana — le dijo Paco cierta vez que el pintor quiso hablarle de la bailadora.

XIII

Paco salió de las lindes de la muerte desapacible y hosco. Ni los solícitos cuidados de Pastora y Rosarito, ni la amenísima cháchara del pintor, ni las gracias de Míguez y Tabardillo, lograban sacarlo de su sombrío ensimismamiento. Hablaba poco y permanecía largos ratos con los ojos clavados en el techo, el ceño fruncido, las mandíbulas apretadas, la expresión fiera. Lo que él llamaba la *charranada de la Pura*, no le dejaba vivir; era una espina, un cilicio que lo mortificaba sin cesar. Y a medida que recobraba las fuerzas, la amargura convertíase en aversión. Su vanidad, su orgullo, su machismo enconaban, junto con los celos, los terribles dolores del amor burlado y escarnecido. El pensar que mientras él sufría ella se refocilaba en los brazos del Pitoche, lo volvía loco de rabia y de pena. El mozo de rompe y rasga no podía resignarse a la idea de haber sido engañado como un chino, y se proponía, en cuanto pudiese salir a la calle, vengarse cruelmente. Sin lavar con sangre la afrenta que había recibido y que le parecía llevar escrita en el rostro, sentía que no podría mirar cara a cara a los hombres ni arrimarse a los toros con la seguridad de sí mismo y la arrogancia de antes. «Es necesario que esa charrana y ese chulo indecente me la paguen, y me la pagarán», se decía. El ansia dolorosa de saber hasta qué punto había sido burlado, y la necesidad torturante de explicarse la traición de la Pura, también lo atormentaban de continuo. Pero por más que hurgaba en la historia de sus amores con la bailadora

v en el carácter de ésta no podía descubrir ningún detalle revelador de la charranada. Sólo recuerdos dulces e impresiones placenteras, que le encogían el corazón y ponían un nudo en la garganta, acudían a su memoria. Entonces, si Pastora y Rosarito estaban allí dándole palique sentadas, según su costumbre, sobre la cama a derecha y a izquierda de él, les tendía los brazos, y, sin proferir palabra, experimentando como una gran frescura interior, como una dulcísima sedancia, las mantenía oprimidas contra su pecho largo rato. En aquella posición solía adormilarse, y entonces ellas permanecían quietas y mudas, a fin de no despertarlo.

Una mañana entró Pastora a la habitación con el chocolate, y viendo a Paco más taciturno que de costumbre, le dijo:

— ¡Paquiyo, Paquiyo! Tú tienes algo, tú sufres de no sé qué; ¿por qué no te abres conmigo? ¿No te inspire confianza? ¿Rosarito tampoco? Debías estar contento, porque vas recobrando la salud, y estás triste. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado? Me da mucha pena ver que mi permanencia aquí no te causa mayor alegría. ¿No me quieres ya? ¿Vas comprendiendo que no te hago tan dichoso como te figurabas y yo quisiera hacerte?

— Niña, no digas tonterías — replicó él —, porque te voy a dar un beso, no en la frente, ni en las mejillas, sino en mitad de esa boca, capaz de darle tentaciones a un santo.

— Déjate de zalamerías, Paquiyo, y dime la verdad. ¿Por qué estás triste? Papá ya no se opone a que sea tu mujer. Y tampoco exige, como antes, que te cortes la coleta; al contrario, ahora dice que eso sería un crimen. Yo te he demostrado que contigo, pan y cebolla. ¿Qué más quieres? ¿Qué te hace falta? Nos hemos tomado los dichos, soy tu prometida; pero si el casorio te repugna y lo deseas mejor así, nos casaremos por detrás de la iglesia. Si encuentras, como una vez dijiste, que

estoy demasiado alta para ti a causa de tu profesión, me arrancaré de mi casa y me haré bailadora. Ya no tengo aquel orgullo que tanto mal te hizo; ya no tengo voluntad propia, seré lo que tú quieras. Escucha, Paquiyo: te quiero tanto, que me gustaría perderme por ti. Yo sólo pido tu cariño, yo sólo quiero ser tuya. Lo demás me importa un cáncamo. ¿Puedo estar segura de él, Paco? ¡Ay, mi instinto de mujer me dice que tu corazón no es sólo mío!

— Nada, que te ganas el beso en mitad de la boca — dijo él riendo, y cogiéndole la cabeza entre las manos, la besó por primera vez sobre los labios rojos, entreabiertos y húmedos como una cereza partida. Ella cerró los ojos y su rostro tomó una expresión grave. Acariaciándola, prosiguió Paco:

— Sí, Pastora, puedes estar segura de mi cariño. A pesar de los *faldeos* y los líos te quise siempre. Pero no quiero ocultarte que también quise a otra persona. La quise, para qué negarlo; pero era un cariño muy diferente al que me inspirabas tú; un cariño que se inclinaba más a la amistad ternísima que al amor. Mientras que el amor que siento por ti es amor con todos los sacramentos, amor con toda la barba, como quien dice. Y la prueba es que el otro, los otros, nunca me impidieron seguir considerándote como mi media naranja. Sabía que tarde o temprano serías mía y yo tuyo.

— ¡Qué corazón más puerco tenéis los hombres...! Y dime, Paco, a ésa de la *amistad ternísima*, ¿la quieres todavía...?

— La detesto...

— Me gustaría más que te fuera indiferente. Ya sabes que del amor al odio se pasa por un puentecito de oro. Por ahí se susurraba que bebías los vientos por una bailadora, y que ella andaba loquita por ti. ¿Es ésa?

— Esa es.

— ¿Y.....?

— Y habló, sin duda, la sangre gitana, y por defender al gitano que la había perdido y que detestaba, según decía, me dió, adorándome, la puñalaita que me ha tenido a las puertas de la muerte.

Paco quedó con la boca abierta oyéndola decir:

— Quizá te quería demasiado. . . Las andaluzas tenemos una manera de querer muy enrevesada. Perdona y olvida, Paquiyo.

Así que Paco empezó a levantarse, Pastora dejó de dormir en la casa; pero iba con Míguez a ella por la mañana y por las noches a hacerle compañía a su novio y distraerlo, porque a menudo era presa de negras murrias. Cuando encontraban allí a Cuenca y a Tabardillo sonaban los palillos, la guitarra y las palmas. Míguez bailaba sevillanas ya con Rosarito, ya con Pastora. A veces ésta se ponía una pollera gitana de cola y faralaes, un pinturero cordobés en la cabeza, un pitillo en la boca y salía bailando por *bulerías* con tanto picante y tanta salsa como la bailadora más *cañí*. Sus desplantes, sus arrestos, sus taconeos, sin dejar de ser clásicos y muy intencionados, tenían un no sé qué de finos y señoritos, ajeno a la gracia del *tablaó*. Cuenca y Tabardillo se miraban atónitos y como preguntándose de dónde había sacado la hija del famoso ganadero aquel arte consumado y aquella gracia gitana. Paco, contemplándola entonces, la comparaba sin querer con la Pura. Y la Pastora Divina no salía perdiendo; al contrario, su belleza incomparable triunfaba al fin, sobre todo cuando se enardecía y mostraba sin empacho todas las seducciones de sus ojos, de su boca y de su cuerpo, como si se hubiera propuesto destruir y arrancar de la mente de Paco la imagen de la *otra*.

— Eres despampanante, Pastora — le dijo en cierta ocasión aquél con un fuego en los ojos y una expresión de ternura que la sorprendió.

— ¿Les parece a ustedes que podría ganarme la vida en el *tablaó*? — contestó la moza riendo, mientras sus pechos túrgidos y provocantes, subían y bajaban aceleradamente —. Pues mira, Paquiyo, no me quieras y salgo bailando en «El Tronío». No rías, no bromeo; se lo prometí a la Virgen de nuestra parroquia delante de Rosarito. Pregúntaselo: el *tablaó*, si te salvaba y no me querías; el convento, si te llevaba de este mundo.

De tarde venían a visitarlo los amigos. La sala, el comedor, los corredores y hasta el patio se llenaban de gentes de todas las condiciones sociales, que por turno entraban a saludar al novel matador. Sobre la mesa del comedor había siempre algunas botellas de jerez y de manzanilla y varios platos llenos de aceitunas, rajadas de jamón serrano, yemas de San Leandro, soldaditos de Pavía y otras tontunas a disposición de los visitantes. Por todas partes se formaban alegres corrillos, se charlaban y se reía gozosamente. Las cabezas de los toros que Paco había muerto de tan magistral manera cuando tomó la alternativa atraían en el ancho patio las miradas de los aficionados. Estos se comunicaban en alta voz sus entusiastas impresiones. Todos se conocían, tuteaban y trataban con la llaneza y cordialidad características del pueblo andaluz. La campechanía de los magnates y la entereza y el buen humor de los humildes borrraban las distancias sociales.

Hasta al mismo opulento señor Míguez nadie lo llamaba por su apellido, sino por su nombre, y lo saludaban por lo común con un «hola, don Antonio» y la consabida palmada en el hombro, familiar y respetuosa a la vez. El ganadero se pasaba allí un par de horas todas las tardes, recibiendo ufano las felicitaciones de los amigos por el compromiso matrimonial de su hija con Paco y de Pepe con Rosarito, que ya era público en Sevilla y daba pie a los más favorables comentarios, entre otras cosas, porque era uno de los grandes atractivos de la próxima feria.

— Las mejores mozas de Andalucía, para los mozos más crudos de España. Hay que echar la casa por la ventana, don Antonio — le decían, y el buen señor reventaba de gozo y orgullo. Sentía que pisaba terreno firme, que aquellas proyectadas bodas estaban decretadas por el cielo y satisfacían un deseo común, una aspiración casi nacional. La admiración, el respeto, el cariño que inspiraba su futuro yerno entre grandes y chicos; las manifestaciones de alto aprecio que chicos y grandes le hacían; su notoriedad, comparable sólo a la del rey; su gloria, que dejaba también tamañita la de los hombres más famosos de la Península; las prerrogativas, únicas en el mundo de que gozaba, halagábanlo como si fuesen ya cosa propia, y lo inducían a mirar como un crimen de lesa patria, o poco menos, lo que antes había exigido para darle a Paco la mano de Pastora: el que se cortase la coleta.

«Pero, señor, ¿en qué estaba yo pensando?», decía. «¿Cómo no reconocí las prendas de Paco y no vi, siendo ganadero de reses bravas, lo que su toreo, su valor y su persona representarían en esta tierra? Todos los marqueses, los condes y los duques juntos tienen menos importancia, significan menos que un matador de toros de las circunstancias de Paco. El que lo dude, que se lo pregunte al pueblo. ¡Y que tendrá poco dinero el niño así que pasen algunos años! Y luego, ese niño es lo más andaluz de Andalucía; un dechado de las cualidades que nosotros admiramos más; un *crystal* de la raza, como dice el maestro pintor. En suma, que Pastora se casa con el amo de España».

Con tales ideas no es extraño que al ganadero le rebosara el gozo y se interesase más que nadie en los asuntos de Paco. Todos los días echaba largos paliques con él sobre las contratas que había firmado y las que iba a firmar, sobre los ganados y las siembras del cortijo y lo que convenía allí hacer, y si iba al campo se corría hasta «La Barrancosa» y le traía noticias frescas de lo que en ella pasaba. Era el señor Míguez un representan-

te típico de la aristocracia rural que imperaba en Sevilla y le daba carácter y color propios a la vida económica y a la vida social de la capital andaluza. Nada satisfacía tanto al ganadero como el que dijese que su ganadería era la más *larga* y la *mejor llevada* de España, o que le alabaran la bravura de sus toros, o que le recordasen sus hazañas de caballista. Adoraba el campo, no sólo por el incentivo del lucro, sino por las faenas de la dehesa particularmente: el acoso, la tiente, el hierre, el apartado de los toros, faenas en las cuales, a pesar de los años y el peligro, tomaba él todavía parte activa y principal. El frescor de las mañanitas campesinas le hacía cosquilleos en las narices y en el alma. Cogía la garrocha como el Cid debió seguramente de empuñar la espada, y salía para el acoso al frente de sus criados, como el Campeador para la batalla a la cabeza de sus huestes. Cuatro o cinco veces por semana se ponía el *ancho* y el *marsellés*, subía al coche de brega, un cascajo roñoso tirado por dos pencos enjanzados a la andaluza, pero sin cascabeles ni borlas, y fumando un puro y saludando a diestra y siniestra, se iba al cortijo próximo a la ciudad, donde tenía la dehesa de reses bravas. A veces también iba de mañana a caballo, y entonces los paseantes de las Delicias solían ver, al doblar la tarde, un grupo de jinetes que, luciendo la airosa y pintoresca indumentaria de los garrochistas, pasaba al galope tendido de vuelta del campo.

— ¡Qué bien van! — decían las gentes, y los saludaban con la mano.

— No estaría de más que te diceses, así que pudieras, una vueltecita por «La Barrancosa» — le dijo un día que encontró a Paco en la cuadra—. Allí te repondrías más pronto y podrías ir tentando las becerras que tienes, y que son buenas, pero buenas, y *entrenarte* para las corridas de la feria. Si quieres, todos te acompañamos, incluso Pastora. A ver qué te parece esta combinación. Nos vamos a mi cortijo, me ayudas a tentar mis becerras y de allí nos pasamos al tuyo, que está a un paso. ¿Qué tal?

— Al pelo. Mañana mismo allá nos vamos, si usted lo desea.

— ¡No he de desearlo! ¿Puedo contar con los mozos de tu cuadrilla?

— Cuento usted con ellos.

El ganadero se fué a dar las órdenes del caso. Paco, después de acariciar sus jacas y darles un terrón de azúcar, cosa que no hacía desde que fué herido, entró en el taller de Cuenca. El pintor había salido. Las telas «Arriba» y «Abajo», recién barnizadas, ocupaban, puestas en sus respectivos caballetes, el medio de la sonora estancia. Al divisar el retrato de la bailadora experimentó Paco violenta sacudida. Se le nublaron los ojos y doblaron las piernas. La corva nariz se le puso blanca, y una expresión feroz le contrajo y afiló el rostro: «¡Charrana, más que charrana», murmuró, dejándose caer sobre el diván donde tantas veces se había sentado con la Pura. En medio de la penumbra y del silencio de la estancia, el realismo brutal y la intensa vida de las dos telas le golpeaban los ojos y los sesos. Y permaneció absorto una hora, acaso dos, escudriñando, hurgando, sondeando con la mirada dura y perforante la expresión de la bailadora, el enigma y el drama de aquella alma. «¿Por qué, por qué me engañó?», preguntábase, y rechinaba los dientes.

De pronto se abrió la puerta y entró la Pura. Sin ver a Paco se acercó al secretario de concha, convertido en altar, cambió las velas, que estaban ya al consumirse, por otras nuevas, y puso en los vasos algunas flores frescas. Luego se hincó y rezó mirando a la Virgen extasiada, el rostro iluminado como una lámpara, los brazos en cruz. Mil sentimientos tumultuosos y cambiantes embargaban a Paco. Apenas daba crédito a lo que sus ojos veían. Por instantes pensaba si no era víctima de una alucinación. De súbito el afilado colmillo del despecho y los celos tornó a clavarse en su alma;

el exaltado machismo del mozo crudo imperó solo, y cogiendo la navaja que, abierta, había dejado el pintor sobre la mesa luego de partir el pan del desayuno, se incorporó. La Pura volvióse rápidamente, lanzó un grito, y con los brazos abiertos corrió hacia él:

— ¡Paco, Paco de mis entrañas...!

El la rechazó violentamente, y lívido de colera, exclamó:

— ¡Pura, mala mujer...! Entré la vida y la muerte juré cortarte la cara, y te la corto.

Ella cerró los ojos y esperó, sin hacer el menor movimiento, la puñalada vengadora. Paco, al verla así, permaneció con el brazo levantado.

— ¡Anda, córtame la cara! — dijo la bailadora —. ¡Mátame si quieres, para todo tienes derecho; pero no dudes de mi amor ni creas que te engañé, aunque las apariencias me condenen! Te quise siempre y te quiero. ¡Paco de mi alma...!

Paco, cogiéndola por los hombros y sacudiéndola violentamente, rugió:

— ¡Embustera, charrana, más que charrana...! No te creo ni el bendito. Me engañastes, me vendistes, me heristes por la espalda alevosamente, como un ladrón. Tú sólo querías a tu golfo, a tu chulo...

Ella, cayendo de rodillas y sacudida por hondos sollozos, protestó:

— No, no; mil veces no. Lo detestaba y lo detesto. Jamás pensé engañarte ni con él ni con nadie. Nunca me tocó ni con el dedo meñique. Toda Sevilla lo sabe. Mi anhelo, mi esperanza más grande, mi gloria eras tú...

— Entonces, ¿por qué me distes la puñalaita traquera? ¿Por qué te fuistes con él, dejándome en el suelo mal herido, agonizando...? ¿Ese era tu querer? ¡Gi-

tana, chula! Yo debía marcarte el rostro para que todo el mundo te conociera, yo debía de darte de puntapiés y escupirte en la cara.

— ¡Pégame, márame! — clamó ella abrazándose a las piernas de él —. Si eso es lo que yo deseo... No he querido salir de Sevilla esperando tu castigo... Aquí me tienes pronta a sufrirlo. Muéleme a golpes; mientras lo haces, te diré: te quiero y te quiero, y todas las torturas y todas las brasas del infierno no me harán decir otra cosa, porque ésa es la verdad, Paco, aunque parezca mentira, y ahí tienes lo que me desespera... ¿Cómo comprenderás tú lo que yo misma no comprendo? ¿Cómo explicarte lo inexplicable? — añadió con profundo desaliento —. Pero por la gloria de mi madre te juro que no te engañé, que no te vendí. Cuando comprendí que ibas a matar a un hombre por causa mía, no sé lo que pasó por mí: perdí el juicio. Acaso te herí para que no matases tú; acaso en aquel momento dejé de ser la Pura que te quería con toda el alma, para ser la Pureta de antes. No lo sé, no lo sé, y la Virgen, a quien tanto le recé para que te salvase la vida y me iluminara, no ha podido explicármelo. Después de aquella noche maldita he vivido muriendo por ti. Pregúntaselo a Cuenca; él me ha visto llorar, él me ha visto sufrir. Si tú conocieras mis tormentos, mis angustias, me perdonarías. Perdóname, Paco, o márame. Sin tu perdón, yo no puedo, yo no quiero vivir...

Tenían tanto acento de verdad las palabras de la bailadora, que Paco no pudo no creerla. La angustia de aquel rostro demacrado por la pena, la aflicción de aquellos ojos enrojecidos por las lágrimas lo conmovieron. Una piedad inmensa se apoderó de él. Recordó las caricias, los besos de la Pura. La vió como hacía algunos instantes, rezando por él arrodillada a los pies de la Virgen, y el obstruído manantial de la ternura, que le había inspirado siempre la bailadora, brotó de nuevo.

— ¡Puriya!... — exclamó.

— ¡Paco de mis entrañas! — respondió ella incorporándose.

Y con arranque apasionado, con ímpetu de fieras se abrazaron y confundieron sus besos, que parecían mordiscos; sus lágrimas, que parecían arroyos; sus sollozos, que parecían rugidos.

*
* *

Luego, sentada en las rodillas de él, acariciándolo, le dijo:

— ¡Ay, Paco! Ahora me parece que respiro; siento que podré vivir. ¡Qué dicha más grande! Saber que me perdonas, saber que me quieres. Me iré de Sevilla bendiciéndote, Paco.

— Pero, qué, ¿te vas a marchar?

— Sí, Paco, después de cumplir en Semana Santa el voto que le hice a la Virgen de la Esperanza. Le prometí quitarme de en medio, sacrificar mi amor a tu felicidad si te salvaba. No te aflijas, Paco mío. Créeme, eso es lo mejor. Yo siento que estorbo, que soy una amenaza para la dicha de todos — y con voz quebrada y haciendo esfuerzos inauditos para no llorar, continuó —: Yo no puedo ser tu mujer, yo no puedo darte una felicidad completa como Pastora, que te quiere y no tiene mancha alguna. ¡Dichosa de ella! Lo hago por ti, Paco; lo hago por tu hermaniya, lo hago por mí, porque ese sacrificio, el más grande que yo podía hacer, es lo único que me permitirá vivir sin remordimientos y mirarme sin asco. Lo único también que me asegurará para siempre tu amistad, tu cariño sin recámara, todo ternura, como yo lo quería...

Paco, con pena, comprendió que la Pura estaba en lo cierto, y no trató de disuadirla. Sólo dijo:

— ¡Pobre Puriya! ¿Qué va a ser de ti? ¿Cómo podré ser yo dichoso siendo tú tan desdichada?

— Yo seré dichosa a mi manera, sabiendo que me quieres, que te acuerdas de mí. Te he hecho tanto mal, déjame que te haga algún bien. Mi mayor consuelo será saber que eres feliz y que en esa felicidad tengo yo alguna parte. Pero no me olvides del todo, Paco; escríbeme a menudo. Cuéntame lo que haces. Y si no eres dichoso, dímelo; aunque esté en el fin del mundo, vendré volando. Y ahora, abrázame por última vez, bien fuerte, Paco. .

— ¡Puriya, Puriya...!

Y volvieron a abrazarse y a mezclar sus lágrimas, esta vez infinitamente tristes, infinitamente dulces.

Covacha anunció que el almuerzo estaba servido. La Pura se fué. Paco quedó solo y como petrificado en medio de la estancia. Pocos minutos después entró Cuenca, que había encontrado a la bailadora en el portal.

— Has hecho bien en perdonar, Paco — le dijo poniéndole las manos sobre los hombros —. Yo te juro que esa mujer es digna de tu cariño y de tu consideración. Nunca podrás imaginarte lo que ha sufrido, lo que ha llorado por ti —. Y precipitadamente le refirió la confesión que la Pura le había hecho y las angustias y los tormentos que él le había visto sufrir.

Hablaban cogidos del brazo y paseándose lentamente por la estancia. De pronto Paco se detuvo, y mirando a su amigo con dulzura y firmeza a la vez, le dijo:

— Dime la verdad, Jarete; tú la quieres, ¿no es cierto?

Cuenca reflexionó. Nunca se había hecho, nunca había querido hacerse semejante pregunta. Cerrando los ojos, contestó:

— Sí, Paco, la quiero. La quería sin saberlo y sin esperar nada.

— ¿Y ella...?

— Ella te quiere a ti — agregó el pintor con un dejo de melancolía, pero resueltamente.

Paco consideró algunos instantes aquel rostro donde se leía la tristeza del hombre que no había sido amado jamás, y meneando la cabeza, murmuró:

— ¡Pobre Puriya! ¡Pobre Jarete...!

Oprimiéndose ambos el brazo, como consolándose mutuamente, salieron del taller, subieron la escalera y entraron al comedor, donde los esperaban ya sentados y rebosando alegría Pastora, Rosarito y Míguez, tres sonrisas blancas, tres pares de ojos lucientes como húmedos borrones de negra tinta.

— Trae usted cara de haberla corrido, Cuenca — exclamó Rosarito —. ¿Cuándo sentaremos el juicio?

— El día del juicio final — respondió el pintor riendo. Luego, observando que los novios se miraban y sonreían amorosamente, sirvióse un vaso de vino y lo apuró hasta la última gota.

A las tres semanas de estar Paco en el cortijo de don Antonio empezó a tomar parte a caballo en las faenas camperas y a capotear las vacuillas que se tentaban. Como toreaba muy parado, lo hacía sin fatigarse. Salero, el Templáito y tres peones más que habían venido expresamente para el caso, corrían las becerras. Alegre y Tabardillo las picaban, estando al quite Paco y Pepe. Cuando salía alguna de aquellas muy brava y revoltosa, Paco cogía la muleta y el estoque, se iba a la cara de la bestia y se apoderaba de ella con algunos pasos tan ceñidos y de tanto castigo, que la dejaban jadeando y como clavada en el suelo. Luego, sin quitarse el *puro* de la boca, simulaba repetidas veces la suerte suprema, ya *recibiendo*, ya al volapié, *vaciando* con grande limpieza y acostándose literalmente sobre los morrillos para señalar, con la mano abierta, el sitio de la hipotética estocada. No se adornaba toreando. Sus actitudes eran sobrias y naturalmente escultóricas. Las vacuillas no lo tropicaban jamás; pero a fuerza de *pararles* solían rozarlo al pasar, dejándole la blanca y ajustada blusilla llena de largos pelos. Aun tratándose de animales casi inofensivos y con los cuales él jugaba, el toreo de Paco emocionaba por aquella manera genuinamente suya de aguantar las embestidas, pisar siempre el *terreno de las reses*, pegarse a ellas y *llevarlas muy despacio* en los pliegues de la muleta o del capote. Los otros diestros, que no podían torear sino abriéndose mucho de piernas y moviéndose, *abriendo el compás*, como

decían los revisteros, se miraban y sonreían. Las que no sonreían eran Pastora y Rosarito; generalmente, estaban con el Jesús en la boca.

— No hagas locuras, Paco; mira que nos estás poniendo muy nerviosas — le gritaba su hermana desde el palquillo que lucía la plazuela, y donde el ganadero, acompañado del operador, tomaba notas gravemente, mientras las dos mozas aplaudían a los lidiadores, preparaban la merienda y repartían cañas de vino. De tiempo en tiempo Paco y Pepe subían al palquillo y descansaban, charlando un rato con sus novias. Al terminar la faena, cosa que se hacía antes de la entrada del sol, a fin de que la noche no cogiera al ganado sudoroso, ellas mismas les ayudaban a poner los currutacos chaquetones, les ataban un pañuelo de seda al cuello y, colgadas del brazo de los mozos, regresaban al caserío, amorosas y cordiales como dos recién casadas. Y la más extremosa era Pastora, y lo era natural y llanamente, sin ninguna especie de coquetería. Mostrábase ahora tan amante y rendida cuanto antes soberbiosa. Paco comprendía que había dicho verdad cuando le aseguró: «Ya no tengo voluntad propia; seré lo que tú quieras. Me gustaría perderme por ti». Este incondicional rendimiento lo enternecía y enamoraba cada vez más, a pesar del recuerdo vivo y constante de la Pura. De tiempo en tiempo sentía una punzada en el corazón y el nombre de la bailadora le atravesaba la memoria como una flecha. Por las noches, solo en la alcoba, pensaba en ella mientras se desnudaba, y sus ojos se ensombrecían.

— ¡Pobre Puriya!... ¡No podía ser!... — exclamaba al apagar la luz.

*
* *

Los trabajos de la dehesa, fuesen a caballo o a pie, resultaban para todos animadísima diversión. De mañana salían al campo con los *mansos* por delante para

apartar y traer al son de los cencerros y las zumbas el ganado que iba a tentarse por la tarde. Don Antonio, Tabardillo y Alegre, garrocha al hombro, marchaban adelante, y los novios, por parejas y en amoroso coloquio, detrás. Pastora y Rosarito vestían falda de amazona, chaqueta corta y sombrero cordobés. Paco y Pepe, lujosa vestimenta de campo. A poco el sol aparecía por detrás de un monte, entibiaba el aire, doraba las praderas y ponía anchas pinceladas de luz en los olivares y caseríos lejanos y como embutidos en el horizonte. La paz campesina y la frescura matinal llenaban el ánimo de íntimo gozo; la húmeda hierba despedía suave y penetrante aroma; los pájaros, gorjeando, describían en el aire enredadas curvas. De pronto, una liebre salía disparada de entre las patas de los caballos; los galgos y los novios echaban a correr detrás de ella. Don Antonio y los picadores se detenían y hacían comentarios. «¿A que se les va? ¿A que no? ¡Vaya una liebre con piernas! Ya está con ella el *Canelo*. Se le fué. ¡Miren ustedes cómo le entra la *Negra!*... Otra vueltecita. ¡Qué bien le ha salido Rosario al cruce! ¡Vaya una niña metiendo espuelas!... Ya están los perros encima. ¡Ahora, ahora!...» Luego oíase distinto el *cuae-cuae* de la liebre atrapada y a poco volvían los jinetes a galope tendido, trayéndola en alto como un trofeo, todavía viva y pateando.

Una o dos veces por semana venía Cuenca al cortijo. Su verba amenizaba las comidas, las veladas y las faenas camperas. Era un excelente garrochista; pero en el redondel no salía de los burladeros. Cuando más, a *toro pasao*, tiraba un capotazo, y adornándose volvía a su rincón, lo cual hacía prorrumpir a todos en gozosas risas, dichos y pullas. Paco tenía largos apartes con él, y entonces hablaban de la Pura. Esta, después de la última entrevista con Paco, mostróse resignada, pero triste y siguió componiendo sus bailes y encendiéndole velas a la virgencita del Cano. Luego le salió una contrata para un teatro de novedades de Madrid, y allá se fué «a matar bailando las peniyas negras». La prensa aplau-

día unánime su arte sabroso y original, y observaba que los zumos de lo gitano y lo flamenco pasaban con la bailadora de Triana del *tablaó* al escenario, y constituían un género nuevo de peregrina sugestión. En las cartas que la Pura le escribía a Cuenca le hablaba sólo de sus triunfos teatrales y de Paco. «No le diga usted — le rogaba en la última — que estoy triste, porque se apartaría, y yo quiero que sea dichoso; pero dígame que me conserve su cariño, porque es mi único consuelo. En los primeros días de marzo volveré a Sevilla; después me iré por esos mundos de Dios bailando y llorando. Nunca, nunca lo podré olvidar. Yo no sabía, Cuenca, lo que eran las penas del querer fino; pero esas peniñas que me consumen no las cambiaría yo por todos los goces de este mundo. Sufrir por el hombre que se quiere es una felicidad que no tiene comparación».

*
* *

Terminada la tiente de las vaquillas, dió comienzo el acoso y tiente de los becerros a campo abierto. Vinieron algunos amigos de «La Garrocha»; la casa se llenó de gente; desde la mañana a la noche reinaba en el cortijo extraordinaria animación. Se oían de continuo risas y voces en los corredores y piafar de caballos sobre las redondas piedras del patio. Los jinetes de historiados zahones y mantas de ancho fleco sobre el arzón de las sillas vaqueras iban y venían por los cerrados al galope de las jacas, más pintureras aún que sus amos. Cada hombre era un cromo, cada grupo un cuadro. Todo era contento, juego, gozo en aquel trabajo, excepción hecha de la faena de los picadores, que al tentar los becerros de poder solían recibir algún rudo porrazo. Los garrochistas apartaban corriendo los toretes del ganado, los derribaban en medio de la carrera, empujándolos diestramente con la garrocha puesta en el nacimiento de la cola, y los entretenían hasta que llegaban Alegre y Tabar-

dillo para tentarles el pelo con dos o tres puyazos. Según la codicia con que los tomaban eran declarados los becerros aptos para la lidia o condenados a ser bueyes. El ganadero hacía en un cuaderno pequeñito sus anotaciones y seguía el acoso. Por las mañanas corría el aguardiente; por las noches el vino.

En la dehesa de Paco la tiente se hizo más escrupulosa y prolijamente todavía. Los becerros que no tomaban cuatro varas, por lo menos, eran desechados. A las vaquillas también quiso someterlas a la prueba del palo, y a ciertas vacas de bravura dudosa las volvió a capotear, condenando como mansas muchas que otros ganaderos hubieran tenido por buenas.

— Paco, vas a tener una ganadería superior — le decía don Antonio —; pero carita te va a costar.

— Tengo que acreditar mi hierro, don Antonio — respondía Paco dando verónicas y largas —. Luego vendrán las tientas de manga ancha y el *parné*.

Algunos días antes del Domingo de Ramos regresaron todos a Sevilla. En la capital andaluza sólo se hablaba de la Semana Santa y de la feria, de los Pasos que saldrían en las procesiones y de los toros que se correrían en la plaza, del itinerario de las Cofradías y del orden y los carteles de las corridas. Se hablaba mucho también de las bodas de Paco y Pastora, de Pepe y Rosarito, y de la pública penitencia que haría la Pura. Por la calle de las Sierpes se vendían el «Programa de las fiestas primaverales» y la «Colección de saetas» que cantarían ese año la Niña de la Cava. Detrás de las grandes vidrieras de los clubes, los cafés y las peluquerías de la famosa calle, repantigados en muelles sillones, viendo pasar la gente, los buenos sevillanos discutían las medidas adoptadas por las autoridades y las Cofradías para asegurar el éxito y esplendor de las fiestas. Esto del esplendor de las fiestas preocupaba seriamente a chicos y a grandes. Todos, cada cual en lo suyo, querían contribuir a ello. En las iglesias, mil manos prolijas componían,

redoraban y ornamentaban las andas, las historiadas farolas y los palios de los Pasos. Las camareras de las Imágenes limpiaban amorosamente los mantos maravillosos, los finos encajes y las estupendas joyas que aquéllas habían de lucir. Cada Cofradía y cada Hermandad se esforzaba por ser la primera en importancia y pompa. Los hoteleros, los comerciantes y los empresarios de toda suerte de espectáculos trabajaban también por su lado. Las iglesias se vestían de gala, los escaparates ostentaban los mejores artículos de las tiendas, las gentes sacaban del fondo del baúl los trapitos de cristianar. En el prado de San Sebastián se elevaban a toda prisa las alegres casetas y los teatruchos de la próxima feria, de la semana de jolgorio que había de seguir a la Semana Santa, y que era como cúpula y remate de ésta. Por el paseo de las Delicias empezaban a verse, ejercitándose, los caballistas jacarandosos, las *manolés* y los coches de tres, cuatro y hasta cinco caballos enjaezados a la jerezana, con cochero y lacayo de *ancho*, chaquetilla corta, faja de color vivo y polainas de flecos; los lujosos equipos, en fin, que lucirían los aristócratas, los ganaderos y los agricultores adinerados en los desfiles de la feria o camino de la plaza. Los patios, los balcones, las ventanas, florecían. Aparecían los *cordobeses* y los ternos flamantes, las mantillas negras y las peinas de concha. Los hoteles estaban llenos. Caravanas de forasteros recorrían las calles y visitaban las iglesias, los museos, los jardines, los cafés de *cante* y baile, embriagándose poco a poco con los filtros de la ciudad bruja, hasta adoptar las posturas y los desplantes andaluces. Las inglesas adquirían mantones de Manila, los ingleses navajas de pico de pájaro. Evocadoras leyendas, sugestivas tradiciones, efluvios de las grandezas pretéritas y misteriosas ansias de vivir y gozar caldeaban el ambiente. Sonaban los nombres de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Colón, María de Padilla. Los muertos resucitaban y enfervorizaban a los vivos. El hálito de Santa Teresa y de Don Juan, el alma de los hidalgos, los santos y los pícaros trascendía de los sepulcros

y se derramaba por las *ruas*, cuna de muchas glorias, y donde se encontraban, según los sevillanos, las raíces de la majeza y del salero.

Y llegó el Domingo de Ramos, y empezaron por la tarde las procesiones. Venían de sus iglesias y parroquias al son lúgubre de los tambores, pasaban por La Campana, recorrían la calle de las Sierpes e iban a hacer estación en la Catedral. A lo largo y a cada lado de esta calle se habían dispuesto hileras de sillas que ocupaban, por dos pesetas, los curiosos regalones, a fin de ver sin apreturas el desfile de los Pasos resplandecientes de luces, oros y joyas, y resguardados por delante y por detrás de una doble fila de nazarenos de túnicas, capas y antifaces blancos, celestes, morados, negros. Estos tétricos enmascarados llevaban en la diestra enguantada un grueso blandón encendido y avanzaban solemnemente chorreando cera. De tiempo en tiempo, los Pasos se detenían, no tanto para que descansasen los invisibles *gallegos* que a lomo los llevaban, sino para permitir a los espectadores que admiraran las estupendas esculturas de Montañés, Roldán, Ordóñez; la riqueza de las peanas y los palios, el bordado magnífico de las túnicas, los vestidos y los mantos de las divinas Imágenes, y entonces, de las ventanas y los balcones, llenos de gente, y que parecían negros enjambres humanos sobre la albura de los muros encalados, partían como flechas líricas vibrando en el aire las *saetas*, ese canto extraño y tenebroso que es un grito desgarrador en la noche oscura del alma, un prolongado lamento que se descompone en sollozos y remata en arpegios y trinos.

*
* *

— Lo encuentro a usted triste, Cuenca — dijo la Pura, sentándose en una de las dos sillas que habían alquilado en La Campana.

Era el mejor sitio para ver las procesiones y oír cantar buenas *saetas*. Todos los años los cafeteros de aquel lugar, a fin de atraer al público, contrataban a las mejores cantadoras. Los Pasos se detenían expresamente bajo los balcones en que ellas estaban, para que, mirándolos enfebrecidas, les cantasen. Y la emoción religiosa, que a veces no acertaban a producir las imágenes, las suscitaban las *saetas*, sobre todo, después de haber tomado los característicos perfiles del *cante hondo*, tan hecho para expresar el sentimiento andaluz. Eran *saetas garganteás, cante hondo*, por tanto, retorcido y angustioso como las seguriyas gitanas. Con aquel revulsivo emocional, el espectáculo religioso de carnavalesco tornábase trágico. Todos sentían, si no la tragedia del Gólgota, la tragedia del vivir; si no la Pasión de Jesús, la propia Pasión.

— No estoy triste, Pura — respondió Cuenca —; pero le diré a usted: la Semana Santa, los Pasos, las ceremonias religiosas, los nazarenos, la fe de los humildes, y, sobre todo, las *saetas*, revuelven en mi alma muchas cosas y me llenan de pensamientos graves. La irresistible inclinación de este pueblo a convertir en espectáculo lo mismo su alegría que su amargura, y solazarse con cualquiera de las dos, explican nuestras costumbres y me mueve a considerarlo como un colega, como un artista que se recrea con los engendros de su fantasía. Las procesiones, las corridas de toros, los *tablaos*, son sus obras de arte; es decir, los *cuajos*, los *crisiales* puros de su gozo y de su pena. El pueblo no cree en los dogmas de la Iglesia sino de cierto modo; pero cree a pies juntos en los dogmas de su Cofradía, y se enorgullece como si de él fueran, de la riqueza, el poder y el esplendor de aquélla. No cree en Cristo ni en la Virgen; pero cree en su Cristo y en su Virgen. Sin duda muchos de esos nazarenos que van ahí piensan algo semejante a lo que yo pienso cuando salgo detrás de nuestro Padre Jesús del Gran Poder. No soy creyente; pero voy con mi vela en la mano muy grave, porque así

EL EMBRUJO DE SEVILLA

declaro mi amor a lo nuestro y mi acuerdo, no con la religión de mis paisanos, sino con las aspiraciones superiores y las energías espirituales de que toda devoción, de que todo fervor es un símbolo. En lo que algunos observadores superficiales llaman carnaval religioso, hay mucha religión verdadera. Hasta los que se embriagan o corren *juerguitas sordas* en estos días de duelo practican un culto y ejecutan actos de contricción... a su manera. El vicio, la sensualidad misma en ellos es comunión...

Por la mañana y durante las primeras horas de la tarde habían recorrido varios templos y examinado de cerca los Pasos que iban a salir. El pintor explicaba, la bailadora lo oía con el mismo interés de siempre, y a veces le hacía preguntas que en otra hubieran parecido estúpidas y que en boca de ella resultaban preciosísimas. Estaba más pálida y ojerosa. Los ojos apagados delataban la pena que roe y roe sin cesar. Vestida de negro, con mantilla de encaje y peina, parecía más fina y esbelta. Los hombres en las iglesias dejaban de mirar las imágenes y la contemplaban absortos; al atravesar las calles, los nazarenos inclinaban sobre ella el puntiagudo capirote y le echaban flores, mitad profanas, mitad religiosas.

— Mire usted la Virgen de la Hiniesta qué bonita y espléndida viene — exclamó la Pura —. Es de Montañés, ¿verdad?

— Eso dicen. La primitiva, según cuenta Gonzalo Argote de Medina, gran aficionado a toros e historiador curioso, fué encontrada por un marino a orillas del mar, medio oculta entre unas hierbas que llaman *hiniesta*, y la trajo a la iglesia donde se venera todavía, y puso en el altar de San Sebastián. Cierta caballero la quiso para la capilla que tenía en el mismo templo, y allí la colocaron; pero la Imagen milagrosa se volvía adonde antes la habían puesto, y donde al fin, respetando su

manifiesta voluntad, la dejaron. Fué la única Virgen que volvió a Sevilla entre las muchas que llevaron los agarenos, y por eso la ciudad la eligió por Patrona.

— Mírela usted bien, Cuenca. ¡Quién sabe cuándo la volveremos a ver!

El pintor pensaba efectuar en París una exposición de sus obras, y había concertado con la Pura partir juntos después de las corridas de ferias. La bailadora trabajaría en el teatro Olympia de la misma ciudad durante los meses de mayo y junio. Allí se proponía estrenar los bailes de su invención: la Seguiriya, la Saeta, la Malagueña, la Soleá, bajo la dirección artística de Cuenca que estaba concluyendo de pintar las decoraciones y pensaba obtener con ellas un éxito mayúsculo. El también la había ayudado a componer la acción y el aparato escénico de los números, que resultarían sabrosos y vivientes cuadros. La fiebre de las aventuras artísticas a que se iban a lanzar anesthesiaba las tristezas de la partida. Después de la temporada de París, la Pura marcharía a Norteamérica, y Cuenca a Italia, donde tenía el propósito de residir dos o tres años.

— Sí, quién sabe cuándo volveremos a ver juntos otra Semana Santa; quizá nunca.

— ¿Por qué dice usted eso, Cuenca? Aquí nos encontraremos algún día. Yo pienso volver siempre que pueda. Para eso hice mi casita. Quiero morir en mi tierra. ¿Usted no?

— Digo... yo también; pero cuando nos veamos después de una larga separación, no seremos los mismos. Usted será otra y otro yo. Los momentos de goce íntimo o angustia y dolor que nos hicieron vibrar juntos y nos hermanaron, no se repetirán. Pero yo juro que siempre la tendré tan presente en mi espíritu como ahora. Usted no puede imaginarse lo que representa para mí. Usted es para mí Sevilla, el símbolo vivo de las mieles, las sales y las hieles de esta tierra bendita. No podré pensar en ella sin pensar en usted.

— Yo no variaré, Cuenca — aseguró la bailadora gravemente —. No tema usted que varíe. De cerca o de lejos, seré su amiga, una amiga de *chipén*. Más que descastada y perra sería si olvidase los favores que le debo, y que, gracias a usted, vivo y soy un poco mejor de lo que era. Por otra parte, Cuenca, yo necesito de su amistad, necesito su apoyo como mujer y como artista. Usted no me lo negará, ¿verdad? Me he habituado a oír sus palabras, a seguir sus consejos, y sin eso no sabría dar un pasito en la vida. Paco prometió escribirme, y lo hará, estoy segura. Lo que ha pasado entre los dos no se puede olvidar, no lo olvidará; pero no necesita de mi cariño para ser dichoso, y a la larga... Usted, Cuenca, es otra cosa. Vive tan solo y desamparado como yo. No tiene árbol que le dé sombra. Somos astillas del mismo palo, somos hermaniyos en el aquel de *pasar las morás*, y me da el corazón que puedo serle útil, que me necesita usted una miajiya. ¿Me equivoco?

Pasaba el Santísimo Cristo del Amor. Sus luces le ponían como una gualda aureola al rostro franciscano de Cuenca. Con los ojos fijos en la bellísima talla de Montañés, contestó:

— No, Pura, no se equivoca usted. Su cariño es el bien más precioso que yo poseo en el mundo. Fuera de usted, nadie me quiso con ternura. A las mujeres no les inspiré amor ni amistad verdadera. Figúrese usted si me será cara la suya. ¡El arte es un gran consuelo, pero no basta! ¡Es tan triste no tener quien se interese *amorosamente* por lo que uno hace!... A veces yo lo sentía, sentía mi soledad y desamparo, y me daban ímpetus de arrojar al suelo los pinceles. Desde que la conozco a usted trabajo con más gusto. Aunque no la volviera a ver más, la pintaría siempre. Usted, que es una seguidora, será mi musa, y, si lo quiere, mi amiga, mi única amiga. No pretendo más. Sólo los feos — añadió volviendo los ojos hacia ella y sonriéndole tristemente — comprendemos y somos capaces de la amistad pura. Seremos amigos; pero amigos de una vez: en las altas

y en las bajas, de cerca o de lejos. Y ahora, si le parece, nos iremos a esa taberna de enfrente y nos daremos dos *latigazos* con gracia fina... para sellar el pacto.

— ¡Vamos andando, astiyitas del mismo palo, hermaniyos de *ducas*...! — respondió la bailadora incorporándose, mientras que el pintor, echando a andar, se repetía, sin saber por qué, la frase de Paco: «¡Pobre Jarete! ¡Pobre Puriya!...»

XV

Desde el lunes hasta el jueves de madrugada siguieron sin fatiga visitando iglesias, viendo procesiones y oyendo cantar. Tabardillo, a quien la afición a las antigüedades y el Arte le hacía gustar la charla erudita de Cuenca, los acompañaba y entretenía, porque, como buen sevillano, era picotero y retozón. Los tres juntos recorrían las calles, situándose en los puntos más estratégicos para ver el desfile de los Pasos que conocían hasta en sus más ínfimos detalles, y oír a los astros de la *saeta*, que cantaban, generalmente, desde los balcones, mientras los novicios, jaleados por los amigos, se desgañitaban en las esquinas, no tanto por devoción, sino para mostrar su estilo y facultades y hacerse conocer. Cuando pasó la Virgen del Refugio de la parroquia de San Bernardo, donde se bautizaron tantos toreros, y que era la suya, Tabarda no pudo contenerse, y colocándose frente a frente de la imagen, y mirándola arrobado, intentó cantarle. Pero, por más esfuerzos que hizo, no le salía la voz sino en forma de vago apenas audible, lo cual no fué parte a impedir que continuase gesticulando y accionando con brío hasta rematar su copla. Algo corrido y amostazado, se volvió hacia sus compañeros, diciéndoles con verdadero pesar:

— Na, que no pue ser. Se acabaron pa mí las *saetas*. El mardito porrazo que llevé cuando le *volví el palo* al migüeño me ha dejao estroncao y farto de respiración.

— La voz es como la pintura, Tabarda — le dijo Cuenca para consolarlo —; a veces sale, y otras veces no sale.

— El baile lo mismo — agregó la Pura con el mismo intento.

Pero el picador siguió todo el día mohino y apesadumbrado.

Al despedirse esa noche de sus amigos, les dijo la bailadora:

— Hoy no saldré, quiero descansar, recogerme y tener un palique con la virgencita de Cano antes de cumplir la promesa que le hice a la Esperanza de Triana.

Y llegó la madrugada del Viernes Santo, la madrugada en que la emoción religiosa de Sevilla llega al colmo. Los clubes y los cafés estaban abiertos; las tabernas y las botillerías también. Numerosa muchedumbre deambulaba por las calles e iba concentrándose en la plaza de San Francisco y en la Campana, o frente a los templos de donde saldrían las famosas procesiones nocturnas, las más impresionantes. Al sonar las dos de la mañana, las pesadas puertas de la iglesia de San Lorenzo se abrieron de par en par, y la apiñada multitud que llenaba la oscura plazuela, el ánimo suspenso, contenida la respiración, afiebrados los ojos, hundió las miradas en las tinieblas del templo, fondo misterioso sobre el que se destacaban como fúlgidas apariciones en sus peanas de oro, plata y luz, el Cristo del Gran Poder y la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso. Las luces de los cirios parecían rutilantes estrellas; las llamas de los blandones, espíritus que vagaban en las sombras. En medio de un silencio solemne, de un silencio preñado de ansiedad, empezaron a salir los negros encapuchados de dos en dos, el blandón de cera roja en la diestra enguantada, la cola de la túnica recogida sobre el brazo izquierdo, el paso majestuoso, el continente señoril. La mayoría iban desnudos de pies, otros con medias negras sola-

mente, los menos con zapatos de cuero y hebilla de plata, y avanzaban llevando cada uno en su blandón encendido así como la llama lívida y sutil de un fuego fatuo. Cuando el Redentor, conducido por invisible Atlas, apareció, imponente y trágico, en la puerta de la iglesia, una doble hilera de fuegos fatuos, de espíritus, de almas en pena trazaba a lo largo de la calle dos fantásticas rayas de luz. Y partió la primera *saeta*, y luego otra y otras, convirtiéndose la negra plazuela en un torneo de trinos, en una jaula de ruiseñores, canarios y alondras. Los bordoneos de las voces graves se confundían con los arpegios de las agudas. El Paso, recogiendo las líricas ofrendas y el tributo de las miradas extáticas, atravesó la plazuela seguido de un pelotón de viejas y mujeres del pueblo con velas encendidas. Detrás de ellas, en actitud sumisa y en hilera, avanzaban, descalzos y vistiéndolo negros ropones, Pastora y Rosarito, Paco y Míguez. Cumplían el voto que las dos mozas y Pepe le habían hecho al Señor del Gran Poder al pedirle por la vida de Paco, y al que éste se asociaba en señal de gratitud. El pueblo los reconoció y se descubría ante ellos como cuando pasaban las Imágenes. La humillación de la riqueza, la celebridad y la hermosura, ante el Dios de los pobres, cargado con los pecados de todos, lo electrizaba y conmovía. El abatimiento del ídolo popular, principalmente, humedecía los ojos y hacía palpitar los corazones. Los murmullos de asentimiento y admiración alternaban con las *saetas*.

— Así, así — exclamaba una mujer con las manos tendidas hacia ellos —; los ricos edificando con su piedad a los pobres; los grandes de la tierra sufriendo lo mismo que nosotros. ¡Abreles los brazos, Señor del Gran Poder!

☒ — Las caras de las niñas parecen hostias; sus pies, nardos — le dijo el pintor a Tabardillo al verlas pasar, y los dos se descubrieron respetuosamente.

— Por chefas o por nefas, el mataor se lleva las parmas — observó, en voz baja, Tabardillo —. Vea usted cómo lo mira la gente.

— Es el prestigio de la coleta.

Pastora y Rosarito iban en el medio, Paco y Pepe a los costados, y los cuatro caminaban con las miradas fijadas en las potencias luminosas del Señor. Y siguieron desfilando los fantasmas de puntiagudos capirotos y ojos misteriosos, hasta que a su vez, deslumbrante de luces, perlas, oros y preciosa pedrería, atravesó la plaza y se detuvo en la calle la Virgen del Mayor Dolor. El cuello, que se doblaba bajo el peso de la estupenda corona, el pecho, las manos y hasta parte del vestido aparecían cubiertos de sartas de perlas, collares de diamantes, cruces de esmeraldas, zafiros y rubíes; sortijas, prendedores y dijes. Los terciopelos y las telas riquísimas desaparecían bajo los bordados de oro, y los bordados de oro bajo las refulgentes alhajas; y aquel lujo profano, aquel alarde de asiática riqueza, lejos de ensombrecer, suspendía a la muchedumbre, que admiraba más que el rostro, el boato y el rumbo de la Virgen. Toda ella parecía una joya en el estuche suntuoso del palio. Y tornaron a oírse los arpegios, los trinos y los gorjeos fundidos en rítmica algarabía. Los dardos sonoros partían de todas partes. Algunas personas que no podían cantarle a la Imagen, le hablaban. Parado en el borde de la acera, con una botella de Cazalla colgada del cuello, un chulillo escandaloso, que apenas podía sostenerse en pie, la contemplaba sonriendo como un serafín. De su boca procaz brotaban palabras dulces; de sus ojos revueltos miradas ternísimas. Gorrilla en mano, ajeno a lo que pasaba a su alrededor, le decía:

— ¡Qué *saeta* te cantaré ahora mismo, maresita mía, si no estuviese *curda*...! ¡Y qué requetebonita vas, lucerito del alba, pimpoyo der cielo, rosa der Paraiso...! ¡Yo no pueo ofrecerte más que mi *jumera*, pero a güena voluntad no me la gana ni el mismo Dió! ¡Por eso la cogí

gorda, pero gorda! Cada uno hace lo que pue, ¿verdad, reina der mundo? Hasta que vuelvas a salir el año que viene no lo cataré. ¡Por la devoción que te tengo, no me esampares, maresita der alma, maresita mía...!

La Virgen se alejaba, y él seguía hablándola y saludándola con la gorrilla. Los primeros nazarenos estaban ya en La Campana y todavía las tinieblas de la iglesia seguían pariendo encapuchados, como si en su negra matriz se engendrasen. Al fin, la plaza quedó desierta, el templo sombrío y silencioso. La claridad lechosa de la luna dejaba caer sobre los techados como una lluvia de algodón. Extinguíanse las vibraciones de las *saetas*. Algo se apagaba, algo moría en el ambiente. Algunas casas se fundían en la sombra; otras parecían enharinadas, como el rostro de un «clown».

Cortando camino por callejuelas estrechas y tortuosas, el pintor y Tabardillo se dirigieron al «Pasaje de Oriente», a fin de reconfortarse con una succulenta jícara de chocolate, antes de tornar a ver el desfile de los Pasos en La Campana. Los patios permanecían iluminados débilmente por el farolillo que pendía sobre una imagen del Salvador o de la Virgen, ya de bulto, ya estampada sobre azulejos de cuenca o pintados. ¡Patios ensoñadores, patios sonámbulos! El susurro de los surtidores en la soledad sombría les comunicaba un tinte melancólico y voluptuoso a una, que no dejaban cuajar en tristeza las tinajas de palmeras y las macetas de claveles y geranios. Algunos de aquellos patios eran grandes y hermosos, otros pequeñitos y cucos, todos misteriosos y como nostálgicos de no se sabía qué.

Las mesas estaban ocupadas por extranjeros y gentes de pro, y tuvieron que aguardar un buen rato para que los sirvieran. La emoción religiosa abría el apetito y despertaba el buen humor. Todos los parroquianos charlaban animadamente, los ojos brillantes, los rostros un tanto desencajados. En un rincón, cierto señorito se hacía cantar *saetas* en voz baja por un mozalbete de

condición, al parecer, inferior a la suya, pero no mal traheado. Al terminar cada copla, el señorito levantaba la mano, se echaba hacia atrás y le decía: «¡Olé!», mirando luego a la concurrencia, como pidiéndole palmas para el cantador. Las *saelas*, cantadas en falsetes, parecían venir de muy lejos, y resonaban doloridas en el patio árabe del café.

— Son las tres y media; a las cuatro pasará por La Campana la Esperanza trianera — dijo el pintor al salir.

— Si se encuentra con la Esperanza de los macarenos, habrá *mule*. El año pasado, recuerda usted, se fueron a las greñas las dos Señoras y hubo ciriazos y cabezas partías.

— Este año no habrá caso, porque el gobernador ha tomado serias medidas, y las Cofradías se han entendido. Pasará primero la Macarena, así lo quisieron los dados, y después la Virgen de Triana, que lucirá las alhajas de la Pura. Esta vendrá haciendo penitencia. ¿Lo sabía usted?

— Lo sabe toa Sevilla. Armará un escándalo, con la simpatía que toos la tienen.

— ¡Pobreciya! — suspiró Cuenca, y después de algunos instantes de silencio agregó —: Por la tarde veremos el Cachorro en el puente de Triana, y oiremos a las presas, que le cantan mientras los presos caen de rodillas. El Cachorro en el puente, reflejándose sobre las aguas del río, ¡qué cuadro, Tabarda! Luego veremos otros pasos, visitaremos otras iglesias; después vendrán las corridas y los jaleos de la feria. Recogeré cuantas impresiones pueda, para llevarme a Sevilla remachada en los sesos y en el alma. ¡Ay, Tabardillo! ¡Las que voy a pasar en tierra extranjera, cuando llegue esta época y no vea procesiones, ni toros, ni na!...

— Lo va pasá usted de regulá pa bajo — aseguró el picador alfarero —. Yo no podría resistir. Y dígame

usted, maestro, ¿por qué será que a mí me dicen más, me hablan más al alma las Vírgenes que los Cristos? El Cachorro, de Ruiz Gijón; el Cristo del Gran Poder, el de la Pasión, el del Amor, de Montañés, y el de la Salud, de Roldán, me hielan la sangre en las venas, pero la Virgen del Valle y la de la Estrella, de Montañés; la Macarena, de Roldán y Nuestra Señora de la Presentación, de Astorga, me dislocan. ¿Será por el aquel de que son hembras?

— Eso debe de ser — respondió Cuenca, sonriendo.

Ocuparon, no sin trabajo, sus sillas de La Campana, que negreaba de gente. Veíanse muchos sombreros *anchos* muchas mantillas y mujeres en cabeza. Era un público muy distinto del que ocupaba los tinglados de la plaza de San Francisco. En La Campana sentíase latir el corazón del pueblo. Por eso Cuenca prefería aquel sitio. Ya había pasado la Macarena con su cortejo de nazarenos y armados, y empezaba a desembocar por la calle de Tetuán la Hermandad de los Marineros. Se oía como un vago rumor de olas, que iba creciendo a medida que los pasos se acercaban. El rumor fué convirtiéndose en confuso griterío. Cuenca y el picador se incorporaron inquietos.

— Algo extraño ocurre — exclamó Cuenca.

En aquel instante llegaron muy agitados Salero y el Templeáito.

— Veníamos en busca de ustedes — dijo el primero.

— ¿Qué pasa?

— Pues pasa que la Pura viene haciendo penitencia descalza y de rodiyas... entre dos parejas de civiles. Dicen que se ha delatao.

— Se viene delatando ella misma — añadió el Templeáito —; a cada paso que da, jura que fué ella quien hirió al mataor, y pide que la castiguen. Pa mí que se ha güerto loca.

— Pero, ¿qué dicen ustedes?

— Lo que usted oye.

Ya había doblado el Paso la esquina, y se detuvo frente a los balcones donde cantaba la Niña de la Cava y Mariquita tras del Cuartel. La Virgen de la Esperanza resplandecía y lloraba de verdad bajo el palio de terciopelo y oro. Las luces de las velas cabrilleaban sobre el manto azul, que parecía un pedazo de cielo luminoso. Apretada muchedumbre hervía detrás del Paso, mirando un claro donde, hincada, con los brazos abiertos en cruz y la cabeza caída sobre el pecho, gemía la bailadora. Vestía blanco sayal, ajustado al talle por un cingulo de esparto, y llevaba el cabello suelto. Las crenchas cobrizas y lucientes le cubrían el rostro y llegaban hasta cerca del suelo. La tela del ropón se había rasgado, y dejaba ver las rodillas desolladas y algo de los muslos mórbidos y del color del ámbar. Ya arrastrándose penosamente, ya caminando cuando no podía más, había venido desde Triana siguiendo el Paso. Dos parejas de la Guardia Civil, puestas allí por el Gobernador con orden de custodiarla, impedían que la gente se le acercase. Todos querían socorrerla en su aflicción, prestarle ayuda cuando parecía desfallecer, darle agua. Algunas mujeres la compadecían con expresiones ternísimas, otras la miraban como tontas, otras se cubrían el rostro con el pañuelo. Honda conmoción sacudió al público de La Campana. La noticia, traída por Salero y el Templáito, había corrido por todos los ámbitos de la plazoleta y subido a las ventanas y los balcones, atestados de gente. Cientos de espectadores, sintiendo que aquello no era comedia, sino drama, sufrimiento humano, se paraban sobre las sillas para ver mejor la extraña escena. Cuenca, tratando de explicarse lo que sucedía, sopesaba las misteriosas palabras que una noche pronunció la bailadora hablando de su próximo viaje:

— Antes de salir de Sevilla — aseguró —, quiero dejar bien arregladitas las cuentas que tengo con Dios y

con los hombres. Eso sólo lo conseguiré a fuerza de humillación. Y partiré, limpia como una patena, habiendo sufrido por lo que hice, y por él, por mi Paco, todo lo que me era dable sufrir.

De pronto rasgó el aire la voz aguda y potente de la Niña de la Cava. Apenas terminó su copla, en medio de un estruendoso clamoreo, lanzó la suya Mariquita tras el Cuartel. «Otra, otra», pedía el público, que no se cansaba de oír *saetas*. Y empezaron de nuevo a cantar las dos, esforzándose por mostrar cada una mayor pujanza y sentimiento que su rival. En las pausas oíase la voz doliente y lontana de la Pura que decía:

— Yo lo herí, queriéndolo más que a las niñas de mis ojos. ¡Paco, Paco mío, Paco de mis entrañas...!

Cuando el Paso iba a ponerse en marcha, un hombre se adelantó con el sombrero en la mano y colocó enfrente de la Virgen, mirándola embebecido, los ojos luminosos, inmensamente abiertos, los labios trémulos. La luz de los cirios reverberaba sobre su cara de *niño perdido*, negrosa y buída. Profundas arrugas le partían las mejillas. Los tufos le llegaban a los pómulos, y dos mechales de pelo renegrado le cubrían la mitad de la frente, estrecha y nudosa. Era el Pitoche. El público lo reconoció y esperaba ansioso. Las cantadoras sacaron el cuerpo fuera del balcón para oírlo. La grande fama del cantador, la historia de sus desdichados amores y la presencia de la Pura en el trance en que estaba, les hacía husmear a todos las emociones violentas, las angustias y las ansias que, sin darse exacta cuenta, apetezaban. El Pitoche empezó a cantar como en sueños:

*Llora, llora, maresita,
tu amor fué crucificado.*

Su voz clara y rotunda, aun en los trémolos y las notas graves, llenó La Campana. El dardo sonoro, la flecha lírica, subía al cielo rápida y recta como un cohete vola-

dor, y se deshacía allá arriba en una cascada de sollozos y gemidos que, volteando pausadamente, caían sobre la muchedumbre absorta. No eran gorgoritos, ni florituras de cantante italiano, ni *queos* da cantaor, sino degradaciones del llanto, llanto que no puede contenerse y se derrama, a veces oprimido y estrangulado, a veces libre y torrentoso. Las notas salían de la garganta retorciéndose y penando, como salen los ayes del pecho. En realidad, no cantaba, lloraba y gemía:

*Tu hijo con su sangresita,
lavará nuestros pecaos.*

Las lágrimas le corrían por el amojamado rostro; los labios, tumefactos, temblaban; los esfuerzos vocales que hacía para expresar todo su dolor, toda su angustia le dilataban los tendones del cuello y las venas de las sienes; y las manos abiertas y crispadas, ya se tendían hacia la Virgen implorantes, ya se volvían a él y hundían en su pecho, como si quisiera arrancar de allí la pena que lo torturaba. En su transporte no sabía si le cantaba a la Virgen o a la Pura; si el crucificado era él mismo o el Redentor; confundía los tormentos del Hijo y de la Madre con los tormentos de la bailadora y los suyos propios; pero la emoción que experimentaba, sincera y honda, pasaba al público y lo conmovía hasta hacerlo sentir y sufrir lo que él. Cuando, retorciéndose y como pariéndolo con dolor, acertó a cantar el último verso de la terrible saeta:

Perdona a los que han llorao.

estalló un clamoreo delirante. Pocos eran los que no tenían los ojos afiebrados y húmedos. De los labios de muchos salían exclamaciones extrañas, palabras incoherentes. El Ñañe y otros gitanos se rompían a tirones la camisa y el chaleco, para demostrar su emoción. El cantador, arrobado, sin oír ni ver nada, permanecía con los brazos abiertos delante de la Virgen, en la actitud que adoptó al terminar la copla.

— Este tío chalao nos va a chalar a toos — repetía el picador, agitadoísimo.

— ¡Josú, Josú! — exclamaban Salero y el Templaíto, sin poder decir más.

Cuenca callaba, sin apartar los ojos de la Pura, que seguía repitiendo:

— Yo lo herí, lo herí queriéndolo más que a las niñas de mis ojos. Merezco que me emplumen, que me ahorquen. El me perdonó, pero yo no me perdono...

La Imagen resplandeciente avanzó como caminando por encima de la muchedumbre. La bailadora, incorporándose penosamente, la seguía dando traspiés. Al verla pasar tan sola con su pena, tan triste y desamparada, el pintor sintió que el alma se le iba tras de aquella criatura que él sólo podía consolar y por quien únicamente podría él ser consolado, y sacándose los botines arrojó el sombrero lejos de sí y fué a ponerse junto a ella, como haciendo pública confesión de su cariño.

— Aquí estoy, Pura, para ayudarla a llevar su cruz — le dijo cogiéndole la mano.

Y la procesión loca entró por la calle de las Sierpes. La multitud, delirante, pedía gracia para la bailadora y la animaba con palabras de amor. De algunos balcones le arrojaban flores. La luna seguía vertiendo azahares.

— ¡Ole, ahí los pintores con hígados! — le dijo al guien a Cuenca, sin asomos de burla.

Delante de la Virgen, acompañado del Ñañe y un grupo de amigos, todos con las camisas y los chalecos en jirones, iba el cantador ebrio de fiebre. Cada vez que el Paso se detenía, la bailadora caía de hinojos; Cuenca, sosteniéndola, también, y entonces reinaba silencio, y el Pitoche, él solo, cantaba.

— Te estás tirando a matar, Pitoche — le decía el Ñañe, dándole, de tiempo en tiempo, un trago de aguardiente.

— Eso quisiera yo, morirme ahora mismo — respondía él sombríamente.

*
* *

Al salir la procesión de la catedral, camino de Triana, el sol radiaba en la seda tenuemente azul del espacio. Las llamas de las velas y los blandones parecían cloróticas. Los diamantes, los terciopelos, los oros de la enojada Imagen brillaban menos; mas los ojos de la turba, que seguían pidiendo Gracia en formidable coro y cantando *saetas*, despedían vivo fulgor. El acompañamiento del Paso engrosaba sin cesar. Sevilla entera sabía lo que venía ocurriendo detrás de él. Asegurábase, por otra parte, que la bailadora se había delatado por escrito pidiendo que la dejaran, por favor especial, cumplir su penitencia antes de arrestarla, y que sería internada en la cárcel de las mujeres al detenerse la Virgen, según inveterada costumbre, en aquel sitio, a fin de que las presas la viesan y le cantaran. El pueblo, insaciable de emociones, acudía de todos los puntos de la ciudad a la calle por donde descendía la procesión hacia Triana. Hasta los fieles del Cristo del Gran Poder y de la Macarena abandonaban la escolta, que al regreso de la catedral les acompañaba a sus respectivos templos, e iban a formar en las filas de la Esperanza trianaera. La Hermandad de los Marineros se sentía ufana de aquel sonado triunfo de su Virgen. Los nazarenos, tratando de conservar sus puestos de honor entre la multitud que los apretaba, se decían en voz baja: «Nos hemos cargao a todos los Pasos y llevao toítas las parmas de la *madrugá*».

Frente a la cárcel de mujeres el Paso se detuvo. Las presas se apiñaban a un ventano que había en el zaguán para ver a la Divina Señora. Contemplándola con los rostros convulsos achatados contra los cristales, vertían lágrimas de arrepentimiento, de piedad, de amor, de de-

sesperación... Aquel grupo de criaturas miserables así dispuestas y sin que se les viese el cuerpo, parecía un racimo de cabezas decapitadas llorando cada una, no la muerte del Señor, sino la propia muerte. Una *saeta* partió de un balcón frontero; otra, más doliente, salió de la cárcel. Eran madre e hija las que cantaban. Luego el Pitoche lanzó la suya con más emoción, con más brío, acentuando desesperadamente la pujanza y tenebrosidad del lírico traspaso. A la luz del día la pena del gitano hacía más visible y patética. Se le veía sufrir, se le veía llorar. Era como si estuviera relatando con verdadera angustia el martirio del Redentor y el propio martirio. Temblaba de pies a cabeza, y al tomar las aspiraciones hinchábase y retorció para prolongar las notas en interminables gorjeos, que eran sollozos y gemidos. De pronto se interrumpió, llevóse las manos al pecho y un caño de sangre oscura le salió de la boca. El Nañe, Salero y el Templáito lo sacaron de allí en brazos a tiempo que la turba frénética arrancaba a la bailadora de entre las manos de los civiles y se la llevaba en triunfo.

XVI

El mismo día en que, con grande pompa y alarde de andalucismo, se efectuaron las bodas de «las mozas más saladas de Sevilla con los mozos más crudos de España», la Pura y Cuenca partían para Madrid en el rápido de la noche. Camino de la estación, la bailadora quiso ver la ciudad toda entera desde lo alto de la Giralda, como lo hizo en compañía de Paco al día siguiente de llegar a Sevilla. Apoyada en el brazo del pintor subía la agria rampa, deteniéndose de tiempo en tiempo para descansar. Le faltaba la respiración y sentía como si tuviera las piernas de trapo. A pesar del abatimiento físico, no estaba triste ni tan cogitabunda como antes. Al contrario: cumplida la voluntaria penitencia, pasada la fiebre y la postración que la siguieron, encontrábase en ese estado de profundo reposo y grata sedancia que suele experimentarse después de sufrir una dolorosa operación.

Cuando llegaron a la última plataforma aspiró una gran bocanada de aire y dijo esparciendo la mirada en derredor:

— Aquí, en este mismo sitio, Cuenca, estuve con Paco una mañana, una mañanita tan pura, que me parecía a mí el primer día de la creación. Habíamos pasado la noche juntos, bebiendo y cantando en casa de la tía Curra, a raíz de mi estreno en «El Tronío». Estábamos muy contentos y sentíamos que nos íbamos a querer de *chipén* y con toíta el alma. Hace un año apenas; ¡cuán-

tas cosas después...! A veces me pregunto si todo no fué sueño, pesadilla. He vivido hechizada por esta ciudad, donde todo son embrujos, al decir de Paco. Y no se equivoca. Contemplando a Sevilla tendida a nuestros pies y como abriéndonos los brazos, nos propusimos, medio chalaos ya, conquistarla, hacerla vibrar, quitarle las mordazas que le impiden decir lo que quiere, lo que le anda por dentro, él con su arte, yo con el mío. Recuerdo sus palabras como si las estuviera escuchando todavía. ¡Cuánta fiebre! ¡Cuánto delirio! Mostrándome la plaza donde pronto iba a probar, haciendo alarde de valor, que era él quien cortaba el bacalao en el toreo, me dijo cosas que no olvidaré jamás. Concluimos prometiéndonos hacer barbaridades gordas y querernos una barbaridad. Y las hemos hecho, y nos hemos querido. Y ahora me voy, sin alma, sin alegría, sin luz en los ojos. Me parece que camino como los ciegos, no veo nada. ¡Ay, Cuenca!, todo ha terminado para mí — agregó en medio de un hondo suspiro.

El pintor la miró apenado, y luego dijo reposadamente:

— No, Pura; no diga usted eso. Dentro de usted arde una lucecita que no brillaba antes, y esa lucecita le permitirá ver infinitas cosas que antes no veía, y gozar dichas inefables. Lo que ha sufrido usted, lo que usted ha llorado, Pura, no será inútil ni para su arte ni para su vida. Tampoco será inútil para los demás. Por lo pronto, cuatro criaturas le deben la felicidad que gozan en este instante. Lo saben y se lo agradecen profundamente. Paco, sin usted, no hubiera sido lo que es; comprendiéndolo, la quiere más y mejor que antes la quería. Podrá querer menos a Rosarito, menos a Pastora; a usted la querrá siempre igual. Usted es la mujer que inspira. El Domingo de Resurrección, al concluir la corrida en la que demostró toreando y matando que con él acababan las mojigangas y empezaba la era del toreo trágico, del toreo subjetivo y trascendente, diría yo, se acercó a mi barrera a recoger el capete y

me dijo: «Jarete, esta ovación, la más grande que he recibido, se la debo a la Puriya. Sin ella no se me hubiera ocurrido pensar lo que pienso ni hacer lo que hago delante de los toros. Ella me abrió la apetencia de la gloria y enseñó a torear mostrando el alma de la raza. rué y será mi Musa».

— Sí, a veces me decía que yo también era un brujo.

— Y lo es, y no sólo para él, sino para muchos, para todos los artistas andaluces. Usted nos ha mostrado y sugerido muchas cosas, Pura. Lejos de haber terminado todo, empieza ahora para usted una existencia nueva.

— Pero sin dicha, Cuenca — observó ella tristemente.

— La dicha a que usted se refiere no es la mejor ni la más importante. Una criatura como usted puede y debe pasarse sin ella, si hace falta, para obtener una felicidad más noble y de más enjundia. Usted es una inspiradora de dichas, e inspirarlas será la gran dicha suya. Cuando llegó aquí era sola, no tenía familia. Hoy la tiene, y muy numerosa. Todos somos a quererla; Sevilla entera la adora.

Entornando los ojos, respondió ella:

— Ignoro si lo que usted dice es cierto, Cuenca; yo sólo sé que, a pesar de haber sido todos muy buenos para mí, a pesar del cariño de Paco y del que usted me demuestra, tengo una pena muy grande. Vine para empaparme en las cosas de la tierra y sentir hondamente lo que ya presentía, y me vuelvo, ¡ay!, bien empapada... en la sangre de Paco, en la sangre de Pitoche, en la mía. ¡Pobre Pitoche! ¡Dios me perdone el mal que le hice sin querer! ¡Esta mañana cubrí de flores su humilde sepultura! ¡Qué pequeña y pobre es, Cuenca! Hasta que yo vuelva no tendrá otras flores el pobreciyo. Ese sí que queda solo.

— Como todos los muertos... La soledad de los vivos es más dolorosa.

La bailadora tornó a suspirar y dijo:

— La vida es una cosa muy triste, Cuenca.

— Y también una cosa divina, Pura; sobre todo cuando le es dado al mortal convertir las tristezas en belleza, la fealdad y la miseria en donosura y esplendor.

— En el fondo, Cuenca, ¿está usted bien seguro que todo eso no son engañosas, pamemas, infundios, chadaduras de artista? ¿Para qué nacemos, para qué vivimos? ¿Quién lo sabe?

Cuenca respondió riendo:

— Un servidor... Nacemos y morimos para fabricar ilusiones y nutrirnos de ellas. Son las realidades profundas.

— ¡Las ilusiones... a menudo engañan!

— Encantan siempre, y cuando se convierten en desencantos es que está formándose un encanto nuevo. En Sevilla, donde la sangre corre por las venas rápida y sube al cerebro brincando, el poder de encantamiento es más general y visible que en otras partes. Todos somos artistas, todos sabemos fabricar ilusiones, todos vivimos soñando. Y la facultad de soñar es un don del cielo. Quien lo posee en alto grado lleva dentro de sí el manantial de las supremas embriagueces.

Mirando a lo lejos, preguntó la Pura:

— ¿Es usted dichoso, Cuenca?

El pintor vaciló un instante; luego, encogiéndose de hombros y afectando indiferencia, afirmó:

— Sí, cuando pinto...

Ella, pensando que también era dichosa cuando bailaba, exclamó meneando la cabeza:

— ¡Astiyitas de! mismo palo, hermaniyos de *ducas!*

Guardaron silencio. Los dos contemplaban la ciudad ávidamente, como si quisieran apresarla con los garfios del espíritu y chuparle los tuétanos. En lontananza, destacándose sobre un fondo de oro, Coria, Gelves, San Juan de Aznalfarache, Castilleja de la Cuesta, Camas, Santiponce... Cerca: el Alcázar, la Lonja, la Fábrica de Tabacos, el Puente de Triana... Las palabras de Paco, que tantas veces se había repetido, acudieron a la memoria de la Pura. Le salían del alma, como una oración, y removían el limo dulce y también el sedimento amargo de sus amores, de aquellos amores que, según él, habían de ser la cosa más salada del mundo, porque olerían a Jerez amontillado, a claveles reventones y a sangre de toros. «Tierra alegre y tierra triste; tierra de hechizos incomparables y de realidades sórdidas. ¡Cuántas cosas, cuántas cosas...! Los Sultanes, los Reyes, los Conquistadores, los santos, los toreros, los claveles, las procesiones, la manzanilla, los tangos, las soleares, Don Pedro, Don Juan... Aquí oró Colón, allí murió Hernán Cortés, allá está enterrado Guzmán el Bueno, en aquel sitio escribió Cervantes el *Quijote*, en ese otro habitó Santa Teresa ¡Vaya canela y venga gloria! En Sevilla todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace del criminal un Cristo maravilloso; las niñas ponen unas macetas y unas jaulas en los balcones, y como por arte de magia truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos: el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas quejumbrosas, las procesiones trágicas, los *tablaos* dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y del salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos la plaza de Toros, el redondel divino. La tierra amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un duro crisol donde se funden y aparecen, limpias de escorias, las

broncas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo, en el cual los españoles nos vemos como quisiéramos ser, como fueron los Grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros... Y mirando aborta al circo taurino, murmuró:

— Ahí lo vi jugando con la muerte; mostrándole a un pueblo la hermosura del valor. Y él me vió interpretando en el *tablao* lo que somos y lo que quisiéramos ser. Y nos embriagamos, y embriagamos a Sevilla con los propios zumos de ella.

Cuenca, después de consultar el reloj, dijo:

— Es tarde, Pura; vamos, no tenemos tiempo que perder. ¡Adios, Sevilla de mi alma...!

— Vamos, sí — respondió la bailadora.

Y pensando acaso en las fiebres que comunicaba la ciudad bruja, exclamó con acento en el que se fundian ternezas y reproches:

— ¡Seviya, Seviya, Seviya...!

FIN